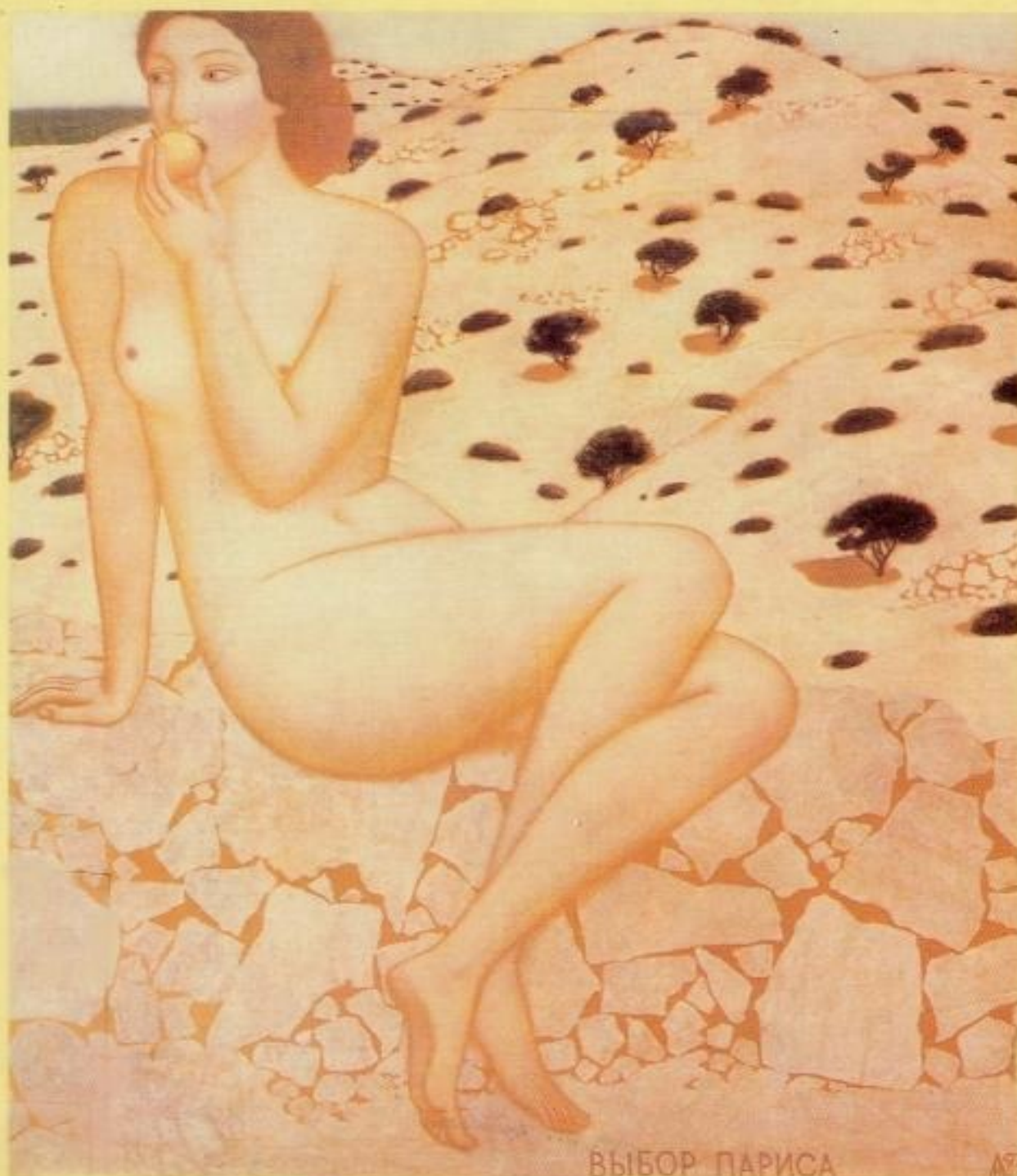


BERNHARD SCHLINK

Amores en fuga



ВЫБОР ПАРИСА

Lectulandia

Parecía que sobre el pasado de Alemania ya estaba todo dicho. Hasta que apareció *El lector* y se convirtió en un best-seller en todo el mundo. *Amores en fuga*, con sus historias sutiles e irresistibles, viene a demostrar que tampoco está todo dicho sobre el amor. A lo largo de siete relatos se presenta el amor como atracción y como huida en todas sus formas: anhelos reprimidos y malentendidos involuntarios, audaces huidas e infidelidades surgidas de la desesperación, la fuerza inexorable de la costumbre, el peso de la culpa y la autonegación.

Todos los protagonistas son de algún modo víctimas de su época. En su amor por un cuadro, un joven tropieza insospechadamente con el pasado de Alemania. Una pareja de Berlín Oriental practica la traición mutua para salvar su matrimonio. Un exprogre aburguesado maniobra entre los arrecifes de su matrimonio liberal y sus amoríos convencionales, hasta que el barco se hunde y las olas lo arrojan adonde nunca había pensado llegar. Un estudiante alemán en Nueva York recurre a medios inhabituales para demostrar su amor por una judía americana. *Amores en fuga* es además una colección de relatos de la gran ciudad y de una generación desorientada que cae una y otra vez en las trampas de su pasado.

Lectulandia

Bernhard Schlink

Amores en fuga

ePub r1.0

German25 08.07.15

Título original: *Liebesfluchten*
Bernhard Schlink, 2000
Traducción: Joan Parra Contreras

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA NIÑA DE LA LAGARTIJA

1

En el cuadro se veía una niña con una lagartija. Se miraban y al mismo tiempo no se miraban, la niña a la lagartija con ojos soñadores, la lagartija a la niña con ojos relucientes y sin mirada. La niña parecía tener la mente muy lejos de allí, y estaba tan quieta que también la lagartija se había detenido en la roca cubierta de musgo sobre la que la niña reposaba boca abajo, entre recostada y tumbada. La lagartija tenía la cabeza erguida y movía la lengua.

«La niña judía», decía la madre del niño cuando se refería a la niña del cuadro. Cuando los padres se peleaban y el padre se levantaba y se iba a su despacho, donde estaba el cuadro, ella le gritaba:

-¡Vete con tu niña judía!

Otras veces le preguntaba:

-¿El cuadro de la niña judía tiene que estar ahí por fuerza? No me gusta que el niño tenga que dormir debajo del cuadro de la niña judía.

El cuadro estaba en la pared, encima del sofá en el que el niño solía dormir la siesta mientras su padre leía el periódico.

Había oído más de una vez a su padre explicarle a la madre que la niña no era judía. Que el gorro de terciopelo rojo que llevaba en la cabeza, sobre los espesos rizos castaños y casi cubierto por ellos, no tenía ningún significado religioso ni folklórico, sino que era simplemente un gorrito de moda.

-En aquella época a las niñas las vestían así. Además las judías no llevan gorro, sólo los hombres.

La niña llevaba una falda rojo oscuro, una blusa amarillo claro y sobre ella una blusa ocre, sujeta flojamente a la espalda con cintas, como un corsé. Una gran parte de la ropa y el cuerpo los tapaba la roca sobre la que la niña descansaba sus rechonchos brazos infantiles y apoyaba la barbilla. Debía tener unos ocho años. La cara era de niña. Pero la mirada, aquellos labios gruesos, aquel pelo que caracoleaba en la frente y caía por los hombros y la espalda no eran infantiles, sino femeninos. La sombra que el pelo proyectaba sobre la mejilla y la sien tenía misterio, y el antebrazo

desnudo desaparecía en la manga abombada en una oscuridad tentadora. En el mar, que se extendía hasta el horizonte, más allá de la roca y de la pequeña playa, rompían gruesas olas, y a través de las nubes oscuras se colaba un rayo de sol que hacía resplandecer una parte del mar y la cara y los brazos de la niña. La naturaleza emanaba pasión.

¿O quizá lo que había detrás de todo aquello era ironía? ¿Detrás de la pasión, la tentación, el misterio y la mujer encarnada en niña? ¿Era por esa ironía por lo que el cuadro fascinaba al niño, es más, lo desconcertaba? Se sentía desconcertado muy a menudo. Se sentía desconcertado cuando sus padres se peleaban, cuando la madre hacía preguntas incómodas mientras el padre se fumaba un puro leyendo el periódico, tras una máscara de tranquilidad y superioridad, y el aire de la habitación se electrizaba hasta el punto que el niño no osaba moverse ni casi respirar. Y también lo desconcertaba el sarcasmo que impregnaba las palabras de la madre cada vez que hablaba de la niña judía. El niño no tenía ni idea de lo que era una niña judía.

De un día para otro, su madre dejó de hablar de la niña judía, y su padre dejó de llevárselo al despacho a hacer la siesta. Durante un tiempo le tocó hacer la siesta en la misma habitación y en la misma cama en las que dormía por la noche. Luego, para su alegría, se acabó por fin la época de las siestas. Tenía nueve años y lo obligaban a dormir mucho más que a sus compañeros de escuela y de juegos.

Pero ahora echaba de menos a la niña de la lagartija. Muchas veces se colaba en el despacho de su padre para echar una mirada al cuadro y hablar un momento con la niña. En un año creció espectacularmente: al principio los ojos le llegaban a la altura del grueso marco dorado, luego a la altura de la roca y luego ya a la altura de los ojos de la niña.

Era un niño fuerte, de complexión ancha y miembros huesudos. Cuando dio el estirón, su aspecto desgarrado no tenía nada de conmovedor, sino más bien algo amenazante. Sus compañeros lo temían, por más que él les ayudase cuando jugaban, discutían o se peleaban. Era un marginado. Lo sabía muy bien. Pero ignoraba que lo que le hacía diferente era su aspecto físico, su altura, su anchura y su fuerza. Pensaba que era el mundo interior en el que vivía. Allí no entraban sus compañeros. Ni él los invitaba a hacerlo. Si hubiera sido un niño enclenque, quizá habría encontrado compañeros de juegos y de vida interior entre los otros enclenques. Pero precisamente eran éstos los que le tenían más miedo.

En su mundo interior habitaban los personajes de los libros que leía o de los cuadros o películas que veía, pero no sólo ellos, sino también personas del mundo real, aunque en forma algo alterada. Cuando los personajes del mundo real ocultaban algo, él se daba cuenta. Sabía que la profesora de piano a veces se callaba cosas, que la amabilidad del médico de cabecera al que todos apreciaban no era sincera, que aquel vecinito con el que jugaba de vez en cuando tenía un secreto: lo notaba mucho antes de que salieran a la luz los robos del vecinito, la afición del médico a los niños pequeños o la enfermedad de la profesora. Ahora bien, no era especialmente hábil ni rápido a la hora de adivinar qué era lo que se ocultaba. De hecho, ni siquiera intentaba averiguarlo. Prefería imaginarse cosas, que eran siempre más variopintas y emocionantes que la realidad.

Si entre su mundo interior y el entorno real había una barrera, también la había entre su familia y el resto de la gente, o así lo percibía él. El padre, que ejercía como juez en el palacio de justicia de la ciudad, aparentaba ser un hombre con los pies en el suelo. El niño veía que su padre disfrutaba de la importancia y visibilidad de su cargo; era asiduo a la tertulia de los notables de la ciudad, tenía voz en la política municipal y era presbítero de la parroquia del barrio. Además, los padres participaban en la vida social. No se perdían un baile de carnaval ni una verbena de San Juan; los invitaban a cenar y ellos también daban cenas. Los cumpleaños del niño se celebraban como es debido: con cinco invitados en el quinto cumpleaños, seis en el

sexto y así sucesivamente. Todo en general era como es debido, y en los años cincuenta eso significaba formalidad y distancia. Pero no era esa formalidad y distancia lo que el niño percibía como barrera entre su familia y el resto de la gente; había algo más. Y es que sus padres también parecían callar u ocultar cosas. Siempre estaban como al acecho. Cuando alguien contaba un chiste, nunca eran los primeros en reírse: esperaban a que se rieran los demás. En los conciertos y en el teatro no aplaudían hasta que los demás aplaudían. Cuando hablaban con los invitados, se reservaban su opinión hasta que alguien decía lo que ellos pensaban, y entonces le daban la razón. A veces el padre se veía forzado a tomar partido y expresar su opinión, y en esos casos parecía agobiado.

¿O simplemente era tan educado que no quería meterse donde no lo llamaban ni imponer a nadie sus puntos de vista? El niño empezó a preguntarse eso cuando ya era algo mayor y por lo tanto más consciente de las precauciones de sus padres. También se preguntaba qué había detrás de su insistencia en reservarse un espacio propio y privado. No le dejaban entrar en el dormitorio; lo tenía prohibido desde pequeño. Aunque no cerraban la puerta con llave, la prohibición estaba clara y la autoridad paterna fuera de toda duda, por lo menos hasta el día en que el niño, a los trece años, aprovechó un momento en que sus padres no estaban en casa para entrar en el dormitorio, y vio dos camas separadas, dos mesitas de noche, dos sillas y dos armarios, uno de madera y el otro metálico. ¿Qué pretendían sus padres? ¿Quizá ocultarle que no compartían cama? ¿Inculcarle el sentido de lo privado y el respeto a la intimidad ajena? Fuera como fuese, ellos tampoco entraban nunca en la habitación del niño sin llamar a la puerta y sin que él les diera permiso para entrar.

En cambio, no tenía prohibido entrar en el despacho de su padre. A pesar de que ocultaba un misterio: el cuadro de la niña de la lagartija.

Una vez, en tercero de bachillerato, el profesor les mandó describir un cuadro. Podían escoger el que quisieran.

-¿Hay que traer el cuadro? -preguntó un alumno.

El profesor negó con la cabeza.

-Lo que tenéis que hacer es describirlo lo bastante bien para que luego, al escucharos, nos lo imaginemos.

El niño tuvo claro desde el primer momento que escogería el cuadro de la niña de la lagartija. Le hacía ilusión. Le apetecía contemplar el cuadro atentamente y traducir la imagen a palabras y frases que les mostrasen el cuadro al profesor y a los demás alumnos. También le apetecía estar en el despacho de su padre. Daba a un patio estrecho, y la luz del día y los ruidos de la calle llegaban amortiguados; las paredes rebosaban estanterías y libros, y flotaba permanentemente el olor acre y recio de los puros que fumaba su padre.

Aquel día el padre almorzó fuera de casa, y la madre salió después de comer. Así que el niño, sin tener que pedir permiso a nadie, entró en el despacho y se puso a mirar y a escribir. «En el cuadro se ve el mar, y al lado la playa, y al lado una roca o una duna, y encima una niña y una lagartija». No, el profesor había dicho que para describir un cuadro había que empezar por el primer plano, seguir por el segundo plano y acabar con el fondo. «En el primer plano hay una niña y una lagartija encima de una roca o una duna, en el segundo plano hay una playa, y desde ahí hasta el fondo se ve el mar». ¿Se ve el mar? ¿Se ven las olas? En cualquier caso, las olas no se mueven desde el segundo plano hacia el fondo, sino desde el fondo hacia el segundo plano. Además lo del «segundo plano» suena mal, y lo del fondo y el primer plano tampoco es muy bonito. ¿Y la niña? ¿Ya está? ¿No hay nada más que decir sobre ella?

El niño volvió a empezar. «En el cuadro hay una niña. Está mirando a una lagartija». Eso tampoco era todo lo que se podía decir de la niña. El niño siguió. «La niña tiene la cara blanca y los brazos blancos, el pelo castaño, y lleva arriba una prenda de color claro y abajo una falda oscura». Pero eso tampoco lo satisfizo. Empezó otra vez por el principio. «En el cuadro hay una niña mirando a una lagartija que toma el sol». ¿Es eso cierto? ¿La niña está mirando a la lagartija? ¿No está más bien mirando más allá de la lagartija, como a través de ella? El niño dudó. Pero enseguida la cuestión le pareció indiferente, pues a la primera frase la siguió la segunda: «Es una niña guapísima». Esa frase era cierta, y con ella la descripción empezaba a hacer justicia al cuadro.

«En el cuadro hay una niña mirando a una lagartija que toma el sol. Es una niña guapísima. Tiene la cara fina, la frente lisa, la nariz recta y un hoyuelo en el labio

superior. Tiene los ojos marrones y el pelo castaño y rizado. Lo más importante del cuadro es la cabeza de la niña, por encima de todo lo demás, a saber: la lagartija, la roca o la duna, la playa y el mar».

El niño estaba contento. Ahora bastaba con colocar cada cosa en su sitio: el primer plano, el segundo plano o el fondo. Estaba orgulloso de su «a saber». Sonaba elegante y adulto. Estaba orgulloso de la belleza de la niña.

Cuando oyó a su padre abrir la puerta del piso, se quedó inmóvil. Lo oyó dejar la cartera, quitarse el abrigo y colgarlo, echar una mirada en la cocina y en el salón y llamar a su puerta.

-Estoy aquí -exclamó el niño, y dejó las hojas arrancadas cubriendo exactamente la libreta, y la estilográfica al lado. Así era como su padre tenía las actas, las hojas sueltas y los bolígrafos en su mesa. Empezó a hablar en cuanto se abrió la puerta.

-Estoy aquí porque nos han mandado describir un cuadro y estoy describiendo éste.

El padre tardó un momento en comprender.

-¿Qué cuadro? ¿Qué estás haciendo?

El niño volvió a explicarse. Por la actitud del padre, que los miraba al cuadro y a él con el ceño fruncido, se dio cuenta de que había hecho algo malo.

-Como no estabas, he pensado que...

-O sea que has estado...

El padre hablaba con la voz tan encogida, que el niño pensó que en cualquier momento la voz daría un salto y rugiría, y agachó la cabeza. Pero el padre no rugió. Meneó la cabeza y se sentó en la silla giratoria que había entre el escritorio y la mesa en la que depositaba las actas y a cuyo otro extremo estaba sentado el niño. Detrás del padre estaba el cuadro. El niño no se había atrevido a sentarse al escritorio.

-¿Me lees lo que has escrito?

El niño leyó, orgulloso y al mismo tiempo asustado.

-Una redacción muy bonita, hijo. Me parecía estar viendo el cuadro. Pero... - vaciló- las demás personas no lo entenderían. Para las demás personas es mejor que escojas otro cuadro.

El niño estaba tan contento de que el padre, en lugar de gritarle, le hablara en aquel tono familiar y cariñoso, que no tuvo el menor inconveniente en obedecer. Pero no comprendía.

-¿Por qué dices que ese cuadro las demás personas no lo entenderían?

-¿Tú no tienes nada que quieras guardarte para ti? ¿Te gustaría que nosotros o tus amigos estuviéramos siempre delante, viendo todo lo que haces? Las demás personas son envidiosas, y no hay que enseñarles nuestros tesoros. O se ponen tristes porque ellos no tienen lo que tú tienes, o se vuelven codiciosas y quieren quitártelo.

-¿Ese cuadro es un tesoro?

-Tú lo sabes muy bien. Lo has descrito de una manera tan bonita como sólo se puede describir un tesoro.

-Lo que quiero decir es si vale tanto como para que las demás personas lo envidien.

El padre se dio la vuelta y miró el cuadro.

-Sí, vale mucho, y no sé si podré protegerlo si alguien nos lo quiere quitar. ¿No es mejor que no sepan que lo tenemos?

El niño asintió.

-Ven, vamos a ver un libro con estampas, seguro que encuentras algún cuadro que te guste.

Cuando el niño cumplió catorce años, el padre abandonó el cargo de juez y se empleó en una compañía de seguros. No lo hacía por gusto: el niño lo notaba, aunque el padre no se quejara, ni explicara los motivos del cambio. El niño no los averiguó hasta pasados unos años. Como consecuencia del cambio, el antiguo piso fue sustituido por uno más pequeño. La planta principal de la céntrica casa de cuatro pisos de la época guillermina se había transformado ahora en un piso de alquiler en la periferia, uno más en un bloque de veinticuatro viviendas sociales, y construido como todas las viviendas sociales. Las cuatro habitaciones eran pequeñas, el techo bajo, y los ruidos y olores de las viviendas vecinas eran omnipresentes. Aun así, no dejaban de ser cuatro habitaciones; además del salón, el dormitorio y la habitación del niño, había un despacho donde el padre se retiraba después de cenar, aunque no tuviera actas en las que trabajar.

-Para beber no hace falta que te escondas en el despacho, puedes quedarte en el salón -oía el niño a su madre dirigiéndose al padre-. Y si hablaras más conmigo a lo mejor beberías menos.

También cambió la gente que rodeaba a los padres. Desaparecieron las cenas y las veladas para señoras y para caballeros en las que el niño solía abrir la puerta a los invitados y recoger los abrigos. Echaba en falta aquel ambiente que creaba la mesa puesta con porcelana blanca y candelabros de plata y los padres disponiendo en el salón copas, galletas, puros y ceniceros, atentos ya al primer timbrazo. También echaba de menos a algún que otro amigo de sus padres. Algunos le preguntaban cómo le iban las cosas en la escuela y qué aficiones tenía, y a la siguiente visita todavía se acordaban de lo que había contestado y reanudaban la conversación en ese punto. Había un cirujano que había discutido con él sobre la mejor manera de operar a un oso de peluche, y un geólogo con el que hablaba de erupciones, terremotos y dunas. Echaba especialmente de menos a una amiga de sus padres. A diferencia de su madre, que era delgada, nerviosa y distraída, ella era rechoncha, alegre y amable. Cuando el niño era pequeño, solía metérselo debajo del abrigo y envolverlo en el brillo acariciante del forro sedoso y en el olor embriagador de su perfume. Más adelante le tomaba el pelo riéndose de las conquistas que el niño no hacía y de las novias que no tenía; aquello lo hacía sentirse cohibido y al mismo tiempo orgulloso, y más tarde, cuando ella volvía alguna vez a atraerlo y envolverlo juguetonamente en el abrigo de pieles, él gozaba de la dulzura del cuerpo de la mujer.

Pasó bastante tiempo antes de que fueran nuevos invitados. Eran vecinos, compañeros de trabajo del padre, de la compañía de seguros, y compañeras de la madre, que entretanto se había buscado un trabajo de administrativa en la jefatura de policía. El niño se daba cuenta de que los padres se sentían inseguros; querían encontrar su lugar en aquel mundo nuevo, pero sin renegar del antiguo, y siempre estaban demasiado ausentes o demasiado encerrados en lo suyo.

El niño también tuvo que adaptarse a la nueva situación. Los padres lo sacaron del antiguo instituto, que estaba a unos pocos pasos del antiguo piso, a uno nuevo que también estaba cerca del piso nuevo. Y lógicamente también cambió la gente con la que se trataba. En la nueva clase reinaba un ambiente más tosco, y se sentía menos marginado que antes. Siguió yendo durante un año a clase de piano, cerca del antiguo piso. Pero luego los padres, juzgando demasiado escasos sus progresos con el teclado, decidieron interrumpir las clases y vender el instrumento. Al niño le gustaba ir en bici a casa de la profesora de piano, porque así pasaba por delante de la antigua casa de la familia y la casa vecina, en la que vivía una niña con la que antes solía jugar y compartir una parte del camino a la escuela. Ella tenía rizos espesos y pelirrojos hasta los hombros y la cara cubierta de pecas. El niño pasaba despacio por delante de su casa con la esperanza de que ella saldría, lo saludaría, él la acompañaría, empujando la bicicleta, y entonces resultaría completamente natural que volvieran a verse pronto. No quedarían para salir: simplemente se pondrían de acuerdo en cuándo y dónde estarían el uno y el otro. Era demasiado pequeña para salir con un chico.

Pero ella nunca salió de la casa cuando él pasaba.

Es un error pensar que las personas no toman decisiones vitales hasta que son adultas o empiezan a serlo. Los niños se lanzan a actuar o adoptan un estilo de vida con la misma resolución que los adultos. Y si es cierto que no siempre mantienen para siempre sus decisiones, también lo es que los adultos se desdicen de ellas a menudo.

Al cabo de un año, el niño decidió que a partir de entonces, en su nueva clase y entorno, iba a ser alguien. No le resultó difícil hacerse respetar por su fuerza, y como además era listo y ocurrente, pronto se encontró en la cumbre de la jerarquía que, en su clase como en todas las demás, se definía por una mezcla difusa de fuerza, descaro, ingenio y padres ricos. Y esa condición también valía entre las niñas; no en su escuela, en la que no las había, sino en el instituto femenino de unas calles más allá.

El niño no se enamoró. Se buscó una que tenía cierto carisma, una chica de un atractivo desafiante, deslenguada y con fama de haber tenido experiencias con chicos, pero también de ser difícil de conseguir. Él la impresionó con su fuerza, con el respeto que todos le tenían y con algo más. Ella no sabía qué era ese algo más, pero sí sabía que en los demás chicos no lo había encontrado, y quería verlo y poseerlo. Él se dio cuenta y de vez en cuando dejaba entrever que tenía algún tesoro que no solía enseñar a nadie, pero a ella quizá se lo enseñaría si... ¿Si salía con él? ¿Si se dejaba morrear? ¿Si se acostaba con él? Ni él mismo lo sabía exactamente. Sus públicas maniobras de conquista, a las que ella iba cediendo progresivamente, eran más interesantes, más productivas, más beneficiosas para su prestigio que lo que sucedía realmente entre los dos. Rondar después de clase con los amigos por delante del instituto femenino, donde ella a veces se asomaba a la verja metálica con sus amigas, y por supuesto ponerle el brazo por encima de los hombros o, cuando ella tenía partido de balonmano, saludarla con la mano y recibir a cambio un beso a la distancia o caminar con ella por el césped de la piscina hasta el agua, admirado y envidiado: eso era todo.

Cuando por fin se acostaron juntos, fue una catástrofe. Ella tenía suficiente experiencia para esperar algo mejor, y demasiado poca para ayudarle a dar la talla. La torpeza de la primera vez puede superarse gracias a la seguridad que confiere el amor, pero él carecía de esa seguridad. Un día se quedaron escondidos en la piscina, detrás de los arbustos paralelos a la verja, después de la hora de cierre, y cuando los guardas acabaron de hacer la ronda, empezaron los besos, las caricias, el deseo, pero a él de repente todo le pareció falso. Nada era como debía ser. Era una traición a todo lo que amaba y había amado: le vino a la mente su madre, la amiga del abrigo de piel, la vecinita de los rizos pelirrojos y las pecas y la niña de la lagartija. Cuando llegó el momento, el engorro de ponerse el preservativo, su orgasmo demasiado rápido, sus intentos torpes de darle placer con la mano, que sólo consiguieron fastidiarla... Se

arrebujó contra ella, buscando consuelo para su fracaso. Pero ella se levantó, se vistió y se fue. Él se quedó encogido mirando fijamente el tronco del arbusto bajo el que yacía, el follaje del año pasado, su ropa interior y las mallas de la verja. Oscureció. Cuando empezó a tener frío, siguió tumbado; tenía la impresión de que el frío lo curaría todo, igual que se cura una enfermedad sudando: el rato que habían pasado juntos, el cortejo, las vanas luchas de los últimos meses. Al final se levantó, se tiró al agua y nadó unos cuantos largos.

A medianoche, cuando llegó a casa, encontró el despacho con la luz encendida y la puerta abierta. Su padre estaba echado en el sofá, apestando a alcohol y roncando. Una de las estanterías estaba por los suelos, y los cajones del escritorio abiertos y vacíos; el suelo estaba sembrado de libros y papeles. El niño se aseguró de que el cuadro estuviera intacto, y después apagó la luz y cerró la puerta.

Cuando le faltaba poco para acabar el último curso de la escuela y sólo esperaba ya que le entregasen el diploma, se fue un día a la gran ciudad cercana. Era un viaje de una hora y media en tren, un viaje que durante todos aquellos años podría haber hecho para ir a un concierto, al teatro o a ver una exposición, pero que no había hecho nunca. Alguna vez, de pequeño, sus padres lo habían llevado a ver las iglesias, el ayuntamiento, el palacio de justicia y el gran parque situado en el centro de la ciudad. Después de la mudanza, los padres dejaron de viajar, con o sin él, y al principio nunca se le había ocurrido hacerlo solo. Luego simplemente no podía permitírselo. El padre perdió el trabajo por culpa de la bebida, y el niño tuvo que ponerse a trabajar además de ir a la escuela para ganar dinero, que entregaba a sus padres. Ahora que, acabada la escuela, pronto se iría de la ciudad, empezó interiormente a dejar que sus padres se las arreglasen solos. Y decidió gastarse él mismo lo que ganaba.

No buscó el museo de arte moderno: lo encontró por casualidad. Entró porque el edificio le pareció fascinante; era una extraña mezcla de simplicidad moderna por un lado, repelente lobrete de edificio hueco por los demás lados y barroquismo juguetón en las puertas y tribunas. La colección abarcaba desde los impresionistas a los nuevos salvajes, y él lo contempló todo con la debida atención, pero sin excesivo interés. Hasta que tropezó con el cuadro de René Dalmann.

Se llamaba *En la playa*, y mostraba una roca, una playa y el mar, y sobre la roca una niña erguida sobre las manos, desnuda y guapa, pero con una pierna de madera, no una pata de palo, sino una pierna femenina perfecta tallada en madera. La niña erguida sobre las manos no era la niña de la lagartija, ni la roca, la playa y el mar eran los mismos. Pero el conjunto le recordaba tanto el cuadro que tenían en casa, que al salir compró una postal y, si hubiera tenido más dinero, se habría hecho también con un libro sobre René Dalmann. En casa, al comparar el cuadro con la postal, vio claramente las diferencias. Y sin embargo había algo que los unía: ¿estaría sólo en su mirada o también en las imágenes?

-¿Qué es eso? -dijo su padre entrando en la habitación y echando mano a la postal.

El niño se apartó e impidió al padre agarrar la postal.

-¿Quién pintó el cuadro?

La mirada del padre se volvió prudente. Había bebido, y era aquella prudencia con la que reaccionaba al rechazo y desprecio que su mujer y su hijo le mostraban cuando estaba borracho. Ya hacía mucho tiempo que no le tenían miedo.

-No lo sé. ¿Por qué?

-Si vale tanto, ¿por qué no lo hemos vendido?

-¿Venderlo? ¡No podemos venderlo! -exclamó el padre colocándose delante del cuadro, como para protegerlo del hijo.

-¿Por qué?

-Porque entonces sí que nos quedaríamos sin nada. Y cuando yo faltase, no te quedaría nada. El cuadro lo guardamos para ti, sólo para ti.

El padre, orgulloso de su argumento, que le parecía irrefutable, lo repitió una vez y otra vez más.

-Tu madre y yo nos dejamos la piel para que algún día el cuadro sea tuyo. Y tú, ¿qué me das a cambio? Ingratitud, nada más que ingratitud.

El niño dejó plantado al llorón de su padre y olvidó el incidente, el cuadro del museo y a René Dalmann. Ahora, además de en la fábrica de tractores, se puso a trabajar de camarero, trabajó hasta que empezó el curso académico, y entonces se fue a la universidad más lejana que pudo. La ciudad, a orillas del Báltico, era fea, y la universidad mediocre. Pero allí nada le haría recordar su ciudad natal del sur, y en las primeras semanas del curso comprobó aliviado que en las clases de derecho, en la cantina y en los pasillos no encontraba a nadie conocido. Podía empezar de cero.

Durante el viaje se había detenido unas horas en una ciudad a orillas de un río, y estuvo paseando. Se encontró delante del museo, otra vez por casualidad. Pero ya dentro del edificio, no se confió al azar y preguntó inmediatamente si había cuadros de René Dalmann. Encontró dos. *El orden después de la guerra* medía dos metros de alto y mostraba a una mujer sentada en el suelo con la cabeza inclinada hacia adelante, las piernas cruzadas y el brazo izquierdo apoyado. Con la mano derecha se metía un cajón dentro del vientre, y también el pecho y el abdomen eran cajones, con tiradores formados respectivamente por los pezones y el ombligo. Los cajones del pecho y el abdomen estaban entreabiertos y vacíos, y en el cajón del vientre yacía descoyuntado y mutilado un soldado muerto. El otro cuadro se llamaba *Autorretrato en forma de mujer* y mostraba el torso de un hombre joven y risueño con la cabeza pelada; bajo la chaqueta negra, cerrada hasta arriba, se dibujaban unos pechos, y con la mano izquierda sostenía una peluca con rizos rubios.

Esa vez compró un libro sobre Rene Dalmann y durante el resto del viaje leyó lo que contaba sobre la infancia y juventud del artista, nacido en Estrasburgo en 1894. Los padres, un comerciante del textil originario de Leipzig y emigrado a Estrasburgo, y su madre, que era alsaciana y veinte años más joven, querían tener una hija; ya tenían dos hijos varones, y la hija que sería la tercera había muerto dos años atrás, a causa de una neumonía contraída después de salir a caballo con el padre en pleno invierno. René creció a la sombra de aquella hermana muerta hasta que en 1902 llegó por fin la segunda hija anhelada, lo que fue para él una liberación y una humillación al mismo tiempo. Empezó a dibujar y a pintar muy pronto, fracasó en la escuela y a los dieciséis años solicitó con éxito ingresar en la academia de bellas artes de Karlsruhe.

Entonces acabó el viaje. Encontró una habitación, una buhardilla con estufa de carbón y un ventanuco; el lavabo, provisto de un minúsculo lavamanos, estaba en la escalera, medio piso más abajo. Pero allí estaba solo. Se instaló y colocó en la parte de debajo de la estantería el libro sobre René Dalmann junto con los libros favoritos

que había llevado consigo. La parte superior sería para los libros nuevos, para la vida nueva. No había dejado en casa nada que le fuera valioso.

Su padre murió cuando él estaba en el tercer curso de la carrera. Como solía hacer cada vez más a menudo en los últimos años, fue al bar a emborracharse, y de vuelta a casa tropezó, cayó por un terraplén, se quedó tumbado en el suelo y se congeló. El chico volvió a casa para el entierro; era la primera vez desde que se marchó a la universidad. Era enero, soplaba un viento helado y cortante, los charcos estaban congelados, y mientras caminaban de la capilla del cementerio a la tumba, la madre resbaló y estuvo a punto de caerse; entonces le permitió a su hijo cogerla del brazo, cosa que había rechazado hacía un rato, todavía enfadada porque él no hubiera ido a verla en tanto tiempo.

Ya en casa, sirvió té y bocadillos a los pocos vecinos que la habían acompañado al cementerio. Cuando se dio cuenta de que los invitados esperaban alguna bebida alcohólica, se puso en pie.

-Si a alguien le molesta que no les ofrezca cerveza o aguardiente, puede marcharse. En esta casa ya se ha bebido bastante.

Por la noche, madre e hijo entraron en el despacho del padre.

-Esos libros creo que son todos de derecho. ¿Los quieres? ¿Pueden serte de utilidad? Lo que no te lleves tú, lo tiraré.

Lo dejó solo. El chico contempló aquella biblioteca que había sido tan importante para su padre. Libros que tenían desde hacía años nuevas ediciones, revistas con la suscripción caducada. El único cuadro era el de la niña de la lagartija; a diferencia del piso antiguo, donde tenía para él solo la gran pared de detrás del escritorio, ahora estaba colgado entre estanterías, pero desde allí seguía dominando todo el espacio. El chico, que casi tocaba con la cabeza en el techo bajo, miró a la niña y recordó la época en que sus ojos estaban a la altura de los de ella. Pensó en los árboles de navidad, que antes eran grandes y ahora pequeños. Pero luego pensó que el cuadro no se había hecho más pequeño, no había perdido nada de su fuerza, lo seducía tanto como antes. Y pensó en la niña de la casa en cuya buhardilla vivía, y se sonrojó. Él la llamaba «princesa», y coqueteaban, y cuando ella le preguntó si le enseñaba su buhardilla, él recurrió a toda su fuerza de voluntad y le dijo que no. Ella lo había preguntado inocentemente. Pero como quería conseguir lo que él se negaba a darle, desplegó una coquetería tal en actitud, mirada y voz, que él olvidó por completo la inocencia.

-No quiero los libros de papá. Pero mañana llamo a un librero de viejo. Te dará unos cuantos cientos de marcos, o quizá mil.

Se sentó a la mesa de la cocina, junto a su madre.

-¿Qué piensas hacer con el cuadro?

Ella cerró el periódico que estaba leyendo. Sus movimientos seguían siendo nerviosos y distraídos y tenían algo juvenil. Ya no era delgada, sino escuálida, y la piel se tensaba sobre los huesos de la cara y las manos. Tenía el pelo casi blanco.

De repente el chico se sintió invadido por la compasión y la ternura.

-¿Y tú qué piensas hacer? -le preguntó con dulzura. Quiso cogerle la mano, pero ella la retiró.

-Voy a mudarme. En la falda de la montaña han construido una urbanización de casas con terraza, y yo me he comprado una de una sola habitación. No necesito más.

-¿La has comprado?

Ella lo miró hostil.

-He ido metiendo en una sola cuenta la pensión de tu padre y mi sueldo, y cogiendo para mí lo mismo que él se gastaba en bebida. ¿Algo que objetar?

-No -dijo él riéndose. Pero no me digas que en diez años se bebió lo que vale una casa.

La madre también se rió.

-Una casa entera, no. Pero sí más que la hipoteca con la que la he comprado.

El chico dudó.

-¿Por qué seguiste con él?

-Vaya pregunta -replicó la madre meneando la cabeza-. Durante un tiempo puedes escoger: si quieres hacer esto o lo otro, vivir con esta persona o con aquélla. Pero llega un día en que esa actividad y esa persona se convierten en tu vida, y entonces es una tontería preguntarse si quieres seguir con tu vida. Pero bueno, me has preguntado por el cuadro. No pienso hacer nada con él. Llévate lo o mételo en un banco, si es que tienen cajas de seguridad lo bastante grandes.

-¿Por qué no me explicas la historia del cuadro?

-Ay, hijo... -dijo ella mirándolo con tristeza-. No me apetece. Creo que tu padre estaba orgulloso de él, lo estuvo hasta el final. -Sonrió con gesto cansado-. Le habría gustado tanto ir a visitarte y ver cómo te las arreglabas con la carrera de derecho... Pero no se atrevió. Nunca nos invitaste. ¿Sabes? Los hijos sois igual de crueles que los padres. Pero más egoístas.

Él iba a protestar, pero comprendió que quizá ella tenía razón.

-Lo siento -dijo esquivando el tema.

Ella se levantó.

-Que duermas bien, hijo. Yo salgo mañana a las siete. Duerme todo lo que quieras, y cuando te vayas, no te olvides el cuadro.

De regreso a su buhardilla, colgó el cuadro sobre la cama. La cama estaba pegada a la pared de la izquierda; a la derecha estaban el armario y la estantería, y al fondo, bajo la claraboya, el escritorio.

-Se parece a mí. ¿Quién es?

La que hacía esa pregunta era una estudiante que le había gustado desde el primer curso. ¿Sería por su parecido con la niña? No era consciente de ello.

-No sé quién es. Si es que es alguien.

Iba a añadir: «En cualquier caso, tú eres más guapa». Pero se dio cuenta de que eso sería traicionar a la niña de la lagartija, y no quería hacerlo. ¿Se puede traicionar a una niña que sólo existe en un cuadro?

-¿En qué piensas?

-En lo guapa que eres.

Era muy guapa. Él estaba tumbado de espaldas en la cama, y ella sobre él. Lo contemplaba tranquila con los brazos sobre su pecho y la barbilla sobre los brazos. ¿O quizá miraba más allá de él, a través de él? Los ojos y los rizos oscuros, la frente alta, las mejillas frescas y sonrosadas, el perfil ondulado de las aletas de la nariz y los labios: estaba totalmente pendiente de él en su belleza y al mismo tiempo extrañamente concentrada en sí misma. ¿O quizá él se lo imaginaba así? ¿La mujer a la que amaba se convertía en imagen porque la amaba? ¿Pendiente de él y al mismo tiempo inalcanzable?

-¿De quién es?

-No lo sé.

-Tiene que estar firmado.

Se incorporó y observó atentamente el margen inferior del cuadro. Luego lo miró a él.

-Oye, pero si es un original...

-Sí.

-¿Sabes cuánto vale?

-No.

-A lo mejor vale una pasta. ¿De dónde lo has sacado?

Se acordó de la conversación con su padre, hacía muchos años.

-¡Ven aquí! -dijo abriendo los brazos de par en par-. No quiero saber lo que vale. Si lo supiera y te lo dijera, siempre me estaría preguntando si me quieres por mí o por el cuadro.

Ella se echó en sus brazos.

-No seas idiota. Si es valioso, no puedes tenerlo aquí. Aquí en verano hace demasiado calor y en invierno demasiado frío, y además con ese trasto de estufa cualquier día vas a quemar la buhardilla y la casa entera, y tú a lo mejor puedes refugiarte en la buhardilla de al lado, pero el cuadro se quemará. Un cuadro valioso

necesita temperatura estable, humedad regular y no sé cuántas cosas más. Y si no puedes tenerlo aquí, lo mejor es que lo vendas. No haces más que trabajar y trabajar y no te permites ningún lujo porque no tienes dinero. Es absurdo.

Él empezó a hablar de su nuevo trabajo y consiguió cambiar de tema. Pero ella le dijo al marcharse:

-¿Sabes una cosa?

-¿Qué?

-Mi hermano estudia historia del arte. Creo que debería echarle una mirada al cuadro.

Él no lo permitió. Escondió el cuadro debajo de la cama y cuando ella volvió a la buhardilla, le dijo que su madre le había pedido que se lo devolviera. Pese a todo, ella habló con su hermano, que no recordaba ningún cuadro por el estilo ni ningún pintor que encajara, pero sí la revista *Lézard violet*, fundada en París en la transición entre el dadá y el surrealismo, y que apareció diez veces entre 1924 y 1930. Luego ella se olvidó del cuadro.

Cada vez que ella se marchaba, él volvía a colgarlo sobre la cama. Al principio era un juego; descolgaba el cuadro con una sonrisa y volvía a colgarlo con una sonrisa, se despedía de la niña y la saludaba con un comentario jocoso. Luego empezó a cansarse de tener que descolgar el cuadro cada vez que venía la otra, y al final se cansó de que viniera. Cuando estaban acostados juntos, después de hacer el amor, sólo esperaba que se fuera para poder volver a colgar el cuadro y reanudar su vida.

Al final ella lo dejó.

-No sé lo que tienes en la cabeza y en el corazón -dijo tocándolo con un dedo primero en la frente y luego en el pecho-. Supongo que debes guardar ahí un sitio para mí. Pero me resulta demasiado pequeño.

Sufría más de lo que había previsto. A veces se enfadaba y pensaba que sin el cuadro las cosas le irían mejor. Pero ni siquiera entonces podía prescindir de él. Hablaba con la niña. Le decía que sin ella las cosas le irían mejor. Que lo había metido en un buen lío. Que por lo menos podría mirarlo con más simpatía. Y le preguntaba si estaba orgullosa de haber conseguido echar a su competidora. Pero que no se hiciera ilusiones...

Una noche cogió el libro sobre René Dalmann y siguió leyendo. Al acabar sus estudios en la academia de bellas artes, el joven artista se instaló en casa de una viuda rica de Karlsruhe, que le montó un taller. En la pequeña ciudad bienpensante, aquello causó un escándalo del que ellos, según el biógrafo, disfrutaron más que de su complicada relación amorosa. Al principio Dalmann intentó ganarse la vida como retratista, y sus primeros retratos eran convencionales; pero un día pensó: ya que me acusan de llevar una vida escandalosa, voy a pintar retratos escandalosos, y pintó la funcional cabeza del presidente del tribunal superior de Karlsruhe como si fuera de madera tallada, y a su hijo, un rumboso teniente, con las charreteras, las medallas y el sable en la cara. El presidente del tribunal superior le puso una querrela de la que Dalmann escapó viajando a Bretaña, donde la familia de su madre, que se había marchado de Alsacia en 1871, tenía una casa. Allí, donde había pasado muchas vacaciones con sus padres y hermanos, se quedó hasta que estalló la guerra, momento en el que ingresó voluntariamente en el ejército francés como sanitario. En aquellos años, por falta de tiempo y de recursos, sólo dibujó bocetos en los que, además de soldados heridos, mutilados y agonizantes, aparecían temas religiosos: Adán y Eva como un matrimonio perdido en el paraíso de los campos de batalla, y la curación de un soldado tullido por un Cristo tullido. Acabada la guerra, se instaló en París, donde pasaba mucho tiempo en el Café Certá, aunque sin adherirse al grupo de los dadaístas, y con André Bretón, con quien ingresó en el Partido Comunista, pero al que no permitió que lo encuadrara dentro de los surrealistas. Se mantenía apartado hasta que fundó con unos cuantos amigos el *Lézard violet*. Sacaron un artículo de René Magritte sobre la pintura como pensamiento y otro de Salvador Dalí sobre el corte en el ojo de la muchacha, y también publicaron sin permiso un pequeño ensayo de Max Beckmann sobre el colectivismo, traducido al inglés, que el pintor alemán había escrito durante su viaje de bodas. Por su parte, René Dalmann escribió un artículo sobre la emancipación de la fantasía por encima de la voluntad y se encargó del diseño de la revista.

Todo eso no le interesaba demasiado, así que dejó de leer y empezó a hojear. Al final del libro había varias páginas con datos biográficos de René Dalmann, una bibliografía de escritos suyos y sobre él y una lista de sus exposiciones. En 1933 constaba la exposición «Est-ce qu'il y a un surréalisme allemand?» en la galería Colle de París, y se mencionaba que la cubierta del catálogo de la exposición mostraba una

reproducción de *El lagarto y la niña* de René Dalmann. El lagarto y la niña.

A la mañana siguiente se fue al departamento de historia del arte de la universidad y buscó un ejemplar de aquel catálogo de 1933. Pero no lo encontró, así que decidió saltarse unas cuantas clases e inventarse una gripe para excusarse en el restaurante en el que trabajaba al mediodía, y se marchó a la ciudad en la que hacía unos años había visto el cuadro sobre la posguerra y el autorretrato de René Dalmann y donde había comprado el libro. Allí también había una universidad y un departamento de historia del arte, pero tampoco tenían el catálogo. Se encontraba ya en un estado de febril nerviosismo. La bibliotecaria se dio cuenta y le preguntó qué le ocurría. Le explicó que estaba buscando *El lagarto y la niña* de René Dalmann y no encontraba el catálogo en cuya cubierta se reproducía el cuadro. Y le preguntó dónde estaba el departamento de historia del arte más cercano.

-¿Por qué tiene que ser la reproducción del catálogo?

Él la miró sin entender nada.

-Tiene que haber más fotos, tomadas por el mismo pintor, por el galerista, por la prensa, por el museo donde está expuesto el cuadro.

-¿O sea que está expuesto en un museo? ¿Dónde?

-Tenemos un archivo de cuadros. Ven conmigo.

La siguió por el pasillo hasta una sala donde había un proyector y unas cajas de cartón etiquetadas con nombres. Se tranquilizó. Incluso advirtió que la bibliotecaria tenía buen tipo y andares ligeros, y que lo observaba con ojos vivaces que se burlaban amablemente de su nerviosismo. La chica cogió una caja de la estantería, estudió una lista que estaba pegada en la parte interior de la tapa, echó mano a una diapositiva, casi del tamaño de una postal y enmarcada en cartulina negra, y la metió en el proyector.

-¿Puedes apagar la luz?

Él buscó el interruptor y lo pulsó. Ella puso en marcha el proyector.

-Dios mío -dijo él. Era su cuadro. La niña, la playa, la roca. Pero por la izquierda no asomaba la niña, sino una lagartija enorme, y sobre la roca no tomaba el sol una lagartija, sino una niña minúscula, encantadora, con rizos oscuros y cara pálida, corsé claro y falda oscura. Estaba tumbada de lado, con la cabeza sobre los brazos, a medias niña juguetona y a medias hembra seductora.

-¿En qué museo está el cuadro?

-Eso hay que mirarlo en el otro lado.

La bibliotecaria desconectó el proyector, retiró la diapositiva y volvió a la sala de los libros. Él la miró sacar varios libros de las estanterías y hojearlos.

-Supongo que como recompensa me invitarás a cenar, ¿no? -dijo, y siguió hojeando. ¡Vaya!

-¿Qué pasa?

-No está en ningún museo. Desapareció. Desapareció y posiblemente fue destruido. La última vez que se expuso fue en 1937, en la exposición «Arte degenerado», en Munich.

Él la miraba sin entender nada.

-Estuvo expuesto en el grupo cinco. Te leo el comentario sobre ese grupo: «Para hacer pornografía no se necesitan personas desnudas, y el arte degenerado no siempre refleja imágenes desfiguradas. Con pincel diestro, el judío puede pintar al empresario alemán como libertino capitalista y a la joven alemana como su viciosa concubina. Para el judío, la suciedad, el marxismo y la lucha de clases van de la mano. Si pensamos que esta muestra la visitarán también madres y esposas alemanas...». ¿Sigo leyendo?

-¿Hay otro cuadro de René Dalmann que se llame *La niña de la lagartija*?

Ella hojeó el libro.

-¿Qué hay de la cena?

-¿A qué hora sales?

-A las cuatro.

-A esa hora no dan de cenar en ningún sitio.

-Y aquí no hay ninguna niña de la lagartija. ¿Seguro que el cuadro se llama así?

-No lo sé.

Así era como lo llamaban su padre y su madre, y ahora él también. Pero bien podía ser que René Dalmann lo hubiera llamado de otra manera.

-En cualquier caso, salen una niña y una lagartija, justo al revés de lo que hemos visto hace un momento.

-Es curioso. ¿Dónde lo has visto?

-Uf, ya no me acuerdo.

Estaba siendo imprudente, hablaba demasiado. Había hecho más preguntas de las convenientes. Por suerte no había dicho su nombre. Decidió desaparecer sin dejar rastro.

Ella se lo quedó mirando mientras pensaba.

-¿Qué te pasa?

-Tengo que irme. Te espero abajo a las cuatro, ¿vale?

Salió corriendo del departamento, sin importarle el ridículo. Pero mientras

descansaba sentado en un banco a orillas del lago del centro de la ciudad, se dio cuenta de que había muchas cosas que ignoraba y que necesitaba averiguar. Así que a las cuatro se presentó en la puerta del departamento de historia del arte. Ella bajó las escaleras y volvió a mirarlo con sorna cordial.

-Las lagartijas son unos animales muy tímidos.

-Creo que tengo que explicarte unas cuantas cosas. ¿Vamos a tomar el sol a un banco junto al lago?

De camino al lago empezó a explicar su historia. Era estudiante de derecho y trabajaba en el despacho de un abogado que se ocupaba sobre todo de asuntos de herencias, disputas entre herederos, localización de herederos, tasación de herencias. En este caso se trataba de un ciudadano americano que había muerto y entre cuyas posesiones se había encontrado un cuadro sin informe de peritaje y sin firma, quizá sin ningún valor, pero quizá con mucho, y a él le habían encargado averiguar la historia del cuadro.

-¿Un americano?

Él extendió su chaqueta sobre el suelo y se sentaron en el césped a la orilla del lago.

-Un alemán emigrado a Estados Unidos, a cuyos herederos estamos buscando en Alemania.

-¿Tienes una reproducción del cuadro?

-Aquí no. Pero ya me lo sé de memoria.

Lo describió.

-Vaya -dijo ella mirándolo desde un lado-, cualquiera diría que estás enamorado de ese cuadro...

Él se sonrojó, giró la cabeza y fingió que seguía con la mirada a un velero.

-No importa. Si es un Dalmann, será un gran descubrimiento. ¿Has visto sus cuadros en el museo?

Y ella desvió la conversación hacia otros temas: el museo, la ciudad, la vida en la ciudad, y ellos mismos: de dónde eran, adonde querían ir en la vida. Él procuraba intercalar sus preguntas: cómo se identificaba al autor de un cuadro, cómo se averiguaba adonde había ido a parar la obra, quiénes eran sus legítimos propietarios. Ella atendía a las preguntas, pero hacía lo posible para que se deslizaran fuera de la conversación. Cuando el sol desapareció detrás de las casas y empezó a refrescar, se pusieron a pasear alrededor del lago.

-¿Tienes novio? -le preguntó. No podía imaginarse que no lo tuviera. Era vivaz, inteligente, ingeniosa, y no sólo guapa, sino que además tenía una manera encantadora de apartarse el pelo rubio de la cara y arrugar la nariz.

-Rompimos hace tres meses. ¿Y tú?

Él calculó.

-Hace cuatro.

Cenaron en un restaurante. Se dio cuenta de que quería enamorarse, de que quería

comunicarse con ella, confiar en ella. Pero debía andar con cuidado y escurrir el bulto constantemente: cada vez que tenía que hablar de sus padres, de la novia con la que había roto, de las mujeres que le gustaban y de cómo vivía. No podía dejarse ir como le habría gustado. Comprendió que si se hubieran encontrado en su ciudad, no podría llevarla a su habitación, porque el cuadro estaba allí.

Ella lo acompañó a la estación. En el andén le anotó en un papel su nombre, su dirección y su número de teléfono. Él, después de dudar un momento, le dejó también su nombre y dirección verdaderos.

-No estarás estudiando para detective, ¿verdad?

Volvía a tener aquella burla cordial en los ojos.

-¿Por qué?

-Por nada.

Le echó los brazos al cuello y le dio un breve beso en la boca.

-En cuanto a lo que me preguntabas: hay que llevar el cuadro a Sotheby's o a Christie's. O si eres un pequeño detective, como tú, coges el libro que tienes sobre el pintor, miras quién lo ha escrito y le mandas una carta a través de la editorial. A menos que tengas algo que ocultar y que no quieras que sepa nadie.

-Ya sale el tren.

Anunciaron por megafonía que se iban a cerrar las puertas y el tren estaba a punto de salir. Él ya había subido.

-Ocultar cosas es muy pesado.

Él sólo pudo asentir con la cabeza. Las puertas ya estaban cerradas.

-Te espera un destino muy duro -le dijo a la niña de la lagartija-. Ella cada vez se hace más grande y tú más pequeña, y al final tendrás que hacerte la simpática con ella. ¡Tú, la niña, hacerte la simpática con una lagartija! Claro que a lo mejor es que le has dado un beso pensando que se convertiría en un príncipe, y en vez de eso ella se ha hinchado y tú te has encogido.

Miró a la niña, y lo que había hecho René Dalmann le pareció una jugarreta y un sacrilegio.

-¿Eres su hermana? ¿Te odiaba? O quizá te quería y te odiaba al mismo tiempo...

Salió de la habitación y se fue al cuarto de baño. Sobre el minúsculo lavamanos había instalado un minúsculo estante para el cepillo de dientes, la brocha y la maquinilla de afeitar, el peine y el cepillo para el pelo. Sacó la hoja de afeitar de la maquinilla y volvió a la habitación.

-No te va a gustar, pero no me queda más remedio.

Cortó a lo largo del marco el papel que estaba pegado al dorso del cuadro. Descubrió que el grueso marco dorado estaba atornillado a otro marco que sujetaba el lienzo. Los tornillos eran pequeños; los extrajo con el destornillador que usaba para reparar los enchufes. Temía que el marco dorado se quedara pegado al lienzo, pero consiguió desprenderlo fácilmente.

Apoyó el cuadro contra la pared, junto a la cama, y se sentó en el suelo frente a él. Ya no le sorprendió encontrar en la esquina inferior derecha la palabra «Dalmann», en caligrafía infantil, con la D formando un arco que acababa con un garabato, un poco torcida. Lo que le habría asombrado habría sido encontrar otro nombre o no encontrar ninguno. Pero lo único sorprendente era la impresión que causaba ahora el cuadro con los centímetros adicionales que quedaban a la vista tras retirar el marco. El nuevo fragmento de cielo por encima de la cabeza de la niña, el codo, cuyo extremo ya no quedaba oculto bajo el marco, el cuerpo de la lagartija, que ahora se veía entero: de repente el cuadro había alzado el pecho y la cabeza, como una persona que, en la playa, siente el viento y huele el mar.

-¿Fue mi padre el que te encerró? ¿O fue el antiguo, o actual propietario del cuadro? ¿Y quién era o es esa persona?

Examinó el marco y encontró la etiqueta de un marchante de arte de Estrasburgo.

Durante el viaje en tren hacia su ciudad natal acabó de leer la biografía de René Dalmann. En 1930 el pintor se trasladó de París a Berlín con Lydia Diakonow. Era una cabaretera, hija de un médico judío convertido al cristianismo ortodoxo, una criatura de elástica y enigmática belleza. Dalmann la llamaba «mi lagartija», lagarta, lagartijilla... Le escribía cartas de una ternura inquebrantable. Gracias a su apellido alemán y a que hablaba la lengua alemana sin acento, enseguida fue reconocido y acogido como artista alemán; Ludwig Justi le dedicó una de las salas pequeñas del Kronprinzenpalais. En 1933, cuando su *Danza callejera de la muerte* fue expuesta en

Karlsruhe en la muestra «Arte gubernamental 1918-1933», René Dalmann comentó sarcásticamente: ¿Arte gubernamental alemán? Aquella serie la había pintado en París en 1928. Pero luego Eberhard Hanfstaengel cerró la sala Dalmann, y el cabaret de Lydia fue destrozado una noche por las SA. En 1937, antes de la inauguración de la exposición «Arte degenerado» en Munich, René y Lydia Dalmann, ya casados, salieron de Alemania y se instalaron en Estrasburgo. A pesar de que tenía la nacionalidad francesa, siguieron considerándolo un artista alemán. En 1938 se mostraron obras suyas en Londres en la exposición «Twentieth Century German Art». En Amsterdam y en París se expusieron cuadros suyos confiscados y vendidos por las autoridades alemanas y adquiridos por marchantes y coleccionistas interesados por su obra.

Tras la entrada de las tropas alemanas en Estrasburgo, René y Lydia Dalmann desaparecieron sin dejar rastro. Puede ser que no salieran de Estrasburgo, que huyeran a la Francia libre o que pasaran a Estados Unidos a través de Portugal: el biógrafo señalaba minuciosamente los pros y contras de cada una de esas posibilidades, pero no llegaba a ninguna conclusión definitiva. En cualquier caso, sin duda usarían nombres falsos. En 1946 hubo en Nueva York una exposición de un tal Ron Valomme, con cuadros que por su técnica pictórica anunciaban a los nuevos salvajes, pero por el contenido pertenecían al ámbito dadá-surrealista. Algunos críticos conjeturaron que Ron Valomme y René Dalmann podían ser la misma persona. Pero tampoco hay ningún dato fiable acerca de Ron Valomme.

No tenía llave del piso en el que vivía su madre. Se sentó en el escalón de la puerta, miró la calzada adoquinada que conducía a las casas y los garajes, los arbustos perennes que cubrían la ladera, y el rosal situado junto a la puerta, con el que su madre intentaba combatir el ambiente aséptico de la urbanización. Pensó en su padre. Se dio cuenta de que no sabía nada de él, de sus padres, que murieron en los bombardeos de la guerra, de su formación, de sus actividades antes y durante la guerra ni de la carrera profesional que desarrolló después.

-¿Qué hizo papá en la guerra?

Estaba sentado en la terraza con su madre. Ella había vuelto del trabajo y había preparado té. Su mirada se perdía en el paisaje, por encima de los tejados.

La madre suspiró.

-Ya empezamos.

-No empezamos. Mi padre está muerto y no tengo la menor intención de juzgarlo ni de condenarlo. Sólo quiero saber cómo llegó a sus manos el cuadro de René Dalmann. No sé exactamente cuánto vale, pero estoy seguro de que serán por lo menos cien mil marcos. Quiero saber por qué se andaba con tanto misterio con el cuadro.

-Porque tenía miedo de que se lo quitaran. Cuando fue juez militar en Estrasburgo, se enteró de que las personas que lo alojaban eran judíos con documentación falsa, y les ayudó. Y a cambio ellos le regalaron el cuadro.

-¿Y cuál era el problema?

-Después de la guerra, el pintor y su mujer desaparecieron, y corrieron muchos rumores. Tu padre tuvo miedo de que sospecharan de él si se sabía que tenía el cuadro. No podía demostrar que se lo habían regalado.

Miró a su madre. Ella, sentada a su lado, apartó la vista.

-Mamá...

-Dime -contestó ella sin girar la cara.

-¿Tú estuviste con él en Estrasburgo? ¿Todo eso que me cuentas, lo sabes de primera mano o te lo contó él?

-¿Qué pintaba yo a su lado en Estrasburgo en plena guerra?

-¿Tú te crees esa historia?

Siguió sin girar la cara. Él veía su perfil, que no delataba ninguna señal de irritación, enfado o tristeza.

-Cuando lo liberaron los franceses, en 1948, y volvimos a vernos, yo estaba demasiado ocupada para preocuparme de sus batallitas. Además, por aquel entonces la gente no paraba de contar historias de la guerra.

-Entonces, si le creías, ¿a qué venían tus comentarios irónicos sobre «la niña judía»?

-Tienes buena memoria.

Él no replicó.

-¿Por qué la llamabas así?

-Yo pensaba que la niña era la hija del pintor, y como eran judíos...

-Eso no explica tu ironía -replicó él meneando la cabeza-. No, tú no te creías esa historia. Todo eso de que ayudó a unos judíos... No puede ser que te lo creyeras. O en cualquier caso, pensabas que había algo más, que papá tuvo algo que ver con la niña. ¿La chantajeó? ¿La obligó a acostarse con él? ¿Sabías que era la mujer del

pintor?

Ella no dijo nada.

-¿Por qué papá perdió su puesto de juez?

La miraba por encima de la mesa. Ella tenía la barbilla inclinada hacia adelante y los labios fruncidos, y el chico comprendió que rechazaba aquella pregunta.

-¿Prefieres que se lo pregunte a sus excompañeros de trabajo? Seguro que encuentro alguno que entienda que como futuro profesional del derecho necesito saber la verdad.

-Fue juez militar. Tenía que ser severo. Tenía que ser duro. ¿Crees que así se hacen amigos?

-No, pero después de la guerra eso no habría sido motivo para que lo castigasen.

-Lo acusaron de algo que no era cierto, pero que sonaba tan mal que no quiso exponerse a que se lo echaran en cara. Y tampoco a ti y a mí.

Él seguía mirándola.

-Decían que condenó a muerte a un oficial que había protegido de la policía a unos judíos. Y ya que dices que necesitas saber toda la verdad, que sepas que ese oficial era amigo suyo y que lo denunció él mismo.

-Supongo que el que lo acusó, fuera quien fuese, tendría testigos, documentos o informes. ¿El asunto salió en la prensa?

-En la prensa nacional sí, en la de aquí no. Aquí lo taparon enseguida.

Podía buscar la prensa nacional de aquella época, encontrar al periodista que había acusado a su padre y estudiar los documentos. Quizá también podría averiguar dónde se había alojado su padre en Estrasburgo y quién más vivía en aquella casa por entonces. ¿Existían listas de los judíos de Estrasburgo que habían sido deportados a campos de exterminio? ¿Existían parientes de René Dalmann con los que valiera la pena hablar?

-¿Qué dijo papá para defenderse? -preguntó el chico, pero al cabo de un instante se dio cuenta de que no quería saberlo.

-Que él y aquel oficial y otro oficial más habían ayudado a muchos judíos y que fue necesario condenar a muerte a aquél para que no cayeran todos, y sobre todo para salvar a los judíos. Y que fue una maldita casualidad que le tocara a él llevar el caso y dictar sentencia.

El chico se rió.

-¿O sea que él no hizo nada malo y fueron los demás los que lo entendieron mal?

Su madre le propuso que durmiera en el sofá; de todos modos, ella solía dormir en el suelo, debido a sus dolores de espalda. Pero él se negó; le parecía insoportable pasar la noche en el sofá donde normalmente dormía su madre, notando su olor y los hoyos marcados por su cuerpo.

Y, sin embargo, se despertó en plena noche y notó la presencia de su madre con la misma intensidad que si estuviera tumbado en el sofá. Percibía su olor y la oía respirar. Vio a la luz de la luna la ropa de su madre, repartida ordenadamente sobre el respaldo, el asiento y los brazos de la silla. Un par de veces, ella se movió en sueños y se deslizó al borde del sofá; entonces la luz caía sobre su cara, y él veía su pelo blanco y sus rasgos duros. Sabía que había sido una mujer guapa; una vez había visto una foto que su padre había tomado durante el viaje de bodas: ella se dirigía hacia él entre los setos de un parque, con un vestido claro, con paso ligero y con gesto dulce, sorprendido, feliz. Pero no se acordaba de haberla visto nunca tan contenta o tan dulce en persona, ni con él ni con su padre. ¿Sería por culpa de la guerra? ¿Sería por lo que sucedió en Estrasburgo? ¿Quizá su padre le había hecho a ella o a otras personas algo que no pudiera perdonarle? Pero ¿por qué había sido tan dura también con él? ¿Por ser hijo de su padre?

Luego la tristeza lo venció. Le daban pena su madre y su padre, y se daba pena él mismo, sobre todo él mismo. La presencia de su madre, su ropa, su respiración, su olor, seguían oprimiéndole, pero al mismo tiempo le dolía que fuera así. ¿Por qué no recordaba ningún momento de su infancia en que su madre lo tratara con cariño y ternura? Si los recordara, podría reconocer en el cuerpo actual de su madre al de entonces, y amarlo.

Por la mañana, ella le dio una carpeta. Contenía, recortados y pegados en folios blancos, los artículos de prensa sobre el caso que su padre había ido guardando; en el margen superior había anotado la fuente y en el margen derecho interrogantes y signos de admiración que expresaban su conformidad o desacuerdo. En la mayoría de los casos su actitud era de rechazo; incluso había corregido algunos textos como si fueran las páginas de un manuscrito. Por ejemplo, había tachado con una raya su fecha de nacimiento, y en el margen derecho había reproducido la raya, acompañada de la fecha correcta. Había corregido todo lo que consideraba erróneo: las fechas de su actividad como juez militar en Estrasburgo, la graduación de los oficiales implicados, el modo en que se produjo la presentación y rechazo de una solicitud de gracia y la fecha de la ejecución del oficial al que condenó a muerte. Pero donde había más rectificaciones era en un artículo largo procedente de un periódico importante. Detrás de él había varios folios, titulados «Réplica» y mecanografiados con la máquina de escribir que el hijo conocía bien. «Es falso que mi actividad como juez militar en Estrasburgo se iniciase el 1 de julio de 1943. En realidad...». Y seguía así folio tras folio. «Es falso que yo traicionase y espiase al acusado y abusase de su

confianza en lo referente a sus esfuerzos por salvaguardar a ciudadanos judíos. En realidad, contribuí a sus esfuerzos en la medida de mis posibilidades, lo previne de peligros inminentes y más adelante intenté protegerlo a él y a los judíos, incluso incurriendo yo mismo en grave riesgo y descuidando importantes deberes de mi cargo. Es falso que dictara la condena a muerte por motivos egoístas y con el propósito de conculcar la ley en perjuicio del acusado. En realidad, a la vista de las pruebas aportadas y de la legislación vigente en aquel momento y lugar, no tuve más remedio que condenar a muerte al acusado. Es falso que me enriqueciera ilegalmente con propiedades de judíos ni que me ofreciera a tomar en depósito los bienes muebles con los que proyectaban huir, con el fin de apoderarme de ellos. En realidad, ni yo estaba autorizado a disponer en forma alguna de propiedades de ciudadanos judíos, ni tenía el deber de velar por su patrimonio, y por lo tanto no podía abusar de esa autorización ni vulnerar ese deber. Es falso que yo...».

La madre lo miraba mientras leía. Él le preguntó:

-¿Has leído la réplica?

-Sí.

-¿Salió publicada? ¿La envió al diario?

-No. El abogado no quiso.

-¿Y tú querías?

-¿Crees que me lo preguntó?

-Pero ¿qué te pareció cuando la leiste? ¿Qué te habría parecido si la hubiese publicado?

-¿Que qué me pareció? –replicó ella encogiéndose de hombros. Todo lo que escribió estaba pensado hasta el último detalle. No habrían podido pillarlo en falso ni en una sola frase.

”Copió artículos enteros del código penal. Los copió para demostrar que no podían castigarlo. Pero da escalofríos leerlo. Es como si lo reconociera todo pero se empeñara en que no había cometido ningún delito. Como si reconocieras que has envenenado a alguien, pero dejando claro que el plato estaba cocinado de acuerdo con el manual de la perfecta cocinera. Eso es lo que se siente al leerlo.

Ella cogió la carpeta, volvió a apilar los folios cuidadosamente de izquierda a derecha y la cerró.

-Sí, se había vuelto precavido. Durante la guerra ya se había metido en suficientes líos para toda su vida. Después de la guerra se volvió más precavido, en buena parte por consideración a nosotros. Era precavido incluso cuando bebía. Ya sabes lo que les pasa a los borrachos: cuando hay algo que deberían callarse, acaban contándolo aunque no quieran. Pero él nunca.

Parecía orgullosa. Orgullosa de que su marido no alardease de lo que le había hecho a ella y a otras personas.

-¿Te pidió perdón alguna vez por lo que te hizo?

-¿Pedirme perdón? -replicó ella mirándolo desconcertada. Él comprendió que era

mejor dejarlo correr. Su madre no le ocultaba nada; simplemente ignoraba lo que él quería averiguar y no entendía lo que le pedía y por qué se lo pedía. Sólo quería que los dejase en paz, a ella y a su marido, igual que ella lo dejaba en paz a él. La habían herido en el alma, pero la herida estaba cauterizada, y todo el tejido tierno de su alma, todo lo que la hacía capaz de ser feliz y de amar, se había convertido en callo, en tejido cicatrizado y duro. Quizá se habría podido curar el dolor en aquella época, justo cuando sufrió la herida, o poco después. Pero ahora era demasiado tarde. Hacía demasiado tiempo que era tarde. Llevaba demasiado tiempo viviendo con sus cicatrices, sus mentiras y sus precauciones.

Entonces él se dio cuenta de una cosa. No era la primera vez que su madre lo dejaba en paz. Hasta donde recordaba, siempre lo había dejado en paz y siempre había querido que él la dejase en paz a ella. Como si en realidad él no tuviese nada que ver con ella. Como si alguna vez él la hubiera trastornado demasiado, en lo más hondo de su ser.

-Dime una cosa: cuando te quedaste embarazada de mí, ¿fue porque papá te violó? ¿Fue cuando estaba en Estrasburgo, haciendo barbaridades y liado con la judía? ¿Vino una noche, y te negaste a acostarte con él porque sabías que existía la otra, y él, pisoteando tu opinión y tu voluntad, te forzó a hacer el amor con él? ¿Fue así como vine al mundo? ¿Y no me lo has perdonado nunca?

Ella meneó la cabeza repetidamente. Y entonces él vio que lloraba. Al principio se quedó rígida y muda; sólo le corrían las lágrimas por las mejillas, se detenían un instante en la barbilla y goteaban sobre la falda. Cuando levantó las manos y se secó las lágrimas de la cara, emitió un sollozo.

Él se levantó, se acercó a la silla en la que estaba sentada su madre e intentó abrazarla. Seguía rígida y tiesa, sin dejarse abrazar. Le habló, pero sus palabras le rebotaron. Y siguió guardando silencio cuando él se despidió.

Volvió a su casa y reanudó su vida habitual. Un día la bibliotecaria le envió una carta diciéndole que tenía que ir a su ciudad, y quedaron para verse; salieron a pasear juntos, cenaron y luego fueron a casa del chico. El cuadro estaba escondido debajo de la cama.

Pero aun así él no estaba tranquilo. ¿Qué pasaría si ella miraba casualmente debajo de la cama y descubría el cuadro? ¿Y si el somier y el colchón se hundían? El cuadro se desgarraría, y además quedaría a la vista al retirar la cama. ¿Qué pasaría si él se ponía a hablar en sueños con la niña de la lagartija? Durante el día lo hacía muchas veces. «Niña de la lagartija», decía, «tengo que ponerme a estudiar», y le explicaba lo que tenía que estudiar. O le preguntaba su opinión sobre la ropa que había de ponerse aquella mañana. O la reñía por no haberlo despertado puntualmente a primera hora. O hablaba con ella sobre lo que debió de sucederle con René Dalmann y con su padre. «¿Fue tu pintor quien te regaló a mi padre? ¿O fue mi padre quien te arrebató con malas artes, cuando tu pintor intentaba huir contigo? ¿Por qué precisamente contigo?». Y le preguntaba una y otra vez: «¿Qué voy a hacer contigo, niña de la lagartija?».

¿Debía buscar a los herederos de Dalmann y darles el cuadro? Pero no creía que tuvieran derecho a ello por su simple condición de herederos. ¿Debía vender el cuadro y disfrutar del dinero? ¿O hacer una buena obra? Al aprovecharse de las injusticias cometidas por su padre, ¿no había contraído una deuda con las víctimas? Pero, en el fondo, ¿de qué se estaba aprovechando? El hecho de que pudiera contemplar a la niña de la lagartija y hablar con ella, ¿era una suerte o una desgracia?

-¿Qué pasó al final con aquel cuadro?

Estaban echados en la cama, mirándose el uno al otro.

-Todavía no he aclarado nada -dijo él con un gesto que quería expresar que aquello le dolía un poco, pero en el fondo le resultaba indiferente-. Además, ya no trabajo para aquel gabinete.

-¿O sea que a lo mejor en este momento hay en Manhattan un pequeño piso cuyo inquilino ha muerto, y en el que cuelga, ignorado por el mundo, un cuadro de uno de los pintores más famosos de este siglo? El inquilino era pobre y viejo, y por encima de la sucia mesa corretean las cucarachas, las ratas le roen los zapatos, en su cama duerme un pandillero que ha reventado la puerta del piso y se ha instalado en plan okupa, y un día, pim pam pum, hay un tiroteo, y a la niña le pegan un tiro en la frente y la lagartija pierde la cola. Y a lo mejor el viejo era el propio Dalmann...

La chica se iba demasiado por las ramas. Pero a él le gustaba escucharla.

-¿No te sientes culpable?

-¿De qué?

-De que el misterio quede sin resolver.

-El que quiera saber más, que vaya a Sotheby's o a Christie's o que se ponga en

contacto con algún biógrafo de René Dalmann.

Ella se arrebujó contra él.

-Vaya, parece que has aprendido algo. ¿Es así? ¿Has aprendido algo?

Él no quería quedarse dormido. Temía hablar en sueños. No quería que ella se despertase, fuese al lavabo, buscase sus zapatos debajo de la cama y encontrase el cuadro. No quería que... Pero al final se durmió y no se despertó hasta que ya era de día, cuando ella, volviendo del lavabo, se echó en la cama tan bruscamente que él temió lo peor. Pero el somier y el colchón resistieron.

-Tengo que coger el tren de las 7.44 para poder estar en el departamento a las nueve.

-Te llevo.

Antes de cerrar la puerta con llave, echó una mirada atrás, y se dio cuenta de que su habitación le molestaba. Ya no era su habitación. Ella le había revuelto los libros, tenía la regla y le había manchado la cama de sangre, se había traído de un paseo por la playa un viejo pesacartas oxidado y lo había dejado por allí. Y la niña de la lagartija no colgaba encima de la cama. Cuando dejó a la bibliotecaria en la estación y se despidió, ya un poco distraído e inquieto, y llegó a casa, ordenó la habitación. Puso los libros en la estantería, cambió las sábanas, colgó el cuadro sobre la cama y dejó el pesacartas en el armario, detrás de la maleta.

-Sí, niña de la lagartija, ahora todo vuelve a estar bien.

De pie en medio de la habitación, contempló el orden restablecido. El orden de los libros en la estantería, que le recordaba el orden de la estantería de su padre. La precaria pulcritud que su madre había conseguido imponer en su lucha contra la decadencia familiar. La niña de la lagartija, ya sin el grueso marco dorado, sólo el lienzo extendido sobre la madera, en posición dominante como antes en casa de sus padres. Y como allí, tesoro, secreto, ventana a la belleza y la libertad y al mismo tiempo instancia dominante, controladora, a la que había que rendir sacrificios. Pensó en la vida que tenía por delante.

Aquel día no hizo nada. Anduvo un poco por la calle, pasó por delante de la facultad de derecho, del bar en el que trabajaba, y de la casa de la estudiante con la que había tenido una relación amorosa. ¿O quizá nunca había aprendido a amar?

Al atardecer volvió un momento a casa, sacó la sábana de la cama y envolvió en ella el cuadro y el marco junto con unos cuantos periódicos. Y se fue con el bulto a la playa. Había hogueras, rodeadas de gente joven que se divertía. Caminó hasta dejar atrás la última hoguera. Los diarios y la sábana ardieron rápido, y también el marco se quemó enseguida. Tiró el cuadro al fuego. La pintura se fundió, y la niña se deshizo y se volvió irreconocible. Pero antes de que las llamas lo devoraran por completo, el lienzo, que había empezado a arder por el borde, se desprendió y dejó a la vista otro cuadro cuyo lienzo estaba sujeto al marco por debajo de la niña de la lagartija. La enorme lagartija, la niña minúscula: durante una fracción de segundo pudo ver el cuadro que René Dalmann quiso proteger y llevarse en su huida. Luego el

lienzo quedó envuelto en llamas.

Cuando el fuego se apagó, juntó las brasas con la punta del zapato. No esperó a que el fuego lo consumiera y lo redujera todo a cenizas. Se quedó mirando un rato las llamas rojas y azules. Y luego se fue a casa.

De todos los amigos que tuve en Berlín Oriental, sólo Sven y Paula siguieron siéndolo después de la caída del Muro. Las otras amistades no sobrevivieron al cambio. Siempre pasaba lo mismo: empezábamos a vernos cada vez menos, y un día el encuentro quedaba anulado en el último minuto. Había mucho que hacer: buscar trabajo, reformar pisos y edificios, aprovechar ventajas fiscales, hacer negocios, enriquecerse, viajar. Antes en el Este no había nada que hacer, porque el Estado no dejaba hacer nada, y en el Oeste no había que hacer nada, porque tarde o temprano el dinero de Bonn llegaba infaliblemente. Teníamos tiempo de sobras.

Sven y yo nos conocimos jugando al ajedrez. Yo me instalé en Berlín en el verano de 1986; como no conocía a nadie, los fines de semana me dedicaba a descubrir la ciudad, tanto el Este como el Oeste. Un sábado por la tarde, en la terraza de un bar junto al lago de Müggelsee, conocí a un grupo de ajedrecistas y asistí al final de un pequeño torneo. El vencedor me retó a una partida. Cuando oscureció y tuvimos que marcharnos, quedamos en continuar la partida el sábado siguiente.

En cuanto uno conoce a alguien, empieza a sentir la ciudad como propia. De regreso a la zona occidental, la desolación de Berlín Este me pareció menos deprimente y su fealdad menos repulsiva. Había luz en las ventanas, algunas veladas por cortinas de colores y otras azuladas por la luz de los televisores, a veces pegadas las unas a las otras en la fachada de un edificio de hormigón, a veces solitarias en una fachada lateral descubierta, las viejas fábricas débilmente iluminadas, las calles anchas con pocos coches, los escasos bares; veía todo aquello y me imaginaba que Sven vivía aquí o allá, trabajaba en tal fábrica o tomaba tal tranvía. También me veía a mí mismo entrar y salir de tal o cual lugar, tomar un determinado tranvía, comer en un determinado bar.

La segunda persona a la que conocí en Berlín fue un niño con macuto. Una mañana, cuando estaba a punto de cruzar la ancha calle en la que se encontraba mi casa, se puso a mi lado, me preguntó: «¿Cruzamos la calle juntos?», y me cogió de la mano. Desde entonces aparecía muchas mañanas mientras yo esperaba en la acera

que el semáforo situado a un centenar de metros se pusiera rojo y el tráfico se detuviera un momento. Más adelante, poco después de la caída del Muro, a Sven y Paula los asaltó una fiebre viajera que los llevó, en tren o en autobús, a Munich, Colonia, Roma, París, Bruselas y Londres, siempre viajando de noche para poder pasar dos días y ahorrarse una noche de hotel. Yo cuidaba de Julia durante su ausencia, y los dos niños acabaron haciéndose amigos. Ella todavía estaba en preescolar y admiraba al chico, que ya estaba en primero de básica; y él en el fondo se sentía halagado, por más que se avergonzase un poco de tener trato con una niña tan pequeña. Se llamaba Hans y vivía unos pocos números más allá, en una casa en la que sus padres tenían un estanco-papelería.

El sábado siguiente llovió. Crucé en tranvía un Berlín Este aún más gris y vacío que de costumbre. De la estación de Rahnsdorf me dirigí corriendo hacia el lago; la lluvia no cesaba, hacía frío, y la mano que sostenía el paraguas se me agarrotó. Ya desde lejos vi que el bar estaba cerrado. Luego vi a Sven. Llevaba el mismo pantalón de peto que el sábado anterior y la misma gorra de cuero, y con aquellas gafas redondas sobre su cara mofletuda parecía una especie de revolucionario infantil que despertaba confianza. Estaba delante de la puerta de un cobertizo, con el tablero y la caja de las piezas entre los pies, y después de saludarme con la mano, se encogió de hombros y trazó con los brazos un amplio ademán de lamentación que abarcaba el cielo, la lluvia, los charcos y el bar cerrado.

Había venido en coche y me llevó a su casa. Su mujer y su hija, me explicó, estaban en casa de los abuelos y volverían por la tarde; hasta entonces podríamos jugar sin que nadie nos molestase. Luego tenía que acostar a su hija y leerle un cuento durante una hora como cada noche. Pero si me apetecía, podía leérselo yo mientras él preparaba alguna cosilla para cenar. Me preguntó si yo también tenía hijos. Le dije que no, y él suspiró y meneó la cabeza como compadeciéndose de mí.

Aquel sábado tampoco acabamos la partida. Sven se tomaba mucho tiempo para pensar. Mientras tanto, yo paseaba la mirada por la casa. Había una librería de fabricación casera, hecha con tablones blancos, un bufet rechoncho y oscuro, cuatro sillas oscuras, a juego con el bufet, alrededor de una mesa de comedor cuyo mantel blanco, orillado con flores bordadas, llegaba hasta el suelo; una pequeña mesa de bambú, a la que nos sentábamos sobre unos sillones de armazón metálica negra y cuerpo de mimbre, y una estufa de carbón de color marrón oscuro. En la pared colgaban un tapiz azul y blanco que representaba una paloma con una rama de olivo en el pico, y un grabado con los girasoles de Van Gogh. A través de las ventanas mojadas se veía un edificio de ladrillo viejo y grande, una escuela, como me confirmó Sven con un gruñido. De vez en cuando pasaba por el adoquinado un coche traqueteante, y el tranvía chirriaba en la curva a intervalos regulares. Ésos eran los únicos sonidos.

Al cabo de un tiempo empezaron a aburrirme las largas cavilaciones de Sven, y propuse que jugáramos partidas cronometradas de cuatro horas y partidas relámpago de siete minutos. Al final acabamos cansándonos del ajedrez, y empezamos a salir con Paula y Julia, a quedar con amigos suyos o a jugar a los juegos nuevos que yo traía, a veces al cabo de dos intentos, si los guardias de fronteras me atrapaban la primera vez y me mandaban de regreso a Berlín Occidental. O simplemente charlábamos; los dos teníamos treinta y seis años, nos gustaba el teatro y el cine y sentíamos curiosidad por la gente y sus relaciones. A veces, durante un encuentro con amigos, nuestras miradas se cruzaban cuando algún comentario, un breve diálogo o un intercambio de gestos nos llamaba la atención del mismo modo.

La habitación en la que jugábamos Sven y yo nunca más volvió a estar como el primer sábado. Siempre reinaba en ella un desorden total; los juguetes de Julia y el material de trabajo de Sven y Paula estaban tirados por allí, junto con la tetera y las tazas, entre manzanas mordidas y tabletas de chocolate empezadas, muchas veces compartiendo espacio con el tendedero cargado de ropa. Aquella habitación era un reflejo fiel de la vida de cada día. Por lo demás, el piso tenía también un minúsculo dormitorio para los padres, una habitación todavía más pequeña para Julia y una estrecha cocina dividida en dos por un tabique, cuya otra mitad era un cuarto de baño no menos angosto. Aquel primer sábado, Sven ordenó la habitación. También compró pasteles. Pero con el ajedrez se le olvidaron los pasteles y el té, y sólo recordó que tenía pensado invitarme a merendar cuando oyó a Paula y Julia llegar a la puerta. Se levantó, dijo: «Vaya, si iba a...», y describió con los brazos un nuevo gesto de lamentación e impotencia.

Lo de Julia y yo fue amor a primera vista. Tenía dos años, era alegre, revoltosa, le gustaba hablar, y cuando se concentraba en sí misma tarareaba. A veces se ponía pensativa y seria, como si quisiera y pudiera entenderlo todo. Otras veces miraba, se colocaba y se movía de una manera que dejaba adivinar ya la mujer que sería algún día. No es de extrañar que me fascinara. Lo que sí me extrañó fue el entusiasmo con el que me recibió ya la primera tarde, como si en su corazón quedara un espacio vacío y yo fuera la persona ideal para llenarlo.

Paula y yo no nos llevábamos bien. Ella se mostraba seria y severa hacia Sven, Julia y yo, como si desaprobara la diversión que nos procuraban pequeñeces como una torre de piezas de ajedrez o un striptease del oso de Julia o las enormes pompas de jabón que logramos hacer uno de los sábados siguientes con el juguete del tamaño de un plato y el jabón en polvo que yo había traído, y que causaron una pequeña aglomeración en el Treptower Park. También desaprobaba mis cumplidos, que entendía como intentos de ligar, y cuando me esforcé por adoptar yo también delante de ella una apariencia seria y severa, aunque amable, no vio en ello más que otra variante del flirteo. Siempre que podía, hacía como si yo no estuviera.

Nuestra relación mejoró cuando descubrimos que los dos éramos amantes de la lengua griega. Paula era profesora de griego en un seminario de la Iglesia evangélica, y yo lo había aprendido en el bachillerato y desde entonces leía textos en griego; era mi hobby, igual que hay otros que tocan el saxo o se compran un telescopio para mirar las estrellas. Un día, mirando unos libros esparcidos por allí, vi que Paula tenía algo que ver con el griego, le pregunté, y ella se dio cuenta de que el tema me interesaba de verdad y no era en absoluto un neófito. Desde entonces empezó a hablarme, al principio sólo para comentar asuntos de gramática y sintaxis griegas, y luego por cosas de Julia o algo que le había sucedido durante las clases, o un libro que estaba leyendo.

Pero no fue hasta el verano de 1987, durante las vacaciones que pasamos juntos en Bulgaria, cuando dijo algo acerca de nuestra relación. Antes, me explicó, me consideraba una persona frívola, y había temido que Sven se llevara un chasco conmigo.

-Las primeras veces que quedabais, le hacía mucha ilusión, y al mismo tiempo tenía mucho miedo de que no te presentases. Estuvo así bastante tiempo, haciendo equilibrios entre la ilusión y el miedo. No tenéis ni idea de lo que significa conocer a uno de vosotros, irlo conociendo, llegar a conocerlo bien. Para nosotros es como una puerta abierta a otro mundo, intelectualmente y, por qué no reconocerlo, también materialmente, y le dan a uno ganas de alardear de vosotros delante de los amigos, y al mismo tiempo se sienten unos celos tremendos. Y siempre tenemos miedo de que el encanto exótico que encontráis en nosotros acabe gastándose y extinguiéndose y empecéis a fijaros en otras cosas y otras personas.

Yo podría haberle contestado que también ellos me habían abierto la puerta de otro mundo. No un mundo exótico, de encanto breve y escasa trascendencia, sino la otra mitad de nuestro mundo partido en dos por el Muro y el telón de acero. Gracias a ellos me sentía en casa en todo Berlín, casi en toda Alemania, casi en todo el mundo.

En lugar de eso, le llevé la contraria. Le dije que el hecho de que su mundo y el mío fueran diferentes y de que intercambiáramos el acceso a un mundo por el acceso a otro más bien me molestaba. Yo quería una relación de amistad, no de intercambio. No quería ser el occidental ni que ellos fueran los orientales. Quería que fuéramos personas y nada más.

-Pero no puedes hacer como si el Muro no existiera. Como si nuestra amistad fuera igual que las tuyas de allí o las nuestras de aquí.

Ibamos caminando por la playa. A Paula y a mí nos gustaba levantarnos temprano, tan temprano que veíamos salir el sol por el mar. Estábamos alojados en hoteles diferentes, ellos en un hotel para turistas del Este y yo en uno para occidentales, y cuando empezaba a clarear nos encontrábamos en el puerto y caminábamos hasta que llegaba la hora de desayunar y de volver al hotel. Ibamos descalzos.

-Mira -dijo, poniendo un pie en la arena mojada sobre la que acababa de pasar una ola y retirándolo a continuación-: dos o tres olas y ya no quedará rastro.

-¿Por qué lo dices?

-No, por nada.

Pasó mucho tiempo antes de que empezáramos a hablar de política. En la segunda mitad de los años ochenta el mundo se había calmado. El Este seguía siendo el Este, pero se había vuelto viejo, cansado y prudente, y Occidente estaba satisfecho y alegre porque ya no tenía nada que temer ni que demostrar. Nadie tenía ganas de hablar de política.

Al acabar la carrera trabajé tres años como asistente de grupo parlamentario en el parlamento regional de Stuttgart, y pese a mi entusiasmo inicial, la política acabó decepcionándome pronto. Más tarde, cuando ya vivía en Berlín, mi relación con ella se limitaba a leer regularmente el periódico sin demasiado interés. Debido a mi profesión de juez de lo social, no tenía más remedio que estar atento a ciertos temas de naturaleza política, pero sólo los seguía a través de las revistas del sector o mis compañeros de profesión. Sabía que Sven y Paula tenían la costumbre de escuchar cada día un largo programa informativo de la emisora Deutschlandfunk; no compraban el periódico, y no veían televisión, porque no querían que Julia adquiriese el hábito de verla. A ellos tampoco les interesa la política, pensé, y me pareció perfectamente natural teniendo en cuenta que al fin y al cabo ella era profesora de griego y él traductor de literatura checa y búlgara.

Pero en el otoño de 1987 me di cuenta de mi error. Un día me pidieron que al volver a Berlín Occidental transmitiera por teléfono un críptico mensaje, y me contaron una complicada historia sobre unos amigos suyos que habían quedado con alguien del otro lado para darle un encargo, pero, debido a una desafortunada concatenación de circunstancias, no habían podido encontrarse. La historia no me pareció muy creíble. Luego me volvieron a pedir lo mismo otra vez, y entonces supe con certeza que aquella historia era falsa, y ellos se dieron cuenta de que lo sabía. Si la cosa se hubiese limitado a esas dos veces, no habría dicho nada. Pero luego llegó el tercer encargo, y esa vez les pedí explicaciones. Estaba indignado, no por miedo a correr algún peligro por hacer lo que me pedían, sino porque esperaba de ellos una mayor confianza.

Fue Paula quien se empeñó en que yo no supiera nada. Para protegerme, dijo. Pero el caso es que, antes de hacerse cristiana y participar en el movimiento eclesástico de base, había sido activa militante de las Juventudes Comunistas y del mismísimo Partido, y tanto el celo con que defendía la biblioteca de medio ambiente de la Zionskirche como su decisión de utilizarme para ello me parecieron herencias de su pasado comunista.

-El fin justifica los medios, ¿eh?

-No tienes derecho a decir eso. Yo te hablo con toda franqueza de mi época en el Partido y tú lo utilizas contra mí.

-No estoy utilizando nada. Si no tengo derecho a opinar sobre lo que tú dices, entonces dejemos claro que aquí hay censura. Ya se sabe: esta información es sólo

para los camaradas, esto se le puede contar a los ingenuos como yo, y esto otro...

-Venga, deja de darte importancia y autocompadecerte. Tienes razón, deberíamos habértelo contado todo desde el primer momento. Pero bueno, te lo estamos contando ahora, ¿no? Y en este país no es tan fácil saber en quién se puede confiar.

Estaba apoyada en el bufet y me miraba con la cara encendida y ojos chispeantes. Nunca la había visto tan guapa. ¿Por qué tendrá que llevar siempre ese moño, por qué no se suelta alguna vez el pelo?

Aquel día se acabaron los mensajes por teléfono; me pidieron que mantuviera contacto regular con un periodista. Hasta el otoño de 1989 estuve informándole acerca de las medidas de represión contra la biblioteca de medio ambiente, los registros y las detenciones de personas relacionadas con ella y las acciones de Paula y sus amigos, que rozaban los límites de la legalidad, pero sin llegar nunca a traspasarlos. Empecé a pensar que quizá la policía política sospechaba de mí y me vigilaba. Pero lo cierto es que en la frontera no me registraban ni más a menudo ni más a fondo. De todos modos, nunca llevaba encima ningún papel comprometedor.

Un día, en la primavera de 1988, Paula y Sven me llevaron a la Zionskirche. Oí hablar de paz, ecología y derechos humanos, pero por lo demás me pareció una misa como otra cualquiera. Sin embargo, Paula insistió en que mi presencia no había pasado desapercibida, y a partir de entonces convenía que me mantuviera al margen de sus actividades políticas.

-Y a ser posible, tú también.

-¿Qué? -dijo Sven mirándola estupefacto.

-Tú estás metido en esto sólo por mí. Si vuelve a pasarme algo, no quiero que te pase lo mismo a ti. Piensa en Julia.

-No creo que te vaya a pasar nada.

-¿Y tú cómo lo sabes? -replicó ella con gesto de desafío.

Y Sven cedió.

Luego llegó el cambio político. Paula habló en público en las manifestaciones de la Alexanderplatz, ingresó en el SPD, se comprometió en el trabajo de redacción de una nueva Constitución y estuvo a punto de ser elegida diputada del último parlamento de la RDA. Sven se metió en un grupo dedicado a estudiar las actas de la policía política y a editar el primer libro sobre la organización, las actividades y los colaboradores del antiguo Ministerio de Seguridad del Estado. Durante unos meses, los dos vivieron en plena euforia política.

Pero al cabo de un tiempo, antes de la reunificación de las dos Alemanias, Paula se despertó, despertó a Sven de su sueño de fundar un partido y una editorial de libros políticos, y los dos se lanzaron de lleno a remodelar su vida. Él consiguió una plaza de lector en la Freie Universität, y ella empezó a dar clases en la Humboldt-Universität. Ahora se podían permitir mudarse de la Schnellerstrasse al barrio de Prenzlauer Berg. El nuevo piso, que era grande, los nuevos empleos y la escolarización de Julia monopolizaron la vida de Sven y Paula. No les quedaban recuerdos nostálgicos de la desaparecida RDA. «A nosotros el cambio nos ha beneficiado», constataban con asombro de vez en cuando, extrañados de que a ellos no les hubiera tocado pasarlo mal como tantos otros a los que el cambio y la consiguiente reunificación habían privado del fruto de su conformismo o de su resistencia.

Durante un tiempo Sven se dejó deslumbrar por la sociedad de consumo. Se compró un coche grande, usaba trajes de Armani y llevaba a Julia arreglada como una princesa. A Paula no le parecía bien tanto gasto.

-Antes vivíamos en el quiero y no puedo, pero eso no nos hacía mejores que los del otro lado. Y ahora nos hemos vuelto igual de arrogantes que ellos.

Pero ella también estaba cambiando, aunque de un modo menos llamativo. Seguía llevando vestidos grises y marrones, pero ahora elegantes; los talones de sus zapatos iban creciendo, y las gafas nuevas, de montura muy fina, imprimían a su cara un aire altivo. También cambió su voz: se hizo más fuerte y segura. Sven intentaba convencerla de que se dejara el pelo suelto. Ella se mostraba decepcionada, como si su pelo fuera un secreto que sólo había compartido con su marido, y que ahora él, en nombre de la moda, quería dejar a la vista de todos.

Aunque Sven y Paula acabaron cansándose de sus viajes relámpago, Julia siguió viniendo a veces a dormir a mi casa. Al salir de la escuela cogía el metro en la esquina de su casa y salía en la esquina de la mía, iba a buscar a Hans y telefoneaba a sus padres desde la tienda para decirles que se quedaba en mi casa, y a mí para decirme que pasara a recogerla. Ya era una niña capaz de cuidarse de sí misma.

En la primavera de 1992 volvimos a ir de vacaciones juntos, esta vez a Ancona, pasando por la Toscana y la Umbría antes de llegar a la costa. Paula y yo reanudamos nuestra costumbre de levantarnos temprano y pasear por la playa al amanecer. Le

conté que no había vuelto a ver a ninguno de aquellos amigos suyos que también se habían hecho amigos míos.

-Nosotros tampoco vemos ya más que a dos o tres. Las cosas han cambiado mucho.

-¿Es también por culpa de las actas de la policía política?

Se encogió de hombros.

-Nosotros hemos decidido no preocuparnos por el tema. Llegamos a la conclusión de que nos conocemos bien y no queremos saber nada de desconfianzas y actas secretas.

-¿Quiénes son «nosotros»?

-Hans y Ute, Dirk y Tatjana, los Theissen y los cuatro de la orquesta. Lo decidimos la última vez que nos juntamos todos, el día de la reunificación. No te enfades porque no te consultáramos. Nos pareció que era problema nuestro, no tuyo.

Pero sí me enfadé. Yo esperaba que mis amigos se tomaran la molestia de hablar conmigo antes de decidir qué problemas eran suyos y cuáles míos.

Ella lo comprendió sin necesidad de que yo dijese nada.

-Tienes razón, deberíamos haber hablado contigo. También es problema tuyo. Lo que pasó fue que por alguna razón salió el tema y acabamos enredándonos. Al cabo de un rato tuvimos la sensación de que no bastaba simplemente con hablar del tema. Queríamos algo vinculante, de manera que tomamos la decisión.

-¿Por unanimidad?

-No, Hans y Tatjana votaron en contra, y Tatjana se negó a aceptar que la decisión fuera vinculante. Quería ver su acta.

-¿La ha visto?

-No lo sé. Ya no tenemos contacto.

Yo me había preguntado más de una vez si entre las personas que formaban el círculo de amigos de Sven y Paula no habría habido algún que otro informante al servicio del Ministerio. Y ahora quería saberlo. Seguía enfadado.

-Yo también quiero ver mi acta.

En otoño Sven consiguió un contrato indefinido. Llevaba mucho tiempo esperándolo, y ahora que ya había perdido la esperanza, el director del departamento le venía inesperadamente con los papeles.

Me llamó al juzgado.

-¡Ven a casa esta noche! Hay que celebrarlo.

Al salir del trabajo me dirigí allí con una botella de champán francés y un ramo de flores. Él había abierto una botella de vino blanco, que ya estaba medio vacía; nunca lo había visto de tan buen humor.

-¿Te ha dicho tu jefe por qué han tardado tanto en hacerte el contrato?

-Ni una palabra. Sólo que se alegra de que por fin lo hayamos conseguido. Y que soy el primer alemán del Este que obtiene una plaza con carácter indefinido en un puesto académico en la Freie Universität -proclamó. ¿Sabes? A veces siento no ser más que un pez chico. Lector de checo y búlgaro: no es gran cosa. Tú algún día serás juez del Tribunal Supremo y llevarás una toga roja. Paula algún día sacará del cajón la tesis doctoral que empezó y dejó a medias hace años, la acabará y será profesora titular. Pero si el mundo es un lugar luminoso y habitable, es gracias a los peces chicos. Paula no tiene contrato indefinido, e imagínate que quieren quitársela de encima o ella lo deja para escribir la tesis y poder ser profesora titular... Es una suerte que me tenga a mí a su lado, aunque sea un pez chico.

Llegaron Paula y Julia. Aquella tarde, Paula había ido a buscar a la niña a la escuela y le había comprado un helado, y Julia estaba pesada y gritona. Ella y Sven empezaron a jugar por la cocina y por la habitación grande, mientras yo, apoyado en el bufet, bebía vino blanco e iba contagiándome del buen humor de Sven y Julia. Sólo al cabo de un rato me di cuenta de que Paula estaba muy callada. Se limitaba a reírse de las ingeniosas ocurrencias de Julia y a acariciarle la cabeza. Pero estaba ausente. Sven puso un vals y le propuso bailar con él por toda la cocina y el vestíbulo, pero ella se negó. Pensé que quizá le molestaba que Sven bebiera tanto, pero ella por su parte no paraba de vaciar copas de vino.

Por fin Sven se dio cuenta también de que a Paula le pasaba algo, y se empeñó en hacerla cambiar de humor. Empezó a mostrarse atento, delicado, afectuoso, todo ello con conmovedora torpeza de borracho. Pero sólo conseguía un rechazo detrás de otro. Cuando se le acercaba, ella se apartaba; él, pese a todo, insistió en rodearla con el brazo y juntar su cabeza con la de Paula, y ella se soltó bruscamente. Julia empezó a mirar confundida al uno y luego al otro.

Me sentí impotente. Nos sentamos a la mesa en la habitación grande, Julia y yo a un lado y Sven y Paula al otro, y me pareció revivir escenas de infancia, de cuando algo no iba bien entre mis padres, y la situación me desesperaba, por miedo a que aquel problema que yo desconocía pudiera inflamarse y destruir los cimientos de mi confianza en el mundo. Me vino a la mente aquella inacabable serie de cenas en las

que, sentado con mis padres a la mesa, me encogía todo lo que podía para evitar a toda costa ser el detonante de un estallido que parecía inminente. Y ahora también Julia se esforzaba por pasar desapercibida.

¿Realmente sabía si a Sven y Paula les iban bien las cosas como pareja? Su matrimonio siempre me había parecido armonioso, pero lo cierto era que yo siempre había querido ver las cosas así. Alguna vez Sven empezaba a hablar de cómo le iban las cosas con Paula, pero yo enseguida cambiaba de tema. Igual que les sucede a los niños con sus padres, prefería no saber nada de los problemas matrimoniales que pudieran tener. Eso sí, tampoco quería saber nada de su felicidad.

Acosté a Julia. No hablamos de Sven y Paula. Le leí un cuento y ella se durmió antes de que acabara, cansada de aquel día intenso o de aquella velada con sus padres. Me quedé donde estaba y acabé de leerle el cuento. Cuando iba a despedirme de Sven y Paula, ellos insistieron en que me quedase un rato más. La velada había salido mal, pero al menos ahora podíamos ver por fin aquellas películas de vídeo que siempre dejábamos para más adelante para no perdernos por ellas una velada agradable. Insistieron con un énfasis que habrían hecho mejor en poner para explicar qué es lo que andaba mal entre ellos.

Vimos dos películas. Me apetecía dejarme llevar por las historias, pero no me atreví. Notaba la tensión que había entre Sven y Paula, y tenía la estúpida sensación de que si me concentraba en la película y no les prestaba atención, podía pasar algo malo. Bebimos tanto vino, que al final Sven y Paula me convencieron de que no cogiera el coche y me quedase a dormir en su casa.

Me acosté en la habitación de paso, un cuarto grande con dos puertas y una ventana que daba al patio de luces. Tumbado en un colchón sobre el suelo, veía por la ventana abierta una pared oscura y un tejado oscuro con chimeneas oscuras contra el cielo nocturno iluminado por las luces de la ciudad, y oía un zumbido que crecía y disminuía regularmente, como si las casas que daban al patio respirasen pesadamente en el calor de la noche de verano. El reloj de una iglesia dio una campanada, y, mientras esperaba el siguiente toque, me quedé dormido.

Fue como un sueño, y más tarde he deseado muchas veces que de verdad sólo hubiera sido un sueño.

Ella apareció sentada al borde del colchón. Quise preguntarle «¿Qué pasa?», pero justo cuando empezaba a mover los labios oí un «Shhhh» y sentí sus dedos sobre mi boca. Yo la miraba, sin poder descifrar su cara en la oscuridad. Por la izquierda le caía encima un poco de luz, que le iluminaba la mejilla y brillaba en el ojo. Llevaba el pelo suelto, dejando libre el cuello por la izquierda y cubriendo el hombro derecho. Con la mano izquierda se sujetaba la bata delante del pecho, mientras con la derecha imponía silencio a mi boca.

Me pregunté si se daba cuenta de lo que estaba pasando en mi interior. Paula, la mujer de mi amigo Sven... Las mujeres de los amigos no se pueden desear, son intocables, y flirtear con ellas es como hacerlo con tu hermana pequeña o con una señora mayor: un juego que nunca lleva a nada serio. No es que entre Paula y yo no hubiera habido roces, abrazos, risas compartidas, momentos de entendimiento y de confianza, en los que podía imaginarme amándola. A veces incluso podía imaginarme amándola mejor y haciéndola más feliz de lo que Sven era capaz; y sabía que ella también se preguntaba cómo sería estar conmigo. Pero todo eso eran visiones de otro mundo, en el que Sven, pese a todo, era amigo mío y feliz con su mujer, y en el que yo quizá no la amaba a ella, sino a alguna como ella, en lugar de las mujeres demasiado jóvenes con las que mantenía relaciones demasiado cortas. No, no había ningún deseo reprimido que estuviera pidiendo realizarse. Los dos lo sabíamos, y si hubiéramos hablado lo habríamos dicho y habríamos zanjado definitivamente el asunto.

Pero no hablamos. Cuando sus dedos dejaron de ordenar silencio a mi boca y empezaron a deslizarse por mi cara, a seguir el trazo de mis cejas, de mis sienes, de mis pómulos y mis labios, se me pasaron las ganas de hablar. Cerré los ojos y seguí viendo su imagen, extraña y hermosa con el pelo suelto, una Paula que se prometía muy distinta de la que yo conocía. No sólo noté sus dedos en mi cara, sino también la proximidad y el calor de su cuerpo. No la toqué, me limité a aspirar su olor. Cuando volví a abrir los ojos, ella tomó mi cabeza entre las manos, se inclinó sobre mí y me besó. Su pelo cayó sobre nuestras cabezas y las envolvió.

Nos amamos con tanta tranquilidad como si no fuera la primera vez y tuviéramos

todo el tiempo del mundo. Como si tuviéramos la conciencia tranquila. Pero yo no la tenía, pensaba en Sven y en que estaba durmiendo unas puertas más allá, y en lo que pasaría si se despertaba y nos encontraba, o en qué cara le pondría yo a la mañana siguiente. Aunque en realidad la mala conciencia carecía de fuerza, era como si se limitara a cubrir el expediente, sin interesarse demasiado por lo que estaba pasando. Incluso sentí una maligna satisfacción al darme cuenta de que nada ni nadie nos detenía. Me sentí libre. Y me sentí poderoso; era como si descubriera que a partir de entonces para obtener el placer me bastaría con alargar la mano. Me sentí orgulloso cuando ella tuvo su orgasmo y yo el mío, igual que, al bailar, uno se felicita de la concordancia de los movimientos, la gracia de la mujer y su propia ligereza.

Luego nos tumbamos el uno junto al otro. Con toda naturalidad, sin esforzarnos, encontramos la mezcla perfecta de aproximación y distanciamiento. Quise hablar, no para preguntarle si le había gustado -sabía que sí-, sino qué íbamos a hacer a partir de ahora. Ella volvió a hacer «shhhh» y a tocarme la boca con los dedos. Antes el silencio nos había unido, ahora nos separaba. Entonces vi brillar las lágrimas que le corrían por la cara. Quise incorporarme y secárselas a besos, borrarlas. Quizá ella pensó que yo pretendía apartar sus dedos de mi boca y hablar pese a su prohibición, así que se incorporó, se puso la bata, se la sujetó sobre el pecho con la mano izquierda, y, tras inclinar brevemente la cabeza, se llevó la mano derecha a la cabellera y se la echó por encima del hombro. Estuvo sentada un instante al borde del colchón en la misma postura que hacía un rato. Y antes de que yo pudiera tomar una decisión, decirle algo o retenerla, ya había salido de la habitación.

Cuando volví a despertarme seguía siendo de noche. Esta vez oí abrirse la puerta y unos pasos suaves sobre las tablas del suelo. Era Julia.

-¿Qué pasa?

-Me he despertado y no puedo dormir. Papá y mamá están discutiendo.

Estaba de pie en camisón, esperando delante de mi cama. Le dije que se sentase, esperando que el olor a sexo no fuera demasiado fuerte o que a Julia no le extrañase demasiado. Se metió bajo la manta y se puso a mi lado.

-Nunca los había oído discutir tan fuerte.

-Es normal que los padres discutan de vez en cuando. Y unas veces gritan más y otras menos.

-Sí, pero...

Comprendí lo que la niña esperaba de mí: que le diese ejemplos de cosas sobre las que los padres suelen discutir sin que peligre el orden del mundo. Pero yo no estaba dispuesto a quitarle importancia a la discusión, fuera cual fuera su peligrosidad.

-¿Sabes la historia de las ovejas?

-¿Lo de la valla? ¿Que saltan la valla y hay que contarlas hasta que te duermes?

-No, esa historia no. También hay una valla, pero la puerta del redil está abierta, y no hace falta contar las ovejas si no se quiere. ¿Te la cuento?

Asintió con tanto fervor que lo noté incluso en la oscuridad. Ahora yo también oía discutir a Sven y Paula, a pesar de que su dormitorio y la habitación de Julia estaban al otro extremo de un largo pasillo en forma de L. Las voces me llegaban lejanas y débiles, pero aquello bastó para que me preguntase si no sería mejor vestirme, marcharme sin decir nada y no volver a dar señales de vida. Estaba enfadado con Sven y Paula por ser incapaces de vivir en pareja sin pelearse, con Paula por haberme utilizado como un pañuelo de papel, con Julia por venir a pedirme ayuda como si yo no tuviera suficientes problemas. Y conmigo mismo por lo que le había hecho a mi amistad con Sven, y por haber permitido que Paula se me acercase tanto.

-¿Me lo cuentas o no?

-Sí. Hay un país con unas montañas muy altas. Cuando estás arriba, está todo cubierto de nieve y hielo, y cuando bajas, primero hay rocas y piedras, luego hierba y luego un bosque muy espeso. Enfrente de las montañas altas hay otras no tan altas, y las últimas de todas, las más bajas, están cubiertas de hierba, de la misma hierba pajiza que hay por toda la llanura que empieza al pie de las montañas, y que se extiende hasta más allá del horizonte, hasta más allá de donde alcanza la vista. ¿Me escuchas?

-Sí, pero también oigo a papá y mamá.

-Y yo. Pero ¿no quieres que te cuente la historia? No es muy divertida, pero las historias divertidas no van bien para dormirle.

-Sigue contando.

Al pie de las montañas hay un redil de ovejas. Un redil muy grande, con muchas ovejas.

-¿Qué es un redil?

-Un redil es como un establo, pero sin tejado y con paredes hechas con dos tablas. ¿Ves el redil?

-Sí.

-Pues bien, por la mañana estabas en las montañas, en las más altas de todas. Luego empezaste a...

-¿Y cómo he subido a las montañas?

-No lo sé. Seguramente naciste allí.

-Mmm...

-Bueno, el caso es que has empezado a bajar de las montañas. Has tardado mucho rato, porque has tenido que caminar por la nieve y patinar por el hielo, y al llegar a las rocas a veces has tenido que descolgarte, y por las piedras te costaba mucho andar. A veces, al pasar por un desfiladero, tenías que subir por un lado para poder bajar por el otro. Luego has estado mucho rato cruzando el bosque espeso. Luego, justo cuando empieza a ponerse el sol, sales del bosque y ves enfrente de ti las últimas montañas, las más bajas de todas, y la ancha llanura.

-Y el redil.

-Sí, también el redil. Como el sol se está poniendo por detrás de las montañas altas, el redil ya está a la sombra. Pero en la llanura todavía brilla el sol, un sol cálido, que hace relucir la hierba pajiza de la llanura. Alguien ha quitado las tablas que cierran el redil. No sabes quién ha sido, no ves a nadie por ninguna parte. Pero sí ves que unas cuantas ovejas de los cientos y cientos que hay en el redil se han atrevido a salir y pastan delante del redil, primero sólo unas pocas, pero luego cada vez más, al principio muy cerca del redil, y luego cada vez más lejos. Te sientas. Estás cansada porque has tenido un día muy duro, y te alegras de poder sentarte por fin. Estás cansada, pero sigues mirando.

-Mmm.

Se echó de costado. Yo le acaricié la cabeza y la tapé con la manta.

-Sigues mirando y ves cómo las ovejas salen del redil. Algunas se detienen de vez en cuando y mordisquean la hierba. Otras no paran de moverse y corretean de aquí para allá. Pero todas quieren salir a la ancha llanura. Algunas son más rápidas y se las ve relucir muy lejos a la luz del sol, mientras que las otras están cubiertas por la sombra de las montañas. Luego el sol desaparece del todo detrás de los picos y toda la llanura queda en sombra. Está salpicada de manchas claras que se mueven poco a poco, cada vez más lejos. El redil ya está vacío. A veces oyes balar a las ovejas. Y las manchas claras se van alejando cada vez más, cada vez más. ¿Las ves?

Julia ya se había dormido.

Oí gritar varias veces a Paula y Sven. Luego volvían a hablar más bajo, y yo tenía la esperanza de que la discusión se acabase. Pero seguía. Me vinieron a la memoria aquellas discusiones insoportables que había tenido con mi mujer hacía muchos años; discutíamos hasta el agotamiento, pero el agotamiento no daba pie a la paz, sino sólo a una tregua que nos permitía recuperarnos y seguir discutiendo con la misma vehemencia.

Me levanté, me puse los pantalones y el jersey y crucé la habitación pisando de puntillas las tablas chirriantes del parqué. Abrí la puerta sin hacer ruido, salí silenciosamente al pasillo y cerré la puerta. Y me deslicé hasta el dormitorio de Paula y Sven.

-¿Cuántas veces más tengo que decírtelo? No tenía ni idea de que te lo tomarías así.

Sven hablaba despacio y enfatizando cada palabra.

-¿Y entonces por qué no me dijiste nada?

-Porque lo prohibían las reglas. No se podía hablar del asunto.

-Eran sus reglas, no las nuestras. Nosotros prometimos que nos lo contaríamos y luego les diríamos a ellos que nos lo habíamos contado.

-Eso fue cuando todavía pensábamos que no íbamos a entrar en el juego. Pero en el momento en que entré en el juego, eso dejó de ser válido.

-Pero es que no deberías haber entrado en el juego sin hablar conmigo y sin mi aprobación. La promesa que nos hicimos no tenía ninguna condición que tú pudieras manipular a tu gusto.

-Entonces, ¿me habrías dado tu aprobación?

-No, no te la habría dado, por más que me lo preguntes. Yo...

-No te lo pregunto para que me des tu aprobación *a posteriori*, sino para que entiendas de una vez que no podía contar contigo, que era asunto mío y de nadie más. Tuve que...

-No «tuviste». No me digas que «tuviste». Quisiste. Y llevo horas pidiéndote que me digas por qué.

-Deja de hablar de una vez como si todo hubiera sido por pura diversión, como si lo hubiera hecho para divertirme. Lo hice por tu bien.

-¿Por mi bien? ¿Sin contar conmigo? ¿A mis espaldas? ¿Cómo te atreves a...?

-Que sí, que ya lo sé. No tengo derecho a decidir por ti lo que te conviene. Pero a ver si te metes en la cabeza de una vez que tengo la obligación de hacer lo que sea mejor para nuestra hija. Nuestra hija no necesitaba una heroína ni una mártir, sino una madre. Y yo hice todo lo que pude para que siguiera teniendo una madre.

-Y para eso traicionaste todos mis principios. Nuestros principios. Los revolcaste por el fango.

Sonaba como si no fuera la primera vez que se decían todo eso. Las voces

sonaban gastadas; el tono de atormentada razonabilidad parecía cansino, y el intento de Paula de hacerle comprender a Sven su horror parecía desesperado. No quise seguir escuchando. Pero en el momento en que iba a marcharme con discreción, Sven abrió la puerta bruscamente.

—Vaya, tenemos un espía. Los espías saben cuándo los están espiando. Tienes razón, Paula, debo de ser un espía. Y ahora también lo sabe nuestro amigo, que por lo visto es aficionado a escuchar detrás de la puerta y a mirar por el ojo de la cerradura. No se quede fuera el señor, pase a disfrutar del linchamiento.

Hizo una reverencia irónica y un gesto de invitación con el brazo. Entré, y Sven cerró la puerta y se quedó delante de ella, como si quisiera impedir que Paula o yo saliéramos de la habitación. Ella estaba junto a la ventana, dándonos la espalda.

Di unos cuantos pasos hacia el interior de la habitación; no sabía adonde ir, dónde ponerme, si quedarme de pie o sentarme. Me quedé de pie, con Sven a la izquierda y Paula a la derecha.

—Julia ha venido a mi habitación porque no la dejabais dormir con vuestros gritos. Y como ya estaba despierto, no he podido evitar oírlos yo también.

—Y entonces, claro, has querido enterarte bien del asunto. ¿Sería por simple curiosidad? ¿O para disfrutar de tu poder? El saber es poder, y saber cosas de los amigos es tener poder sobre ellos. ¿O a lo mejor lo has hecho por nuestro bien? Claro, cuando los amigos están en crisis, lo mejor es ponerse a mirar por el ojo de la cerradura.

—No sabía lo que pasaba, no sabía si llamar a la puerta, si preguntar. Pensaba marcharme enseguida.

—¿Pensabas marcharte? ¿No querrás decir más bien que pensabas escaparte sigilosamente, sin hacer ruido, para que no nos diéramos cuenta de que habías estado escuchando?

Sven se regodeaba en sus palabras y me señalaba con el dedo.

—Escucha, Sven.

Paula habló sin volverse. Yo veía su cara reflejada en la ventana.

—A él también lo has traicionado, a él y a todos los demás.

—¿A qué viene eso ahora?

—De todos modos, se van a enterar.

—Correrás a contárselo, ¿no?

Paula se dio la vuelta.

—No, Sven, yo no. Helga va a ver su acta la semana que viene, y ya sabes que es incapaz de callarse nada.

—Bah, Helga es una charlatana. Nadie le hace caso.

—Sven, despierta. Vas a perderlo todo: tu trabajo, tus amigos y tu mujer. Y un día Julia te preguntará lo que pasó, y, entonces, ¿qué le dirás?

Sven se quedó callado. Miraba a Paula con los ojos y la boca muy abiertos, con gesto estúpido, cerril, desconcertado.

-¿Por qué vas a irte? Oyéndote hablar, cualquiera pensaría que te he engañado. Pero hoy en día hacerle el salto a tu pareja ya no es nada del otro mundo. Mira los Theissen, se pusieron los cuernos el uno al otro y lo han superado. Y nosotros, nosotros... Yo nunca te he engañado, Paula, soy incapaz de engañarte. Siempre te he querido sólo a ti y siempre te querré sólo a ti.

-Ya lo sé.

Se dirigió hacia la puerta.

-Déjame pasar. Voy a buscar una cosa.

Él la cogió del brazo.

-Pero volverás, ¿no?

-Sí, hombre, claro.

Él se me quedó mirando con la misma cara mofletuda e infantil que cuando nos conocimos, y trazó con los brazos aquel gesto suyo de lamentación e impotencia.

-Me he metido en un buen lío. ¿Se te ocurre alguna manera de arreglarlo?

-No.

Me encogí de hombros. Me habría gustado darle un abrazo, pero no podía.

-Quizá debería decirte una cosa... Antes de que te lo cuente Helga o lo leas tú mismo... No es muy importante, pero... -Hizo un esfuerzo-. Cuando le hablé de ti a la Stasi, fanfarroneé un poco. Les dije que algún día serías un pez gordo y que a través de ti conseguiría información importante, de momento todavía no, pero sí más adelante. Bueno, de hecho no les dije nada ni les conté nada de ti, sólo les hice pensar que a lo mejor algún día..., que a lo mejor tú algún día...

-Si no me vas a decir toda la verdad, es mejor que no digas nada.

Paula estaba en la puerta.

-La verdad, la verdad... De acuerdo, les dije que estaba desengañado del sistema político de la República Federal y que a lo mejor algún día conseguía convencerlo de que trabajase para nosotros. Y que después de las decepciones políticas que había tenido, andaba buscando un punto de referencia, algo por lo que luchar.

Sven nos miró a Paula y a mí.

-Lo siento, lo siento. Yo pensaba que con eso no hacía daño a nadie y en cambio ayudaba a mucha gente. Por ejemplo a ti, Paula, y con Paula también a Julia y a mí mismo. No te traicioné. No he traicionado a nadie. Lo único que hice...

Paula le dio unos papeles.

-Lee esto.

Él dejó caer la mano que sostenía los papeles y su mirada se movió de ella a mí y de mí a ella. Buscaba palabras, como si pudieran existir palabras que le permitiesen no tener que leer los papeles. Como si así pudiera enterrar y ocultar la verdad que había en ellos. Pero no encontró las palabras, de modo que suspiró y empezó a leer.

-No -dijo al cabo de un rato-, no fue así.

-¿Quieres decir que no le contaste nada sobre nuestra vida matrimonial? Espera, que enseguida vienen los detalles. Sólo pudo saberlos a través de ti.

Volvía a estar junto a la ventana, con los brazos cruzados y los ojos clavados en él.

Sven siguió leyendo. Y luego volvió a bajar el brazo.

-Es que en el fondo no era mala persona. Y de algún modo se puede decir que éramos colaboradores. No éramos lo que se suele entender como compañeros de trabajo, pero de alguna manera sí éramos compañeros, y al fin y al cabo los compañeros hablan de sus mujeres, de sus novias, ¿no? Y además, Paula, oye, no le dije nada malo sobre tu persona. Al contrario, alardeaba de ti.

-Le hablaste de nuestra vida sexual a un tipo de la policía política. Nos

traicionaste, a nosotros, a ti y a mí. No se lo contaste a un amigo ni a un compañero de trabajo; se lo contaste a ellos. Sí, alardeabas de mí, de nuestra vida sexual, y de paso les contaste que yo era una humanista y una idealista inofensiva que sólo había cometido el error de dejarse manipular un poco por la Iglesia. «En cuanto a la asistencia de mi esposa a las asambleas, no hay que tomarla demasiado en serio. Se deja influir y manipular fácilmente». Y luego les pusiste en bandeja a Heinz. Lo pintaste como si fuera el cerebro en la sombra, el líder del movimiento, a él, que...

-Pero sólo fue para salvarte a ti. Sólo lo hice para que tú no... Después de todo lo que había pasado, necesitaban una cabeza de turco, y si no hubieran cogido a Heinz, a lo mejor habrían ido a por ti. Y total, ¿qué le pasó? Al cabo de unos meses lo expulsaron a Occidente, no le pasó nada.

-No entiendes nada.

Paula temblaba de nerviosismo.

-No me salvaste a mí tal como soy, sino como ellos me querían. Seguramente tú también me quieres así: una mujer inofensiva, buena en la cama, y a la que no hace falta tomarse demasiado en serio. No te importaba en absoluto cómo soy en realidad. No te importaba que estuviera dispuesta a que me detuvieran, que prefiriera dejarme detener antes que traicionar mis ideales, y que prefiriera para mi hija una madre presa antes que una madre traidora. Tenía derecho a todo eso, era mi vida, era mi fe, mi manera de ser madre de mi hija. Y tú me lo quitaste, a mis espaldas, cobarde y vergonzosamente. Y no me digas que lo hiciste por amor. Eso no es amor.

-Pero...

Sven estaba pálido y miraba atónito a Paula.

-No, eso no es amor. No sé lo que es, pero no lo quiero. Y no me vengas con que serle infiel a tu pareja es una minucia. Lo que has hecho no ha sido hacerme el salto. Has destruido el suelo sobre el que se sostenía mi vida. Nuestra vida. Voy a dejarte. No pienso quedarme contigo.

Sven se despegó de la pared. Se dirigió a la puerta con paso vacilante, la abrió y salió al pasillo. Lo oímos abrir la puerta del cuarto de baño. Luego lo oímos vomitar.

Cuando Sven abrió el grifo y cerró la puerta, Paula y yo nos miramos.

-¿Qué pasó con Heinz? -le pregunté para cambiar de tema.

-Bueno, él y yo hicimos juntos una acción pacifista en la Alexanderplatz. Al lado del Reloj Universal. El uno de enero de 1988 pegamos en la bola del mundo unos pasquines con el número de víctimas en cada uno de los sitios donde había habido guerras y guerras civiles en 1987. Pero, claro, eso no podía ser. Para ellos la guerra no era guerra y la guerra civil no era guerra civil. ¡Cómo podíamos mezclar las guerras de liberación de los pueblos oprimidos con las guerras de opresión de los imperialistas y los capitalistas! Nos detuvieron, y a mí me interrogaron durante tres días y me dejaron marchar después de echarme un rapapolvo, pero a Heinz lo metieron siete meses en la cárcel y luego lo expulsaron del país. Ahora sé que gracias a Sven a mí me trataron como a una niña mala que había hecho una travesura, y en cambio a Heinz como a un activista dedicado a una campaña de agitación y propaganda subversiva orquestada desde Occidente y promovida por determinados círculos de la Iglesia. Y sin embargo llevábamos años juntos en la política y él no había hecho nada que no hubiera hecho yo también.

-¿Lo sabe Heinz?

-No sé nada de él. Desde que pasó a Occidente no se ha puesto nunca en contacto conmigo, ni siquiera después del cambio. A lo mejor piensa que lo traicioné para salvar el pellejo.

-¿Y Sven le contó a la policía política todo lo que sabía?

Paula asintió con la cabeza.

-Y hablaba con su oficial de contacto como con un amigo de toda la vida, sobre sí mismo, sobre mí y sobre Julia.

-¿Desde cuándo?

-La cosa empezó cuando nos conocimos nosotros, hacia el verano o el otoño de 1986.

-¿Le daban algo a cambio?

-Unos cuantos cientos de marcos de vez en cuando. A mí ya me extrañaba que, a veces, nos hiciera regalos inesperados a Julia y a mí, pero no le pregunté nada. No, no lo hacía por dinero. Pero es que en Alemania Oriental nadie hacía nada por dinero.

-¿Sospechabas algo?

-¿Lo dices porque le pedí que no se metiera en mis actividades políticas? No lo sé -dijo encogiéndose de hombros. Creo que no sospechaba nada. O por lo menos no quería sospechar.

-Paula...

-Dime.

Sonrió, cansada y triste, como si supiera por dónde iba a continuar la conversación, y que por ahí no llegaríamos a ninguna parte.

-¿Por qué te has acostado conmigo?

No respondió.

-¡Paula!

Suspiró y se dio la vuelta. Volvó a ver su cara en la ventana.

-¿Lo has hecho porque Sven te engañó y necesitabas hacerle el salto tú también para poder perdonarlo?

No dijo nada, no asintió, y en el reflejo no se distinguía bien la expresión de su cara.

-¿Querías que yo me sintiera culpable hacia Sven para que no le tomara a mal que también me traicionase a mí?

Siguió sin contestar.

-Dime algo, Paula. Está claro que no lo has hecho por mí, en realidad no. ¿Lo has hecho por ti, querías que te consolara? Si es así, ¿por qué no me has dado tiempo para hacerlo?

Esperé. Esperaba que ella dijera algo que me hiciera sentir que lo hubiera hecho por mí, aunque no fuera un gran amor, pero sí al menos un cierto grado de intimidad y confianza.

Siguió callada,

-Entonces es que lo has hecho por Sven, por una razón o por la otra, Y si es así, tienes que reconocerlo y quedarte um él. No sé si es terrible o maravilloso: te ha traicionado y a pesar de ello le quieres.

Seguí esperando, sin creer ya que ella fuera a reaccionar. Pero entonces le lanzó una pregunta a su reflejo.

-¿Puedes querer a alguien a quien no respetas?

-¿Por qué se hizo informador?

-Acudió a ellos por su propio pie. Tenía miedo por mí, desde hacía tiempo y especialmente desde 1985, cuando me detuvieron por primera vez. Cuando te conoció, pensó que podría informar sobre ti y a cambio obtener un trato más favorable para mí. Pero sobre ti no había nada que contar -dijo sonriendo-, excepto las cuatro cosas que se inventó. Y en cuanto lo tuvieron atrapado, les resultó fácil utilizarlo.

Sven estaba en la habitación. Yo no lo había oído entrar. Sin duda había puesto toda su precaución para no hacer el menor ruido. ¿Cuánto rato debía de llevar escuchando detrás de la puerta?

Paula se indignó.

-¿O sea que sigues con las mismas? ¿Otra vez acechando y espiando? Si quieres saber algo, pregúntamelo. Pero no vuelvas a acercarte sin hacer ruido, nunca más, y... -Estaba gritándole, y de repente se interrumpió-. Bah, haz lo que te dé la gana.

Se dirigió a la puerta.

-Paula, no te vayas, por favor. No he venido a espiar. Sólo intentaba no hacer ruido para no despertar a Julia. Quería saber de qué estabais hablando para poder

decir algo. Pero no os estaba espiando.

Estaban frente a frente. Él levantó los brazos en gesto de lamentación y con el mismo gesto los dejó caer. Tenía lágrimas en los ojos y en la voz.

-Tengo mucho miedo, he pasado mucho miedo todos estos años. Por ti, por nosotros, y después del cambio, miedo de que te enterases de todo. Tú nunca has querido saber nada de mi miedo, o sea, del miedo que tenía por ti y por nosotros; me volvía loco, y tú nunca me ayudaste. Yo no soy tan fuerte como tú. Nunca lo he sido. Intenté hablar contigo sobre mis miedos, hacerte ver que no era necesario que te implicaras tanto, pero tú no quisiste escucharme. -Lloraba. ¿Por qué no me dejaste cuando te diste cuenta de que soy más débil y más cobarde que tú y que no me parecían bien muchas de las cosas que hacías? ¿Quizá porque me necesitabas? ¿Sexualmente? ¿Por Julia, porque no tenías tiempo para ella? ¿Para las tareas de la casa? -Se secó los ojos y la nariz con las manos-. Ahora ya no me necesitas. Me dejas porque ya no me necesitas.

-Sí te necesito. Pero ya no eres el mismo que...

-Te equivocas. Sigo siendo el mismo. -Ahora gritaba-. El mismo, ¿me oyes? El mismo. Claro que ahora quizá ya no soy lo bastante bueno para ti, quizá necesitas un hombre mejor o ya has encontrado un hombre mejor. Pero entonces sé sincera y dilo.

-No hace falta que chilles, Sven. Lo que tenga que decir, ya te lo diré.

-Sí, pero sólo si decides que tienes que decirlo. -Se volvió hacia mí y se me quedó mirando. ¿Y tú qué? ¿No tienes nada que decir?

Se quedó esperando, y como yo no respondía, se sentó en la cama y se puso a mirarse los pies. Paula se dirigió a la puerta, pero no salió de la habitación. Se apoyó en la pared en el mismo sitio donde se había apoyado antes Sven.

Seguimos esperando, aunque yo no sabía qué. ¿Que alguien dijera algo que no se hubiera dicho todavía? ¿Que alguien hiciera algo? ¿Que Paula sacara sus cosas del armario, hiciera las maletas y se marchara? ¿Que se marchara Sven?

Yo quería irme. Pero no podía. No podía irme sin decir nada, y sin embargo no sabía qué decir. Así que me quedé quieto, paralizado, porque me faltaban las palabras. Cuando miraba a Paula y ella se daba cuenta, me sonreía con gesto cansado y triste. A veces Sven levantaba la mirada de sus pies y la dirigía inquisitiva hacia Paula y hacia mí.

Luego empezó a clarear. El cielo se puso al principio gris, luego blanco y luego azul pálido. Antes de que el sol iluminara el tejado vecino, su luz cayó sobre la bola de la torre de la televisión, que lanzó un destello hacia donde estábamos nosotros. Cuántos pájaros hay en la gran ciudad, pensé. Alborotaban en el viejo castaño que había en el patio. Fui hacia la ventana, la abrí y dejé entrar el aire. Aire de la ciudad, el aire de una mañana fresca únicamente porque todavía conservaba el frescor de la noche. Desde el patio llegaba el hedor de una hilera de contenedores de basura y del montón de compost que los ecologistas de la planta baja acumulaban allí. El reloj de la iglesia dio las seis.

De repente apareció Julia en la puerta. Se la veía medio dormida y extrañada.

-Hoy tengo que estar en el colegio a las siete y cuarto. Tenemos ensayo. ¿Me dais el desayuno?

Se dio la vuelta y se fue al cuarto de baño.

Sven se levantó y se dirigió a la cocina. Oí cerrarse de un golpe la puerta de la nevera y luego la del horno, el tableteo de la vajilla y al cabo de un rato el pitido de la tetera. Cuando Julia salió del cuarto de baño y la oímos caminar por el pasillo, Paula se despegó de la pared y fue tras ella. Oí abrirse la puerta del armario de la habitación de Julia, abrirse y cerrarse los cajones, y a la madre y la hija hablando del ensayo, de la ropa que iba a ponerse y de lo que tenían que hacer aquel día. Cuando las dos se fueron a la cocina, Sven me llamó por mi nombre.

En la mesa de la cocina había cuatro tazas y cuatro platos con panecillos recién hechos.

-Te pongo café, ¿no?

Sven me llenó la taza. Me senté. Julia empezó a hablar de la obra que ensayaba su grupo teatral, de los ensayos y sus progresos, de los preparativos técnicos de la representación. Paula y Sven hacían algún comentario de vez en cuando, manifestaban admiración, hacían preguntas.

-Te acompaño.

Cuando Julia se levantó, Sven lo hizo también. Paula asintió con la cabeza.

-Voy con vosotros. Luego iré directamente al instituto.

Sven cerró la puerta del piso cuando salimos. En la escalera, Julia me dio la

mano. Al salir a la calle se echó a la espalda el macuto, que hasta ese momento llevaba en la mano, y se cogió de las manos de sus padres. La acera estaba vacía, y Paula, con un gesto, me llamó a su lado y me cogió del brazo.

Así fuimos hasta la escuela. Apenas había tráfico. Sólo en las panaderías atendían ya a los primeros clientes. A medida que nos acercábamos a la escuela, íbamos encontrando otros niños y niñas que también iban al ensayo. Julia los saludaba, pero sin soltarse de las manos de sus padres.

A partir de entonces dejamos de tener contacto. A mí no me apetecía ver a Sven, y tampoco me apetecía que él me viera. Me preguntaba si debía confesarle lo sucedido. ¿Podía hacerlo sin delatar a Paula? ¿Era mi deber delatar a Paula y a mí mismo? A veces me preocupaba que pudieran salir a la luz aquellos informes en los que me pintaba como bienintencionado juez de lo social con simpatías por el régimen comunista. Aunque no representaran un peligro directo para mi puesto de trabajo, sin duda me acarrearían comentarios estúpidos por parte de los compañeros y de los abogados. Sólo de pensarlo me enfurecía. Pero había algo que me enfurecía aún más: el tribunal interior en el que enjuiciaba el caso de Paula contra Sven, el mío contra Paula, el de Sven contra mí y el mío contra Sven. Yo no salía muy bien parado, sobre todo porque cada vez juzgaba con mayor benevolencia la actuación de Sven. Sí, me había utilizado, espiado y traicionado, pero lo había hecho por miedo. Para salvar a Paula. Y de hecho la había salvado. Jugar un poco a los espías no parecía tan grave si con ello uno conseguía salvar a su propia esposa. Luego estaba lo de Heinz y lo de Paula, que ya no podía calificarse como un juego. Pero ¿hasta qué punto era imperdonable? ¿Cómo medir la culpabilidad? ¿Y hasta qué punto yo estaba libre de culpa? Lo que había pretendido Paula había sido precisamente implicarme y complicarme en el asunto, y no lo contrario.

La vi una vez en un concierto. Ella estaba sentada en la platea y yo en el anfiteatro. Su actitud despreocupada y la tranquilidad con que se levantó en el intermedio, se dirigió entre las filas de butacas hacia el vestíbulo y volvió luego a su lugar cuando sonó el timbre, me enfurecieron. También me sentó mal que llevara el pelo suelto y el gesto con que se echó un mechón detrás de la oreja.

Supe por Julia que Sven y Paula volvían a estar juntos. Ella hacía como si no pasara nada. Cuando iba a visitar a Hans, pasaba a verme un rato, a veces con él y a veces sin él, y si se hacía tarde se quedaba a dormir en mi casa.

Me sentía invadido por una ira que no tenía nada de positivo. La ira positiva se enfoca hacia los demás. Pero para eso hace falta que la situación esté clara, que no sea un embrollo como el que habíamos organizado nosotros. En medio del embrollo, la ira no sólo se dirige hacia los demás, sino también hacia uno mismo. Yo sufría las consecuencias de mi propia ira. Y muchas veces simplemente estaba triste. Echaba de menos la sonrisa infantil y confiada de Sven, sus comentarios cuando íbamos al cine o al teatro, la seriedad y severidad con que conversaba Paula, su rostro ardiente y sus ojos chispeantes cuando se enardecía.

Las historias Este-Oeste eran siempre historias de amor, con todas las esperanzas y decepciones propias de las historias de amor. Se alimentaban de la curiosidad por lo que el otro tenía de ajeno, de lo que el otro tenía y yo no, y de lo que yo tenía y el otro no, que lo hacía a uno interesante sin necesidad de esforzarse. ¡Cuánto había de eso en aquellas relaciones! Tanto, que cuando cayó el Muro el invierno se convirtió

en una primavera de curiosidad amorosa entre los alemanes de uno y otro lado. Pero al cabo de poco, todo aquello que resultaba ajeno y diferente y lejano se volvió de repente cercano, conocido y molesto. Como los pelos negros de la novia en el lavabo, o su enorme perro que era divertido sacar a pasear, pero en el piso compartido se convierte en una lata. El único objeto de curiosidad que queda, a lo sumo, es cómo nos las arreglaremos los unos con los otros en medio del embrollo, suponiendo que nos importemos mutuamente lo bastante para intentarlo.

Julia me invitó a la fiesta de su décimo cumpleaños. Sus padres le habían dado permiso para invitar a quien quisiera, y ella creyó que lo correcto era celebrarlo no sólo con amigos y amigas de su edad, sino también con sus amigos mayores. Las primeras gafas, el paso a la educación secundaria y la crisis matrimonial de sus padres le habían impreso un aire de madurez prematura.

Hans y yo fuimos juntos a la fiesta. Hacía buen día, y cuando salimos del túnel del metro cerca de casa de Sven y Paula, el sol iluminaba aquellas fachadas que el día de mi última visita estaban grises y quebradizas y ahora claras y recién restauradas. Había un montón de cosas nuevas: aceras y carriles-bici, una copistería, una agencia de viajes, y en la esquina un restaurante tunecino. También en el parque infantil de enfrente había aparatos nuevos, bancos nuevos y césped nuevo. El pasado había sido expulsado.

Subimos las escaleras y llamamos al timbre. Sven abrió la puerta y extendió los brazos como si fuera a abrazarme. Pero lo único que hizo fue repetir una vez más el viejo gesto de lamento e impotencia.

-No queda café. ¿Te apetece una taza de chocolate?

La mesa del comedor estaba desplegada y cubierta. Vi a los padres de Sven, a la maestra preferida de Julia, al vecino con sus dos hijos y a unos cuantos compañeros y compañeras de escuela. Hans y yo no éramos los únicos occidentales: también había un profesor de lenguas eslavas que había trabajado con Sven en la universidad. Los niños armaban jaleo por la sala de estar, el pasillo y la habitación de Julia. Los mayores estábamos en el balcón y no sabíamos de qué hablar. El eslavista estaba indignado por la manera en qué se estaba llevando a cabo la reunificación: por lo visto era demasiado rápida, o demasiado lenta, y el coste en términos humanos estaba siendo excesivo, o al revés, no sé. Pero nadie tenía ganas de discutir. Preferíamos hablar de lo mucho que había crecido Julia, de lo bonita que estaba, de que se había convertido en una niña razonable, servicial y aficionada al deporte.

Cuando todos nos sentamos a la mesa, Julia se levantó. Sven miró a Paula como preguntándole qué pasaba, pero ella se encogió de hombros. Julia nos soltó un discurso. Nos dio las gracias por los regalos y por haber venido, tanto sus amigos y amigas pequeños como los mayores, tanto los del Este como los del Oeste. Por desgracia, continuó, ahora ya no nos veíamos tan a menudo como antes; antes teníamos tiempo los unos para los otros. Ahora, en cambio, era muy fácil perderse de vista.

-Sí -añadió Julia con ademán serio y mirada resuelta-, ¡menos mal que estamos las mujeres para mantener los lazos!

Paula apretó los labios y rió con los ojos. Sven tenía la cabeza gacha. Julia había acabado de hablar, alguien empezó a aplaudir, los otros se le sumaron, y como Hans, encantado con Julia, se echó a reír, Sven también pudo levantar la cara y reírse, y Paula también se rió, y nos miramos los unos a los otros riendo.

Su mujer murió pocos meses después de que él se jubilara. Tenía un cáncer incurable e inoperable, y él la cuidó en casa. Cuando ella murió y él pudo dejar de ocuparse de alimentarla, ayudarle a hacer sus necesidades y cuidar su cuerpo consumido y llastado por la larga postración, tuvo que ocuparse del entierro, de las facturas y los seguros y de que sus hijos recibieran lo que ella les había dejado. Tuvo que llevar a la tintorería los vestidos de su mujer y lavar su ropa interior, limpiar sus zapatos y guardarlo todo en cajas de cartón. La mejor amiga de su mujer, propietaria de una tienda de segunda mano, pasó a recoger las cajas; le había prometido a la muerta que su selecto vestuario sólo lo lucirían mujeres guapas.

Aunque todo aquello fueran actividades que no le resultaban familiares, estaba tan acostumbrado a trajinar en la casa mientras ella estaba en cama, en silencio, que muchas veces sentía el impulso de subir la escalera, abrir la puerta y sentarse en la cama junto a su mujer y decirle unas palabras, contarle algún asunto o preguntarle algo. Pero luego le llegó, como un golpe, la conciencia de que estaba muerta. Lo mismo le pasó varias veces hablando por teléfono. Estaba apoyado en la pared al lado del aparato, entre la cocina y la sala de estar, en actitud del todo normal, hablando de cosas normales, sintiéndose normal, y de repente se daba cuenta de que ella estaba muerta, y entonces no podía seguir hablando y colgaba.

Todo eso se acabó. Un día se sintió como si se hubieran cortado los cabos, como si hubiera soltado lastre y el viento lo llevara en volandas por encima de la tierra. No veía a nadie ni echaba de menos a nadie. Tanto la hija como el hijo lo habían invitado a pasar un tiempo en sus casas, pero aunque creía quererlos, y también a sus nietos, la idea de compartir techo con ellos le resultaba insoportable. No quería vivir en una normalidad que no fuera la suya de siempre.

Dormía mal, se levantaba temprano, bebía té, tocaba un poco el piano, le daba vueltas a algún problema de ajedrez, leía cosas y tomaba notas para un artículo sobre un tema que lo acompañaba desde que había tropezado con él en los últimos años de su vida laboral, aunque no le interesaba realmente. Entrada la tarde, empezaba a

beber. Se llevaba una copa de champán al piano o al tablero de ajedrez; durante la cena, que consistía en una sopa de lata o unas rebanadas de pan, se acababa la botella de champán y abría otra de vino tinto, que vaciaba mientras tomaba notas o leía un libro.

Salía a pasear por las calles, por los bosques a menudo nevados y por la orilla del río, cuyas riberas solían estar heladas. También salía de noche, al principio con cierta torpeza, tropezando aquí y allá y rozándose con una valla o un muro, pero al cabo de poco rato se le aclaraba la cabeza y empezaba a andar con paso seguro. Le habría gustado vivir cerca del mar y andar por la playa horas y horas. Pero era incapaz de decidirse a dejar la casa, el envoltorio de su vida.

Su mujer nunca había pecado excesivamente de vanidad. O por lo menos a él nunca le había parecido especialmente vanidosa. Guapa sí, siempre le había parecido guapa, y él no le ocultaba lo mucho que gozaba de su belleza. Ella, con una mirada, un gesto, una sonrisa, le mostraba que lo sabía y que disfrutaba del placer que él sentía. Aquellas miradas y gestos, aquella sonrisa estaban llenos de encanto, igual que su manera de mirarse en el espejo. Pero no era vanidosa.

Y sin embargo la vanidad la había matado. Cuando el médico le descubrió un bulto en el pecho derecho y le aconsejó operarse, ella, por miedo a que se lo amputaran, dejó de ir a la consulta. Y eso que nunca había alardeado de sus pechos altos, turgentes y firmes, y tampoco se quejó cuando, en los últimos meses, adelgazó tanto que los pechos se le quedaron colgando como bolsillos vueltos del revés para mostrar que están vacíos. Él siempre había tenido la impresión de que su mujer tenía una relación muy natural con su propio cuerpo, tanto para lo bueno como para lo malo. Sólo después del final, cuando, por un comentario casual del médico, supo que ella se había negado a operarse, se preguntó si lo que él siempre había considerado una relación muy natural no habría sido en realidad, durante mucho tiempo, una relación deformada y al final resignada.

Se sentía culpable por no haber notado nada en aquel momento. Y también se culpaba de que ella no quisiera hablar con él de la operación, compartir su miedo y tomar entre los dos la decisión correcta. En aquel momento... Lo cierto es que, por lo menos al principio, no recordaba nada de la época en que a ella debieron de comunicarle la existencia del tumor y la necesidad de operarse. Reconstruyó fragmento a fragmento sus recuerdos de entonces y no encontró nada que le llamara la atención. Por entonces estaban tan unidos como siempre; él no se sentía especialmente presionado en el trabajo ni había tenido que viajar más de lo habitual, y ella también se dedicaba a su profesión con toda normalidad. Era violinista en la orquesta municipal, segundo violín, y además daba clases. Él recordó que por entonces habían vuelto a tocar juntos por diversión, concretamente la sonata «La folia», de Corelli, después de pasarse años proponiéndoselo.

Los recuerdos hicieron enmudecer el sentimiento de culpa y dieron paso al malestar y a la duda. Siempre había creído que estaban muy unidos. ¿Y si se engañaba? ¿Y si en realidad no lo estaban tanto? Y en tal caso, ¿qué era lo que había fallado? ¿Es que no habían sido felices juntos? Además, habían seguido haciendo el amor hasta que la enfermedad se agravó, y no dejaron de hablar hasta el último momento.

Luego también desapareció el malestar. A menudo tenía una sensación de vacío, pero no sabía qué era lo que le faltaba. Aunque no se le pasaba por la cabeza comprobarlo, en algún momento empezó a preguntarse si de verdad echaba de menos a su mujer y no simplemente un cuerpo tibio en la cama y alguien con quien charlar

un poco, a quien le interesara mínimamente lo que él pudiera decir, y a quien, a la inversa, pudiera escuchar con un mínimo interés. También se preguntaba si la nostalgia que de vez en cuando sentía hacia su trabajo tenía realmente algo que ver con el trabajo y no con el hecho de estar inmerso en un entorno social determinado y tener un papel que podía desempeñar con acierto. Sabía que era lento, lento para captar las cosas y para comprenderlas, lento para acercarse a las cosas y para desprenderse de ellas.

A veces le parecía como si se hubiera caído de su vida, como si siguiera cayendo todavía pero pronto fuera a llegar al fondo, donde podría volver a empezar, desde muy abajo, pero volver a empezar.

Un día llegó una carta para su mujer cuyo remitente le era desconocido. Seguía llegando correo para ella con cierta regularidad: folletos, facturas de revistas y cuotas de asociaciones, la carta de alguna amiga en la que no había pensado al enviar las esquelas, pero de la que se acordaba inmediatamente al ver la carta, o la esquila de un antiguo compañero de trabajo, o una invitación a un vernissage.

La carta era breve y estaba escrita con pluma y con buena caligrafía.

Querida Lisa:

Sé lo que piensas: no debería haberte puesto las cosas tan difíciles en aquel momento. Pero no puedo darte la razón, ni siquiera ahora. Y sin embargo actué mal: entonces no lo sabía, pero ahora sí. También tú actuaste mal. ¡Con cuánto desamor tratamos a nuestro amor! Habríamos podido dejarlo crecer y florecer, pero lo estrangulamos, tú con tus miedos y yo con mis exigencias.

No vivir la vida, no vivir el amor es un pecado. ¿Sabes que un pecado cometido en común, cometido por dos personas, las une para siempre?

Hace unos años te vi. Fue durante una actuación de tu orquesta en mi ciudad. Has envejecido. Vi las arrugas y el cansancio de tu cuerpo, y pensé en tu voz, que se vuelve estridente cuando la atenazan el miedo y el rechazo. Pero todo eso no causó ningún efecto: si hubiera podido, me habría metido otra vez sin pensarlo contigo en el coche, o en el tren, para marcharnos juntos, y habría pasado otra vez noches y días contigo en la cama.

¿Crees que no debería contarte esto? Quizá, pero ¿con quién puedo compartir estos pensamientos sino contigo?

Rolf

En el remite constaba el nombre de una gran ciudad del sur del país. Cuando acabó de leer la carta, sacó de algún lugar un plano de aquella ciudad, buscó la calle y la encontró al lado de un parque. Se imaginó al autor de la carta, sentado al escritorio con vistas al parque. Miró las copas de los árboles que había delante de su casa. Estaban todavía peladas.

Ignoraba que la voz de su mujer pudiera ser estridente. Nunca había pasado noches y días con ella en la cama. Nunca se había metido sin pensarlo con ella en el coche o en el tren para marcharse juntos. Al principio sólo sintió sorpresa, pero luego se sintió estafado y despojado: estafado por su mujer, que le había negado algo que también era suyo, algo a lo que tenía derecho; y despojado por el otro. Se puso celoso.

Los celos no se limitaban a lo que su mujer hubiera podido compartir con el otro, a todas aquellas cosas que él ignoraba. ¿Cómo podía saber si ella había sido la mujer de su vida y al mismo tiempo otra mujer para el otro? Quizá para el otro también fuera la misma que fue para él. Cuando Lisa y él iban a un concierto y sus manos se encontraban porque los dos estaban gozando de la música; cuando, a primera hora del día, la observaba mientras se maquillaba y ella le enviaba una breve mirada y una leve sonrisa antes de volver a concentrarse en su imagen en el espejo; cuando se despertaba por la mañana y enseguida se rozaba cariñosamente con él y luego se desperezaba y estiraba en la otra dirección; cuando él le hablaba de algún problema del trabajo y ella aparentemente apenas le escuchaba, para luego, horas o días

después, sorprenderlo con un comentario que demostraba su atención e interés: en esas situaciones se le revelaba lo realmente unidos que estaban. Él siempre había dado por supuesto que se trataba de una unión exclusiva. Pero ahora ya no podía dar por supuesto nada. ¿Por qué no iba a haber estado tan unida con el otro como con él? ¿Por qué no iba a haber cogido también la mano del otro en un concierto, por qué no iba a haberle lanzado también al otro una mirada y una sonrisa mientras se maquillaba, por qué no iba a haberse rozado, desperezado y estirado en la cama junto al otro?

Llegó la primavera, y todos los días lo despertaba el gorjeo de los pájaros. Cada mañana pasaba lo mismo. Se despertaba feliz de oír a los pájaros y de ver entrar la luz del sol en la habitación, y por un momento le parecía que todo iba bien. Pero enseguida le venía todo a la mente: la muerte de su mujer, la carta del otro, la relación entre los dos, y el hecho de que en ese asunto su mujer había sido una mujer diferente a la que tan unida estaba a él, y al mismo tiempo debía haber sido por fuerza exactamente la misma. Asunto: así había empezado a llamar a lo que la carta desvelaba; ya no tenía la menor duda de que sus celos tenían doble motivo, A veces se preguntaba qué era peor: que la persona amada, al estar con otra persona, se convierta también en otra, o que siga siendo la misma a la que uno se siente tan unido. ¿O quizá las dos cosas eran dolorosas por igual? Al fin y al cabo, en ambos casos le roban a uno algo: algo que le pertenece y algo que debería pertenecerle.

Era como una enfermedad. También el enfermo, cuando se despierta, necesita unos instantes para acordarse de que está enfermo. Y, del mismo modo que las enfermedades pasan, también pasan la tristeza y los celos. Él lo sabía, y esperaba tiempos mejores.

Con la primavera, sus paseos se fueron alargando. Empezaban a adquirir algún rumbo determinado. Ya no salía sin más a la calle, sino que se dirigía campo a través hacia la esclusa, o por el bosque hacia el castillo, o entre frutales en flor, bordeando las colinas, hacia una pequeña ciudad cercana, donde pasaba un rato en un bar y luego volvía a casa en tren. Entrada la tarde, sacaba de la nevera la botella de champán habitual, pero cada vez iba siendo más frecuente que volviera a dejarla donde estaba. Cada vez más a menudo le pasaban por la mente cosas que no tenían nada que ver con su mujer, la muerte de su mujer, el otro y el asunto.

Un sábado fue a la ciudad. En los últimos meses no había tenido ningún motivo para hacerlo. En el lugar donde vivía había una panadería y una tienda de comestibles, y él no necesitaba nada más. A medida que iba acercándose al centro, a medida que crecían el tráfico, el ajetreo y la aglomeración, e iban apareciendo cada vez más tiendas, y el aire se llenaba de voces de personas, ruido de coches, melodías de músicos callejeros y gritos de vendedores ambulantes, empezaba a tener miedo. Lo agobiaba la gente, su laboriosidad y su ruido. Entró en una librería, pero también estaba llena, y la gente se apiñaba frente a las estanterías, las mesas y la caja. Se quedó unos instantes cerca de la puerta, incapaz de decidir si salía o entraba, estorbando a la gente, y recibió un empujón y una disculpa pronunciada de mala gana. Quería irse a casa, pero no tenía la energía necesaria para salir a la calle y echar a andar a toda prisa hacia su casa, meterse en el tranvía o parar un taxi. Había calculado mal sus fuerzas. Pero ahora quedaba claro que, como un convaleciente que sufría una recaída por haberse apresurado demasiado en regresar a la normalidad, tendría que volver a empezar su proceso de curación desde el principio.

Cuando por fin llegó al tranvía, una chica se levantó y le cedió su asiento.

-¿Se encuentra mal? Cuando lo he visto en la librería ya me ha parecido que necesitaba ayuda.

No recordaba haber visto a aquella chica en la librería. Le dio las gracias y se sentó. El miedo persistía. Volver a empezar su proceso de curación desde el principio: ¿significaba eso que había tocado fondo? Le habría gustado creerlo, pero tenía la sensación de que la caída continuaba.

Ya en casa, se echó en la cama en pleno día. Se durmió y se despertó al cabo de unas horas. Seguía siendo de día, y el miedo había desaparecido.

Se sentó al escritorio, cogió una hoja de papel y escribió, sin fecha ni encabezamiento:

Su carta ha llegado. Pero no a la persona a la que usted la dirigía. Lisa, la mujer a la que usted conoció y amó, ha muerto.

B

Su mujer y sus amigos lo habían llamado BB durante mucho tiempo, hasta que en algún momento el apelativo se quedó en B. En la oficina, siempre firmaba sus despachos y sus informes con la B de Benner. Y también se había acostumbrado a firmar las cartas privadas con la B de Bengt, su nombre de pila, incluso a sus hijos, que de pequeños lo llamaban cariñosamente baba en lugar de papá, conforme a la fonética suave del dialecto de la región. Le gustaba que una sola B bastara para cumplir tantos cometidos.

Metió la hoja en un sobre, escribió la dirección, lo franqueó y lo echó al buzón que había unas cuantas calles más abajo.

Tres días después llegó la respuesta.

¡Morena^[1]! ¿O sea que ya no eres la Lisa a la que yo amé? ¿O sea que aquella mujer ha muerto para mí?

Qué bien entiendo tu deseo de matar el pasado cuando se inmiscuye en el presente y hace daño. Pero sólo puede inmiscuirse si todavía está vivo. Para ti nuestro pasado común está tan vivo como para mí: ¡qué bien me hace sentir eso! Y qué bien me hace sentir que tú, que en aquella época nunca contestabas mis cartas, ahora me hayas escrito. Y que sigas siendo mi morena, aunque te ocultes detrás de una inicial.

No sabes lo feliz que me ha hecho tu carta.

Rolf

¿Morena? Sí, siempre había tenido los ojos castaños y rizos castaños, pelitos castaños en los brazos y las piernas, que en verano, cuando la piel se bronceaba, se volvían rubios, y muchas pecas castañas. Mi morena guapa, la había llamado él alguna vez con admiración. Pero «Morena» era algo muy diferente. Era conciso, autoritario, posesivo. «Morena» era el calificativo perfecto para una yegua a la que se acarician los ollares y se palmean los costados antes de encaramarse a ella y hacerle sentir la presión de los muslos.

Se dirigió a la cómoda de su mujer, un mueble antiguo de estilo Biedermeier. Sabía que tenía un compartimento secreto. Cuando ella murió, pasó revista a todas sus cosas, pero no se atrevió a buscar el cajón secreto. Ahora, en cambio, vació todos los compartimentos, sacó todos los cajones, encontró la pared tras la que por fuerza había de estar el compartimento secreto, y al cabo de unos instantes descubrió el listón que tenía que apretar para, haciendo palanca con la pared, hacer girar sobre su eje un cubo que con ese movimiento dejaba a la vista una puertecilla. Estaba cerrada; la forzó.

Un legajo de cartas atadas con una cinta roja; por el matasellos supo que se trataba de las cartas del amor de juventud del que su mujer le había hablado muchas veces. Un álbum de poesías o de fotos con correa de cuero y cierre. En otro legajo, con una cinta verde, reconoció la letra de sus suegros. Y también reconoció la letra del otro. Había cuatro cartas sujetas con una gran horquilla. Se las llevó al lugar en que solía sentarse junto a la ventana, un sillón orejero acompañado por una mesa de costura, ambos de estilo Biedermeier como la cómoda, comprados con Lisa antes de casarse. Se sentó y se puso a leer.

Lisa:

Las cosas no han ido como tú te imaginabas al principio, se han complicado. Sé que a veces tienes miedo y querrías alejarte de mí. Pero no tienes derecho a alejarte. Ni estás obligada a hacerlo. Yo estoy contigo aunque no esté contigo.

¿Dudas de mi amor porque no te pongo las cosas fáciles? Eso no está en mis manos. Sí, a mí también me gustaría que todo fuera más fácil para nosotros, que pudiéramos vivir juntos, el uno para el otro y nada más. Pero el mundo no es así. Y sin embargo es maravilloso: ha hecho que nos encontremos y nos amemos.

No puedo dejarte, Lisa.

Rolf

No, Lisa, no empecemos otra vez. Ya hablamos de ello hace un año y hace seis meses, y sabes muy bien que no puedo dejarte. No puedo estar sin ti. Y tú no puedes estar sin mí. Sin mi amor, sin el placer que te doy. Si me abandonas y me hundo, me quedaré sin salvación y sin dónde aferrarme, y te arrastraré conmigo en mi caída. No dejes que pase eso. Sigue siendo mía, igual que yo sigo siendo tuyo.

Tu Rolf

No viniste. Estuve esperándote, hora tras hora, y no viniste. Al principio pensé: bueno, nunca ha sido muy puntual, y luego empecé a preocuparme y luego empecé a hacer llamadas y luego supe, por la mujer de la limpieza, que no podías ponerte al teléfono. ¡Por la mujer de la limpieza! No sólo no viniste, sino que utilizaste a la mujer de la limpieza para quitárte de encima.

Estoy furioso. Perdona, no tengo derecho a enfadarme contigo. Aquello era demasiado para ti, no podía seguir así, tenía que cambiar, y tu manera de hacérmelo entender fue no acudir a la cita. Es la única explicación que encuentro.

Lo he entendido, Lisa. Olvidemos durante un tiempo todo lo que nos agobia. La semana que viene estarás con la orquesta en Kiel. Tómate uno o dos días más, unos días sólo para nosotros. Y da señales de vida pronto.

Rolf

¡La mujer de la limpieza! ¡Siempre la mujer de la limpieza! ¿Es que la tenéis en casa día y noche? Cuando llamo, siempre se pone ella. O tu marido. No tardará en preguntarse quién es ese que llama por la noche y siempre cuelga cuando él coge el teléfono. Lisa, Lisa... Mis inútiles llamadas son un espectáculo a medias absurdo y a medias cómico. Te propongo que acabemos con el lado absurdo y nos riamos del lado cómico, que nos riamos juntos, los dos en la cama, que nos mimemos y nos riamos y volvamos a mimarnos y a reírnos y...

La semana que viene estaré aquí. Te espero, y no sólo el día y la hora que tú sabes, sino todos los días, todas las noches y a todas las horas.

Rolf

Ninguna de las cartas estaba fechada. El matasellos de la primera tenía fecha de hacía doce años, y los otros tres de hacía once, con un intervalo de pocos días.

¿Qué debió de pasar después de la última carta? ¿Había cedido ella? ¿Se había dado por vencido el otro? ¿Se había rendido sin escribir más cartas?

Se acordaba muy bien de la época de que databan las cartas. Hacía once años hubo elecciones, y aunque el partido mayoritario en el Bundestag siguió siendo el mismo y la coalición de gobierno no varió, sí cambió el ministro. El nuevo lo sustituyó a él, que era independiente, por un funcionario con carnet del partido, y lo mandó al retiro provisional. Al cabo de un año lo repescaron para un cargo en una fundación pública, donde le esperaba una tarea interesante. Pero no volvió a tener el poder del que había disfrutado en el ministerio durante unos años.

Sí, durante los últimos años en el ministerio se había sentido muy presionado y había estado muy a menudo de viaje, y los fines de semana tenía que llevarse trabajo a casa, cuando no quedarse en la oficina. A pesar de ello, había seguido pensando que todo le iba bien en el terreno matrimonial y familiar; para asegurarse de ello le bastaba con los ocasionales contactos que tenía con su mujer y sus hijos. Pero ¿de verdad se lo creía? Ahora tenía la impresión de que en aquella época se engañaba a sí mismo y lo sabía muy bien. Le venían a la mente situaciones en las que Lisa estaba ausente o rehuía el contacto. «¿Qué pasa?», le preguntaba él. «Nada», contestaba ella. «A ti te pasa algo». «No, no hay ningún problema. Estoy cansada, nada más», o «Es que me va a venir la regla», o «Estoy pensando en cosas de la orquesta», o «en un alumno». Él no preguntaba más.

¿Y luego, cuando lo echaron del ministerio, poco después de la llegada de la última carta? Al repasar mentalmente el año de retiro provisional, se dio cuenta, avergonzado, de que apenas recordaba nada de su matrimonio ni de su familia. Por entonces sólo pensaba en una cosa: en que habían cometido una injusticia con él. Se sentía herido, se dedicaba a lamerse las heridas y a esperar que alguien, el mundo, el Estado, el ministro, sus amigos, su mujer o sus hijos repararan la injusticia. Estaba tan pendiente de lo que obtenía o no obtenía de los demás, que no percibía en absoluto cómo se sentían quienes lo rodeaban. Se acordó de la guerra que le declaró al ruido que hacían los niños y sus amiguitos. Para él, aquel ruido alegre no era más que un atropello contra su necesidad de descansar.

No encontró entre sus recuerdos ninguna respuesta, nada que permitiera averiguar lo que había sucedido entre Lisa y el otro después de la última carta. En aquel año difícil, Lisa se le acercó varias veces y él la rechazó, aunque sólo fuera para que ella lo quisiera aún más: se había comportado como un niño. Aparte de eso, no recordaba nada de Lisa y él. Por entonces apenas salía de casa, de modo que, si ella hubiera pasado mucho más tiempo fuera de lo que le exigía la orquesta, él se habría dado cuenta. Pero empezaba a dudar de que durante aquel año se hubiera dado cuenta realmente de algo.

Se puso a escribir.

Tus cartas de ahora son como las de antes: me agobian. Me agobias. Si esto no cambia, es decir, si no haces un

esfuerzo por cambiarlo, no volverás a saber nada de mí. No vuelvas a cometer el mismo error.

B

Aquello no le hizo sentirse bien. Pero tenía la impresión de que daba lo mismo: tampoco se habría sentido bien si no hubiera escrito aquella carta. O si hubiera escrito otra diferente. Lo cierto era que Lisa se había deshecho del otro, y si las cosas habían quedado así, él estaba dispuesto a dar por zanjada la cuestión. Eso sí, siempre que el asunto no hubiera durado mucho tiempo. Y que no hubiera llegado muy adentro.

Lisa, morena mía:

Sé justa conmigo. En aquella época yo estaba desesperado. Mi vida era un desastre, a pesar de tu ayuda y de mis enormes esfuerzos, y encima me echaste fuera de tu vida como se echa a la calle a un perro vagabundo, y cerraste todas las puertas y ventanas. Yo ya no sabía qué hacer. No era mi intención presionarte. Sólo quería ponerme en contacto contigo, verte, hablar. No me acuerdo exactamente de lo que decían las cartas que te escribí por entonces. Pero estoy seguro de que si te sentiste agobiada al leerlas fue porque en ellas se traslucía mi desesperación, mi miedo a perderte o a haberte perdido ya. Y cuando, después de conseguir por fin hablar por teléfono contigo, nos encontramos en la esquina bajo la lluvia y me dijiste que lo nuestro se había acabado de una vez por todas, que no podías ni querías volver a verme, ¿acaso no te dejé en paz? Pero quizá no te refieres a lo que sucedió al final. ¿Te refieres a lo del principio? ¿Cuando echaste a correr y yo salí detrás de ti y te di alcance en el muro de al lado de la iglesia? Si no me hubiera apoyado con las manos contra el muro, encerrándote con los brazos, no habría podido decirte lo que tenía que decirte. Pero no te toqué hasta que me echaste los brazos al cuello. Y en nuestra primera noche también me echaste los brazos al cuello, ¿ya no te acuerdas? Hacía frío, tanto frío que no querías salir de debajo de la manta, así que me incorporé y me incliné sobre ti para apagar la luz de tu mesilla, y entonces fue cuando sacaste los brazos de debajo de la manta y me atrajiste hacia ti.

No he olvidado que, tiempo después, te preguntabas y me preguntabas una y otra vez si nuestro primer encuentro fue realmente fruto de la casualidad, si yo no habría jugado con las cartas marcadas. Nunca dije, ni diré ahora, que nuestro encuentro se debiera al azar. No, fue un regalo del cielo.

¿Sigues teniendo las fotos? Las primeras sólo las tenías tú. Las hizo un compañero tuyo, y hay una que me parece estar viéndola: el restaurante en Milán, un montón de músicos sentados a una gran mesa, y a tu lado yo, después de que el oboe me invitara a abandonar mi solitaria mesa y sumarme a la alegría de la vuestra. Las siguientes son del lago de Como; todavía tengo los negativos. Una de ellas nos la hizo el chico del puesto de fruta, y salimos confusos, enamorados, felices y decididos. En otra sale el hotel grande, antiguo y blanco donde pasamos nuestra primera noche; las montañas todavía están nevadas, y tú estás recostada contra nuestro coche alquilado, con el pañuelo atado en la cabeza al estilo Caterina Valente en los años cincuenta. Y la que me hiciste sin que me diera cuenta: acabo de salir al balcón, ya con abrigo, listo para ir a la calle, y miro hacia el lago, en el que, debido al frío, no navega todavía ningún barco, ni siquiera un bote de remos. Y la foto tuya a la luz del amanecer, con el marco de plata que me regalaste.

Si te has sentido agobiada por culpa mía, al principio, al final, cuando fuera, lo siento. Yo pensaba que la presión de la situación nos afectaba a los dos, y que los dos sufríamos porque no éramos tan libres el uno para el otro como nos habría gustado. Estábamos los dos encerrados, cada uno a su manera, y quizá tú, a diferencia de mí, no fuiste capaz de sobrellevar tu conflicto. Aunque yo tampoco lo estaba pasando precisamente bien, y, por si fuera poco, me veía obligado a pedirte ayuda constantemente.

No me atrevo a pedirte que volvamos a vernos. Pero quiero que sepas que me gustaría mucho.

Rolf

Cuando encontró el álbum en el compartimento secreto, volvió a dejarlo donde estaba. Pero ahora lo sacó, cortó la correa de cuero y lo abrió. También el álbum empezaba con las fotos de la cena en el restaurante de Milán: miradas deslumbradas por el flash, gestos inspirados por el alcohol, bandejas y platos ya vacíos, frascos, botellas y copas vacíos y llenos. Reconoció a algún que otro compañero de Lisa. Ella estaba sentada junto a un hombre al que él no conocía. En todas las fotos aparecía riéndose y mirando hacia el grupo, hacia su vecino, hacia Lisa, hacia la cámara, con la mano izquierda alzando la copa y la derecha tendida sobre los hombros de Lisa. Luego venían las fotos del lago de Como: Lisa y el otro junto a un puesto de fruta, Lisa con un coche en la entrada de un hotel de principios del siglo xx, Lisa junto a una palmera a la orilla del lago, Lisa sentada a una mesa en un bar, con una taza de café y un vaso de agua delante, Lisa con un gato negro en los brazos. También

encontró al otro en el balcón que daba al lago. Y encontró a Lisa en la cama. Estaba tumbada de costado, con los brazos y las piernas abrazando la manta, y miraba a la cámara con cara de sueño y satisfacción.

Había más fotos. En algunas reconoció casas, calles, plazas, el castillo o una iglesia de la ciudad en la que vivía. Algunas parecían tomadas en la ciudad del otro. Ninguna daba testimonio de más viajes. La última mostraba al otro cruzando un prado en bañador, con una toalla en la mano. Alto, delgado, con postura erguida y paso firme, con pelo abundante y una sonrisa dulce: era guapo.

Se miró en el espejo. Las canas en el pecho, las manchas y verrugas en todo el cuerpo, la grasa en las caderas, las piernas y los brazos delgados. En la cabeza, el pelo hirsuto, los profundos surcos en la frente, entre las cejas y entre la nariz, y las comisuras de la boca, los labios delgados, la piel flácida bajo la barbilla. No encontró en su cara dolor ni tristeza ni enfado: sólo fastidio.

El fastidio lo corroía y se tragaba a pedacitos todo su pasado. Todo lo que había mantenido en pie su matrimonio, es decir, el amor, la intimidad, la costumbre, la inteligencia y la solicitud de Lisa, su cuerpo, su papel como madre de sus hijos: todo eso había sido también el sostén de su vida fuera del matrimonio. Lo había sostenido incluso en sus ocasionales escapadas mentales por una vida diferente, con otras mujeres.

Se echó el albornoz por encima de los hombros y telefoneó a su hija. ¿Podía ir a su casa al día siguiente? No mucho tiempo, sólo unos días. Tranquila, todavía podía aguantar solo. Únicamente quería hablar con ella.

Ella le dijo que fuera, con una vacilación en la voz que a él no le pasó desapercibida.

A la mañana siguiente, antes de salir, escribió una respuesta. Seguía sin saber cómo dirigirse al otro, así que empezó la carta sin más preámbulos.

Tienes demasiada imaginación. En algo estoy de acuerdo contigo: es cierto que nuestras circunstancias eran diferentes. No sé qué les ves de común. ¿Y por qué te dolía tanto tener que pedirme ayuda? Te la di, lo cual me parece bastante más difícil.

Entonces ya te gustaba pintar las cosas de color rosa, y sigues teniendo la misma afición. Sí, todavía guardo las fotos. Pero cuando las miro no me traen recuerdos felices. Había demasiada mentira en todo aquello.

Dices que quieres verme, pero a mi entender la cosa todavía no está madura, y dudo que llegue a estarlo alguna vez.

B

Hacía meses que no cogía el coche. Tuvo que llamar al taller para que vinieran a ponérselo en marcha. Había perdido la costumbre de conducir, pero no se sintió incómodo al volante. Puso la radio, abrió el techo corredizo y dejó entrar el aire primaveral.

La última vez que hizo aquel recorrido fue con su mujer. Ella ya estaba muy enferma y pesaba poco; la envolvió en una manta y, con ella en brazos, bajó las escaleras, cruzó la calle y la metió en el coche. Le encantó taparla y cargar con ella. Antes de salir, ella le pidió que la lavara y la peinara, y se puso un poco de colonia; hacía tiempo que no se maquillaba. Mientras la llevaba en brazos, olió el perfume, la oyó suspirar y la vio sonreír.

Aquel recuerdo no estaba enturbiado. Se dio cuenta de que los recuerdos de los últimos años, los de la enfermedad y la muerte, no estaban afectados por sus recientes descubrimientos. Como si la Lisa a la que cortejó y con la que formó una familia e

hizo frente a la vida no fuera la misma que la otra, la que se apagó poco a poco. Como si la enfermedad y la muerte hubieran aniquilado en ella todo lo que pudiera servir de agarradero a los celos.

La carretera cruzaba pueblos pequeños, campos y bosques, un mundo ordenado de casas encaladas y tejados rojos, y una naturaleza no menos ordenada, de un verde claro resplandeciente y trufada de jardines floridos. En los pueblos no había nadie en la calle; los niños estaban en la escuela y los adultos trabajando. Entre pueblo y pueblo se cruzaba de vez en cuando con otro coche, un tractor, un camión. Le gustaba aquel terreno ondulado entre las montañas y la llanura. Era su tierra y la de Lisa, y a ella se habían mantenido fieles incluso cuando el trabajo lo llevó al ministerio y a la capital. Habían conservado su casa, los niños habían seguido yendo a los mismos colegios, y él iba y venía, con intervalos a veces de un día, a veces de varios días o toda una semana. También sus hijos habían permanecido fieles a sus raíces: cuando se independizaron, se quedaron cerca. La hija vivía a una hora en coche, el hijo a dos; si tomaba la autopista y conducía rápido podía llegar incluso en la mitad de tiempo. Pero ahora no tenía prisa.

Intentó prepararse para la conversación que iba a tener con su hija. ¿Cómo hablarle de Lisa, él y el otro? ¿Cómo preguntarle si había hablado con ella sobre él y sobre el otro? Tenía la impresión de que Lisa y su hija habían estado siempre muy unidas, pero no estaba seguro: sus recuerdos de las dos cogidas del brazo, de su hija llegando a casa y llamando inmediatamente a su madre, o de Lisa pegada al teléfono durante las vacaciones porque la niña quería hablar con ella, databan de la adolescencia de la hija.

-¿De qué quieres hablarme?

La hija le hizo esa pregunta mientras le preparaba el sofá para dormir. Él se ofreció a ayudarla, pero ella lo rechazó, y él se quedó allí con las manos en los bolsillos. Ella le hablaba en tono cortante.

-¿No podemos dejarlo para mañana? -La hija extendió la manta sobre el sofá y se puso erguida. Desde que murió mamá te hemos invitado varias veces, yo pensaba que nos sentaría bien a ti y a mí aproximarnos un poco, porque los dos... Porque tú habías perdido a tu mujer y yo a mi madre, y a Georg y a los niños también les habría gustado. Pero tú has rechazado todas las invitaciones, y eso me ha hecho mucho daño. Y ahora te presentas aquí y quieres hablar conmigo. Es igual que antes, cuando te pasabas meses sin preocuparte por nosotros y de repente el domingo por la mañana te empeñabas en sacarnos a pasear para que habláramos. Nosotros no sabíamos qué decir, y tú te enfadabas. No me gustaría tener que volver a pasar por lo mismo.

-¿Tan mal lo pasasteis?

-Sí.

Él se miró los zapatos.

-Lo siento. Cuando tenía una temporada de mucho trabajo, me desconectaba de vosotros. Y entonces me sentía culpable, pero no sabía qué preguntaros. Más que enfadado, estaba desesperado.

-¿Desesperado? -le preguntó la hija, irónica.

Él asintió.

-Sí, desesperado de verdad.

Sintió el deseo de explicarle a su hija cómo era su vida en aquella época, y que ya entonces era consciente de que estaba perdiendo la confianza de sus hijos, y eso le dolía. Pero vio en su cara el rechazo a lo que iba a decir. Se había vuelto severa y amargada. Todavía reconocía tras aquella máscara a la chica franca, alegre y cariñosa que había sido, pero ya no podía hablar con ella, ya no podía hacerla salir. Tampoco podía preguntarle qué había pasado para que la chica alegre se convirtiera en la mujer amargada. Pero al menos le haría la pregunta que lo había llevado allí, aunque la respuesta también fuera desagradable.

-Dime, ¿tu madre te habló alguna vez sobre nuestro matrimonio?

-Tu madre... ¿Es que no puedes decir simplemente «mamá», como hacen los demás hombres, o «Lisa»? No, tienes que recalcar que era mi madre, como si, como si...

-¿Tu..., quiero decir mamá te dijo alguna vez que no le gustaba que la llamase así?

-No, nunca se quejó de nada de lo que hacías.

-¿Te acuerdas de hace once años? Fue cuando hiciste el examen de ingreso en la universidad, y aquel verano...

-No hace falta que me digas lo que hacía entonces, ya lo sé. Aquel verano, para celebrar que había aprobado, mamá y yo nos fuimos una semana de vacaciones a Venecia. ¿Por qué?

-¿Te habló de mí durante aquel viaje? ¿De nuestro matrimonio? ¿De otro hombre, quizá?

-Pues no. Y tú deberías avergonzarte de hacer esa clase de preguntas sobre mamá. Debería darte vergüenza.

Ella salió al pasillo un momento y volvió con dos toallas.

-Toma. Puedes ir al baño. Aquí se desayuna a las siete y media. A las siete te despierto. Buenas noches.

Él quiso abrazarla, pero cuando dio un paso hacia ella, la hija le hizo un gesto con la mano y se escurrió fuera del salón. No entendía el gesto: ¿quería decir que la siguiera o que no se le acercara?

No fue al baño. Le daba miedo; cruzar el pasillo en dirección al baño le costaría más valor del que tenía en aquel momento. ¿Qué pasaría si se confundía e iba a parar a la habitación de su hija y su yerno? ¿O a la habitación de los niños? ¿Y si salía a la escalera sin querer y se le cerraba la puerta del piso? Tendría que llamar al timbre, soportar una regañina y pedir disculpas. Decidió que no iría a ver a su hijo. Ni tampoco iría a ver a la mejor amiga de Lisa para preguntarle por Rolf.

Se marchó a la mañana siguiente, con la casa vacía, mientras su hija y su yerno estaban trabajando y los niños en la escuela. Dejó una nota de despedida.

El viaje duró cuatro horas. No conocía bien aquella ciudad, pero supo encontrar la calle, la casa frente al parque y una habitación en un hotel cercano. Colgó la ropa en el armario y salió a pasear. La pequeña calle en la que estaba su hotel cruzaba una calle más ancha, de amplias aceras, y desembocaba en una plazoleta. Desde el banco de la plaza tenía a la vista la calle en la que vivía el otro. La casa era un chalet modernista dividido en apartamentos, cuya parte posterior, como la de las casas vecinas, limitaba con un riachuelo y el parque.

Los días siguientes, cuando se acercaba al banco dando un paseo, lo encontraba siempre vacío. La temperatura agradable invitaba a sentarse, pero era más agradable hacerlo en los bancos del parque, que estaban a unos pocos pasos. Se quedaba hasta que acababa de leer el periódico, ni más ni menos, luego pasaba por delante de la casa del otro y, cruzando el riachuelo, entraba en el parque. Cada día repetía el mismo itinerario un poco más tarde. Mientras tanto, iba maquinando planes. Escudriñar al otro, rodearlo, averiguar sus costumbres y preferencias, ganarse su confianza, encontrar su punto débil. Y luego... Todavía no sabía qué pasaría luego, qué haría luego. Ya encontraría una manera de expulsar al otro de su vida y la de Lisa.

El martes de la segunda semana estaba sentado en el banco hacia las doce cuando el otro salió de la casa. Llevaba un traje con chaleco, corbata y un pañuelito a juego asomando por el bolsillo. ¡Menudo fantoche! Estaba más gordo que en las fotos, tenía una figura corpulenta y caminaba con paso elástico. Cuando llegó a la plaza, giró hacia la calle pequeña, y al llegar al cruce entró en la ancha. Al cabo de unos cientos de metros se sentó en la terraza de un bar. Sin que él pidiera nada, el camarero le trajo un café, dos *croissants* y un tablero de ajedrez. El otro se sacó un libro del bolsillo interior de la americana, colocó las piezas y se puso a jugar una partida ya empezada.

Al día siguiente, cuando llegó el otro, él ya estaba sentado delante de un tablero de ajedrez jugando una partida de Keres contra Euwe.

-¿Indio? -le preguntó el otro, que se había quedado de pie mirando.

-Sí.

Mató un peón negro con una torre blanca.

-Las negras tienen que sacrificar la reina.

-Eso mismo pensó Keres.

Mató la torre blanca con la reina negra y ésta con la blanca. Se levantó.

-Permítame que me presente. Me llamo Riemann.

-Yo me llamo Feil.

Se dieron la mano.

-¿Quiere sentarse?

Tomaron café, comieron *croissants* y acabaron la partida. Luego empezaron otra.

-Vaya, ya son las tres, tengo que irme. -El otro se despidió apresuradamente-. ¿Nos veremos mañana?

-Por mí no hay problema. Todavía pienso quedarme unos días en la ciudad.

Quedaron para el día siguiente, luego para el próximo, y luego ya no hizo falta que quedaran. Se encontraban a las doce y media, y después de un desayuno tardío, jugaban una partida. Luego charlaban. A veces daban una vuelta por el parque.

-No, nunca he estado casado. El matrimonio no es lo mío. Yo estoy hecho para las mujeres y las mujeres están hechas para mí. Pero lo del matrimonio... Más de una vez he tenido que salir por piernas cuando la cosa se empezaba a poner al rojo vivo. Por suerte siempre he sido rápido huyendo.

Se rió.

-¿Nunca ha conocido a una mujer con la que quisiera estar toda la vida?

-Por supuesto, ha habido mujeres que querían estar toda la vida conmigo. Pero todo tiene un límite. Ya sabe lo que dicen los futbolistas: en cuanto se acaba un partido, hay que empezar a pensar en el siguiente.

O hablaban del trabajo.

-Para mí, que he tenido responsabilidades a nivel internacional durante años, y un día estaba en Nueva York y al siguiente en Hong Kong, el trabajo era algo muy diferente de lo que es para una persona que cada día va a la misma oficina y hace el mismo trabajo.

-¿Qué hacía usted?

-Los entendidos lo llamamos *troubleshooting*. Yo arreglaba lo que estropeaban otros. Ya sabe usted: que la guerrilla secuestra a la mujer del embajador alemán o a la hija del delegado de Mannesmann, que un ladrón pide rescate por un cuadro robado a la National Gallerie, que los excomunistas de la RDA utilizan a la mafia para blanquear el dinero negro del Partido... Pues ahí entraba en acción yo, ¿me entiende?

-¿Usted negociaba con los guerrilleros, con el ladrón o con la mafia?

-Alguien tenía que hacerlo, ¿no? -decía el otro con aire de importancia y falsa modestia.

O hablaban de sus aficiones.

-Durante muchos años no podía imaginarme qué sería la vida sin el polo. ¿Juega usted al golf? ¿No? Bueno, pues el polo es al golf lo que el cabalgar al correr.

-¡Caray, qué interesante!

-¿Tampoco monta? Entonces no sé cómo explicárselo. Es el juego más rápido, duro y noble que existe. Por desgracia, desde mi última caída he tenido que dejarlo.

O hablaban sobre perros.

-O sea que usted tuvo perro durante muchos años. ¿Qué clase de perro?

-Mezclado. Tenía algo de pastor alemán, algo de rottweiler y algo más. Cuando nos lo dieron tenía dos años, y era un perro que había pasado de mano en mano, lo habían maltratado y tenía un carácter depresivo. Y siguió teniéndolo. Pero fue todo lo feliz que puede ser un perro, y se habría dejado matar por la familia, aunque eso sí,

sin salir de debajo del sofá.

-Un fracasado. Otra cosa que no soporto: los fracasados. Yo tuve muchos años un doberman que ganaba un premio detrás de otro. Un animal soberbio.

Un fanfarrón, pensaba, un fantoche y un fanfarrón. ¿Qué vería Lisa en él?
 Telefonó a la mujer de la limpieza y le pidió que le enviara el correo al hotel.

No, morena mía, no te fue tan difícil ayudarme. Estábamos convencidos de que todo saldría bien. Además te gustaba saber que yo te necesitaba. En cambio, para mí sí que fue duro no poder arreglármelas solo.

Aquello fue una lección para mí. Ahora mi vida es muy diferente. No es verdad que pinte las cosas de color rosa. Simplemente veo en ellas una belleza que las otras personas no ven. A ti también te enseñé cosas hermosas que nunca habías visto, y así te hice feliz.

¡Déjame volver a abrirte los ojos y hacerte feliz otra vez!

Rolf

Por miedo a delatarse, no le había dicho al otro de dónde era. Pero pronto entendió que no eran necesarias tantas precauciones, y que además así se privaba de posibles temas de conversación, de anzuelos que el otro podía tragarse y que le permitirían pillarlo. Así que mencionó la ciudad; dijo que había vivido un tiempo en ella.

-Yo también tuve un piso allí. ¿Conoce las casas que dan al río, entre el puente nuevo y el otro puente más nuevo todavía, que no me acuerdo de cómo se llama? Pues ahí.

-Nosotros teníamos una casa en el mismo barrio, pero junto al campo que había detrás de la escuela.

Mencionó la calle, su calle.

El otro frunció el entrecejo.

-¿Se acuerda de sus vecinos?

-De alguno que otro.

-¿Se acuerda de la mujer que vivía en el número 38?

-¿Morena, ojos negros, violinista, con dos hijos, el marido funcionario? ¿Se refiere a ésa? ¿La conoció usted?

El otro sacudió la cabeza.

-Qué casualidad, qué casualidad. Sí, nos conocemos. Es decir, tuvimos una... -Se miró las manos. Es una mujer de primera.

¿O sea que mi mujer era una mujer de primera? Aunque el otro lo dijo con respeto, a él le sonó despreciativo y arrogante. Se enfadó.

También se enfadaba cuando perdía al ajedrez contra el otro. Aunque no solía suceder; el otro jugaba distraído, estaba más pendiente de la calle o de una mujer o un perro en la mesa de al lado, hablaba todo el tiempo, se jactaba de sus movimientos, los retiraba ofendido cuando se equivocaba, y cuando perdía explicaba con todo detalle por qué en realidad debería haber ganado. Cuando ganaba, se alegraba y se pavoneaba como un niño. Qué listo había sido al intercambiar la torre por el alfil o al sacrificar un peón, qué hábil al debilitar el flanco de la reina y con ello reforzar el centro: todo lo que había ocurrido durante el juego lo interpretaba y presentaba como

prueba de su superioridad ajedrecística.

Al cabo de una semana, el otro empezó a pedirle dinero prestado. ¿Podía pagar la cuenta? Es que se había dejado olvidado el dinero. A la mañana siguiente volvió a pedirle dinero. No se lo había dejado olvidado en casa como pensaba, sino seguramente en los pantalones, y como los había llevado a la lavandería y no se los devolverían hasta pasado el fin de semana... Así que tenía que pedirle una suma un poco mayor para aguantar hasta el lunes. Cuatrocientos marcos serían demasiado, ¿podía dejarle trescientos?

Le dio el dinero. Aquella petición lo puso de mal humor. Lo puso de mal humor la expresión de la cara con que el otro le pidió el dinero y lo tomó. Como si al pedir y tomar el dinero le estuviera haciendo un favor.

No sabía qué hacer a partir de aquel momento, y eso también lo ponía de mal humor. ¿Seguir jugando al ajedrez con el otro, seguir dando paseos, prestándole dinero y escuchando sus baladronadas, entre ellas, algún día, la historia del asunto que había tenido con su mujer? No, tenía que pasar a la ofensiva.

Le escribió a la mujer de la limpieza, metió dentro del sobre una carta dirigida al otro y le pidió que la echara al correo.

Sí, quizá deberíamos volver a vernos. Dentro de unas semanas voy a tu ciudad y podríamos vernos. Dices que tu vida es diferente: demuéstremelo. Enséñame tu trabajo, tus amigos y la mujer de tu vida, si existe. No podemos seguir donde lo dejamos. Pero quizá en tu vida haya un lugar para mí y en la mía para ti, dentro de la vida y no al margen de ella.

B

Fue a ver al otro. Se presentó allí y llamó a la puerta sin haber sido invitado y sin anunciarse. La placa con los nombres, timbres y micrófono, de latón brillante, que hacía juego con la fachada y el portal modernistas de la bien cuidada casa, tenía escrito el nombre del otro en su extremo inferior. La puerta de la casa estaba abierta; buscó el nombre del otro en las dos puertas de la planta baja, y al no encontrarlo, bajó por las escaleras, cuyos escalones, igual que el suelo del vestíbulo, eran de mármol, y cuya barandilla, como la de la escalera que llevaba a los pisos de arriba, era de madera de roble tallada. Era la escalera del sótano; al fondo, a la derecha, había una puerta metálica con la inscripción «Sótano». Y a mano izquierda había una puerta con el nombre del otro. Llamó al timbre.

Se oyó la voz del otro.

—¿Frau Walter?

Al cabo de unos instantes, se oyó:

—¡Voy enseguida!

Pasó otro rato hasta que abrió la puerta. Apareció vestido con unos pantalones de deporte deformados y una camiseta sucia. Por la puerta se veían una ventana a la altura de la calle, que daba al jardín, una cama deshecha, una mesa llena de cubiertos, periódicos y botellas, dos sillas y un armario, y a través de otra puerta un lavabo y una ducha.

-Vaya -dijo el otro, saliendo al pasillo y dejando la puerta entrecerrada-, qué sorpresa.

-Pasaba por aquí y...

-Estupendo, realmente estupendo. Siento no poder recibirle como es debido. Aquí hay poco espacio, y arriba hace demasiado tiempo que no pongo un poco de orden. Llevo dos meses acampado aquí en el sótano para cuidar de las tortugas. ¿Le gustan las tortugas?

-Pues la verdad es que nunca...

-¿Nunca ha tenido tortugas? Fíjese, hay mucha gente que, aun teniéndolas en casa, no las llega a conocer nunca. ¿Y cómo van a gustarles si no las conocen? Venga conmigo, venga.

Lo llevó, a través de la puerta metálica y el pasillo, al cuarto de la calefacción.

-Pronto podrán salir, pero, como digo yo, la precaución nunca está de más. Aquí es muy raro que las tortugas críen. Cuando la vieja, en otoño, empezó a cavar entre los arbustos, pensé en cualquier cosa menos en que fuera a poner huevos. Y ya ve usted: tres huevos. Los puse en el cuarto de la calefacción, y han salido dos tortuguillas.

La luz del cuarto de la calefacción era débil. Antes de que sus ojos se acostumbraran a la penumbra, el otro lo cogió de la muñeca y le puso en la palma de la mano una tortuga minúscula. Notó las patitas que remaban torpemente, un leve roce y un cosquilleo. Luego la vio, acorazada como una tortuga adulta y con la misma piel arrugada bajo la cabeza y el mismo lento parpadeo sobre los ojos viejos y sabios. Y al mismo tiempo era conmovedoramente pequeña, y al tocarla con los dedos de la mano derecha, notó lo blando que era el caparazón.

El otro se lo quedó mirando. Tenía un aspecto realmente ridículo: el pantalón de deporte le colgaba bajo el barrigón, los brazos eran penosamente delgados y blancos, y la cara no mostraba más que el ardiente deseo de ser admirado y elogiado.

¿Era verdad aquello? ¿O quizá el otro habría comprado las tortugas en alguna tienda? ¿Las vendían tan pequeñas? ¿Usaría normalmente faja para sujetar la barriga? ¿Vivía en aquel agujero sólo para poder dar una dirección elegante y salir cada mañana con su traje de una casa con estilo?

La pequeña tortuga que tenía en la mano casi lo hizo llorar. Tan joven y ya tan vieja, tan indefensa y torpe y ya tan sabia. Y al mismo tiempo el otro le producía auténtica indignación. La pinta desastrada, la vivienda desvencijada, la fanfarronería, la patética ansia de reconocimiento... ¿Cómo había podido preferir Lisa a aquel fracasado antes que a él?

Al cabo de unos días, el otro, durante el desayuno, se sacó la carta del bolsillo de la americana y la dejó sobre la mesa.

-He recibido una noticia importante -dijo, alisando el sobre con la mano. Va a venir a visitarme una violinista famosa; ya se debe usted hacer cargo de que no puedo decirle su nombre. Voy a organizar una recepción para ella. Y dígame, ¿piensa usted quedarse algún tiempo más en la ciudad? Le invito a la recepción.

En realidad la invitación le traía sin cuidado; lo que pretendía era obtener su apoyo financiero.

-Entonces, ¿podrá venir? ¡Estupendo! Ejem... Si no le importa, quisiera pedirle también que me ayude a superar cierta dificultad pasajera. Actualmente estoy metido en varios negocios inmobiliarios, y en uno de ellos llevo más tiempo del que convendría. A consecuencia de ello, tengo un pequeño problema de *cash-flow*, pero sería una lástima que eso echara a perder la recepción, ¿no le parece?

-¿Cuánto necesita?

Observó al otro, de nuevo de punta en blanco, con su traje, su chaleco, su corbata y el pañuelito a juego. Las corbatas y el pañuelo cambiaban a menudo, había dos trajes, y los zapatos negros con dibujo perforado, de impecable brillo, eran siempre los mismos. Entonces se dio cuenta. Entonces comprendió por qué el otro, cuando paseaban por el parque, insistía en andar por los caminos asfaltados o de gravilla, que estropeaban menos los zapatos. O sea que estaba metido en negocios inmobiliarios y en uno de ellos llevaba más tiempo del que convendría: ¿sería el portero del chalet modernista? Le daría el dinero. La recepción podía ser una oportunidad para reunir a sus amigos y conocidos y desenmascararlo ante ellos.

-¿Conoce la trattoria Vittorio Emanuele, a dos calles de aquí, a la izquierda? Es uno de los mejores restaurantes italianos que conozco, y la parte de atrás, en la sala que da al patio, se puede reservar para grupos. Conozco al dueño. Por veinte cubiertos no pedirá más de tres mil marcos.

-¿Quiere organizar un banquete? ¿No estábamos hablando de una recepción?

-Así es como yo me imagino una recepción. Entonces, ¿qué? ¿Me echará una mano con el dinero?

El otro empezó a hacer planes antes de que él acabara de dar su consentimiento. Ya tenía pensado el menú. El aperitivo, si hacía buen tiempo, se podía servir en el patio. Habría oportunidad para decir unas palabras. Invitaría a fulano y a mengano.

Los invitados: ése iba a ser desde entonces el tema de conversación de los desayunos. A medida que iba nombrando y describiendo a los posibles invitados, iba desgranando poco a poco su propia biografía. Salió a relucir que en otra época había tenido un teatro y se había codeado con gente de la farándula, actores teatrales y de cine totalmente desconocidos u olvidados, aunque algún que otro nombre resultaba vagamente familiar. También había un comisario de policía retirado, un arcipreste de

la catedral, un catedrático y un director de banco; todos ellos le debían favores, y sin duda estarían encantados de venir. ¿Qué clase de favores? Al comisario le había dado una pista para resolver un secuestro; al catedrático y al director de banco los había puesto al corriente de los tonteos de sus hijos con las drogas; y el arcipreste, al parecer, llevaba mal lo del celibato. También invitaría al campeón y al subcampeón de su antiguo club de ajedrez, los únicos ante los que se había visto obligado a reconocerse inferior. En cuanto a las personas del sector inmobiliario con las que tenía trato por entonces, la mayoría eran gente sin mucha clase, pero a uno o dos sí podía invitarlos.

-Y en lo que respecta a mis contactos internacionales, por desgracia no es posible invitarlos. Para esta gente la discreción lo es todo.

Y después de barajar una y otra vez los mismos nombres, el otro acabó diciendo:

-Y mi hijo.

-Ah, ¿tiene usted un hijo?

-Sí, pero nunca hemos tenido mucho contacto. Ya sabe usted, las cosas han cambiado mucho, pero antes eso de los hijos naturales era un asunto espinoso. A los padres ilegítimos sólo nos dejaban pagar, pero nada de visitas, salidas ni vacaciones. En cualquier caso, mi hijo sabe que yo soy su padre. -Sacudió la cabeza-. Me temo que no me ve con muy buenos ojos. Pero precisamente por eso estaría bien que me viera en mi salsa, ¿no le parece?

Al cabo de unos días de alegres planes, empezó a asustarse. Había recibido otra carta, indicando ya la fecha de la visita.

-Dentro de dos sábados. La trattoria está libre, pero tengo que darme prisa con las invitaciones. ¿Se imagina que no venga nadie?

-¿Por qué no pide respuesta?

-Claro, claro, «Se ruega confirmación», eso está previsto. Pero tanto puede ser que me digan que sí como que no. ¿Qué pongo? A ver: «Me permito invitarle al banquete que tendrá lugar en la trattoria Vittorio Emanuele... en honor de la violinista...», o quizá: «Con ocasión de la visita de la violinista... a nuestra ciudad, me permito...», o quizá mejor sin decir el nombre: «Una antigua amiga y famosa violinista está de visita en nuestra ciudad. Me permito invitarle a un banquete de hermandad...», o cambiando el orden: «Una famosa violinista y antigua amiga...».

-Yo no pondría el nombre. Las invitaciones, cuanto más concisas, mejor.

El otro accedió a omitir el nombre, pero lo de la famosa violinista y antigua amiga le parecía imprescindible. Las invitaciones llegaron a sus destinatarios dos semanas antes del día indicado. Ahora había que esperar las respuestas afirmativas o negativas.

Los preparativos, esperanzas y miedos del otro le producían sentimientos encontrados. La invitación sería la ocasión perfecta para una venganza, aunque aún no sabía cómo vengarse. Así que tenía tantas ganas como el otro de que llegaran confirmaciones. Y no escatimaba dinero ni consejos. Pero al mismo tiempo pensaba

que el otro se merecía que los invitados lo dejaran plantado. Era un fantoche, un fanfarrón, un cuentista, un fracasado. Se había entrometido en su matrimonio. Seguramente también en otros. Y seguramente no sólo le había sacado dinero a él; debía de tener ya una larga carrera como estafador de poca monta.

Una tarde fueron juntos a la trattoria Vittorio Emanuele para ver la sala que habían reservado y probar el menú. Paté tricolore, cordero con polenta y contorni, torta di ricotta, todo ello regado con pinot grigio y barbera. La comida era magnífica, pero el otro se preocupaba hasta por el mínimo detalle. ¿El paté no estaría duro? ¿El cordero llevaría bastante romero? ¿Los contorni serían adecuados? No paraba de preguntarse si la gente vendría, si vendría su hijo y lo que éste pensaría, si le saldría bien el discurso, cómo conseguir que la visita de la famosa violinista y antigua amiga fuera un éxito en todos los sentidos. Confesó que se trataba de una mujer con la que en otra época había tenido una relación muy estrecha. Y entonces se acordó de que estaba hablando con un antiguo vecino suyo.

-Hace poco hablamos de ella, ¿se acuerda? Es una mujer de primera, no vaya a sacar usted falsas conclusiones.

La mayoría de los invitados excusaron su asistencia. Sólo la confirmaron unos cuantos actores de teatro y de cine, el arcipreste, el subcampeón de ajedrez y el hijo. Buscó sustitutos para los que habían fallado, pero aquellas invitaciones de última hora le despertaban ciertas dudas: se trataba de personas a las que apenas conocía, o que, a su parecer, no eran de excesivo relumbrón.

A medida que disminuían las posibilidades de éxito del banquete, iba bajando el tono.

-¿Sabe usted?, en los últimos tiempos he vivido bastante apartado de la sociedad. Ya me entiende: a veces uno vive más hacia fuera y a veces más hacia dentro. Yo esperaba que la recepción me sirviera para reanudar mi vida social. Me alegro de que venga usted. No me fallará, ¿verdad?

Un día, mientras volvía del lavabo a la terraza del bar en el que desayunaban y jugaban al ajedrez, pasó por delante del teléfono y oyó que el otro hablaba de su viejo amigo, el exsecretario de Estado del Ministerio del Interior.

-¿Quién es ese exsecretario de Estado amigo suyo? -le preguntó.

-¿Pues quién va a ser? Usted. ¿No me dijo que había trabajado en el ministerio? Y un hombre de su empaque no puede haber sido menos que secretario de Estado. Yo siempre sé con quién estoy hablando, no necesito que me lo digan.

¿Ante qué público iba a desenmascarar al otro? ¿Ante unos invitados tan fracasados como él? A veces se imaginaba la escena. Se levantaba para pronunciar unas palabras y contaba que, cuando había sabido que iba a venir la famosa violinista, antigua vecina suya, le había escrito una carta para saludarla, y ella le había respondido excusando su asistencia y encargándole leer durante el banquete una carta para el otro. Con aquella carta lo hundiría en el ridículo y el menosprecio más espantosos, pero no de manera burda y grosera, sino aparentando la máxima afectuosidad posible. «Me alegra saber que tus esperanzas se han hecho realidad por fin. Me encantaría poder celebrar contigo y con vosotros tan gran éxito. No sé si entenderás lo que quiero decir, pero no sólo estoy orgullosa de ti, sino también de mí. En aquel tiempo, cuando nadie te escuchaba, yo creí en ti, y tuve el privilegio de poder ayudarte con mi dinero. ¡Y ahora por fin has demostrado al mundo lo que vales!».

No tenía la menor duda de que la ayuda de Lisa había consistido en dinero. Averiguó, sin excesivo esfuerzo, que el otro había llevado su teatro a la bancarrota hacía once años. Le había bastado hablar con el actual propietario. No consultó al banco de Lisa. Pero lo cierto es que a su muerte no quedaba nada de la herencia que había recibido poco después de la boda. Aquello lo sorprendió mucho cuando liquidó las cuentas de su mujer, pues si Lisa se hubiese gastado el dinero o se lo hubiera dado a sus hijos, él se habría enterado. En los primeros años de su matrimonio, aquel dinero les habría puesto las cosas más fáciles, pero se propusieron no tocarlo a menos

que no hubiera otro remedio. Y siempre hubo otro remedio; pronto empezaron a ganar más de lo que gastaban. Así que fue una gran sorpresa comprobar que los cincuenta mil marcos ya no existían. Pero después de la muerte de Lisa no había tenido ánimos para investigar cuándo y cómo habían desaparecido.

No escribió la carta con la que pensaba desenmascarar al otro. Escribía párrafos sueltos en su cabeza, pero cuando se sentaba para poner por escrito un borrador, le fallaban las fuerzas. Al principio se consolaba pensando que todavía faltaban bastantes días. Luego, al ir viendo quiénes iban a ser los invitados, la idea de la carta empezó a parecerle cada vez más inadecuada.

Pero la falta de fuerzas sólo era un factor más. También los celos y el enfado iban apagándose. Sí, lo habían engañado, lo habían estafado. Pero ¿acaso Lisa no había pagado un precio suficientemente alto? Además, en los últimos años había sido suya de una manera que el otro no podía siquiera imaginarse. Al fin y al cabo, ¿qué podía esperarse de aquel individuo? Era un zángano, un charlatán, y si Lisa no hubiera estado pasando por una mala época cuando lo conoció, no habría tenido la menor oportunidad con ella. No valía lo bastante para provocar celos ni odio.

Decidió marcharse. Al principio pensó ir a ver al otro a su agujero para despedirse de él. Pero al final prefirió dejarlo para el siguiente desayuno.

-Hoy me marchó.

-¿Cuándo vuelve? Sólo faltan tres días.

-No pienso volver. Tampoco hace falta que me devuelva el dinero. Dése un banquete con los invitados que vengan. Lisa no vendrá.

-¿Lisa?

-Lisa, su morena, mi mujer. Murió el otoño pasado. No era ella quien le escribía las cartas, sino yo.

El otro se vino abajo. Apartó las manos de la mesa, se las puso en el regazo y dejó caer la cabeza y los hombros. Se acercó el vendedor de periódicos, dejó un periódico sobre la mesa sin decir palabra y se lo llevó sin decir palabra. La camarera preguntó: «¿Desean algo más?», y no obtuvo respuesta. Un descapotable se acercó por el borde de la calzada y aparcó en zona prohibida; bajaron dos mujeres, que cruzaron risueñas la acera y se sentaron en la mesa de al lado. Un terrier iba olfateando de mesa en mesa y se detuvo a olisquear los pantalones del otro.

-¿De qué murió?

-De cáncer.

-¿Sufrió mucho?

-Adelgazó muchísimo, se quedó tan delgada que yo podía cargarla con un solo brazo. No tuvo excesivos dolores, ni siquiera al final. Hoy en día eso tiene solución.

El otro asintió. Luego levantó la cabeza.

-¿Usted leyó la carta que yo le envié a Lisa?

-Sí.

-Y entonces quiso saber quién era yo para Lisa, ¿no? Quiso saber quién soy. Para

vengarse, ¿no?

-Más o menos.

-Y ahora ya lo sabe, ¿no? -Como no obtenía respuesta, continuó-. Pues ya tiene su venganza, porque ahora ya sabe que soy un fracasado, ¿verdad? Un fanfarrón que alardea de los viejos tiempos, como si todo hubiera sido maravilloso y no como fue en realidad, es decir, un desastre, la bancarrota y la cárcel. ¿Cómo? ¿No lo sabía? Pues ahora ya lo sabe.

-¿Por qué?

-Su mujer pagó mis deudas y en el segundo juicio me pagó el abogado, pero yo me gasté la fianza del primer juicio. Intentaba salvar mi teatro.

-Por eso no...

-Por eso no meten a nadie en la cárcel, ¿verdad? Pues sí que lo meten, si uno se dedica a fingir que todo va bien, que hay dinero donde no lo hay, y contratos cuando en toda Alemania no hay nadie interesado, y actores ansiosos de trabajar a los que uno no conoce ni de vista y con los que no ha hablado nunca. Pero todo eso usted ya lo sabe. ¿No me decía en la carta que yo todo lo pintaba de color rosa? Sí, lo pinto todo de color rosa. Todo lo veo más bonito de lo que es en realidad. Y puedo hacerlo porque yo, a diferencia de usted, veo la belleza que hay en las cosas. -El otro se irguió-. No tengo palabras para expresarle cuánto lo siento por Lisa -le dijo con mirada desafiante-. Pero usted no me da ninguna lástima. Déjeme que le diga algo más. Lisa se quedó con usted porque lo quería; lo quería a usted más en un mal día que a mí en el mejor día. No me pregunte la razón. Pero conmigo fue feliz. Y le voy a decir por qué. Porque yo soy un fanfarrón, un fantasma, un marginado. Porque no soy un monstruo de eficacia, honradez y mala leche como usted. Porque yo pinto el mundo de color rosa. Usted sólo ve lo que le ponen delante, y no lo que hay detrás. - Se levantó. Debería haberme dado cuenta. Las cartas tenían la misma mala leche que tiene usted cuando habla. Fui yo quien se empeñó en ver algo bonito en ellas. -Se rió. Que le vaya bien.

Se fue a casa. Tras la puerta estaban las cartas que el cartero había echado por el buzón, y avisos de paquetes que esperaban a ser recogidos en la oficina de correos. La mujer de la limpieza no había vuelto por allí desde que él le pidió que le enviase el correo. Y no había sacado a la calle la bolsa de basura que él había dejado olvidada en el vestíbulo. Ahora el vestíbulo y la escalera apestaban. Las flores que tanto le gustaban a Lisa y que él había cuidado en su memoria no eran más que unos matojos resecos y encogidos sobre una tierra agrietada.

Se puso manos a la obra de inmediato. Sacó la basura y las flores, limpió la cocina, descongeló el frigorífico y lo fregó, pasó la aspiradora por la sala de estar y los dormitorios, arregló la cama y puso ropa a lavar. Pasó por la oficina de correos a recoger los paquetes que todavía no habían sido devueltos al destinatario, fue a comprar y echó un vistazo al jardín para calcular el trabajo que le quedaba por hacer en los días y semanas siguientes.

Acabó por la noche. Se había hecho tarde; cuando sacó la ropa de la última colada y la puso a secar ya era medianoche. Estaba satisfecho. Había puesto punto final a un capítulo desagradable. Y la casa estaba arreglada. A la mañana siguiente empezaría a vivir su vida de nuevo.

Pero a la mañana siguiente se despertó igual que se despertaba antes del viaje. Hacía sol, los pájaros cantaban, por la ventana entraba una brisa suave, y la ropa tendida olía bien. Se sintió feliz hasta que todo le vino de nuevo a la cabeza: las cartas, el asunto de su mujer y el otro, los celos y el enfado, el fastidio. No, no había puesto punto final a nada. Tampoco había llegado a ninguna parte, ni al fondo, desde donde se podía volver a empezar, ni a su antigua vida, ni a una vida nueva. Su antigua vida había sido la vida con Lisa, incluso después de muerta, incluso cuando supo del asunto con el otro y se puso celoso. Por culpa de su batalla contra el otro había perdido a su mujer. Se había vuelto para él una desconocida, igual que lo era el otro, una cifra más en su cálculo de amor, celos, indagación y venganza, del que ya estaba harto. Allí la había tenido acostada a su lado, allí la había recordado, ya muerta, con tanta viveza que a veces le parecía que le bastaba estirar el brazo para tocarla. Pero ahora a su lado sólo había una cama vacía.

Se puso a trabajar en el jardín. Segó el césped, podó, cavó, arrancó malas hierbas, compró y plantó ejemplares nuevos y vio que hacía falta cambiar las planchas del garaje, debajo del abedul, y pintar la verja que daba a la calle. Se pasó dos días trabajando en el jardín y pronto vio que había faena para dos o tres días más. Pero ya al segundo día dejó de creer que con la azada, el rastrillo y las tijeras de podar pudiera arreglar algo más que las hortensias, los rosales o el seto: así no arreglaría su vida.

Y también comprendió que se equivocaba al creer que para volver a empezar bastaba con dejarse caer y tocar fondo.

La imagen le gustaba, y se imaginaba todo el proceso como algo ligero e indoloro. Pero también se podía caer de una manera muy diferente. Podía acabar chocando estrepitosamente contra el suelo, rompiéndose todos los huesos y abriéndose la cabeza.

Al tercer día dejó de trabajar. Cuando faltaba poco para el mediodía, guardó la pintura y la brocha y colgó en la verja a medio pintar un letrero de «recién pintado». Buscó en los horarios de trenes la mejor combinación para la ciudad del sur. Tenía que darse prisa. La recepción empezaba a las siete; el otro se lo había dicho muchas veces, y lo repetía en su última carta dirigida a Lisa, que había llegado con el resto del correo.

En cuanto se sentó en el tren, le dieron ganas de bajarse en la próxima estación y volver a casa, y cuando llegó se preguntó si no sería mejor irse al hotel y dedicarse a hacer el turista dos o tres días. Pero lo cierto es que le dio al taxista la dirección de la trattoria Vittorio Emanuele, y allí bajó del taxi, entró en el local y se fue directamente hacia la sala que daba al patio, cuya puerta estaba abierta. Allí estaban los invitados, en parejas o grupos de tres, con copas y platitos, y también estaba el otro, revoloteando de grupo en grupo. Traje oscuro de seda, camisa oscura, corbata y pañuelo a juego, los consabidos zapatos negros con dibujos perforados, el pelo oscuro y abundante, la cara animada, la actitud y los movimientos ligeros y seguros: era la estrella. ¿A quién le habría pedido prestado el traje? ¿Se había teñido el pelo? ¿Llevaba faja o tenía un método especial para esconder la barriga? Mientras se hacía esas preguntas e intentaba también esconder la barriga, el otro lo vio y fue hacia él.

-¡Cómo me alegro de que haya venido!

Lo llevó de grupo en grupo y fue presentándolo como exsecretario de Estado. Si yo soy exsecretario de Estado, ¿quién debe de esconderse detrás del arcipreste y de los actores y actrices? ¿Quiénes deben de ser en realidad los colegas del sector inmobiliario, con su sonrisa tímida, y las chillonas mujeres del ramo de la alta costura? Eso sí, el subcampeón de ajedrez era auténtico: un jubilado que había sido camionero y que describía sus éxitos ajedrecísticos con los mismos movimientos arqueados de brazo con que trazaba las curvas con el camión. También era verdadero el hijo, un joven de unos treinta años, técnico de televisión, que contemplaba a su padre y a los demás invitados con interés y relajado asombro.

El otro era el perfecto anfitrión. No descuidaba el menor detalle: cuando había una copa o un plato vacíos, o un invitado se quedaba solo, o la conversación se atascaba, él corría a poner en marcha al camarero o a implicar en la conversación a los que estaban solos, y reagrupaba sin parar de diferentes maneras a los invitados, hasta que todos se encontraron cómodos charlando con los demás. Al cabo de media hora, el murmullo de las voces llenaba el patio.

Cuando oscureció, el otro hizo entrar a la sala a los invitados. Habían montado una gran mesa juntando mesas pequeñas. El otro condujo a cada uno a su puesto, sentó en el extremo superior al exsecretario de Estado a su derecha y al arcipreste a

su izquierda, y junto a ellos, en los lados largos de la mesa, a dos señoras del ramo de la alta costura. Cuando todos estuvieron sentados, él se quedó de pie. Los invitados, al darse cuenta, guardaron silencio.

-Les había invitado para celebrar con ustedes la visita de una vieja amiga. Pero no va a venir. Ha muerto. El banquete de reencuentro y bienvenida se ha convertido en un banquete de despedida. Pero eso no quiere decir que tengamos que estar tristes. Yo mismo me siento feliz de verlos a todos aquí: mis amigos y amigas, mi hijo, el esposo de Lisa.

Le puso la mano sobre el hombro.

-Así no tendré que despedirme solo. Así no tendré que despedirme con tristeza de Lisa, que era una persona alegre.

¿Mi mujer era una persona alegre? Notó una oleada de celos. Se negaba a aceptar que ella hubiera sido alegre con el otro y con él no, que hubiera sido más alegre con el otro que con él. Con él: se acordó de Lisa radiante, riendo, feliz, sonriéndole, riendo con él, intentando contagiarlo de su felicidad por los niños o una música o el jardín. Pero eran recuerdos esporádicos. ¿Una persona alegre?

El otro empezó a hablar de cómo tocaba Lisa el violín y de la variedad de su repertorio y sus interpretaciones, y, fiel a su costumbre de pintarlo todo de color rosa, la elevó de segundo violín a solista. Pero luego recordó un concierto en Milán, donde la vio tocar la primera variación del adagio del cuarteto de cuerda opus 76 número 3 de Joseph Haydn. Le parecía, dijo, estar oyéndola ahora: el violín bailaba con paso juguetón y al mismo tiempo mesurado en torno al suave sube y baja con el que empieza la melodía. Luego acompañaba a la melodía en su decaer con algún que otro sollozo, antes de volver a animarla levantándose de nuevo llena de esperanza con un pequeño salto. Luego la melodía toma nuevo ímpetu, empieza de nuevo con un suave sube y baja, asciende desafiante, se detiene orgullosa en un acorde que es como una terraza, desde donde baja por una ancha escalinata en torno a un hermoso jardín, lleno de jovial dignidad, antes de despedirse agradecida con un gesto benevolente. Y el violín de Lisa vuelve a bailar en torno al sube y baja y luego pisa fuerte y hondo varias veces, para imprimir énfasis a la exigencia, antes de rendir pleitesía al orgullo con que la melodía se detiene en la terraza, y la dignidad con que desciende la escalinata, pese a lo movido de la variación. Pero en la repetición se encarama con un osado salto hasta el acorde de la terraza, antes de que la melodía llegue allí: como un desafío.

El otro hizo una pausa. ¿La habría oído tocar ese fragmento la noche de su primer encuentro? Durante las giras más largas de la orquesta también actuaba el cuarteto que el concertino había formado con Lisa, la viola y el violoncelista. ¿La habría visto el otro en una de esas ocasiones y se había enamorado de ella al verla? ¿Se habría enamorado al ver a aquella mujer delicada que tocaba con tanta fuerza, claridad y pasión, y sintió el deseo irreprimible de obtener algo de eso? Así era como ella tocaba. Él había sentido lo mismo al verla tocar mucho antes de que se conocieran.

Luego dejó de prestar atención. Lisa se convirtió sencillamente en su mujer, segundo violín de la orquesta, que muchas noches no estaba a su lado, aunque él la necesitaba y ni siquiera la merecía de verdad.

En realidad, al convertir a Lisa en solista, el otro no exageraba: era su manera de explicar que Lisa era una violinista prodigiosa. Le daba lo mismo que en realidad fuera solista, concertino o segundo violín, que tuviera más o menos éxito profesional, que fuera más o menos famosa. No pintaba las cosas de color rosa: simplemente las veía así. Encontraba belleza donde otros la negaban y desconocían, y utilizaba para expresar su admiración los mismos atributos que otros usaban para expresar la suya. Si los otros no podían concebir una violinista prodigiosa que no fuera famosa, entonces él tenía que hablar de una violinista famosa, y no simplemente prodigiosa. Seguramente por ese mismo principio veía en su propia persona al *troubleshooter*, jugador de polo y dueño de un doberman campeón que llevaba dentro. Y quizá era cierto que tenía esas capacidades, pues en sus loas a la belleza no sólo había una verdad más elevada, sino una verdad pura y simple; al fin y al cabo, no había hablado de ninguna actuación de Lisa como solista, aunque con tanta alabanza y elogio los invitados pudieran pensar lo contrario, sino de una obra en la que excepcionalmente el segundo violín juega el papel decisivo, determinante, iluminador.

La alegría de Lisa también era verdadera. Lisa no había sido una persona alegre con el otro y con él no, no había sido más alegre con el otro que con él. De maneras muy diversas, Lisa había dado y tomado las cosas con alegría y había infundido alegría a quienes la rodeaban. No es que a él le hubiera dado menos alegría, sino que le había dado toda la que su corazón plomizo y amargado podía recibir. Ella no le había negado nada. Le había dado todo lo que él era capaz de tomar.

El otro acabó el discurso y alzó la copa. El hijo se puso en pie, todos se pusieron en pie y brindaron por Lisa. Luego el hijo pronunció un pequeño discurso sobre su padre. El arcipreste también habló; lo hizo sobre Santa Isabel de Hungría y Santa Isabel de Portugal, que había reconciliado a su esposo con su hijo. Había bebido demasiado deprisa y estaba confuso. Una actriz empezó a hablar sobre las mujeres y el arte y, tras unas pocas palabras sobre la música, pasó a hablar del teatro y finalmente de sí misma. El subcampeón de ajedrez se levantó, repiqueteó la copa con el tenedor y pidió atención con lengua estropajosa. No era, dijo, hombre de muchas palabras, pero cuando acabara con la apertura peón-dama en la que venía trabajando desde hacía muchos años, la llamaría apertura Lisa.

La fiesta siguió hasta bien entrada la noche. Cuando acabó de despedirse de todos, anduvo por las calles vacías hacia la estación. Allí esperó en el andén hasta que pudo meterse en el primer tren que lo devolvería a casa. Cuando el tren dejó atrás la ciudad, empezaba a amanecer. Pensó en la mañana siguiente, ya en casa. Se despertaría, vería el sol, oiría los pájaros, notaría la brisa, y volvería a acordarse de todo, pero estaría bien que fuera así.

Cuando se dio cuenta de que lo de la revolución iba para largo, Thomas se acordó de que antes de 1968 había empezado a estudiar arquitectura. Así que volvió a la universidad y acabó la carrera. Ya con el título en la mano, se especializó en reformas de buhardillas: inspeccionaba buhardillas, buscaba clientes y se ocupaba del diseño, los permisos y la dirección de las obras. Se había puesto de moda vivir en buhardillas, y Thomas era un buen profesional. Al cabo de unos años tenía más buhardillas y clientes de los que podía atender. Pero se aburría. ¿Iba a pasarse la vida reformando buhardillas?

Un día tropezó con el anuncio de un concurso para la construcción de un puente en Berlín, sobre el río Spree. Ya de pequeño le impresionaba la dignidad con que el viejo puente de Rastatt hunde sus gruesos pilares en el lecho del Murg, el orgullo con que el puente metálico de Colonia lleva al tren en volandas por encima del Rin, arco tras arco, y la ligereza con que el puente del Golden Gate se arquea sobre el mar, en el que hasta los barcos grandes se ven pequeños. El libro sobre puentes que le habían regalado por la primera comunión y que había leído y releído, estaba en la estantería de su despacho. Diseñó un puente de aspecto frágil, que los peatones pisarían con respeto y en el que los conductores conducirían automáticamente más despacio y con más precaución. Y es que, a su entender, pasar de una orilla a la otra no era ninguna trivialidad, y era importante que los usuarios también lo vieran así.

Para su sorpresa y la de todos, ganó el segundo premio. Además lo animaron a presentarse a un concurso para un puente sobre el Weser. Seguir con el negocio de las buhardillas, diseñar el puente sobre el Weser, participar en otros concursos: era demasiado. Convirtió a Jutta, que había estado de prácticas en su despacho y acababa de obtener el título, en su socia. Ella se dedicaría a las buhardillas y a los puentes. Cuando Jutta se quedó embarazada, se casaron. Al mismo tiempo se mudaron a la más hermosa buhardilla que su despacho había reformado nunca; el cliente se había puesto enfermo y había renunciado al proyecto. Desde la terraza, la vista abarcaba todo Berlín, desde el Spree y el Tiergarten hasta el Reichstag y la Puerta de

Brandeburgo. Desde el jardín veían ponerse el sol por el oeste.

Al cabo de un tiempo empezó a notar que los puentes tampoco acababan de llenarle. El éxito, los beneficios, el despacho y la familia no paraban de crecer, pero aun así echaba en falta algo. Al principio no sabía lo que era; pensó que necesitaba retos profesionales aún mayores, así que se puso a trabajar todavía más. Pero sólo conseguía aumentar su insatisfacción. Hasta que un día, durante unas vacaciones en Italia, en vez de diseñar puentes, como hacía siempre durante el verano, se puso a pintar los que le gustaban, y entonces se dio cuenta de que lo que quería era ser pintor. Durante la época del instituto y la universidad había pintado un poco, hasta que creyó que la mejor manera de colmar sus inquietudes plásticas sería dedicarse a la arquitectura. Y durante un tiempo se sintió satisfecho. Pero luego, sin darse cuenta, empezó a echar de menos la pintura.

De repente le pareció que todo tenía sentido. Como la arquitectura ya no lo era todo para él, podía ejercerla de un modo más lúdico. Como ya había triunfado como arquitecto, la pintura no sería para él un medio para alcanzar el éxito. Sin preocuparse por modas ni tendencias, se puso a pintar los cuadros que a él le habría gustado ver: puentes, agua, mujeres y vistas desde la ventana.

A la galerista de Hamburgo que dio a conocer sus pinturas la conoció por casualidad. Se sentaron juntos en un vuelo de Leipzig a Hamburgo, ella de vuelta a casa después de visitar una sucursal, él de camino entre obra y obra. Él le habló de sus cuadros, al cabo de unas semanas le llevó varios, pintó unos cuantos más por sugerencia de ella, y un buen día, para su sorpresa y satisfacción, los vio expuestos en la galería. Ella le hizo ir a Hamburgo con la excusa de que necesitaba su consejo para unas reformas en el local. Pero cuando llegó encontró sus cuadros colgados en todas las paredes y un vernissage preparado. Llegó a las cuatro, a las cinco estaban allí los primeros invitados y a las ocho se habían vendido los primeros cuadros. A las nueve, Veronika y Thomas estaban tan borrachos de champán, de éxito y de sí mismos, que se fueron a casa de ella sin esperar al final del vernissage. Por la mañana, él supo que había encontrado a la mujer de su vida.

Mientras viajaba en tren hacia Berlín, muerto de sueño y feliz, iba preparando la conversación que tendría con Jutta. No sería fácil. Llevaban doce años casados, tenían días buenos y días menos buenos, y habían superado juntos los problemas de sus tres hijos, el difícil embarazo de la niña, la lucha por el éxito profesional y una infidelidad de ella y dos de él. Le parecía como si estuvieran mezclados, como si fueran el uno parte del otro. Siempre habían hablado con toda franqueza, y comprendían que el mundo cambia, que las circunstancias están en perpetuo movimiento y con ellas las personas. Tampoco sería fácil que los niños se hicieran a la idea de la separación y el divorcio y la nueva mujer de su vida. Pero Jutta se portaría bien y Veronika sabría encontrar la manera de ganarse a los niños y el tono justo para hablar con ellos. Era simplemente maravillosa.

Al llegar a Berlín encontró un auténtico caos. La buhardilla de la Ansbacher Strasse que estaban reformando había ardido por la noche. Y la hija estaba enferma. Y la mujer que se ocupaba de la casa y los niños estaba pasando dos semanas con su familia en Polonia. A las diez de la noche, cuando se sentaron en la cocina a comerse una pizza, Thomas y Jutta estaban completamente agotados.

-Tengo que decirte algo -dijo él reteniéndola cuando ella se levantó para irse a la cama.

-Dime.

-He conocido a una mujer. Es decir, me he enamorado de una mujer.

Ella se quedó mirándolo. Su cara era indescifrable. ¿O era simplemente el cansancio? Luego sonrió y le dio un beso rápido.

-Sí, cariño. La última vez fue hace cuatro años. Y la anterior, ocho -añadió tras calcular un poco.

Se quedó inmóvil un momento, de pie junto a él y mirando al suelo. Él no sabía si quería añadir algo o estaba esperando que lo hiciera él. Y entonces ella dijo:

-¿Puedes cerrar la ventana de la habitación de Regula?

Él asintió con la cabeza. Su hija seguía con fiebre. Después de taparla y quedarse un rato viéndola dormir, encontró a Jutta acostada en la cama. De repente le pareció que echarse a dormir en el sofá, tal como se había propuesto, sería poco menos que infantil. Se desnudó y se echó en su lado de la cama. Jutta se le acercó mimosa, ya medio dormida.

-¿Es morena como yo?

-Sí.

-Mañana me hablas de ella, ¿vale?

Veronika no le metía prisa. Comprendía que la discusión con Jutta y la separación tenían que aplazarse hasta que Regula estuviera mejor. Hasta que la muchacha volviera de Polonia. Hasta que Jutta se quitara de encima todo el trabajo adicional que representaban el incendio y la incorporación de dos nuevos empleados. Hasta que él hubiera acabado de diseñar un puente sobre el Hudson. Por otro lado, ella también estaba liadísima con la galería de Hamburgo y las sucursales de Leipzig y Bruselas, y además no era de ese tipo de mujeres que necesitan tener a un hombre a su lado constantemente. El matrimonio de Jutta y Thomas ya sólo era un convencionalismo, forzado por el trabajo y los niños, y él vivía su verdadera vida al lado de ella, pasaban juntos hasta el último minuto de su tiempo libre: ¿acaso no bastaba con eso? Durante las vacaciones, Thomas dividió su tiempo. Después de pasar una semana esquiando con Jutta y los niños, tomó un avión de Munich a Florida para pasar una semana en la casa que Veronika tenía allí. En verano se fue de excursión en bicicleta durante diez días con sus dos hijos varones, antes de pasar dos semanas recorriendo a pie el Peloponeso con Veronika. La Nochebuena y la Navidad las pasó en casa, y el resto de los días, hasta Año Nuevo, en Hamburgo. Veronika le había montado un estudio en su espacioso piso, y él se retiraba allí a pintar. También su familia entendía que desapareciese para dedicarse a la pintura sin decirle a nadie adonde iba.

Y de pronto, la primavera, el verano, el otoño y el invierno se convirtieron en todo un año. El 15 de enero hacía un año del vernissage, y Veronika inauguraba ya su segunda exposición. A la mañana siguiente, Thomas viajó de nuevo en tren a Berlín, no tan muerto de sueño como la primera vez y tampoco tan feliz como entonces. Pero tampoco era desgraciado. Aquella doble vida no le parecía bien; así no se podía vivir. No era justo para sus mujeres. Ni para sus hijos; no se podía ser padre a medias, siempre a punto de marcharse. ¿Y qué pasaría si Veronika le daba otro hijo? Aunque ella no le había dicho nada, Thomas se había dado cuenta de que ya no tomaba precauciones. Se propuso firmemente hablar con Jutta. Pero en casa todo seguía como de costumbre, y parecía inoportuno ponerse a hablar en aquel momento, justo en aquel momento, de separación y divorcio. Por la noche, mientras cenaban en la mesa redonda, se dio cuenta de que no quería perder a su familia. Los dos niños, un poco salvajes, pero buenazos, sinceros y serviciales; la niña, su ángel rubio, y Jutta, amable, generosa, eficaz y tan atractiva como siempre: los quería. ¿Por qué iba a renunciar a ellos?

Durante el segundo año, Veronika tuvo una niña. Él estuvo presente en el parto, iba a visitarla a la mínima ocasión, y por lo demás se dedicó a esperar y a pintar en casa de ella hasta que pudo ir a buscarla al hospital a ella y a Klara. Se había alejado de Berlín durante dos semanas, y al cabo de ese tiempo ya se sentía como en casa en Hamburgo. Era su segunda casa, porque el piso de Berlín seguía siendo su casa también. Pero no podía seguir teniendo dos vidas, una allí y una en Berlín con otra

mujer.

Pronto todo empezó a ser más estresante. Veronika necesitaba su ayuda. Le hablaba en un tono irritado, esforzadamente paciente, que lo sacaba de sus casillas, y lo pintaba como a una especie de figurante cuyo amor estaba fuera de duda, pero en el que no se podía confiar del todo, y que en el fondo era un egoísta, algo que a él lo hería profundamente.

-¡No puedo encargarme de todo yo sola! -le gritó un día. ¡Y encima se supone que tengo que demostrar que conmigo todo es más fácil y más bonito que con tu mujer! - Luego se echó a llorar-. Ultimamente estoy irritable, ya lo sé. Pero si estuviéramos juntos de verdad, eso se acabaría. Nunca te he presionado, pero lo hago ahora. En mi nombre y en el de nuestra hija. En los primeros años es cuando los niños más necesitan a su padre. Y tus hijos de Berlín ya están bastante creciditos.

Y en Berlín, Jutta empezó a presionarlo también. Nunca habían dejado de acostarse juntos, y en los meses que precedieron y siguieron al nacimiento de Klara, Thomas recuperó el interés y la fogosidad de otros tiempos. Después de hacer el amor, mientras yacían juntos en la cama agotados y satisfechos, Jutta le vendía el proyecto Nueva York. ¿No le gustaría construir él mismo el puente del Hudson? ¿Dirigir personalmente, por una vez en su vida, la construcción de un puente? ¿Qué tal si se iban a vivir todos juntos a Nueva York durante los dos o tres años que durarían las obras? Los niños podrían ir a la escuela allí. Podían instalarse en uno de aquellos pisos tan bonitos frente al parque que habían visto en su último viaje. Jutta se guardaba mucho de presentar todo aquello como una exigencia. Pero lo cierto es que estaba harta de la situación y presionaba para que se acabase. Él se dio cuenta, y sintió que aquello aumentaba su estrés.

En otoño, la situación ya lo desbordaba. Se fue con un viejo amigo de la escuela y la universidad a pasar unos días caminando por los Vosgos. El bosque rebosaba colores, el sol aún calentaba, y después de varias semanas de lluvias, el suelo despedía un olor denso y fresco. El camino discurría por las cumbres, siguiendo la antigua frontera franco-alemana. Al atardecer se refugiaban en algún albergue o bajaban a los pueblos del valle. La segunda noche conocieron en un albergue a dos chicas alemanas, una estudiante de historia del arte y la otra de odontología. La tercera noche volvieron a encontrarse casualmente. Se lo pasaban bien juntos, relajados, sin preocupaciones, y fue casi natural que Thomas acabase encontrándose a solas con la dentista en la habitación de ella, después de que el amigo se llevara a la historiadora del arte a la habitación que compartían los dos hombres. Helga era rubia, y carecía por completo de la elegancia esbelta y la energía sutilmente nerviosa que Jutta y Veronika tenían en común; al contrario, era de corpulencia generosa. Estaba muy segura de que se gustaban el uno al otro, y era tan femenina y seductora, que junto a ella Thomas olvidó todo su estrés, todas sus preocupaciones y todas sus decisiones.

Al día siguiente salieron a caminar los cuatro juntos. Un día más tarde, las chicas

tuvieron que despedirse para volver a Kassel, y resultó que aquel invierno irían a estudiar a Berlín. Helga le dio la dirección.

—¿Me llamarás?

Él asintió con la cabeza.

En noviembre, Thomas se sintió del todo sobrepasado. No podía más, estaba harto de las propuestas de Jutta y los reproches de Veronika, en Hamburgo se le hacía insoportable el olor dulzón a bebé y en Berlín el ruido de sus hijos varones preadolescentes, y tenía demasiado trabajo en el despacho y poco tiempo para pintar; en resumen, ya no se sentía bien dentro de su piel, y no quería seguir así. Y telefoneó a Helga.

Estando en su casa, a Helga le sorprendió que Thomas hiciera dos llamadas y dijera dos veces que tenía que irse a Leipzig a causa de un imprevisto, y le preguntó riéndose:

-¿Qué pasa, tienes dos mujeres?

Sin Helga no habría sobrevivido al invierno. Ella hacía pocas preguntas, hablaba poco en general, era guapa, dulce, se lo pasaba bien con él en la cama, viajando y saliendo a cenar, y le encantaban los regalos que él le hacía. Él la mimaba, porque disfrutaba muchísimo de aquella relación. Helga siempre estaba disponible cuando se le hacía cuesta arriba el lío en el que estaba metido.

Hasta que empezaron las prácticas de final de carrera. Helga necesitaba un paciente, se lo propuso a Thomas, y él no supo negarse. Se veía ya sufriendo dolorosas inyecciones, perforaciones salvajes, empastes mal hechos y fundas torcidas, y estaba dispuesto a arrostrar todo eso por ella. Pero lo que tuvo que arrostrar en realidad fue algo muy diferente.

Todo iba bien, sin dolor ni sufrimiento. Al contrario, cada paso que daba Helga era supervisado por el médico asistente, el cual, si tenía alguna duda o la operación era importante o difícil, reclamaba la presencia del médico jefe. No falló nada. Ni siquiera lo pasaba mal cuando los médicos se hacían esperar. Hablaba y bromeaba con Helga y la otra estudiante con la que compartía las prácticas, y cuando Helga se inclinaba sobre él, le ponía los pechos poco menos que en la cara. Pero había un problema: todo aquello duraba horas y horas. Thomas se pasaba la mitad de su tiempo en la clínica odontológica. Cuando lo citaban a las nueve, tenía que anular todos sus compromisos de la mañana, y cuando le tocaba estar a las dos, no salía hasta las cinco, de modo que se perdía reuniones y no podía ir a las obras ni hacer gestiones administrativas. Tenía que dejar cada vez más cosas para la tarde y trabajar los fines de semana, con lo que el complicado arreglo que le permitía dividirse entre Berlín y Hamburgo empezaba a tambalearse.

Se dio cuenta del lío en que se había metido, o en que lo había metido la chica, y decidió acudir a su dentista con las raíces a medio sellar y los empastes y las fundas a medio colocar, y liquidar el asunto en dos horas. Pero cuando se lo comunicó a Helga, ella reaccionó con un acceso de gélida ira. Si la dejaba colgada ahora, no hacía falta que volviera a llamarla. Su desertión significaría un desastre para las prácticas, y estaba dispuesta a hacérselo pagar; aún no sabía cómo, pero ya se le ocurriría algo que él no olvidaría jamás. Thomas, por supuesto, no quería perjudicar las aspiraciones académicas de la chica: simplemente no sabía que interrumpir el tratamiento podía comportar algún perjuicio, y de inmediato se declaró dispuesto a continuar. La artillería pesada que ella había utilizado no había sido necesaria. Pero Thomas aprendió que detrás de la seductora feminidad de Helga había un muro de dureza y resolución.

En cuanto obtuvo el título, por cierto con una nota excelente, Helga empezó a exponerle su proyecto de montar una clínica odontológica privada. Empezaría con los preparativos durante su etapa de médico asistente. ¿Quería participar? Él era arquitecto, ¿por qué no diseñaban y construían juntos la clínica? Podía participar

como socio capitalista, ayudarla a labrarse un futuro próspero y disfrutar de su éxito.

-¿Quién necesita una clínica odontológica privada?

-¿Y quién necesita tus buhardillas? ¿O tus puentes? ¿O tus cuadros?

Ella lo miró desafiante, como si en realidad le preguntara: ¿Quién te necesita a ti?

Él se quedó perplejo, pero enseguida se rió. ¡Helga era una mujer de armas tomar! Tendría que mirar con lupa los contratos de la obra y de la sociedad, no fuera a dársela con queso.

Ella comprendió que la pregunta de Thomas no pretendía ser tan general, y le explicó pacientemente las ventajas de una clínica odontológica sobre una consulta de dentista.

-Por ejemplo, a ti el médico de cabecera te envía de vez en cuando al especialista, pero tu dentista nunca te ha mandado a una clínica odontológica. Tú crees que puedes seguir así, ya que al fin y al cabo tu dentista te hará, mejor o peor, todo lo que sea necesario; sin embargo, te estás haciendo mayor, y la verdad es que con un especialista en odontología conservadora, otro en prótesis y otro en parodontosis estarías en mejores manos.

Primero, quién te necesita a ti; luego, te estás haciendo mayor. A Thomas le pareció que Helga debería tratarlo con mayor delicadeza; al fin y al cabo, se trataba de un intercambio.

Ella lo notó. Le dijo que tenía mucha suerte de haberlo encontrado. Que lo admiraba, tanto en su faceta de arquitecto como en la de pintor. Qué pedazo de hombre era. Qué femenina se sentía a su lado.

Y ya no tuvo que decir nada más.

Aquél fue un verano especialmente energético. La ciudad rebosaba energía, alzaba grúas hacia el cielo, cavaba agujeros y hacía crecer casas. La energía meteorológica se descargaba en constantes tormentas. Los días eran calurosos; hacia mediodía empezaban a aparecer nubes, entrada la tarde el cielo se oscurecía, se levantaba el viento y entre relámpagos estremecedores y truenos ensordecedores caían las primeras y gruesas gotas. Diluviaba durante veinte minutos, media hora o tres cuartos de hora. Entonces la ciudad olía a polvo y lluvia y quedaba en paz, hasta que la gente que se había refugiado en su casa huyendo de la tormenta salía a la calle para disfrutar del atardecer. Durante un rato volvía a hacerse la claridad, una luz solar tardía, un crepúsculo transparente entre la oscuridad de la tormenta y la oscuridad de la noche.

Thomas se sentía lleno de energía, elástico, ligero. Estaba seguro de que podría con todo: el diseño del puente del Hudson, la nueva serie de pinturas, el proyecto de la clínica odontológica privada, la rutina del despacho. Planeaba con Jutta una estancia de dos o tres años en Nueva York, con Veronika la vida en común después del divorcio, y con Helga lo que ella llamaba «ayudarla a labrarse un futuro próspero». Gozaba de la euforia del equilibrista que va añadiendo cada vez más aros al juego sin que se caiga ninguno, y añade un aro más, y otro, y otro...

Pero ¿acaso el miedo del equilibrista no crece también con cada nuevo aro? ¿No sabe que su juego no puede durar eternamente, que por fuerza llegará un momento en que se equivocará, se confundirá y todo se vendrá abajo? ¿O quizá no lo sabe? ¿O le da lo mismo? En la ligereza de aquel verano, Thomas se veía capaz de poner fin a su juego también con ligereza. Se veía capaz de ir soltando cuidadosamente un aro tras otro. De decirle amablemente a Helga que lo suyo se había acabado, que le encantaría seguir siendo amigo suyo y, como tal, ayudarle, pero que el proyecto de la clínica y su participación como socio capitalista era mejor dejarlos correr. De hablar tranquilamente con Veronika de cómo serían las cosas cuando lo suyo se acabase: él pagaría la pensión alimenticia y podría ver a Klara, y ella seguiría siendo su agente; al fin y al cabo era una mujer de negocios y estaba tan interesada en la lucrativa venta de los cuadros de Thomas como él en seguir viendo a su hija. De explicarle a Jutta que con quince años ya bastaba, que podían seguir siendo socios en el despacho y en lo que tuviera que ver con los hijos, pero en todo lo demás era mejor que se desprendiesen el uno del otro. ¿Por qué iba a ser tan difícil soltar los aros? ¿O por lo menos alguno de ellos?

En agosto cumplió cuarenta y nueve años. Las tres mujeres querían celebrarlo con él. Estaba acostumbrado a quitarse de encima a dos de sus mujeres para poder estar con la tercera. Y le resultaría igual de fácil quitarse de encima a las tres.

Pasó el día solo, y se sintió como cuando hacía novillos en la escuela. Se fue a un lago situado en los alrededores de la ciudad, se bañó, tomó el sol, bebió vino tinto,

durmió, volvió a bañarse. Al atardecer encontró en el otro extremo del lago un restaurante con terraza. Comió, bebió vino tinto y contempló el atardecer. Estaba contento consigo mismo y con el mundo.

¿Sería el vino? ¿Sería lo placentero del día y de la tarde? ¿Su éxito profesional y su suerte con las mujeres? Todavía le quedaba un año para cumplir cincuenta y hacer balance. Pero en ese tiempo no cambiarían mucho los registros del libro de su vida. Pronto haría treinta años que había salido al mundo para hacerlo mejor y más justo. Porque en el mundo había suficiente pan para todos, y también rosas, mirtos, belleza, placer y guisantes de azúcar. En aquella época le atraían más los guisantes de azúcar de Heine que la sociedad comunista de Marx, aunque no supiera en absoluto cómo eran, a qué sabían y en qué se diferenciaban de los guisantes normales. Pero tampoco tenía ni idea de cómo sería la sociedad comunista, a qué sabría, en qué se diferenciaría de la sociedad normal. ¿Guisantes? ¡Sí, guisantes para todo el mundo en cuanto se abrieran las vainas!

¿Y si volvía a dedicarse a la política? Podía entrar en los Verdes, donde estaban sus amigos de entonces. O en el SPD, donde estaban sus amigos de ahora. Lo incitaban a meterse en política. Le decían que los dos Berlines, que ahora estaban unidos administrativamente, también tenían que converger política y arquitectónicamente, pues lo uno no podía ser sin lo otro, y para ambas cosas se necesitaban hombres como él. Hombres... Él más bien preferiría encontrar mujeres en la política. Una feminista politizada, con gafas metálicas y moño pelirrojo, a la que el pelo, cuando se lo soltara, le cayera abundante sobre los hombros, y cuyos ojos, desprovistos de gafas, lo miraran desorientados y seductores.

Rió para sus adentros. Ahora sí que era el vino. Pero ¿sólo era el vino? ¿Acaso en el vino no se ocultaba una profunda sabiduría, que se le revelaba a quien supiera verla? ¿La sabiduría de los guisantes? Hay que ser feliz para poder hacer felices a los demás. Hay que vivir bien para poder gozar de la vida y contribuir a que otros también la disfruten. Y aunque uno sólo se haga feliz a sí mismo, no importa, porque cada partícula de felicidad que se aporta al mundo hace al mundo más feliz, tanto si la partícula es propia como ajena. Sólo hay que evitar una cosa: hacer daño a los demás. Él no le hacía daño a nadie.

Así se sentía Thomas en la terraza del restaurante. La luna brillaba y la noche era clara. Ah, qué bueno era sentirse legítimamente contento consigo mismo y con el mundo.

En otoño tuvo que ir a Nueva York. Las negociaciones con el consorcio promotor del puente duraron varias semanas, y a él le resultaba insoportable el estilo con que se desenvolvían. Estaba harto de la falsa familiaridad de llamarse los unos a los otros por el nombre de pila, de la falsa confianza de las charlas sobre la mujer, los hijos y las excursiones de fin de semana, de la falsa cordialidad del saludo matutino. También estaba harto de llegar cada día a acuerdos verbales que al día siguiente, al ponerlos por escrito en el borrador del contrato, se reducían a la mitad, y de tener que renegociar una vez más la mitad restante. Además, cuando el día de trabajo y negociaciones se acababa en Nueva York, empezaba la jornada en Tokio, y tenía que pasarse la noche entera repasándolo todo una vez más por teléfono con su socio japonés.

Un día se hartó. Habían surgido unos problemas con Nueva Jersey que sólo podía arreglar el gobernador. Cuando quedó claro que la cosa no se resolvería aquel mismo día, Thomas no vio motivo para quedarse sentado esperando con los otros. Se fue.

Se puso a vagar por la ciudad, paseó por el parque, echó una mirada al museo, pasó por delante de las casas en las que le gustaría vivir a Jutta, cruzó un barrio en el que sólo oyó hablar español, y encontró finalmente, delante de una iglesia, un bar que le gustó. No era uno de aquellos locales de moda en los que le atendían a uno inmediatamente, y en los que también había que pagar la cuenta y marcharse inmediatamente. Los clientes de aquel bar descansaban, leían, escribían y charlaban como en un café vienés. Como si no hubiera prisa. Las mesas de la acera estaban ocupadas, así que se sentó dentro.

Por el camino había comprado tres postales. «Querida Helga», escribió en la primera, «Nueva York es una ciudad muy calurosa y muy ruidosa, y no entiendo qué ve la gente en ella. Estoy harto de las negociaciones. Estoy harto de los americanos y de los japoneses. Estoy harto de mi vida. Echo de menos la pintura, y sobre todo te echo de menos a ti. Cuando vuelva, empezaremos de nuevo, ¿vale?». Añadió que la quería y firmó. Veía ante sí a Helga, guapa, suave y al mismo tiempo dura, calculadora y al mismo tiempo previsible, muchas veces seca y otras muchas, en cambio, ansiosa de amar y ser amada. ¡Y qué noches había pasado con ella! «Querida Veronika», escribió en la siguiente postal, pero se quedó atascado. La última vez se habían peleado. Ella lo había tratado injustamente, pero él sabía que lo hacía por desesperación. Luego se quedó en la puerta y lo mandó varias veces seguidas al carajo, y permaneció esperando hasta que él volvió, la cogió del brazo y le susurró al oído que todo iría bien. «Cuando vuelva, empezaremos de nuevo, ¿vale? Te echo de menos. También echo de menos la pintura, pero sobre todo a ti. Estoy harto de vivir así. Estoy harto del trabajo, de las negociaciones, de los americanos y de los japoneses. Estoy harto de este lugar. Nueva York es una ciudad muy calurosa y muy ruidosa, y no entiendo qué ve la gente en ella. Te quiero. Thomas». Para la tercera

postal necesitó mucho tiempo. También era una vista del puente de Brooklyn a la luz del atardecer. «Querida Jutta: ¿Te acuerdas de Nueva York en primavera? Ahora, en cambio, es una ciudad muy calurosa y muy ruidosa, y no entiendo qué ve la gente en ella. Estoy hasta las narices de las negociaciones y de los americanos y de los japoneses con los que trato. También estoy harto de mi vida y de que la pintura ya no tenga sitio en ella. Y de que tú ya no tengas sitio en ella. Te quiero y te echo de menos. Cuando vuelva, empezaremos de nuevo, ¿vale?». Sabía que Jutta, al leer aquello, sonreiría sorprendida, contenta, un poco escéptica. Hacía veinte años se había enamorado de esa sonrisa, que todavía lo fascinaba. Pegó sellos en las postales, colgó la americana en el respaldo de la silla y dejó el periódico encima de la mesa; se dirigió al buzón que había en la acera de enfrente y echó las postales.

Volvió a su mesa y se puso a mirar por la ventana el ir y venir de la gente por la acera. La ventana estaba abierta; habría podido llamar a los transeúntes y hablarles. Sólo lo separaban de ellos unos pocos metros. Unos pocos pasos y sería uno más, otro transeúnte que andaba por la acera. Y viceversa: a ellos también les habrían bastado unos pocos pasos para entrar en el bar y, como él, sentarse a una mesa, quizá enfrente de él o a su lado. Justo en aquel momento alguien pasó de la acera al bar, pidió en la barra una pasta y un café, dejó su nombre, buscó una mesa, sacó de la cartera un libro, un papel y un bolígrafo e hizo un gesto con la mano cuando la camarera, con el pedido en la bandeja, pronunció su nombre. Tom. Se llamaba igual que él.

Volvió a mirar afuera. En la acera había movimiento. ¿Qué demonios hacía toda aquella gente? Por supuesto, sabía que aquellos dos caminaban juntos y cogidos, se miraban a los ojos y se besaban, que aquellos otros eran un padre, una madre y un hijo que volvían de la compra cargados de bolsas repletas, que aquel negro andrajoso que aparecía una y otra vez en la izquierda de su campo de visión era un mendigo, que ahora pasaban paseando unos turistas y luego unos colegiales, y que el individuo con pantalón y camisa marrones era un repartidor de UPS. Pero ¿por qué hacían lo que hacían? ¿Por qué aquella chica tan mona se dejaba abrazar por aquel sinvergüenza con acné? ¿Por qué aquellos padres habían traído al mundo a aquel niño protestón, por qué lo alimentaban y compraban para él? ¿Y ellos, a su vez, por qué estaban en el mundo? Él tenía pinta de científico sabihondo fracasado, y a ella se le notaba que con un solo hijo ya se sentía desbordada. ¿Qué esperaba el mendigo, por qué esperaba, y por qué pensaba que alguien podía interesarse por él? ¿Quién echaría de menos a aquellos turistas absurdamente alegres si de repente se los tragara la tierra? ¿Y a los colegiales si se murieran allí mismo? ¿Sus padres? Pero ¿acaso no daba lo mismo que los echaran de menos ahora sus padres, más adelante sus hijos y aún más adelante sus nietos? ¿Qué tenía de trágico una muerte temprana? A Thomas le parecía tan poco trágico dejar de vivir tempranamente como morir a una edad avanzada o no llegar ni siquiera a nacer.

El repartidor de UPS tropezó y fue a parar al suelo con el paquete que llevaba en

brazos. ¿De qué se quejaba? Si la muerte es terrible, tenía suerte de estar vivo, y si la muerte es hermosa, el presente, incluyendo el momento de su caída, había de parecerle muy poca cosa comparada con la eternidad. Pasó una pareja, dos jóvenes guapos, esbeltos, fuertes, alegres, con cara inteligente y despierta. Ella no iba abrazada a ningún sinvergüenza con acné ni él a ninguna chica mona. Pero eso no cambiaba nada. El problema no era que el mundo revelase su fugacidad y su nulidad, sino que Thomas las veía aunque no se manifestaran. Las veía por todas partes.

Se le ocurrió que si tuviera un arma podría disparar a los transeúntes igual que sus hijos mataban enemigos en la videoconsola. Claro que eso le traería problemas, y él no quería problemas. Pero en aquel momento los transeúntes que pasaban por delante de la ventana no le parecían más cercanos, más reales ni más vivos que los personajes de la videoconsola. Eran personas como él. Pero eso no las hacía más cercanas.

Cuando hacía memoria, localizaba en aquel día y aquel lugar el inicio de su caída. A partir de ese momento fue un hombre en caída libre, como en el cuadro de Max Beckmann que había visto en casa del presidente del consorcio del puente. Caía cabeza abajo, impotente pese a toda la fuerza de su musculatura y pese a que estiraba con energía los brazos y las piernas como si nadase. Caía entre casas en llamas, sus casas en llamas, las que había construido y en las que vivía. Caía entre pájaros que se burlaban de él, ángeles que podían salvarlo pero no lo hacían, barcas que flotaban seguras por el cielo, igual que él podría flotar si se hubiera mantenido alejado de las casas.

Volvió a casa y reanudó su vida habitual, la vida berlinesa, con la familia, el despacho y los amigos, para los que era el marido de Jutta, padre de tres hijos, arquitecto y pintor aficionado. Los conocía, y también a sus familias, desde hacía mucho tiempo, habían pasado vacaciones juntos, habían sobrevivido a crisis matrimoniales y habían compartido preocupaciones por los hijos. Thomas se movía entre ellos como pez en el agua, seguro de la confianza mutua que se tenían, aunque prefiriera no ponerla a prueba, y seguro también del patrimonio común de recuerdos, anécdotas y bromas. Con los amigos de Hamburgo era diferente. También los tenía, aunque menos que en Berlín, y no los conocía del trabajo, sino por medio de Veronika; la mayoría eran solteros, en algún caso con un hijo. Para ellos era el pintor al que Veronika representaba y con el que tenía una hija, un hombre de trato agradable, pero que tenía otra vida y en el fondo se limitaba a asomar por la de Veronika como un extraño. Con la mejor amiga de ella, pediatra de profesión, tenía una relación cordial y confiada, pero en la que también dejaba fuera su otra vida. Y su segunda vida berlinesa también era diferente. Los amigos de Helga, igual que ella, eran casi veinte años más jóvenes, y estaban ocupados acabando la carrera o empezando su actividad profesional; aún no se habían aposentado en la vida y estaban abiertos a muchas cosas, como por ejemplo aquel novio que tenía Helga, aquel hombre mayor tan polifacético, generoso, amigable y siempre pródigo en buenos consejos profesionales e inmobiliarios. Se alegraban cuando lo veían venir con Helga o al encontrárselo en casa de Helga cuando era ella la que invitaba. Pero aquellos contactos eran superficiales, igual que lo era probablemente la relación entre ellos dos.

A pesar de esa superficialidad y a pesar de lo poco que había visto últimamente a sus amigos de Hamburgo y, a decir verdad, también a los de Berlín, el simple hecho de pensar en ellos lo estresaba. No sabía por qué; el último verano se lo había pasado razonablemente bien con sus amigos. Ahora tenía la sensación de que cada vez tenía que reinventarse: hoy era el Thomas de Helga, mañana el de Veronika y pasado mañana el de Jutta, ahora el arquitecto y luego el pintor, un día el padre de tres adolescentes y otro el padre de una niña de un año de la que casi podía ser abuelo. A

veces temía que no le diera tiempo a reinventarse y siguiera siendo en Hamburgo el Thomas de Berlín o con Helga el Thomas de Jutta. Una vez, a hora avanzada, cansada y alcoholizada, empezó a divagar con los amigos de Veronika sobre las posibilidades que se le abrirían en Nueva York a una familia alemana con hijos en edad escolar, y en otra ocasión, con un matrimonio de viejos amigos suyos y de Jutta, se puso a disertar sobre las dificultades de las galeristas solteras con hijos; a partir de entonces empezó a tener cuidado con el alcohol. Se acostumbró a concentrarse antes de cambiar de una a otra vida, igual que lo hacía antes de una reunión con hombres de negocios, vaciando la cabeza y dejando en ella sólo lo que fuera a necesitar inmediatamente. Pero eso también era estresante.

E igual de estresantes eran sus sueños. Empezó a soñar que era aquel equilibrista, no con aros, sino con platos, como los equilibristas chinos que trabajan sobre una barra horizontal, o con cuchillos o antorchas encendidas. Al principio todo iba bien, pero luego los platos, cuchillos o antorchas empezaban a multiplicarse y se volvían demasiados. Al final quedaba sepultado bajo ellos y se despertaba empapado en sudor. Muchas noches no dormía más que unas pocas horas.

Una mañana, volviendo de Hamburgo a Berlín en tren, trabó conversación con el hombre del asiento de enfrente. Era un comercial de una empresa que fabricaba persianas, que le contó todo lo que había que saber sobre persianas domésticas y de oficina, de madera y de plástico, resistentes al calor y al ruido, de la invención de la persiana y su superioridad respecto a la cortina, de sus viajes y de su familia. Era una conversación simpática, entretenida e intrascendente. Durante mucho rato, Thomas se limitó a escuchar. Cuando el otro le preguntó adónde iba y de dónde venía, y por su profesión, familia y modo de vida, se oyó a sí mismo hablar de la empresa que tenía en Zwickau, de los artículos de dibujo que fabricaba, de los problemas que le causaba la sustitución del papel y el lápiz por el ordenador, de la lucha de su familia por mantener en pie la empresa en los años cincuenta, durante la época comunista y después de la reunificación. Habló de su casa junto al río, de su mujer, que vivía atada a una silla de ruedas, y de sus cuatro hijas. Ahora volvía de Hamburgo, adonde había ido a comprar un cargamento de madera de sándalo y de cedro para una nueva línea de lápices de gama alta. A veces iba hasta Brasil y Birmania en busca de la madera para sus lápices.

Se propuso poner fin a la relación con Veronika. Siempre llegaba a Hamburgo con el mismo propósito: aprovechar el momento en que, después de acostar a la niña, se sentaban un rato a la mesa de la cocina, para decirle que quería volver con Jutta, aunque desde luego estaba dispuesto a hablar cuando ella quisiera de la pensión alimenticia, el contacto con su hija y la venta de sus cuadros, y luego marcharse tranquilamente. Pero cuando estaban en la cocina, y veía a Veronika tan contenta de que el día por fin hubiera pasado y él estuviera allí, no era capaz de pronunciar aquellas palabras. Y si no la veía contenta, aún menos, ya que no quería hacerla todavía más infeliz. Así que dejaba la conversación para la mañana siguiente. Pero la mañana era para la niña.

Se repetía a sí mismo todo lo que cabe decir en una situación semejante: que sólo se trataba de poner punto final a una situación que se había vuelto insostenible; que en el fondo sabía que no quería quedarse con Veronika, y en tal caso no tenía derecho a retenerla y debía dejarla rehacer su vida; que los malos tragos, cuanto antes, mejor. ¿O quizá sí quería quedarse con ella? No, ya estaba lejos de allí tanto mental como físicamente, no podía seguir a su lado y nunca volvería a quererla. No, no había nada, nada en absoluto que justificase su silencio. Vivía aquella incapacidad de hablar como un fenómeno físico, como si quisiera hablar pero la boca, la lengua y la garganta no le obedecieran, igual que un brazo paralizado se niega a moverse y levantarse. Pero no era cierto: su boca, su lengua y su garganta estaban perfectamente. En el tren, de vuelta a Berlín, sentía vergüenza.

Luego decidió resolver antes lo pequeño y luego lo grande, ponerse a prueba con lo más fácil para poder plantar cara a lo difícil, es decir, acabar primero con la relación con Helga. Y con ella sí consiguió hablar. Le explicó que quería volver con su mujer y su familia; en cuanto a sus ambiciosos planes, era mejor dejarlos correr, pero le encantaría seguir siendo amigo suyo y ayudarla como amigo. Habían vivido unos años muy hermosos: ¿por qué no despedirse también de un modo hermoso?

Helga le escuchó atentamente. Cuando él acabó, se quedó mirándolo. Sus grandes ojos se le humedecieron e inundaron; las lágrimas se deslizaron por las mejillas y cayeron sobre la falda. Y entonces se echó gimoteando en sus brazos, y él la sostuvo, notó su cuerpo suave, quiso hablar y consolarla, pero ella sacudió la cabeza y apretó su boca contra la de él. A la mañana siguiente, durante el desayuno, le contó la nueva idea que había tenido para la clínica odontológica. ¿Le parecía factible?

Con Jutta ni siquiera intentó hablar. Una noche, sentado frente a ella, se imaginó lo que le diría y cómo reaccionaría ella, y supo que acabaría echándose atrás. Sí, tampoco con Jutta tardaría en echarse atrás y alegrarse de que se reconciliaran y ella acabara abrazándolo. Sus decisiones le parecieron tan patéticas y vanas, y sus vacilaciones tan ridículas, que se echó a reír sin parar, a reírse histéricamente, hasta que Jutta, sin saber ya qué hacer, lo devolvió a la normalidad con dos bofetadas.

Le asombraba ver cuántas cosas era capaz de hacer a pesar de lo complicado de la situación. Había revisado el diseño del puente del Hudson y diseñado otro en el Drina. Había pintado una nueva serie de cuadros; en todos ellos aparecían mujeres remando en una canoa, a veces de pie y a veces sentadas, a veces vestidas y a veces desnudas, a veces morenas, esbeltas y de nerviosa sutileza, a veces rubias y suaves, a veces pelirrojas y fuertes. Veronika expuso los primeros cuadros antes de que la serie estuviera acabada, e inmediatamente un coleccionista se interesó por la serie entera.

Y un día llegó la salvación en forma de apendicitis. Iba en coche de Dresde a Munich cuando empezaron los dolores. Dolor de estómago, pensó al principio, pero pronto supo que era otra cosa, algo más grave, más temible. Inclinado sobre el volante para poder soportar el dolor, y aterrorizado, llegó a un hospital provincial en las afueras de Hof. Lo metieron en el quirófano inmediatamente. A la mañana siguiente, el médico le explicó que por la sintomatología podría haber sido un cáncer de páncreas, pero por suerte se trataba de una simple apendicitis.

Thomas se quedó una semana en el hospital. Se imaginaba al médico abriéndolo, encontrando el cáncer de páncreas inoperable o el vientre lleno de metástasis y volviendo a coserlo. A partir de entonces le quedarían unas semanas o unos meses de vida. Y entonces no sería responsable de nada, no le debería nada a nadie, todo el mundo lo trataría con consideración y atención, quizá incluso lo admirarían por su actitud. Se despediría de Helga, Veronika y Jutta sin que ellas pudiesen reprocharle nada y sin sentirse culpable. Pintaría un cuadro más, el último, el más profundo. Pasaría mucho tiempo con los niños, unas horas tan íntimas y hermosas que sus hijos las guardarían en el recuerdo como un tesoro hasta mucho después de su muerte. Escribiría un ensayo sobre el puente, su legado teórico a la arquitectura. Unos meses: no necesitaba más para acabar con todo y encontrar la paz. Y la felicidad. Envidiaba a los que tienen sólo unos meses de vida por delante: eran personas felices. Personas que habían saldado cuentas de verdad con todo.

¿Y por qué él no podía ser así de feliz? Había llamado a Berlín y a Hamburgo para informar de la operación de apendicitis. Pero justamente eso encajaba perfectamente con la actitud que tendría si fuera a morir dentro de unos meses: hablar primero de una operación de apendicitis para no asustar a los suyos, y confesar la verdad más tarde, intentando no hacer daño a nadie.

Así que volvió a Berlín y empezó a actuar como de costumbre pero un poco más silencioso, afligido, digno, a veces ausente: justo como alguien que se sabe condenado a muerte. Y luego lo dijo. Resistió el horror de sus mujeres, sus súplicas de que acudiera a otros médicos, su impotente deseo de ayudarle. Todas le preguntaron qué haría ahora, y a todas les dijo que seguiría viviendo como hasta entonces, por supuesto. Pero ocupándose sólo de lo esencial y dejando de lado lo superfluo. Pintar un cuadro. Escribir un ensayo sobre el puente. Pasar más tiempo con sus hijos. Y efectivamente puso un lienzo nuevo sobre el caballete, se compró una estilográfica e hizo planes para pasar más tiempo con los niños.

No es que él mismo hubiera empezado a creer que tenía cáncer de verdad; pero cuando Veronika, durante un fin de semana en Hamburgo, le regañó por quedarse sentado después de comer en lugar de fregar los platos, se indignó. ¿Cómo podía Veronika, sabiendo que tenía cáncer, exigirle que participara en las tareas domésticas? Por si fuera poco, el corte todavía le dolía; si le hubieran abierto el vientre y se lo hubieran vuelto a coser con apéndice y metástasis, no le dolería más que ahora sin ellos. Y además se sentía débil, estresado y agotado.

No, no era justo que Veronika lo tratase de aquella manera, y también Jutta y Helga deberían haberlo tratado con mayor delicadeza. Jutta, que últimamente lo veía por casa más a menudo que en los años anteriores, le pidió que ayudara a los niños con los deberes, fuera a buscar a la hija a clase de música, reparara la persiana y tendiera la ropa. «Podrás con todo, ¿verdad?». Helga, que lo hacía acompañarla en sus desplazamientos y citas en busca del edificio adecuado, no tenía inconveniente en conducir, pero Thomas sospechaba que no lo hacía por consideración a él, sino más bien porque disfrutaba conduciendo el BMW. Sin embargo, cuando quería acostarse con ella, Helga le decía, meneando la cabeza preocupada: «¿Tú crees que te hará bien?».

El mismo se daba cuenta de que se había vuelto quejica y refunfuñón. Pero es que simplemente no le parecía justo lo que estaba sucediendo. A Jutta la hizo socia a partes iguales en el despacho y compartía con ella los frutos de su éxito, y a Veronika le cedía en la venta de sus cuadros un margen muy superior al que obtienen por lo común las galerías, y a Helga la colmaba de regalos como un príncipe de opereta a su concubina. Sí, todas habrían querido pasar más tiempo con él. Pero en el tiempo que había pasado con ellas, por escaso que fuera, las había hecho felices, ¿no? Además, todas las mujeres sin excepción, incluyendo a las que no comparten a sus maridos con otras, se quejan de que sus hombres no les dedican suficiente tiempo. No, él había hecho por ellas todo lo que había podido, y se negaban a reconocerlo como debían. Ellas, en cambio, lo habían conducido a una situación de la que ya sólo podían salvarlo el cáncer y la muerte. ¿Qué iba a hacer en unas pocas semanas o meses estando sano como estaba? Lo habían conducido a una situación sin salida.

Un día fue a su sastrería de confianza. Sobre la puerta de la tiendecilla, a la que se accedía desde la acera bajando unos pocos escalones, había un rótulo de «Arreglos de Ropa», pero el dueño del negocio, un griego de grueso bigote, sabía mucho más que reformar y arreglar, y confeccionaba camisas, trajes y abrigos de primera categoría. Thomas le encargaba a menudo unos camisones de dormir con la manga hasta el codo que no se podían hallar en ninguna otra tienda. Cuando se encontró allí, a punto de encargarse un nuevo camión, entonces, y sólo entonces, comprendió lo absurdo de aquel encargo. ¡Si iba a morir al cabo de unas semanas o como mucho unos meses!

Entonces vio un rollo de tejido de lana gruesa y de un azul oscuro reluciente.

-Esta tela puede servir para un abrigo o para una chaqueta. Un cliente quiso hacerse una pelerina, pero luego cambió de idea.

-¿Puedo encargarle algo para mí?

-Usted dirá.

-Hágame con esa tela un hábito como el que llevan los frailes, con manga hasta el codo como mis camisones, con un corte en la capucha y bolsillos bien hondos.

-¿Con botones? ¿Con forro? ¿Con pasadores para un cinturón o un cordón?

Thomas se lo pensó un poco. ¿Los hábitos de los frailes llevaban botones? Se decidió a favor del forro y los pasadores y contra los botones. Quería poder enfundarse el hábito por la cabeza. Por lo demás, se decidió por un cordel verde oscuro y el mismo verde oscuro para las costuras y, el forro.

-¿Quiere también... -el griego se limitó a señalar con la mano la cruz en el pecho-bordado en el mismo color?

No, Thomas no quería cruces.

-Bueno, entonces ya sé lo que necesito saber.

-¿Para cuándo?

-Una semana.

Una semana. «Necesito estar solo una temporada», les dijo en los días siguientes a Jutta, Veronika y Helga. «Aún no sé adonde iré, pero sé que quiero irme. Todo esto es demasiado para mí. Necesito encontrarme conmigo mismo».

Creía que ellas intentarían protestar, retenerlo o acompañarlo. Pero se limitaron a tomar nota. Jutta le pidió solamente que aplazase el viaje dos días para poder encargarse de los operarios que estaban reparando la buhardilla. Veronika dijo que le iba bien, porque así podría albergar la semana siguiente a su amiga en el taller de Thomas. Helga le preguntó si pensaba coger el coche, porque si no podía dejárselo a ella.

Se compró una gabardina ligera, larga y oscura. Metió en un maletín de cuero el abrigo, un segundo par de zapatos de invierno, un jersey, una camisa, ropa interior, calcetines negros y unos vaqueros, junto con los artículos de higiene y afeitado. Aplazó el viaje dos días, le dejó el BMW a Helga y puso sus cuadros, acabados o no, en un rincón del taller. También el caballete con el lienzo vacío de su cuadro último y más profundo. Se dirigió a la estación Zoo con el maletín de cuero y una gran bolsa de plástico con el hábito dentro, y entró en el lavabo. Cuando salió, llevaba el hábito, y en la bolsa la ropa que se había puesto por la mañana. Tiró la bolsa a la basura, compró un billete y subió al tren.

Se pasó un año viajando.

Al principio gastaba el dinero a manos llenas. Estuvo unas cuantas semanas en el Brenners Park Hotel de Baden-Baden y unas cuantas más en el Baur au Lac de Zurich. Los primeros días, el personal y los demás clientes lo miraban con asombro, pero al cabo de poco muchos le hablaban espontáneamente y le tomaban confianza. Le contaban sus vidas, historias de dolor y culpa, de amores felices y desgraciados, de matrimonio, familia, vida cotidiana. Una vez, el jefe de recepción lo llamó en plena noche a la habitación de una mujer que había intentado ahorcarse. La camarera la había encontrado casualmente a tiempo y había cortado la cuerda. Thomas estuvo hablando con ella hasta el amanecer. Al día siguiente, al marcharse, la mujer dejó para él un cheque por varios miles de dólares como donativo para su orden.

A veces enviaba postales a Berlín y a Hamburgo, pero no dirigidas a Jutta, Veronika o Helga, sino a sus hijos. A Helga la llamó una vez, y lo primero que ella le preguntó fue si quería que le devolviera el coche. En segundo lugar, le habló de ciertos pagos a los que la sociedad que habían creado juntos tenía que hacer frente próximamente. Él colgó. Cuando empezó a acercarse la fecha de caducidad de su tarjeta de crédito, se asustó y sacó todo el dinero que pudo.

Pero no debería haberse asustado tanto. Llegó un momento en que se cansó de los hoteles caros, y entonces dejó de necesitar tanto dinero. Solía dormir gratis en los monasterios, donde tampoco le cobraban la comida. Al principio le daba un poco de vergüenza explicar la historia de la orden de los tomasianos, que había sobrevivido en Transilvania a la Reforma y al comunismo, que actualmente contaba todavía con cinco miembros, y en la que él, descendiente de alemanes transilvanos, había ingresado hacía unos años. Pero cada vez la historia le salía más redonda; se permitía añadir detalles decorativos y reaccionaba con mayor seguridad a las preguntas. Otras veces los monjes no le hacían muchas preguntas. Lo conducían a su celda, lo saludaban con la cabeza en la iglesia y durante la comida y respondían a su saludo de despedida. Cuando se cansó de la vida monacal, empezó a dormir en hoteles pequeños y pensiones. Allí, igual que cuando viajaba en tren, a la gente le gustaba darle conversación. No condenaba a nadie, no daba la razón a nadie, nadie le daba pena. Escuchaba, y cuando le preguntaban algo, devolvía la pelota.

-¿Qué puedo hacer?

-¿Qué quiere hacer?

-No lo sé.

-¿Por qué no lo sabe?

Estuvo a punto de acostarse con una mujer. Cuando tocaba lavar el hábito, iba por la tarde a una lavandería y pedía que le dejaran sentarse en un rincón a esperar a que el hábito estuviera listo. En un pueblo en la comarca del Hunsrück, la colada duró más de lo acostumbrado, y se hizo tarde. La mujer cerró el local y bajó la persiana. Luego se dirigió hacia él, se levantó un poco la bata, se sentó a caballo en su regazo y

le cogió la cabeza entre los brazos y el pecho. «Gallinita mía», le dijo con tono triste y compasivo, porque con aquella camiseta blanca y demasiado holgada, con los vaqueros demasiado anchos y con el pelo corto, torpemente cortado por él mismo, le recordaba a una gallina desplumada. Se quedó a pasar la noche, pero no se acostó con ella. Por la mañana, mientras desayunaban -él con la bata doméstica del difunto marido-, la mujer le preguntó por qué no se quedaba unos días.

-No hace falta que te escondas. Puedes ponerte la ropa de mi marido, y yo diré que eres un hermano suyo y estás de visita. Es curioso, pero sin el hábito eres igual que con él...

Thomas lo sabía. Uno de los primeros días de su viaje, estuvo varias horas sentado en el tren enfrente de un promotor inmobiliario de Leipzig con el que había tenido bastante contacto profesional, y que no lo reconoció. Pero no quería quedarse. Con una sonrisa torcida y encogiéndose de hombros en un gesto de lamentación, replicó:

-Tengo que seguir mi camino.

Sabía que si se quedaba tendría que acostarse con la mujer. Y no le apetecía. Hacía unos años había dejado de fumar de un día para otro, y la facilidad con la que renunció a los cincuenta o sesenta cigarrillos diarios le hizo pensar que había otras muchas cosas prescindibles. Lo siguiente sería dejar el alcohol, luego el amor, luego la comida: le parecían decisiones fáciles y naturales, tras la última de las cuales sólo le quedaría ya renunciar a su existencia física. Cuando se fue de viaje con el hábito, decidió dejar el alcohol, y tampoco le costó ningún esfuerzo prescindir de la botella de vino tinto que antes despachaba cada noche. Al mismo tiempo, al adoptar la vida de celibato de un hombre con hábito, había dado el siguiente paso; y en cuanto a la comida, cada vez le era más indiferente.

A veces tenía la impresión de estar flotando. Como si realmente no tocara el suelo con los pies. Le parecía como si la gente no percibiera realmente su presencia, o como si las caras y los cuerpos que veía no fueran personas de verdad, vivas, sino esquemas, formas que se creaban y se deshacían y volvían a crearse y a deshacerse ante él. Ocasionalmente tocaba a alguien, sin querer o queriendo, y así comprobaba que aquellos cuerpos ofrecían resistencia. Y no dudaba en absoluto de que sangrarían si los herían. Quizá chillarían, y si la herida era lo bastante grave, dejarían de moverse. Pero ¿qué importaba si se movían o no? ¿Acaso no había por todas partes, hasta el exceso, formas en movimiento?

Y lo que más esquemático le parecía era su vida anterior en Berlín y Hamburgo. ¿Cómo podía ser que se hubiera liado con aquellas tres mujeres? ¿Para qué había pintado todos aquellos cuadros y construido todos aquellos puentes? ¿En qué clase de engranaje había estado moviéndose junto a las personas que lo rodeaban? ¿El engranaje del despacho o de la galería o los planes y proyectos de Helga? Tampoco sus hijos tenían ya sentido. ¿Qué habían venido a hacer al mundo? ¿Quién los había reclamado, quién los necesitaba?

A orillas del lago de Como vio a un niño caer al agua desde una pasarela. El niño chilló, dio unos pocos manotazos en el agua y se hundió. No había nadie que pudiera socorrerlo. Si Thomas acabó levantándose del banco en el que estaba sentado y corrió a la pasarela, se echó al agua, rescató al niño y le hizo la respiración artificial, fue para evitarse problemas. Si alguien lo veía quedarse sentado sin mover un dedo y lo contaba a la policía, tendría que despedirse de su vida con el hábito.

Pero iba a tener que despedirse de su vida con el hábito de todos modos. En el trayecto de Como a Turín hizo transbordo en Milán. La puerta del expreso de Milán a Turín se cerró automáticamente en el momento en que él se disponía a subir. Al retroceder, advirtió que el hábito se había quedado atrapado en la puerta. Intentó en vano volver a abrirla, tiró del hábito, echó a correr entre estirones junto al convoy que empezaba a moverse, y a medida que el tren aceleraba tuvo que correr tanto que ya no podía intentar soltar el hábito de la puerta. Oyó las risas de los viajeros que había en el andén, que no se hacían cargo de lo grave de la situación y encontraban gracioso a aquel monje azul que corría como un poseso. Cuando ya no pudo aguantar más el tirón del tren, se dejó caer a la desesperada en dirección contraria a la marcha, esperando que el hábito se rompiera. Pero el grueso tejido de lana no cedió, y el tren arrastró a Thomas a lo largo del andén y luego por el balasto de la vía. Cuando un viajero que se asomaba por la ventana del tren vio las expresiones de horror de la gente del andén y luego lo que estaba sucediendo, y corrió a tirar del freno de emergencia, y el tren se detuvo por fin, Thomas ya no era más que un amasijo sanguinolento.

Lo llevaron a un hospital. Al cabo de unos días, cuando se despertó, el médico le anunció que tenía la columna vertebral lesionada y quedaría paralizado de cintura para abajo. Había querido ir a Turín sólo para ver si todavía quedaban coches de caballos y caballos de tiro como el que abrazó Nietzsche en su locura.

En la UVI todos los pacientes son iguales. Cuando lo trasladaron al hospital de día, fue a parar a una gran sala con sesenta camas que había sido construida en los años veinte como sala de urgencias para catástrofes, y en la que se alojaban ahora los pacientes de más baja extracción social. Había mucho ruido, incluso por la noche. Los soldados que ya estaban sanos pero se hacían los enfermos porque preferían el hospital al cuartel, bebían y se corrían juergas y a veces incluso se traían prostitutas a pasar la noche. De día hacía mucho calor y apestaba a comida, desinfectantes, productos de limpieza y excrementos. La cama de Thomas también apestaba; no controlaba sus esfínteres. Las monjas que trabajaban en el hospital intentaban trabar contacto con el monje azul, pero no hablaban alemán, y él no hablaba italiano. Un día, una monja le llevó una Biblia alemana. Se sorprendió de la cantidad de vida que había en aquel libro. Pero precisamente por eso no le apetecía leerlo.

Sus heridas sanaron. Al cabo de tres semanas creyó que no podría soportar más el ruido y el hedor. Antes del accidente, la vida le parecía indiferente y esquemática, se le escapaba de las manos, él se escapaba de las manos a sí mismo. Pero ahora la vida estaba muy cerca, era real y perceptible: la vida de un tullido en una cloaca. Sólo conservaba aquella sensación de flotar que había empezado a tener antes del accidente. Por entonces le parecía como si no tocara el suelo con los pies, y ahora le sucedía lo mismo, pero de verdad.

Al cabo de cuatro semanas fueron a buscarlo sin avisar. Un día unos hombres se detuvieron delante de su cama con una camilla, lo cargaron en ella y se lo llevaron.

-¿Adónde vamos?

-Lo llevamos a una clínica de rehabilitación cerca de Berlín.

-¿Quién los envía?

-Si usted no lo sabe... El jefe no nos ha dicho nada. Pero si no quiere venir, lo dejamos aquí, ¿eh? -Los camilleros se pararon. ¿Quiere venir o no?

Estaban en la puerta de la sala en la que Thomas había pasado casi cuatro semanas. No, no se quedaría allí, que se lo llevaran a donde fuera.

Pasó dos meses en la clínica de rehabilitación. Aprendió a desenvolverse con su mitad paralizada e insensible, con sus funciones excretorias, con el dolor en el trasero y en la espalda provocado por la inmovilidad, con los aparatos de rehabilitación, con la silla de ruedas. Pasaba mucho tiempo en el agua, primero en una piscina y luego en el lago al que se asomaba la clínica. Sus progresos eran tan espectaculares que empezó a pensar que tenía voluntad y disciplina suficientes para reconquistarlo todo, el agua con ayuda del flotador, la tierra con la silla de ruedas y la velocidad y movilidad de su cuerpo tullido con la fuerza de sus brazos. Pero cuando, a pesar de sus progresos, su voluntad y su disciplina, sufrió por tercera vez una de las úlceras que aquejan a los usuarios de silla de ruedas, supo que nunca más podría volver a confiar en su cuerpo.

Se había enterado de que el transporte de Milán a la clínica lo había organizado su viejo amigo médico, a costa de la seguridad social, que también pagaba la estancia en la clínica. Cuando necesitó dinero para comprarse ropa interior, camisas, pantalones, libros, una cadena de alta fidelidad y discos, llamó a su banco. Su cuenta estaba anulada. Pero de algún modo le llegaron varios miles de marcos. Durante la sexta semana de su estancia en la clínica, cumplió cincuenta y un años. Por la mañana le trajeron un ramo con cincuenta y una rosas amarillas. La tarjeta adjunta venía firmada por TTT, una «sociedad de explotación y comercialización» de la que no había oído hablar nunca. Por la tarde pasó a visitarlo su amigo y médico.

-Tienes buena pinta, estás más moreno, más sano y más fuerte que la última vez. Fue hace un año y medio, ¿no? ¿O fue en tu vernissage en la primavera? Da lo mismo, lo importante es que pronto volverás a casa.

-No tengo ni idea de cómo será mi vida a partir de ahora. No he querido llamar a Jutta, pero tendré que hacerlo algún día. Supongo que me darán una pensión por incapacidad laboral y que el departamento de Bienestar Social me buscará un piso para vivir y un objetor de conciencia. ¿Crees que me pondrán uno?

-Se llama prestación social sustitutoria, y si te corresponde uno, Jutta ya se habrá encargado de conseguirlo. Ella se cuida de todo.

Estaban sentados junto al lago, Thomas en su silla de ruedas y su amigo en un banco. Thomas tuvo la sensación de que le convenía no hablar ni preguntar demasiado. Pero sentía curiosidad. Dijo con toda precaución:

-Hay una serie de cosas que me gustaría saber.

-Nada más fácil. Me pareció inteligente por tu parte dejarlo todo en manos de Jutta y no preocuparte tú de nada. Ya tendrás tiempo de pelearte con las cosas de cada día. -El amigo le puso el brazo sobre los hombros. También me parece admirable que no quieras ver a Jutta hasta que estés recuperado.

-¿Cuánto me falta?

-Dos meses por lo menos. He hablado con los médicos. Dicen que vas mejorando,

pero de momento es mejor que sigan vigilando tu corazón.

El amigo le dejó un paquete de Jutta. Thomas lo abrió y encontró el catálogo de su exposición de la primavera pasada. Así que la habían montado, concretamente en Berlín y a cargo de la galería hamburguesa de Veronika. Se exponían sus dibujos: Veronika había reunido sus bocetos, esbozos y proyectos y los había puesto a la venta a precios exorbitantes. Thomas encontró también un pequeño folleto en el que figuraba como autor de un ensayo titulado «Ideas para la construcción de un puente imaginario sobre un río imaginario». Era una conferencia que Jutta había pronunciado por él en Hamburgo en la primavera. Reconoció varias ideas que había barajado alguna vez y que había ido apuntando ocasionalmente en una libreta; sin duda Jutta había encontrado la libreta y había redactado una conferencia a partir de sus notas. También había escrito una introducción a la conferencia, que se reproducía en el folleto a modo de prólogo. Jutta había sabido presentarlo al público como un hombre que había dejado atrás una vida colmada de éxitos para poder dedicarse a pensar y moldear más profundamente, en libertad y soledad, sus ideas sobre la arquitectura de puentes. Por eso no pronunciaba él mismo la conferencia; lo máximo que podía pedírsele era que se desprendiera del manuscrito y se lo hiciera llegar a ella. Por eso mismo tampoco dirigía él mismo las obras del puente del Hudson. Lo había dejado en manos de ella, para poder centrarse en el aspecto conceptual del proyecto y no tener que preocuparse por la faceta burocrática, política y financiera. Thomas se rió; no había creído capaz a Jutta de explotarlo y comercializarlo tan astutamente, ni de apoderarse del proyecto del puente sobre el Hudson. Y Veronika también había demostrado un talento para la explotación y la comercialización del que no la creía capaz. Se rió todavía más. ¡Sólo faltaba Helga!

Helga llegó con un BMW nuevo.

-El viejo lo entregué como entrada.

-¿Cómo es que vienes a buscarme tú? ¿Por qué no viene Jutta?

Él, que antes nunca hacía las maletas hasta el último minuto y llegaba también en el último minuto al andén o a facturar en el aeropuerto, llevaba ya desde el día anterior esperando a Jutta con las maletas hechas. Estaba nervioso.

-Jutta está muy ocupada. ¿No quieres venir conmigo? Si quieres te llamo un taxi o un coche de alquiler con chófer.

-No, pero ¿qué pasa si...?

-¿Si tienes problemas con el catéter? ¡Como si yo no te hubiera visto nunca el rabo! -exclamó ella riéndose-. Venga, sube y no obstaculices más el tráfico.

Helga conducía veloz y segura mientras hablaba de la clínica odontológica.

-Dentro de unas semanas haremos una fiesta para celebrar la cobertura de aguas, y tendrás que venir y decir unas palabras. Por cierto, tienes que ponerte enseguida a diseñar las clínicas de Hannover y Frankfurt. Las normas del colegio profesional prohíben las franquicias, pero tengo una idea para...

-Helga...

-... conseguir prácticamente lo mismo. Sólo hace falta...

-Helga...

-¿Qué?

-¿Te hice daño al marcharme sin decir nada?

-No hay problema. Dejaste encarrilado lo de la clínica, y nosotras nos encargamos de todo lo demás.

-No me refiero a la clínica. Me refiero a...

-De lo demás prefiero que hablen las otras. No es que yo no tenga nada que decir, pero no sería justo por mi parte.

Se encontraron en medio de un atasco, y el viaje duró más de lo previsto. Tuvo problemas con el catéter, y Helga le ayudó con eficacia, sin asco, sin interés y como si fuera lo más normal del mundo.

-Gracias.

Le daba vergüenza. No había perdido el sentido del erotismo y la sexualidad, como esperaba unas veces y temía otras. Simplemente, ya no podía vivirlo. Era impotente; la cabeza quería, pero el cuerpo no podía. El hecho de que su pene no se moviera no le sirvió de consuelo. Tampoco le ayudó mucho la actitud fría y distante de Helga.

La silla de ruedas cabía justa en el ascensor. Helga subió por la escalera. Cuando llegó arriba, Jutta y Veronika lo esperaban en la puerta.

-¡Bienvenido a casa!

Miró primero a la una y luego a la otra, inseguro.

-Hola.

Veronika se disponía a empujar la silla, pero él se negó y entró solo en el piso y cruzó el pasillo hasta la terraza. Volvió a encontrar la vista, que le resultaba tan familiar: el Spree y el Tiergarten, la Puerta de Brandeburgo y el Reichstag. La nueva cúpula del parlamento ya estaba acabada.

Volvió la cabeza. Jutta estaba apoyada en el dintel.

—¿Dónde están los niños?

-Los nuestros, de vacaciones. Los chicos en Inglaterra y Regula con mis padres. Vuestra nena está con la puericultora.

—¿Cómo habéis...? ¿De dónde...? ¿De qué os conocéis?

-Nos presentó Helga. Nos invitó a su casa, fue muy sencillo.

Thomas oyó a Helga subir por las escaleras, entrar en el piso y saludar a Veronika. Giró la silla de ruedas y se detuvo delante de Jutta.

—¿No podemos hablar a solas? Quiero explicarte lo que ocurrió. No quería hacerte daño, te juro que no...

Jutta rechazó la oferta con un gesto.

-Todo eso es agua pasada. No hace falta que pidas perdón. Ahora lo mejor es que vayamos al grano, que Veronika tiene que marcharse pronto.

Jutta echó mano a la silla, sin hacer el menor caso a Thomas, que quería moverse solo, llamó a Helga y Veronika y lo empujó hasta la habitación de al lado.

Apenas reconoció la habitación. La sala de estar se había convertido en un taller con caballetes, marcos con lienzos, pinturas y pinceles, y en las paredes unos cuantos bocetos suyos.

-No pongas esa cara. Está tal como tenías el taller en Hamburgo.

Veronika señaló los bocetos.

-No los he expuesto porque he pensado que quizá los necesites. El tema del ferrocarril está muy bien, deberías utilizarlo para una serie. Imagínate, enfrentarte artísticamente al tren, que te ha dejado inválido: seguro que te salen unos cuadros magníficos.

Jutta lo empujó a través de la puerta corredera hasta el antiguo comedor. Delante de la ventana estaba su mesa de dibujo, en la estantería los libros del despacho, y donde antes estaba la mesa del comedor, había ahora una mesa de reuniones con seis sillas. Jutta lo empujó hasta el extremo de la mesa. Las mujeres se sentaron.

-Éste es tu piso. Las dos habitaciones de trabajo ya las has visto. El dormitorio está como antes, en la habitación de los niños duerme la enfermera, y en la habitación de Regula una de nosotras, la que tenga que cuidarte por turno.

Helga interrumpió a Jutta.

-Siento meteros prisa, pero Veronika tiene que marcharse enseguida y yo también. Lo del piso y la organización doméstica ya lo irá viendo. Lo que corre prisa es el proyecto; se lo prometimos a los ingleses para este otoño, y le he dicho a Heiner que venga mañana para enseñarle lo que ya tiene hecho. Heiner -continuó dirigiéndose

ahora a Thomas- ya ha preparado una parte del proyecto. Y el lunes próximo vendrá la periodista del *Vogue*. Tendría que haber ya algún cuadro presentable. Si empezamos ya a hablar con la prensa, en invierno, cuando se inaugure la exposición, habrá una expectación enorme. -Se quedó pensativa. Luego miró a Jutta y a Veronika-. ¿Hay algo más?

-¿Qué tal unas palabritas sobre la organización del asunto?

Helga asintió.

-Veronika tiene razón. Ya conoces nuestra sociedad de explotación y comercialización. Te acuerdas del ramo de flores, ¿no? TTT, los tres Thomas. Tú nos cedas los derechos de todos tus trabajos, y nosotras nos ocupamos de cuidarte.

-¿Los derechos de...?

-Para ser exactos, ya nos los has cedido. Desapareciste sin más ni más, sin preocuparte ni de tus hijos, ni de nosotras, ni del despacho, ni del taller ni de mi clínica, y nosotras teníamos que seguir viviendo. Sin tus firmas no habríamos salido adelante. No te pongas nervioso, no te conviene. No hemos utilizado tu tarjeta de crédito ni te hemos vaciado las cuentas corrientes. En cuanto a tu firma, no hemos abusado de ella, sólo la hemos usado cuando la necesitábamos.

-¿Y qué pasa si quiero explotarme y comercializarme yo solito? ¿Qué pasa si me niego a entrar en vuestro juego? No soy un...

-Sí, lo eres. Eres un tullido en una silla de ruedas y necesitas ayuda. A todas horas. Nosotras nos encargaremos de todo. Y te llevaremos de vacaciones y te sacaremos a pasear, y si quieres ver determinada película de vídeo o comer espaguetis a la puttanesca, lo pides y lo tendrás. No seas imbécil y no nos obligues a quitarte el ascensor y el teléfono y dejarte tirado con tus úlceras y tus infecciones de orina. Además, te vas a hacer aún más famoso como arquitecto, pintor y fundador de un imperio de clínicas odontológicas. Si no colaboras, ya encontraremos un pintor joven que pinte tus cuadros, y los puentes los diseñará Jutta, y yo me ocupo de las clínicas. Y tú, mientras tanto, aquí encerrado sin ascensor, sin teléfono y con las persianas bajadas. Si quieres hacer semejante estupidez, adelante. Yo, por lo menos, estoy hasta las narices de tus payasadas. Todas estamos hasta las narices de tus payasadas. Ya hemos jugado bastante a tu jueguito, hemos tolerado tus espantadas, hemos aguantado tus caprichos, hemos escuchado tus chorradas y hemos...

-Eh, Helga -dijo Veronika riéndose-, tranquila. Colaborará. Sólo está haciendo un poco de teatro.

-Me voy -dijo Helga levantándose-. ¿Bajáis conmigo? -Se volvió hacia Thomas-. A las seis vendrá alguien y se quedará hasta mañana por la mañana. Los próximos días también. Al principio es mejor así.

Helga y Veronika se fueron sin despedirse. Jutta le acarició la cabeza.

-Sé buen chico, Thomas.

Y luego se marchó.

Recorrió el piso. No faltaba nada que pudiera necesitar para vivir. Salió del piso a

la escalera y pulsó el botón del ascensor. El ascensor no acudió. Salió a la terraza, asomó la cabeza por la barandilla y gritó: «¡Oiga! ¡Oiga!». Nadie le oyó. Podía intentar bajar por las escaleras con la silla de ruedas. O podía tirar cosas a la calle hasta que alguien lo viera. Podía coger un papel de dibujo de los grandes, escribir «Socorro» y colgarlo de la barandilla de la terraza.

Se quedó quieto en la terraza y empezó a pensar en el discurso que habría de pronunciar en la fiesta de la clínica. Pensó en cuadros que podía pintar y en qué clase de puente debían querer los clientes ingleses. ¿En el Támesis? ¿En el Tay? Pensó en los guisantes. Ahora tendría tiempo para la política. Para empezar, se presentaría a la concejalía de distrito y luego al parlamento regional. Y quizá luego al Bundestag, ¿por qué no? Si había una mínima justicia, la cuota de discapacitados debía superar a la de mujeres. Y si no había cuota para discapacitados, la exigiría. ¡Guisantes para todos!

Luego no se le ocurrió nada más. Miró hacia el Reichstag. Por la cúpula andaban personas diminutas que bajaban por la pasarela redonda. Les funcionaban perfectamente las piernas. Pero no los envidiaba. Ni tampoco a los transeúntes que caminaban con las piernas sanas por la calle y por la orilla del río. Les pediría a las mujeres un gato, o dos. Dos gatitos. Y si no se los traían, se declararía en huelga.

LA CIRCUNCISIÓN

1

La fiesta había acabado. Ya se habían ido la mayoría de los invitados, y casi todas las mesas estaban recogidas. La chica del vestido negro y el delantal blanco que había servido a los invitados abrió las cortinas y las ventanas y dejó entrar el sol, el aire y el ruido. De la Park Avenue llegaba el rumor del tráfico, que se detenía a intervalos ante el semáforo, dejaba pasar un momento a los conductores que pretendían cruzar y pedían paso impacientes a bocinazos, y volvía a ponerse en marcha. El aire que penetró en la habitación revolvió el humo y el olor de los puros antes de llevárselo fuera.

Andi estaba esperando que Sarah volviera para poder irse. Ella había desaparecido con su hermano pequeño, cuya bar mitsvah celebraba la familia, y lo había dejado solo con el tío Aaron. El tío Aaron era amable, toda la familia era amable, incluidos el tío Josef y la tía Leah, que, como Andi sabía a través de Sarah, habían estado internados en Auschwitz y habían perdido allí a sus padres y a sus hermanos. Le habían preguntado a qué se dedicaba, cómo vivía, de dónde era y qué objetivos tenía en la vida, en fin, lo que suele preguntársele a un hombre joven que acude por primera vez con la hija, la sobrina o la prima a una fiesta familiar. Ni preguntas difíciles ni comentarios desafiantes ni alusiones delicadas. Andi no percibió que nadie esperase que él se sintiera distinto a como se habría sentido un holandés, un francés o un americano en su lugar: le habían dado la bienvenida, lo habían observado un poco con benevolente curiosidad y lo habían invitado a echar también él una mirada curiosa a la familia.

Y sin embargo se sentía incómodo. ¿Y si una palabra o un gesto inadecuado por su parte lo echaba todo a perder? ¿Era creíble aquella actitud benevolente? ¿Era de fiar? ¿No podía ser que la dieran por acabada y se la retirasen en cualquier momento? ¿Acaso el tío Josef y la tía Leah no tenían motivos para hacerle notar, al despedirse, que no querían volver a verlo? No era fácil concentrarse en evitar toda palabra o gesto inadecuado. Andi no sabía qué era lo que podían tomarle a mal. ¿Que hubiera preferido hacer el servicio militar en lugar de objetar? ¿Que no tuviera amigos ni

conocidos judíos en Alemania? ¿Que en la sinagoga todo le resultase nuevo y desconocido? ¿Que nunca hubiera estado en Israel? ¿Que no se acordase de los nombres de la gente que acababan de presentarle?

El tío Aaron y Andi estaban sentados al extremo de la gran mesa esquinera, separados por el mantel blanco salpicado de manchas y migas de pan, las servilletas arrugadas y las copas de vino vacías. Andi hacía girar el tallo de su copa entre el pulgar y el índice, mientras el tío Aaron le contaba su viaje alrededor del Mediterráneo. Lo había hecho en ochenta días, como Phileas Fogg en su vuelta al mundo. Y, también como Phileas Fogg, durante el viaje había conocido a su mujer, hija de una familia judía emigrada de España a Marruecos a principios del siglo XVIII. El tío Aaron narraba con placer e ingenio.

Pero luego se puso serio.

-¿Usted sabe dónde vivían sus antepasados por entonces y a qué se dedicaban?

-Nosotros...

Pero Andi no llegó a responder.

-Los nuestros fueron los únicos de la aldea que sobrevivieron a la gran peste de 1710, y se casaron entre ellos, él de familia humilde y ella la hija del rabino. Ella le enseñó a leer y escribir, y él montó un negocio de maderas. Su hijo amplió el negocio, y su nieto fue el mayor vendedor de maderas de la provincia o quizá de toda Polonia y Lituania. ¿Sabe lo que significa eso?

-No.

-Significa que después del gran incendio de 1812 reconstruyó la sinagoga con su madera y la hizo más grande y más bonita que antes. Su hijo amplió todavía más el negocio. Pero en 1881 le incendiaron los almacenes que tenía en el sur, y ya no se recuperó ni como comerciante ni como persona. ¿Sabe usted lo que pasó en 1881?

-¿Un pogromo?

-Sí, un pogromo. El mayor pogromo del siglo. Después de eso emigraron; él y su mujer querían quedarse, pero sus dos hijos varones se los llevaron a rastras. Llegaron a Nueva York el 23 de julio de 1883.

Hizo una pausa.

-¿Y luego?

-¿Y luego? Eso es lo que siempre preguntan los niños. No les interesa cómo era la provincia ni por qué hubo un gran incendio, ni lo que escribió el rabino, porque escribía, ¿sabe usted? Pero en cuanto la familia llega a Nueva York, empiezan a preguntar: ¿y luego, y luego? -Volvió a hacer una pausa y sacudió la cabeza-. Se instalaron en el Lower East Side y se pusieron a trabajar como sastres. Dieciocho horas y cincuenta centavos por día, seis días y tres dólares por semana. Ahorraron lo suficiente para que Benjamín pudiera entrar a estudiar en 1889 en la Alianza Educativa. Samuel al principio se metió en política; escribía en el *Naye Tsáit*. Benjamin tuvo mala suerte con el negocio de la madera y luego con el de la ropa usada, pero al final tuvo éxito con la chatarra, y entonces Samuel se le unió. En 1917

vendieron la chatarrería y con el resultado de la venta ganaron una fortuna en aquel año loco de guerra y de Bolsa. ¿Puede imaginárselo? ¿Ganar una fortuna en un año? - No esperó la respuesta-. En septiembre de 1929, tres meses antes del *crack* de la Bolsa, vendieron todas las acciones. Se habían enamorado los dos de unas hermanas que habían llegado de Polonia en 1924. Se habían enamorado y querían preocuparse sólo de las hermanas, no de las acciones.

-Vaya, por una vez el amor se impone a la Bolsa.

Por un instante, Andi temió haber hecho una observación demasiado osada.

Pero el tío Aaron se rió.

-Sí, y con el dinero, que en el momento álgido de la crisis escaseaba, compraron la empresa de chatarra de Pittsburgh que les había comprado la chatarrería a ellos en 1917, y luego otra más en Dallas, y fueron al mismo tiempo maridos felices y empresarios de éxito.

-¿Son cosas que suelen ir juntas?

-Qué va, ojalá. Y tampoco hay felicidad sin una gota de amargura. Samuel y Hannah no tuvieron hijos. En cambio, Benjamín y Thirza tuvieron tres. A mi hermano, el médico, ya lo conoce. -Señaló al padre de Sarah, que estaba sentado junto a la ventana, echando una cabezada-. Ahora me conoce a mí también, pero todavía no sabe que yo soy la oveja negra de la familia y no he contribuido en ningún sentido a su engrandecimiento. A mi hermana Hannah ya la conocerá. Lo crea o no, es ella quien lleva la empresa, quien la hace crecer, y para mí lo que hace es un misterio, pero un misterio agradable, del que vivimos todos, incluidos mis primos Josef y Leah, que sobrevivieron y se vinieron para aquí. ¿Qué hizo su padre durante la guerra?

-Era soldado.

-¿Dónde?

-Primero en Francia, luego en Rusia y al final en Italia. Luego lo hicieron prisionero los americanos.

-Si Josef se entera de eso, le preguntará si su padre pasó por Kosarovska. Pero usted no debe de saberlo, ¿verdad?

-No tengo la menor idea. Mi padre nunca ha hablado mucho de la guerra: lo que acabo de contarle y poco más.

El tío Aaron se levantó.

-Nos vamos todos. Josef y Leah quieren ir a la sinagoga.

Andi lo miró asombrado.

-¿Qué pasa, es que ya ha tenido bastante con las cuatro horas de esta mañana? Yo también, y la mayoría igual. Pero Josef y Leah suelen ir más a menudo, y hoy es la *bar mitsvah* de David.

-Me ha gustado mucho la *der*... -Andi había olvidado la palabra y se sonrojó-, quiero decir, el discurso que ha pronunciado David durante el banquete.

-Sí, ha hecho una buena *derasha*, tanto la interpretación de la Tora como lo que

ha dicho después sobre el amor a la música. Esta mañana, durante el rezo, también ha leído muy bien.

El tío Aaron miró al frente.

-Espero que no se tuerza. No podemos perder a ninguno más.

Andi y Sarah caminaban por el Central Park. Los padres de Sarah vivían en el lado este del parque, y ellos en el lado oeste. El sol tardío y bajo alargaba las sombras. Hacía fresco y los bancos estaban vacíos; sólo unas cuantas personas hacían jogging, patinaban o iban en bicicleta. Él la llevaba cogida por el hombro.

-¿Tienes idea de por qué el tío Aaron me ha explicado la historia de vuestra familia? Me ha parecido muy interesante, pero me ha dado la sensación de que no me la explicaba simplemente por eso.

-¿Ah, no? ¿Entonces por qué?

-No me contestes con otra pregunta.

-Y tú no quieras darme lecciones.

Siguieron andando en silencio, con un cierto rencor mutuo y tristes por su propio rencor y por el del otro. Hacía dos meses que se conocían. Se habían visto por primera vez en el parque; los dos habían salido a pasear los perros de sus respectivos vecinos, que estaban de vacaciones, y los animales se conocían el uno al otro. Unos días más tarde quedaron para tomar un café y no se despidieron hasta la medianoche. Aquella misma noche él supo que se había enamorado; ella lo supo a la mañana siguiente, al despertarse. Desde entonces pasaban los fines de semana juntos y algún día entre semana también quedaban para cenar y estaban juntos toda la noche. Los dos estaban muy atareados; él tenía una beca de un año de la Universidad de Heidelberg para escribir su tesis doctoral sobre derecho, y ella, que era programadora, estaba trabajando en un juego de ordenador que tenía que estar listo en unos pocos meses. El tiempo se les escapaba, el tiempo que necesitaban para trabajar y para sí mismos.

-Ha sido una fiesta muy bonita, y te agradezco que me hayas invitado. Lo de la sinagoga ha estado muy bien, y la comida y la conversación también. Sé apreciar la amabilidad que han demostrado todos conmigo. Incluidos el tío Josef y la tía Leah, aunque seguro que no les ha sido fácil.

Recordó cuando Sarah, en una de sus primeras noches, le explicó la historia del tío Josef y la tía Leah y su familia, que había sido asesinada por los nazis en Auschwitz. Él no había sabido qué decir. «Terrible» le parecía demasiado suave, y tenía la impresión de que no habría estado bien preguntarle: «¿Cuántos eran de familia?», como si sugiriera que matar a una familia pequeña no era tan grave como matar a una familia numerosa.

-Te ha contado la historia de nuestra familia para que sepas con quién estás tratando.

Al cabo de unos instantes, Andi preguntó:

-¿Y por qué no le interesa saber con quién estáis tratando vosotros?

Ella se detuvo y lo miró preocupada.

-¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan irritable? ¿Qué es lo que te ha molestado?

Le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

-Les has caído bien a todos. No sabes la cantidad de cumplidos que me han hecho: que si eres guapo, que si eres inteligente, que si eres amable, modesto, educado... ¿Por qué iban a querer hurgar en tu historia? Ya saben que eres alemán.

Y al lado de eso todo lo demás es indiferente, ¿no?, pensó Andi, pero sin decirlo.

Fueron a casa de Sarah e hicieron el amor mientras fuera anochecía. Antes de que la habitación se oscureciera se encendió la farola que había delante de la ventana, y lo sumergió todo, las paredes, el armario, la cama y sus cuerpos, en una luminosidad dura y blanca. Encendieron velas, y la habitación se llenó de una luz cálida y suave.

Andi se despertó en plena noche. La luz de la farola colmaba la habitación, se reflejaba en las paredes blancas, iluminaba todos los rincones, se tragaba todas las sombras y lo hacía todo plano y ligero. Borraba las arrugas de la cara de Sarah y la rejuvenecía. Andi la contempló feliz hasta que de pronto lo asaltó una ola de celos. Nunca vería a Sarah bailar por primera vez, ni ir en bicicleta, ni divertirse en la playa. Su primer beso y su primer abrazo habían sido para otros, y los rituales de su familia y de su religión eran un mundo y un tesoro que a él le estaría vedado para siempre.

Pensó en la discusión que habían tenido. Era la primera. Más adelante, creyó ver en aquella discusión el anuncio de todas las que vendrían. Pero es muy fácil predecir el futuro cuando ya ha sucedido. Las parejas hacen tantas cosas juntas, que es muy fácil encontrar presagios de todo lo que sucederá en el futuro, y también de todo lo que nunca ocurrirá.

En la bar mitsvah, Andi había conocido a Rachel, la hermana de Sarah. Estaba casada, tenía un hijo de tres años y otro de dos y no trabajaba. Sarah animó a Andi a alquilar un coche y salir a dar una vuelta con Rachel. Ella podría enseñarle algo que todavía no hubiera visto, por ejemplo alguna de aquellas magníficas casas de campo a la orilla del Hudson.

-Te diré que lo hace por ti, pero la verdad es que sale poco y necesita airearse. Hazlo por ella y también por mí, tengo ganas de que os conozcáis.

Pasó a recogerla. La mañana era clara y fresca, y como Andi había tenido que aparcar bastante lejos, fue un placer encontrar el coche caliente. Ella traía café y galletas de chocolate. Mientras él se concentraba en el tráfico de la ciudad y de vez en cuando tomaba un trago y mordía una galleta, ella no hablaba, comía galletas, bebía café, se calentaba las manos con la taza y miraba por la ventanilla. Luego se dirigieron hacia el norte siguiendo el curso del Hudson.

-Qué bien sienta el café, ¿eh? -dijo ella dejando la taza, estirándose y girándose hacia él. ¿Sarah y tú os queréis?

-Todavía no nos lo hemos dicho nunca. Ella es un poco reservada, y yo también. - Sonrió. Me parece curioso decírtelo a ti antes que a ella.

Rachel esperó a que él acabara de hablar. Y luego empezó a contarle cómo se habían enamorado ella y su marido, le habló de su suegro, que era rabino, y de las habilidades culinarias y reposteras de su suegra, y también de su marido y de sí misma: él trabajaba en el departamento de investigación de una empresa de electrónica y ella lo había hecho antes en la biblioteca de una fundación, y tenía muchas ganas de volver a trabajar.

-Hay demasiada gente que ama los libros y sabe algo de libros, la hay a paletadas. Y en los sitios donde hacen falta, ni siquiera los contratan, porque prefieren poner en su lugar a señoras de buena familia que no tienen idea de nada, pero tampoco cuestan un centavo y así se entretienen, porque sus maridos están en la junta directiva o son patrocinadores. Me lo paso muy bien con mis hijos, ¿eh? Esos primeros años son una sorpresa y una maravilla permanente. Pero daría mi brazo izquierdo, bueno, no, el dedo meñique del pie izquierdo, o del derecho, por trabajar un par de días a la semana, o incluso un solo día. También sería bueno para los niños. Pienso tanto en ellos, me preocupo tanto por ellos, que se dan cuenta y sufren.

Andi se puso a hablar de su infancia en Heidelberg.

-Mi madre tampoco trabajaba. Ya sé que las mujeres con hijos también tienen derecho a trabajar, pero gracias a eso mi hermana y yo pudimos disfrutar plenamente de nuestra madre. Y eso que todavía jugábamos en la calle y no hacía falta que nos llevaran en coche a hacer deporte, a clase de música, a casa de los amigos e incluso a la escuela, como los niños de Nueva York.

Hablaron de lo que significaba crecer en una ciudad grande y en una pequeña, y

de las dificultades que comportaba tanto una cosa como la otra. Estaban de acuerdo en que no les gustaría volver a ser niños, ni en Nueva York ni en Heidelberg ni en ninguna parte.

-¿A qué edad entran los niños en el College? A esa edad ya ha pasado lo peor. El que en la High School no prueba las drogas, luego tampoco cae en ellas en la universidad, y el que tiene notas lo bastante buenas para ir al College, suele licenciarse luego sin problemas.

-¿Eso es lo peor? ¿Las drogas y el fracaso escolar?

Andi sacudió la cabeza.

-Eso es lo único contra lo que los padres pueden luchar, ¿no? Eso y pocas cosas más. Desde luego que hay cosas peores, pero no están en manos de los padres.

Se preguntó si lo que estaba diciendo tenía sentido, y no estaba seguro.

-¿Para ti qué sería lo peor?

Rachel se lo quedó mirando. Más tarde Andi lamentó no poder recordar exactamente aquella expresión de su cara. ¿Lo miró inquisitiva, preguntándose qué era exactamente lo que él quería saber? ¿Lo miró vacilante porque dudaba de si debía responder sinceramente? ¿O simplemente dudaba porque no estaba segura de la respuesta? En cambio, el lugar por el que pasaban cuando ella contestó se le quedó grabado en la mente. Iban por una carretera con curvas que seguía la orilla, y a la izquierda salía otra que cruzaba el río por un largo puente. El puente, una construcción de hierro o de acero con arcos y puntales, apareció de lleno en el campo visual en el momento en que Rachel dijo:

-Lo peor sería que mis hijos se casaran con una mujer que no fuera judía.

Andi no supo qué decir ni qué pensar. ¿Cómo debía entender las palabras de Rachel? ¿Era lo mismo que si él pensara que lo peor sería una nuera que no fuera alemana, que no fuera aria, una judía, una negra? ¿O el problema era la religión? ¿Y entonces, qué debía pensar Rachel de que Sarah se casase con él? Pensó que iba a añadir algo, que se explicaría mejor, que le pediría que no la entendiese mal, que no se sintiese aludido. Pero ella no dijo nada. Al cabo de unos instantes, Andi le preguntó:

-¿Y por qué eso sería tan malo?

-Porque lo perderían todo. Encender las velas el viernes por la tarde, decir el kiddush sobre el vino y la bendición sobre el pan, la comida kosher, el sonido del shofar por Rosh Hashanah, reconciliarse por Yom Kippur, y por Succoth construir una cabaña de ramas, adornarla y pasarse el día dentro de ella. Sin una madre judía, mis nietos no tendrían nunca eso.

-También puede ser que a tus hijos, o a uno de ellos, todo eso les dé lo mismo. A lo mejor se casa con una católica y deciden entre los dos qué fiestas prefieren celebrar, las judías o las católicas, u otras, y cómo educan a cada uno de los hijos. Por ejemplo, él podría llevar a su hijo a la sinagoga el sábado y ella ir a la iglesia con la hija el domingo, ¿por qué no? ¿Sería tan terrible?

Rachel meneó la cabeza.

-Las cosas no funcionan así. Los matrimonios mixtos no tienen una vida religiosa más rica. Simplemente no tienen vida religiosa.

-A lo mejor los hace felices no ser ni judíos ni católicos. Pero eso no quiere decir que sean malas personas; supongo que también habrá gente a la que aprecies y que no sea ni judía ni católica. Y quién sabe, puede ser que sus hijos algún día descubran la religiosidad por sí mismos, en el budismo, en el islam o en el catolicismo o en el judaísmo, ¿por qué no?

-¿Cómo va a ser feliz mi hijo si deja de ser judío? Además, te equivocas en lo que dices. La segunda generación nunca vuelve al judaísmo. Hay excepciones, claro, pero la estadística lo dice muy claro: el que contrae matrimonio mixto pierde su identidad judía.

-Pero a lo mejor a cambio gana otra cosa, él o sus hijos.

-¿Tú qué eres? ¿Católico, protestante, agnóstico? En cualquier caso, sois muchos y podéis casaros entre vosotros. Nosotros, en cambio, vamos perdiendo gente con cada matrimonio mixto.

-¿Están disminuyendo los judíos en el mundo? No conozco las estadísticas, pero lo dudo mucho. Además, ¿qué pasaría si algún día nadie quisiera ser ni católico ni protestante ni agnóstico ni judío?

-¿Que qué pasaría si algún día ya no hubiera judíos? -dijo ella con mirada incrédula. ¿Eso es lo que me preguntas?

Andi se enfadó. ¿A qué venía esa pregunta? ¿Es que por ser alemán no tenía derecho a pensar que el judaísmo, como cualquier otra religión, subsiste sólo porque hay gente que la escoge voluntariamente, y podía desaparecer si ya no interesaba a nadie? ¿Creía Rachel que la religión judía no era igual que las demás? ¿Que los judíos eran realmente el pueblo elegido?

Ella, como si le leyera el pensamiento, añadió:

-Si tú tienes tan poca fe en tu religión que no te importa que desaparezca, es asunto tuyo. Pero yo quiero que la mía sobreviva y mi familia con ella, y en ella. Sí, para mí mi religión no es igual que las demás, y no entiendo que te enfades, porque yo no le prohíbo a nadie creer lo mismo. Y pienso igual en lo que respecta a mi familia. Pero mira -añadió tocándole el brazo con la mano izquierda y señalando hacia adelante con la derecha-, por ahí se entra a Lyndhurst. Ya hemos llegado.

Contemplaron por fuera y por dentro el esplendor neogótico de la casa, pasearon por el jardín atestado de rosas, comieron, se sentaron a la orilla del Hudson y charlaron de todos los temas posibles: libros y cuadros, béisbol y fútbol, uniformes escolares y casas de campo. Fue un día ligero, familiar y alegre. Pero en el viaje de regreso él tenía en la cabeza una pregunta: ¿qué pensaría Rachel de que Sarah y él se quisieran? Prefirió guardársela.

Él no tenía en Nueva York amigos que presentarle a Sarah, y pasó algún tiempo hasta que ella empezó a presentarle a los suyos. Durante los primeros meses de su relación eran demasiado felices, tenían demasiadas cosas que descubrir juntos y el uno en el otro como para que les apeteciera estar con otras personas. Paseaban por el Central Park y el Riverside Park, iban al cine o alquilaban en vídeo sus películas favoritas, salían, hablaban: si apenas tenían tiempo para sí mismos, ¿cómo iban a tenerlo para otros?

La primera noche que pasaron juntos, Sarah se lo quedó mirando fijamente hasta que él le preguntó en qué estaba pensando, y ella dijo:

–Espero que nunca dejes de hablar conmigo.

–¿Por qué iba a hacerlo?

–Puede ser que algún día creas que ya sabes lo que tengo en la cabeza y no necesites que te lo diga. Procedemos de dos culturas diferentes, hablamos dos lenguas diferentes, aunque tú te defiendes bien con la mía, vivimos en dos mundos diferentes; y si dejamos de hablar el uno con el otro, empezaremos a separarnos.

Tenían diferentes maneras de hablar entre ellos. Una era fácil y rápida, y a veces irreflexiva, de modo que podía hacer daño y requería luego rectificaciones y disculpas. Pero no dejaba huellas. La otra era lenta y cuidadosa. Cuando hablaban de sus respectivas religiones, o de lo que representaba lo alemán para él y lo judío para ella, hacían lo posible para que el otro no se sintiera cuestionado. Cuando iba con ella a la sinagoga, Andi quedaba impresionado; cuando asistía con ella a una conferencia sobre jasidismo, le parecía interesante; cuando el viernes por la noche la acompañaba a casa de sus padres, le parecía bonito. Realmente le gustaba acompañarla a esas cosas; tenía ganas de conocer su mundo. Y si algo le extrañaba, no sólo se lo ocultaba a ella, sino a sí mismo: se negaba a reconocerlo. También hacía como si su conversación con Rachel no hubiera existido. «Ha estado muy bien», dijo cuando Sarah le preguntó por la excursión a Lyndhurst, y ella se dio por satisfecha con eso, ya que a partir de entonces Andi y Rachel tuvieron una actitud más amistosa el uno hacia el otro. Por su parte, a ella le gustaba la literatura alemana que él le proporcionaba en traducción inglesa, los actos en el Goethe-Institut a los que él la llevaba, y las misas protestantes en la Riverside Church.

En abril fue el cumpleaños de Andi, y ella le preparó una pequeña fiesta sorpresa. Invitó a Rachel y a su marido Jonathan, a los dos colegas americanos con los que él compartía despacho en la universidad, y a sus propios amigos: dos informáticas como ella, una profesora con su marido, un pintor que se ganaba la vida restaurando cuadros, y unos cuantos exalumnos de la época en que ella había dado clases de programación en la universidad. Preparó ensaladas y galletas de queso, y cuando Andi entró, se encontró a los invitados de pie en la sala de estar y cantando «Happy birthday, dear Andi». Sarah se lo presentó orgullosa a sus amigos, y él los saludó a

todos con una sonrisa.

Durante la conversación salió el tema de Alemania. Uno de los exalumnos de Sarah había pasado un año en Frankfurt con una beca de intercambio. Hablaba maravillas de la puntualidad, la comodidad y la limpieza de los trenes alemanes, del pan y los bocadillos alemanes, de la sidra de Frankfurt, el pastel de cebolla y el asado de buey. Lo único que le molestaba era el lenguaje.

–Los alemanes, para referirse a algo mal organizado, dicen que está hecho «a la polaca», y cuando alguien no para de meter prisa, se dice que «es más pesado que un judío». Y cuando hacen algo hasta hartarse, lo hacen «hasta gasearlo».

–¿A quién gasean? -terció el pintor.

Andi se encogió de hombros.

–A nadie. No tengo ni idea de la procedencia de esa expresión. Me imagino que es anterior al Holocausto, debe de ser de la Primera Guerra Mundial, o quizá se refiere al suicidio por gas. De hecho, hacía mucho que no la oía; hoy en día se oye más «hasta la náusea», «hasta la saciedad» o «hasta decir basta».

Pero el pintor estaba perplejo.

–¿O sea que los alemanes, cuando están hartos de algo, lo gasean? ¿Y qué pasa si están hartos de una persona?

Andi lo interrumpió.

–Quiere decir que se hace algo hasta no poder más, se trata de hacer algo hasta no poder más. Hasta vomitar, porque ya no se puede comer más, hasta morir, suicidarse con gas porque ya no se puede soportar más la vida. Se trata de uno mismo, no de algo que se le hace a otra persona.

–No lo veo claro. De hecho, suena a... -replicó el pintor meneando la cabeza-. ¿Y lo de los polacos? ¿Y la pesadez judía?

–Son burlas interétnicas inofensivas, como las que existen también entre los propios alemanes, cuando hablan por ejemplo de ser cabezón como un westfaliano, alegre como un renano, disciplinado como un prusiano o perezoso como un sajón. Actualmente en toda Europa se hacen chistes sobre los coches robados en Polonia que entran otra vez en Polonia de contrabando.

No tenía ni idea de si alguien en Alemania consideraba perezosos a los sajones o si en algún otro país de Europa se hacían chistes sobre ladrones de coches polacos. Pero bien podía ser así.

–En Europa estamos todos muy juntos, no es como aquí en América. Es natural que haya más roces.

La lectora lo corrigió.

–Me parece que es exactamente al revés. En América los diferentes grupos étnicos viven tan mezclados que ese tipo de alusiones son tabú. De otro modo estaríamos siempre peleándonos.

–¿Por qué hay que pelearse? Las pullas entre grupos étnicos no tienen por qué ser malignas, pueden ser simplemente divertidas.

Entonces intervino uno de los compañeros de despacho de Andi.

-Pero el único que puede decidir si son divertidas y hacen gracia o si son malignas y ofensivas es el aludido, ¿no?

-Cuando se hace una afirmación, es tan importante el que la formula como el receptor -le corrigió el otro compañero-. Lo mismo pasa con muchas otras cosas, por ejemplo un contrato, una oferta, la disolución de un contrato... Siempre depende de los dos.

A partir de ese momento, los compañeros de Andi se perdieron en disquisiciones académicas.

Andi se sintió aliviado. Cuando le contó a Sarah que aquel mismo día había recibido por correo la confirmación de que le prorrogaban el permiso y la beca un año más, ella lo abrazó con lágrimas de alegría en los ojos y llamó a todos los invitados. Sarah anunció la noticia, todos brindaron, y el pintor y Andi se dirigieron el uno al otro un brindis especialmente afectuoso.

Andi no sabía qué pensar. Le vinieron a la memoria las películas bélicas americanas y británicas que había visto de pequeño. Ya entonces sabía que era justo que los alemanes fueran los malos de la película, pero eso no evitaba que al verlas se sintiera de algún modo herido. En cuanto a la pesadez de los judíos, la verdad es que no estaba muy seguro de que fuera una alusión bienintencionada.

Cuando estaban en la cama, él le preguntó a ella:

-¿Me quieres?

Ella se incorporó y le puso la mano en el pecho.

-Sí.

-¿Por qué?

-Porque eres amable e inteligente, decente, generoso. Porque eres mi fiel soldadito y porque te complicas tanto la vida. Quieres hacerlo todo bien, y aunque consigues una gran parte de lo que te propones, no puedes hacerlo todo, sería imposible, pero aun así lo intentas, y eso me conmueve. Porque tienes una manera genial de tratar con los niños y con los perros. Porque me gustan tus ojos verdes y tus rizos castaños, y porque a mi cuerpo le gusta el tuyo. -Lo abrazó y lo besó. Y añadió:- No, no es que le guste. Es que lo necesita.

Luego ella preguntó:

-¿Y tú? ¿Sabes por qué me quieres?

-Sí.

-¿Me lo dices?

-Sí.

Andi hizo una larga pausa. Sarah pensó que se había dormido.

-Nunca he conocido una mujer que vea tantas cosas, que mire con tanta delicadeza y tanta comprensión. Por eso te quiero. En tu mirada me siento resguardado. Y te quiero por los juegos de ordenador que te inventas. Utilizas tu cabeza para que otros se lo pasen bien. Serás una madre fabulosa. Además tienes...,

sabes quién eres, de donde vienes, adonde quieres ir y lo que necesitas para que tu vida tenga sentido. Te quiero por el lugar sólido que tienes en el mundo. Y además eres guapa.

Repasó con la mano el contorno del rostro de Sarah, como si no hubiera luz en la habitación, como si estuviera oscuro y no viera nada.

-Tienes el pelo más negro que he visto jamás, y la nariz más traviesa y la boca más seductora, tan sensual y al mismo tiempo tan inteligente que a veces me cuesta creerlo. -Se estrechó contra ella-. ¿Te basta con eso?

En mayo, cuando acabó el curso, Sarah y Andi viajaron a Alemania. Llegaron a Düsseldorf antes del amanecer y tomaron el tren a Heidelberg. Cuando el convoy cruzaba el Rin a la altura de Colonia, el sol estaba saliendo y hacía resplandecer la catedral y el museo.

-Mira, qué bonito -dijo Sarah.

-Y eso no es nada, ya verás.

Le encantaba el trayecto ferroviario que corría paralelo al Rin, le gustaba el río con sus curvas, las orillas a veces amables y otras veces agrestes, las viñas y laderas boscosas, los viejos castillos y los pueblos, y los barcos de carga, que se desplazaban rápidos aguas abajo y lentos y cansinos aguas arriba. Le encantaba aquel trayecto en invierno, cuando el agua del río humeaba en el aire frío de la mañana y el sol se abría paso a duras penas entre la niebla, y en verano, cuando el mundo de juguete de los castillos, pueblos, trenes y coches del otro margen del río se ofrecía a la vista tranquilizador bajo la luz clara del sol. En primavera gozaba con los prados en flor y en otoño con el follaje rojo y amarillo.

Ahora recorría aquel trayecto con Sarah. El día era soleado; bajo el cielo azul y el aire transparente se ofrecía a la vista aquella Alemania de juguete que le gustaba tanto. Andi se lo enseñaba todo con entusiasmo infantil: la alameda del castillo de Brühl, la isla de Nonnenwerth, la Loreley y la fortaleza de Kaub. Cuando el tren se internó por la llanura renana, el corazón se le llenó de nostalgia y melancolía. La ancha planicie, las montañas al este y al oeste, las rojas canteras de arenisca cuando el tren, después de dejar atrás Mannheim, enfiló hacia Heidelberg: él era de allí, aquél era su lugar. Y ahora iba con Sarah. Ya en Heidelberg, tomaron un taxi, y él le pidió que no mirara por la ventanilla mientras el coche cruzaba la ciudad y subía la montaña al otro lado del río. Bajaron del taxi, caminaron hasta el Philosophenweg, y entonces él le puso orgulloso su ciudad a los pies: el castillo, el casco antiguo, el puente viejo y el río Neckar, el instituto en el que había cursado el bachillerato, el auditorio en el que había tocado con un compañero de clase un concierto para dos flautas durante la fiesta de graduación, y la cantina universitaria en la que comía cuando era estudiante. Hablaba sin parar, empeñado en que a ella todo le pareciera interesante y al mismo tiempo familiar.

-Cariño -dijo Sarah poniéndole un dedo sobre los labios-, cariño. No tengas miedo de que no me guste tu ciudad. La estoy viendo y veo al pequeño Andi ir a la escuela y luego a la cantina, y me gusta, y te quiero.

Llegaron a casa de los padres de Andi en el mismo momento que su hermana, que iba con su marido y sus dos hijos. Al cabo de un rato llegaron sus tíos, sus primas y primos y unos cuantos amigos de la familia. Los padres habían invitado a una veintena de personas para celebrar sus «bodas de mármol», como llamaban a su cuarenta aniversario de boda. Con qué facilidad se mueve Sarah en medio de mi

familia, pensó él, qué bien se entiende con todos en su mezcla de alemán e inglés, qué fresca está a pesar de que casi no ha dormido. ¡Qué mujer tan maravillosa tengo!

Antes del almuerzo se sentaron en el sofá con el padre de Andi y su cuñado.

-¿De dónde procede su familia? -le preguntó Sarah al padre.

-De Forst, al otro lado del valle. Hasta donde recordamos, siempre hemos sido viticultores y hosteleros. Yo fui el primero que se buscó otra profesión. Y fíjate, mi hija ha vuelto a la viticultura.

-¿No le gustaba el vino?

El padre rió.

-Sí, sí. Me gustaba el vino y me atraía la viticultura. Pero antes de que pudiera decidirme me movilizaron y me mandaron a la guerra, y allí descubrí que lo mío es la organización, así que cuando me soltaron decidí entrar en el mundo de la empresa. Además, mi primo, que tenía una pierna mal y no pudo ir a la guerra, llevaba siete años dirigiendo las bodegas, y no quise hacerle renunciar a ellas. Pero lo echaba de menos. Por eso me casé tan mayor. No podía imaginarme casado y sin poder establecerme con mi mujer en la finca.

-¿Qué cosas organizaba durante la guerra?

-De todo. En Rusia, el traslado de obras de arte. Los comunistas habían convertido las iglesias en almacenes, talleres, graneros y establos, y nosotros encontrábamos iconos, lámparas y vestimentas litúrgicas extraordinarias entre los cascotes y la porquería.

-¿Y qué hacían con todo eso?

-Lo inventariábamos, lo embalábamos y lo mandábamos a Berlín. Lo que hacían luego no lo sé. Desde el punto de vista de la logística fue más interesante en Francia, donde me encargaba de cargamentos de cereales y vino.

-¿Y en Italia?

-¿Italia?

-Andi me comentó que durante la guerra estuvo en Francia, en Rusia y en Italia.

-En Italia fui una especie de agregado económico del último gobierno de Mussolini.

Andi se llevó una buena sorpresa.

-Eso no nos lo habías contado nunca.

-Tengo que hacerlo si no quiero que esta chica me mire con desconfianza toda la vida.

El padre los miró con ojos sabios y amables.

Por la noche, cuando estaban en la cama, Sarah recordó aquella mirada sabia y amable del padre. Le dijo a Andi que su padre era un hombre atractivo, con aquella cabeza de rasgos tan marcados y el pelo blanco tan corto, y en la cara una mezcla muy interesante de raíces campesinas e inteligencia aguda. Pero aquella mirada le había hecho sentirse mal.

-¿Cómo sabe que soy judía? ¿Se lo has dicho tú?

-No, pero tampoco estoy seguro de que estuviera pensando en eso cuando ha dicho lo de la desconfianza. Por tu manera de preguntar se notaba que no estabas dispuesta a quedarte sin respuestas.

-Pero ¿qué respuestas me ha dado? ¿A qué se dedicaba un agregado económico de Mussolini, de un gobierno títere creado por los alemanes? ¿Qué significa encargarse de envíos de cereales y vino de Francia a Alemania? Eso se llama expolio, tanto en Francia como en Rusia. Eso es robar y saquear.

-¿Por qué no se lo preguntas a él?

Pero en el fondo Andi se alegraba de que ella no hubiera hecho más preguntas, y de que su padre no le hubiera enseñado el icono que tenía en su despacho.

-Por eso te digo lo de la mirada. Con esa mirada me ha querido decir que siempre tendrá una respuesta para todas mis preguntas, para contrarrestar mi desconfianza, pero que en realidad nunca me dirá nada.

Andi recordó haberse sentido también alguna vez así discutiendo con su padre. Pero al mismo tiempo no podía admitir que nadie acusara a su padre de robar y expoliar.

-Según él, todas aquellas obras de arte rusas se habrían estropeado si ellos no las hubieran puesto a salvo, y yo le creo.

Sarah, que estaba tumbada boca arriba, levantó las manos como si fuera a hacer una objeción más genérica. Pero las dejó caer de nuevo.

-Puede ser. Además, los iconos rusos, el vino y los cereales franceses y los negocios de Mussolini me traen sin cuidado. Y tu padre puede mirarme como le dé la gana, siempre que tú no me mires también de esa manera. Tu madre es un encanto, y tu hermana y los niños me han caído muy bien. -Se detuvo un momento para pensar-. Y tu padre, desde luego, es un hombre con mucha personalidad. -Se volvió hacia un lado y miró a Andi. ¡El viaje en tren ha sido precioso! ¡Y la vista desde la montaña no digamos! ¿Iremos mañana a pasear por la ciudad? ¿Y qué tal si ahora hacemos el amor?

En Berlín, Andi temió por primera vez que la diferencia entre los mundos de los que procedían pusiera en peligro su amor. Habían estado en Munich y en Ulm, en el lago de Constanza, en la Selva Negra y en Friburgo, y Sarah lo había observado todo con interés y buena disposición. Le gustaba más la naturaleza que las ciudades, y se enamoró del paisaje que bordeaba la llanura del Rin y que tanto le gustaba a Andi: la Bergstrasse, la Ortenau, el Markgräfler Land. Pasaron un día entero en un balneario de Baden-Baden. Entraron por los accesos separados para hombres y mujeres, se hicieron cepillar por separado, sudaron por separado en el baño de vapor seco al estilo finlandés y en el húmedo al estilo romano y se encontraron en la sala central, flanqueada de columnas, de la antigua instalación, en la piscina coronada por una alta cúpula. Andi llegó primero y la buscó con la vista. Nunca la había visto venir hacia él desnuda desde una cierta distancia. Qué hermosa era: el pelo negro hasta los hombros, el rostro claro, los hombros torneados, los pechos abundantes, las caderas suaves y las piernas un poco cortas pero bien formadas. Con qué gracia caminaba, orgullosa de su belleza y al mismo tiempo cohibida al verse observada tan descaradamente. Con qué encanto sonreía, burlona, porque siempre encontraba algo de qué burlarse, feliz por la admiración que él le mostraba y llena de amor.

En las ciudades que visitaron, a ella le hacía gracia que los alemanes siempre sacaran a colación, infaliblemente, los destrozos de la Segunda Guerra Mundial.

-¡La guerra acabó hace cincuenta años! Ya sé que tiene mucho mérito que os hayáis convertido en el país más importante de Europa a pesar de lo que sucedió, pero ¿tú crees que hay para tanto?

Cuando pasaban por los barrios periféricos, se burlaba de las casitas blancas con jardines primorosos y verjas impecables, y cuando viajaban por el campo, le llamaba la atención la ausencia de los trastos, coches desvencijados y sofás mohosos que siempre se ven en América en los alrededores de las granjas.

-Aquí todo parece recién construido.

Se burlaba de la señalización de las calles. Andi la oía un día mofarse de que las marcas de la zona azul de aparcamiento siempre acabasen en un escrupuloso triángulo rayado, y otro de que en los cruces se señalase el camino a seguir para girar con líneas discontinuas que se cruzaban con las líneas discontinuas del tráfico contrario.

-Tengo una idea. Podríais cerrar las calles al tráfico y fotografiarlas desde el aire. ¡Menudas obras de arte saldrían!

El sarcasmo de Sarah siempre iba acompañado de risas, y la risa lo hacía contagioso; Andi se daba cuenta de que estando con ella se tomaba las cosas con más ironía y sentido del humor. También sabía que para Sarah la burla era una manera de familiarizarse con las cosas, y que en Nueva York también se reía de todo: de un director de orquesta a pesar de que el concierto le había encantado, o de una película

cursi a pesar de que al final acababa llorando y al día siguiente todavía se le humedecían los ojos al recordarla. Incluso se había tomado a risa la bar mitsvah de su hermano pequeño, pero al mismo tiempo se le había puesto el corazón en un puño cuando el chico leyó en voz alta en la sinagoga y habló durante el banquete sobre la Tora y el amor a la música. Él sabía todo eso, pero en el fondo le molestaban aquellas burlas, que no respetaban nada. Se reía con ella, pero apretando las mandíbulas.

Andi tenía un tío en Berlín que había heredado una casa en Grunewald, y se alojaron en ella en un pequeño apartamento con dormitorio, sala de estar, cocina y baño. Aparte de invitarlos a comer un día, el tío, que era profesor jubilado, los dejaba completamente a su aire. Pero una tarde, cuando salían para ir al campo de concentración de Oranienburg, se cruzaron casualmente con él en la puerta de la casa.

-¿Oranienburg? ¿Qué se os ha perdido allí?

-Queremos ver cómo es.

-¿Cómo va a ser? Todo el que lo visita vuelve diciendo que era como se lo imaginaba, pero eso es únicamente porque nos lo imaginamos así. Yo hace unos años estuve en Auschwitz, y os aseguro que no hay nada que ver, pero nada de nada. Unos cuantos cuarteles de ladrillos, hierba y unos pocos árboles, y ya está. Está todo en la cabeza.

El tío los miró extrañado y casi con compasión.

-Bueno, pues entonces sabremos qué es lo que tenemos en la cabeza -replicó Andi riéndose-. ¿Vamos a convertir esto en un debate sobre teoría del conocimiento?

El tío meneó la cabeza.

-Hace cincuenta años de aquello. No entiendo por qué no podemos dejar el pasado en paz igual que toda la demás gente deja en paz el suyo.

-¿No será que ese pasado es diferente? -preguntó Sarah en inglés. Para asombro de Andi, había entendido la conversación en alemán.

-¿Un pasado diferente? A todo el mundo le parece que su pasado es diferente. Y además, el pasado es una cosa que se fabrica, tanto si es normal como si es especial.

-Sí, a mi familia los alemanes le fabricaron un pasado muy especial -replicó Sarah mirando fríamente al tío.

-Fue terrible, desde luego. ¿Pero eso quiere decir que la gente de Oranienburg o de Dachau tenga que tener por fuerza un presente terrible? ¿Es justo que la gente que nació muchos años después de la guerra, y que nunca le ha hecho daño a nadie, tenga que aguantar que le recuerden y le echen en cara cada dos por tres el pasado singular del lugar donde vive? -El tío sacó la llave del bolsillo del abrigo-. Pero bueno, qué le vamos a hacer. Tu novia es americana, y para los turistas americanos Europa no es lo mismo que para nosotros. ¿Vais a ir al restaurante italiano de la esquina? Que os aproveche.

Sarah guardó silencio hasta que encontraron una mesa y se sentaron.

-Tú no serás de la misma opinión que tu tío, ¿no?

-¿Qué opinión?

-Que hay que enterrar el pasado, y que ya estaría enterrado si no fuera porque los judíos meten cizaña.

-¿No decías tú misma el otro día que la guerra acabó hace cincuenta años?

-O sea que sí.

-No, yo no pienso como mi tío. Pero las cosas tampoco son tan simples como tú las pintas.

-¿Qué es lo que las hace complicadas?

Andi no tenía ganas de discutir con Sarah.

-¿Por qué no hablamos de otra cosa?

-Respóndeme a esa pregunta y te dejo en paz.

-¿Por qué las cosas son complicadas? Mira, es cierto que es necesario recordar el pasado para que no se repita, y también por respeto a las víctimas y a sus descendientes; pero el Holocausto y la guerra son cosas de hace cincuenta años, y no pueden cargárseles a los nietos las culpas que haya contraído la generación de los padres y los hijos. La gente de Dachau, cuando va al extranjero, se avergüenza de su lugar de origen, y hay chavales que se hacen neonazis porque están hartos de que se remueva el pasado constantemente. No me parece que todo eso sea tan simple.

Sarah calló. Vino el camarero y pidieron la comida. Sarah siguió callada, y Andi se dio cuenta de que lloraba en silencio.

-Oye -dijo él inclinándose sobre la mesa y rodeándole el cuello con los brazos-, no llorarás por nosotros, ¿no?

Ella meneó la cabeza.

-Sé que no tienes mala intención. Pero las cosas no son tan complicadas. La justicia es algo muy sencillo.

Cuando estaban en Oranienburg, Andi no se atrevió a decir que le estaba pasando lo que había predicho su tío. Lo que veía no era aterrador. Lo aterrador era lo que tenía en la cabeza, aunque eso ya era suficientemente aterrador. Sarah y Andi cruzaron mudos el campo de concentración. Al cabo de un rato se cogieron de la mano.

En el campo había también un grupo de escolares, unos treinta niños y niñas de doce años. Se comportaban como lo hacen normalmente los niños de doce años: gritaban, se reían y cuchicheaban tonterías. Estaban más interesados por sus compañeros que por lo que el profesor les enseñaba y les explicaba. Lo que veían sólo les servía para fanfarronear, tomarse el pelo los unos a los otros o hacer bromas. Jugaban a guardias y prisioneros, y gemían en las celdas como si los estuvieran torturando o se murieran de sed. El profesor hacía todo lo que podía, y escuchándolo se veía claramente que había preparado a fondo la visita al campo con los niños. Pero todos sus esfuerzos eran en vano.

¿Piensa Sarah de nosotros lo mismo que pienso yo ahora de estos niños? ¿Que me parece muy bien que los niños se comporten como tales, y sin embargo no puedo soportarlos? ¿Que le parece muy bien que mi padre descubriera en la guerra sus dotes organizativas, y que mi tío quiera que lo dejen en paz, y que yo vea los matices y las complicaciones del asunto, y sin embargo todo eso la desespera? ¿Qué sentiría yo si uno de estos niños fuera hijo mío?

Andi se alegró de no encontrar a su tío al volver a casa entrada la tarde. Se alegró al pensar que al día siguiente visitarían la parte oriental de la ciudad y descubrirían cosas nuevas. Andi había estado trabajando en Berlín durante la transición, y le apetecía volver allí y despertar en Sarah el mismo entusiasmo que él sentía por la ciudad. Se alegraba de poder mostrarle tantas facetas distintas de Berlín; ya verás, le había dicho muchas veces, Berlín es casi como Nueva York. Pero cuando se imaginó contemplando con ella las obras de la Potsdamer Platz, de la Friedrichstrasse y del Reichstag, y tropezando por doquier con edificios en obras, supo lo que Sarah diría o por lo menos pensaría. ¿Por qué se empeñan en que todo esté acabado mañana mismo, en que parezca como si la ciudad no tuviera historia? ¿Como si no tuviera heridas ni cicatrices? ¿Y por qué se empeñan en sepultar el Holocausto debajo de un monumento? Andi intentaría explicárselo, y no diría ninguna tontería ni ninguna mentira, pero Sarah no lo entendería.

¿Sólo existe el blanco y el negro? ¿Sólo se puede ser hombre o mujer, niño o adulto? ¿Aleman o americano, cristiano o judío? ¿Será verdad que hablar no conduce a nada, porque, aunque te ayuda a entender a la otra persona, no te ayuda a soportarla, y lo que cuenta no es entender al otro, sino poder soportarlo? Y en cuanto a eso, ¿será cierto que sólo soportamos a los que son como nosotros? Por supuesto que somos capaces de aceptar las diferencias, es más, probablemente no se podría vivir sin ellas.

Pero ¿no será necesario mantenerlas dentro de unos límites? ¿Es deseable que a causa de nuestras diferencias nos cuestionemos radicalmente los unos a los otros?

Apenas acabó de hacerse esas preguntas, se horrorizó. O sea que sólo soportamos a los que son como nosotros: ¿no es eso precisamente el racismo, el patriotismo o el fanatismo religioso? ¿Por supuesto que los niños y los adultos, los alemanes y los americanos, los cristianos y los judíos se soportan los unos a los otros! Lo hacen en el mundo entero, o por lo menos donde el mundo funciona como debiera. Pero ¿no será que se soportan sólo porque uno de los dos renuncia a ser lo que es? ¿Porque los niños se convierten en adultos o los alemanes se están volviendo como los americanos o los judíos se han vuelto como los cristianos? Quizá el racismo o el fanatismo religioso empiezan justamente cuando uno no está dispuesto a renunciar a sí mismo. En mi caso, probablemente, si no estoy dispuesto a convertirme por Sarah en americano y judío.

El día siguiente fue tal como Andi se había imaginado. Sarah se interesaba por todo lo que él le enseñaba, las obras de la Potsdamer Platz la dejaron admirada y fascinada, y también la audaz remodelación de la Friedrichstrasse y todo el entorno del Reichstag. Pero también le preguntó por las heridas y cicatrices y por qué la ciudad se empeñaba en esconderlas, y si el futuro monumento al Holocausto no pretendería en el fondo barrerlo debajo de la alfombra. Le preguntó por qué los alemanes no soportaban el caos, y si el delirio de limpieza y orden del nacionalsocialismo no había sido una expresión, quizá no muy normal, pero sí muy representativa, de la manera de ser del pueblo alemán. A Andi no le gustaban aquellas preguntas. Pero al cabo de un rato hubo algo que todavía le gustó menos: sus propias respuestas. Tanto esfuerzo por juzgar las cosas de manera equilibrada y matizada empezaba a cansarle. En realidad a él tampoco le gustaba lo que estaba viendo con Sarah: la megalomanía y la precipitación con la que se estaba reconstruyendo Berlín sin dejar un palmo libre. Sarah tenía razón: ¿por qué defendía cosas en las que él mismo no creía? ¿Por qué ante las opiniones de su tío había reaccionado con complicadas disquisiciones, en lugar de decirle sin más que le parecían indignantes y ofensivas?

Al caer la tarde fueron a la Schauspielhaus a escuchar la Misa en si menor de Bach. Ella no la conocía, y él tenía un poco de miedo. No ese miedo que tenemos siempre cuando compartimos por primera vez nuestros libros y nuestra música favoritos con la persona de quien estamos enamorados. Lo que temía era que a ella la música le pareciera demasiado cristiana y alemana. Que se diera cuenta de que aquella música, por más que la escucharan en una sala de conciertos, era ante todo música religiosa, y que se sintiera engañada, como si él pretendiera imponerle subrepticamente su mundo eclesial, cristiano, alemán. Le habría gustado hablar con ella de esas cosas. Pero eso también le daba miedo. Habría tenido que explicarle por qué le gustaba tanto aquella música, y no habría sabido cómo. *Incarnatus est, crucifixus, passus et sepultus est et resurrexit*: el texto no significaba nada para él, y

sin embargo la música que lo acompañaba lo llenaba de emoción y gozo como casi ninguna otra. Y si él se lo explicaba, ¿no pensaría Sarah que estaban todavía más alejados el uno del otro de lo que parecía a simple vista, ya que aquello tan ajeno para ella tenía en Andi unas raíces tan profundas que ni él mismo era capaz de entenderlas y verbalizarlas?

Pero cuando salieron del metro, el Gendarmenmarkt estaba bañado por la luz del sol vespertino. Las catedrales y la Schauspielhaus formaban una trinidad grandiosa y al mismo tiempo humilde, que era testimonio de otro Berlín, un Berlín mejor; y como las tiendas ya estaban cerradas y los paseantes todavía no habían salido a la calle, todo estaba vacío y silencioso, como si la ciudad contuviera el aliento. A Sarah se le escapó un «¡Oh!» y se quedó paralizada.

Durante el *kyrie* miró a su alrededor. Luego cerró los ojos, y al cabo de unos instantes le cogió la mano a Andi. Hacia el final apoyó la cabeza en su hombro. *Et exspecto resurrectionem mortuorum*: «Sí», le susurró, como si esperara con él la resurrección de los muertos o la resurrección de su amor de entre todos los obstáculos con los que tropezaban una y otra vez.

Al día siguiente tomaron el avión de regreso a Nueva York. Habían pasado tres semanas juntos día tras día, a veces con una sensación de familiaridad cotidiana y natural, como si siempre hubiera sido así, como si hubiera de ser así ahora y siempre. Y esa sensación se acentuó aún más en el vuelo de regreso. Los dos sabían cuándo el otro necesitaba descansar, cuándo le apetecía un poco de ternura y qué pequeños gestos de cariño le complacerían. Discutieron sobre la película que proyectaron a bordo, pero más que nada porque les apetecía celebrar el ritual de la discusión en torno a un objeto que no fuera explosivo. Cuando llegaron a Nueva York, él se quedó a pasar la noche en casa de ella. Estaban demasiado cansados para hacer el amor, pero Sarah, al dormirse, le cogió el pene con la mano, y el pene se endureció y luego se encogió, y Andi sintió que estaba en casa.

Era verano en Manhattan. Chinatown y Little Italy, el Village, Times Square y Lincoln Square estaban más poblados que de costumbre. En cambio, en la zona de la Columbia University, donde vivían Sarah y Andi, había menos gente. Los turistas no solían dejarse caer por allí, y los estudiantes y profesores estaban fuera de la ciudad. Hacía bochorno; bastaba dar unos cuantos pasos por la calle para que la ropa se pegara al cuerpo. Al atardecer y por la noche refrescaba un poco. Pero el aire era cálido y húmedo; no era esa cosa ligera y apenas perceptible que suele ser, sino un elemento pesado y denso, que ofrecía al cuerpo una resistencia blanda y sensual. Andi no entendía cómo podía ser que los neoyorquinos abandonaran la ciudad y se perdieran el placer de aquellas tardes y noches. Como no soportaba el zumbido del aire acondicionado en su despacho, se sentaba a trabajar en un banco del parque. Trabajaba hasta el anochecer, con una pequeña lámpara a pilas sujeta al libro o al bloc de notas, y luego se iba a casa de Sarah, impulsado por el amor, por el trabajo, el aire y el reflejo de las luces en el asfalto. El aire le ofrecía resistencia y le hacía sentirse ligero; la pesadez del aire relativizaba la suya. Le parecía flotar con paso fácil y amplio por la Vía Láctea.

Le habría gustado salir a pasear al anochecer con Sarah sin gastar demasiada saliva, o sentarse en la terraza de algún restaurante de Broadway, o ver una película, en el cine o en vídeo. Pero Sarah, que de por sí ya era más habladora que él, sentía una necesidad especial de charlar después de pasarse tantas horas sola delante del ordenador. Quería que él le contara lo que había leído y escrito, y hablarle a él de sus progresos en el trabajo con el videojuego. Mientras programaba se le ocurrían miles de cosas que le apetecía contarle. En cuanto a Andi, cuando se concentraba en el trabajo no podía pensar en otras cosas al mismo tiempo, ni siquiera a intervalos, y por la noche sólo era capaz de hablar de su tesis. Pero no le apetecía. La tesis ya había dado lugar a una fuerte discusión, y no quería arriesgarse a repetirla.

La tesis versaba sobre la concepción del derecho y del orden legal en las utopías norteamericanas, desde los shakers, los raptistas, los mormones y los huterianos a los

socialistas, vegetarianos y activistas del amor libre. A Andi aquel tema le parecía de lo más interesante. Se lo pasaba en grande estudiando los proyectos de los utopistas, rastreando sus cartas, diarios y memorias y descubriendo en periódicos amarillentos cómo reaccionaba el entorno ante sus ideas. A veces aquellas utopías lo emocionaban por lo que tenían de sueño quijotesco colectivo hecho realidad. A veces tenía la impresión de que los utopistas sabían muy bien que sus proyectos no podían tener éxito, y sólo aspiraban a dar forma comunitaria y creativa a una especie de nihilismo heroico. A veces se los imaginaba como niños sabihondos que vivían inmersos en una especie de sátira de la sociedad. La primera vez que le habló a Sarah del tema de su tesis y de su fascinación por él, ella se quedó pensando un momento y dijo:

-Eso es muy alemán, ¿no?

-¿El tema de las utopías americanas?

-No, la fascinación por la utopía. La fascinación por la transformación del caos en cosmos, por el orden perfecto y una sociedad pura. Quizá también la fascinación por las empresas condenadas al fracaso. ¿Te acuerdas de cuando me hablaste de una de vuestras sagas, en la que al final todos se matan los unos a los otros con eso que tú llamas nihilismo heroico? La saga de los Nibelungos, ¿no?

Andi no vio en aquello un argumento, sino un ataque, y se puso a la defensiva.

-Pues no sé, pero sobre este tema hay mil veces más bibliografía americana que alemana, y por lo que respecta al suicidio colectivo, los americanos tenéis Little Big Horn y los judíos Masada, que tampoco están mal.

-Sí, es cierto. Pero creo recordar que me dijiste que esa saga es la más importante de todas vuestras leyendas. En cambio, Little Big Horn y Masada sólo son casos puntuales. Y en cuanto a las publicaciones, no creo que lo importante sea la cantidad. No he leído la bibliografía americana sobre el tema, pero aun así sé de qué va. Son historias sobre experimentos utópicos, sobre personas, sus familias, su trabajo, sus alegrías y sus penas, historias escritas con pasión y compasión. En cambio, la bibliografía alemana es objetiva y minuciosa, se dedica a crear categorías y sistemas, y la única pasión que revela es la pasión por la disección científica.

Andi lo negó con la cabeza.

-Es que hay diferentes estilos de investigación. ¿Sabes aquel chiste sobre un francés, un inglés, un ruso y un alemán que presentan un trabajo científico sobre el elefante? El del francés se llama *L'éléphant et ses amours*, el del inglés *How to shoot an elephant*, el del ruso...

-Puedes ahorrarte tus chistes estúpidos.

Sarah se levantó y se fue a la cocina. Andi la oyó abrir con gestos enérgicos el lavavajillas, sacar los platos y los vasos y dejar caer ruidosamente los cubiertos sobre la mesa de la cocina. Luego volvió y se quedó parada en la puerta.

-No me gusta que me tomes el pelo cuando hablo en serio. El problema no son los estilos de investigación. Tú te comportas siempre así, aunque no estés investigando nada. Por ejemplo, cuando hablas con mis amigos y con mi familia, no demuestras el

menor grado de interés, o por lo menos lo que nosotros entendemos por interés, sino sólo curiosidad, ganas de analizar y diseccionar. No es que eso sea malo; tú eres así, y nos gustas tal como eres. En otros casos y de otras maneras demuestras todo el interés del mundo. Pero cuando hablas...

-¿Insinúas que tus amigos y tu familia sienten algún interés por mí? En el mejor de los casos es simple curiosidad, y de la más superficial, por cierto. Yo...

-No tergiverses la realidad, Andi. Los míos sienten por ti curiosidad, pero también interés, igual que tú por ellos, y todo lo que he dicho...

-Y sobre todo me miráis con prejuicios. Os creéis que lo sabéis todo sobre los alemanes. Y por lo tanto lo sabéis todo sobre mí. Y por lo tanto no hace falta que os intereséis por mi persona.

-¿O sea que no nos interesamos lo suficiente por ti? ¿No nos interesamos tanto como tú por nosotros? ¿Y por qué será que muchas veces da la impresión de que tengas que ponerte guantes para tocarnos? ¿Y por qué todos los alemanes que conocemos son así?

Sarah estaba gritando.

-¿Ah, sí? ¿Tú cuántos alemanes conoces?

Andi sabía que el tono tranquilo de su voz la irritaba, y sin embargo no podía cambiarlo.

-Los suficientes. Y no a todos nos ha gustado conocerlos, hubo muchos que habría sido mejor no conocerlos jamás.

Ella seguía de pie en la puerta, con los brazos en jarras, y lo miraba desafiante.

¿De qué estaba hablando? ¿Con quién lo comparaba? ¿Con el doctor Mengele y su curiosidad fría, cruel, diseccionadora y analítica? Andi meneó la cabeza. No tenía ganas de preguntarle a Sarah qué había querido decir. No tenía ganas de decir ni oír nada más. Sólo quería estar tranquilo, si era con ella, bien, y si no también.

-Lo siento -dijo poniéndose los zapatos. Ya nos llamaremos mañana. Me voy a mi casa.

Se quedó. Sarah se lo pidió con tanto fervor que no tuvo más remedio. Pero decidió no volver a hablar con ella sobre su tesis.

Y así iba recortando cada vez más su amor. Había demasiados temas conflictivos: la familia, Alemania, Israel, los alemanes y los judíos, y hasta el trabajo, porque aunque sólo hablaran del de Sarah, muchas veces la conversación acababa derivando hacia el suyo. Se acostumbró a revisar cuidadosamente lo que iba a decir, a no criticar demasiado el estilo de vida de los neoyorquinos, a callarse cuando los amigos de Sarah se permitían emitir opiniones deformadas y arrogantes sobre Alemania y Europa. Había muchas otras cosas de que hablar, y seguía existiendo la grata intimidad de los fines de semana y la pasión de las noches.

Se acostumbró de tal modo a la autocensura, que ya no era consciente de ella. Disfrutaba viendo que cada vez les resultaba más fácil y más agradable estar juntos. Estaba contento de que le hubieran prorrogado la beca y la estancia. Durante el otoño y el invierno anteriores se había sentido muchas veces solo en aquella ciudad nueva para él. Los tiempos que vendrían serían más felices.

Hasta que todo volvió a estallar por culpa de un motivo insignificante. Sarah tenía agujereados todos sus jerséis y panti. No le daba importancia, y Andi, desde que le llamó la atención sobre uno de esos agujeros, sabía que él tampoco debía dársela. Pero una tarde, cuando iban a salir para ir al cine, Sarah se puso un jersey que tenía agujeros en los dos codos y un panti que los tenía en los dos talones, y Andi se rió señalando hacia los agujeros.

-¿Qué tienen de gracioso los agujeros?

-Nada, déjalo.

-No, por favor, dime por qué te parecen tan interesantes y tan graciosos.

-Que yo... O sea... -vaciló Andi-. En mi país es así. Si ves a alguien que lleva un agujero o una mancha en la ropa, se lo dices. Piensas que no se debe de haber dado cuenta, porque si no se habría puesto otra cosa, o sea que se supone que le haces un favor. Y lo normal es que se cambie de ropa.

-Muy bien, ése es el lado interesante. Ahora, el gracioso.

-Por favor, Sarah. Cuatro agujeros, cuatro. Qué quieres que haga, me parece gracioso.

-¿También es gracioso si la persona en cuestión no gana bastante para comprarse ropa nueva cada semana?

-Oye, no cuesta tanto remendar un agujero. No hace falta ser un artista, yo siempre me los zurzo.

-Estás obsesionado por el orden.

Andi se encogió de hombros.

-Sí, sí, lo estás. Tina diría que eso es el nazi que llevas dentro.

Andi guardó silencio unos instantes.

-Lo siento, pero no quiero volver a oír eso nunca más. El nazi que llevo dentro, el alemán que llevo dentro... No quiero volver a oírlo más.

Ella lo miró sorprendida.

-¿Qué pasa? ¿Por qué te pones así? Ya sé que no eres un nazi, y no tengo nada en contra de que seas alemán. Ya sabes cómo es Tina...

-Tina no es la única que se dedica a buscar el nazi que llevo dentro, y siempre lo encuentra; son todos tus demás amigos. ¿Y qué es eso de que no tienes nada en contra de que sea alemán? ¿Qué es lo que podrías echarme en cara, y que eres tan generosa para perdonarme?

Ella sacudió la cabeza.

-No tengo absolutamente nada contra ti. Ni yo ni mis amigos. Sabes muy bien que te aprecian. Por ejemplo, Tina quiere que en verano vayamos a la playa con ella y Ethan. ¿Crees que diría lo mismo si pensara que eres un nazi? Es normal que a la gente le choque que seas alemán, que se pregunten hasta qué punto lo eres, qué hay en ti de alemán y si eso es bueno o malo; deberías estar acostumbrado.

-¿Y a ti también te choca?

Ella lo miró asombrada y con amor.

-¡Cariño! Sabes muy bien cómo disfruto con la música y los libros que tanto te gustan a ti, y que disfruté muchísimo cuando viajamos juntos por Alemania. Te quiero a ti y a todo lo bonito que has aportado a mi vida, sea alemán o no. ¿Ya no te acuerdas? Cuando nos conocimos me enamoré de ti en tres días, y no me importó que fueras alemán.

-¿No entiendes qué es lo que me molesta?

Ahora Sarah lo miró con amor y preocupación. Negó lentamente con la cabeza.

-¿Te gustaría que te dijera que te quiero aunque seas judía? ¿Te gustaría que mis amigos se dedicasen a buscar lo que hay de judío en ti? ¿Que te apreciaran aunque en realidad no les gustase que yo vaya con una judía? ¿No te parecería lamentable, no dirías que eso es antisemita? Entonces, ¿por qué te cuesta tanto entender que a mí los prejuicios antialemanes me parecen igual de lamentables, y que me molesta que la mujer a la que quiero y sus amigos se dediquen a airearlos?

-¿Cómo te atreves a comparar las dos cosas? -dijo ella temblando de indignación. Qué sabrás tú del antisemitismo... Los judíos nunca habíamos hecho daño a nadie. En cambio, los alemanes mataron a seis millones de judíos. ¿Te extraña que nos incomode conocer a uno de vosotros? ¿Cómo puedes ser tan ingenuo? ¿O quizá tan insensible y tan egocéntrico? Pronto hará un año que vives en Nueva York, ¿y de verdad no sabes todavía que la gente no puede olvidar el Holocausto?

-¿Yo qué tengo...?

-Tú qué tienes que ver con el Holocausto, ¿no? Muy sencillo: eres alemán, eso es lo que tienes que ver con el Holocausto. Y eso a la gente le incomoda, aunque sean demasiado educados para demostrártelo. Sí, son demasiado educados, y además creen que no hace falta explicártelo, porque tú ya lo sabes. Pero eso no significa que no estén dispuestos a darte una oportunidad.

Andi pasó la mano por la tela del sofá. Estaban sentados a los extremos, ella en

cuclillas y girada por completo hacia él, y Andi con los pies en el suelo y sólo la cabeza y los hombros vueltos hacia ella. Alisó las arrugas de la tela, dibujó arrugas nuevas, en forma de ola y de estrella, y también las alisó. Cuando levantó la vista, miró un instante a Sarah a los ojos y luego a las manos, que tenía plegadas en el regazo.

-No sé si puedo aguantar más esto de que me aprecien o me quieran a pesar de ser alemán. Comprendo que mi comparación con el antisemitismo te haya indignado. Pero estoy demasiado cansado para inventarme otra, o quizá estoy hecho un lío. Lo entiendas o no, estoy hecho un lío porque veo que aquí la gente no me contempla como lo que soy, sino como un fantasma, una abstracción que es fruto de un prejuicio. Y porque me dan una oportunidad, pero al mismo tiempo me obligan a demostrar mi inocencia. -Hizo una pausa-. No, no puedo aguantarlo.

Ella lo miró con tristeza.

-Cuando conoces a alguien, es imposible olvidarte de lo que sabes acerca de su mundo y su pasado y el ambiente del que procede. Yo antes pensaba que todo eso de lo típico americano o italiano o irlandés eran prejuicios nacionalistas. Pero la verdad es que lo típico existe, y la mayoría de nosotros lo llevamos dentro.

Ella le cogió la mano, mientras él seguía trazando y alisando arrugas en la tela del sofá.

-¿Estás hecho un lío? Tienes que entender que mis amigos y mi familia también están hechos un lío por lo que hicieron los alemanes, y se preguntan si aquello fue algo típicamente alemán, y qué hay de ello en cada alemán concreto, incluido tú. Pero no te condenan.

-Te equivocas, Tina me condena, y otros también. Vuestros prejuicios son como todos los prejuicios; tienen tanto que ver con la realidad como con miedos irracionales, y por otro lado hacen la vida un poco más fácil, como todas las etiquetas y cajones en los que archivamos a la gente. Siempre encontraréis en mí algo que confirme vuestros prejuicios: mi manera de pensar, mi manera de vestir, y hasta el hecho de que me ría de los agujeros de tu ropa.

Sarah se levantó, se le acercó, se arrodilló a sus pies y recostó la cabeza sobre su regazo.

-Voy a hacer un esfuerzo para no juzgarte con los valores de mi cultura, porque a veces tus afirmaciones resultan... -se interrumpió para buscar un adjetivo que no reavivase la discusión- ajenas a ellos. Procuraré aplicar los de la tuya. Y quiero conocerlos mejor.

-Eres un encanto.

Andi se inclinó hacia adelante, apoyó su cabeza sobre la de Sarah y puso los brazos sobre sus hombros.

-Siento haberme puesto desagradable.

Sarah olía bien y era un placer tocarla. Harían el amor. Sería bonito. Estaba deseándolo. Miró hacia las ventanas iluminadas de la casa de enfrente, y vio personas

que iban y venían, hablaban, bebían, veían televisión. Se imaginó lo que se vería desde la casa de enfrente: una pareja que acababa de pelearse y reconciliarse. Una pareja de enamorados.

Llega un momento en que uno tiene que darse cuenta de que las discusiones son ya algo más que discusiones. Dejan de ser una tormenta pasajera, o una temporada lluviosa tras la que vuelve a salir el sol, y se convierten en una sucesión de días nublados. Y la reconciliación no resuelve ni sentencia nada, sino que es fruto del agotamiento y sólo da paso a una pausa más o menos larga, tras la cual la discusión seguirá.

No, se dijo Andi, estoy exagerando. A veces nos cansamos el uno del otro y nos peleamos, pero luego nos reconciliamos y seguimos llevándonos bien. Dos personas que se quieren se llevan a veces bien, a veces mal y a veces no se aguantan la una a la otra. Es del todo normal. No hay una norma que diga cuántas veces a la semana conviene pelearse. Pero lo que cuenta no es llevarse bien, sino soportarse el uno al otro. Lo que cuenta es si uno soporta al otro porque es de los suyos, o no lo soporta porque no lo es, y si uno está dispuesto o no a renunciar a lo que lo separa del otro.

Todas las utopías empiezan con conversiones. La gente se despide de sus antiguas creencias religiosas, convicciones y modos de vida y se entrega a otras nuevas, las que constituyen la utopía. Despedirse y entregarse: eso es convertirse. No hay rayos enviados desde el cielo, caídas del caballo, estados de éxtasis ni todas esas tonterías. Esas cosas también existen, desde luego; pero a Andi lo asombraba ver que en la mayoría de los casos la conversión a la utopía era una decisión vital tomada con la cabeza fría. Sobre todo, para las mujeres y los maridos de aquellos que se entregaban a una utopía. El amor, el deseo de vivir juntos, la imposibilidad de vivir al mismo tiempo en el mundo normal y en el de la utopía, la oportunidad de una vida mejor para los hijos, la oportunidad de mejorar profesional y económicamente: ésas eran las claves. No bastaba con comprender el entusiasmo utopista del otro, y tampoco era realmente necesario. Lo que hacía falta era renunciar al mundo normal que se interponía entre uno y su pareja.

Un día Andi les preguntó a los compañeros con los que compartía despacho:

-Si un hombre adulto quiere convertirse al judaísmo y no está circuncidado, ¿tiene que circuncidarse?

Uno de los compañeros se incorporó en su asiento y se recostó hacia atrás.

-¿Es verdad que los europeos no se circuncidan?

El otro compañero siguió inclinado sobre sus libros.

-Sí, tiene que circuncidarse aunque sea adulto. Abraham se circuncidó a los noventa y nueve años. Pero el converso no puede circuncidarse a sí mismo; de eso se encarga el mohel.

-Una especie de médico, supongo.

-No es médico pero es especialista. Hace un corte en la parte superior y otro en la parte inferior del prepucio, estira el pellejo por debajo del glande y sorbe la herida. Para eso no hace falta un médico.

Andi se echó la mano a la entrepierna para protegerse el pene.

-¿Sin anestesia?

-¿Sin anestesia? –repitió el compañero volviéndose hacia él. ¿Nos has tomado por unos salvajes? No, cuando el circuncidado es adulto se aplica anestesia local. ¿Qué pasa, has encontrado una sociedad utópica judía que renunció a la circuncisión? En el siglo XIX había judíos empeñados en modificarla o suprimirla.

Andi le preguntó a su compañero de dónde había sacado esa información, y éste le contestó que su padre era rabino. También le dijo que si el converso ya está previamente circuncidado se realiza una circuncisión simbólica.

-Lo que ya está cortado no se puede volver a cortar. Pero siempre tiene que haber un ritual.

Andi captó la clave del asunto. Tenía que haber un ritual. Pero dejarse cortar la parte superior e inferior del prepucio, dejarse estirar la piel por debajo del glande y dejarse sorber la herida, poner su cuerpo a disposición de un ritual religioso, sacar el pene delante de alguien al que no le unía nada, ni el amor ni la confianza del paciente en el médico ni el compañerismo de un amigo, dejárselo toquetear y mutilar, exhibirse seguramente no sólo delante del mohel, sino también del rabino y algún notable, testigo o padrino, todo ello con los pantalones bajados o quitados, en calcetines, y luego quedarse quieto y esperar a que acabara el ritual mientras el efecto de la inyección empezaba a remitir y el pene hinchado, vendado y embutido dentro de los pantalones empezaba a doler, y el prepucio cortado reposaba sangriento en una bandeja ritual: no, no estaba dispuesto a eso. Si tenía que circuncidarse, lo haría a su manera. Lo organizaría de manera que no fuera vergonzante ni doloroso. Si iba a convertirse al judaísmo, lo haría estando ya circuncidado.

Andi pensó en el bautismo, en las monjas y en la costumbre de afeitarles la cabeza a los reclutas, en los tatuajes de los soldados de las SS y los prisioneros de los campos de concentración, y en las marcas del ganado. El pelo vuelve a crecer, los tatuajes pueden borrarse, y en el bautismo lo sumergen a uno en el agua y vuelve a asomar fuera, por lo menos exteriormente. ¿Qué clase de religión era aquella que no se conformaba con una ofrenda simbólica, sino que exigía que la ofrenda fuera física e irrevocable, de modo que, aunque la cabeza se eche atrás, el cuerpo permanece fiel eternamente?

Eso mismo le preguntó su amigo, que ya era cirujano, y al que fue a visitar el mismo día que llegó a Heidelberg.

-¿Quién te manda meterte en una religión que lo primero que te pide es que te cortes la picha?

-Sólo es el prepucio.

-Ya lo sé. Pero si se escapa el cuchillo... -replicó con una sonrisa sarcástica.

-Déjate de chistes. Quiero a esa mujer, y ella me quiere a mí, y no veo otra manera de reconciliar su cultura con la mía. Así formaré parte de su mundo.

-¿Así, tan fácil?

-¿Es que no hay alemanes que se vuelven americanos y protestantes que se vuelven católicos? Una vez vi en la sinagoga a un negro que antes era adventista y ahora es judío. Si soy cristiano sin necesidad de tener fe ni rezar, también puedo ser judío de la misma manera. Cuando voy a la iglesia hago examen de conciencia, pero ¿por qué no voy a poder hacer lo mismo en la sinagoga? La liturgia judía es igual de bonita que la cristiana. Y en cuanto a los rituales domésticos, en mi casa no había muchos, ¿sabes?, y no me importaría tener alguno.

El amigo meneó la cabeza.

-Entiéndelo. O ella se vuelve como yo, o yo me vuelvo como ella. Sólo se soporta a los que son como uno mismo.

Estaban en el restaurante italiano en el que solían quedar cuando eran estudiantes. Entre los camareros había alguna que otra cara nueva, y en las paredes algún que otro cuadro que antes no estaba, pero todo lo demás seguía igual. Como entonces, Andi pidió una ensalada, espaguetis a la boloñesa y vino tinto, y su amigo una sopa, una pizza y una cerveza. Como entonces, el amigo tuvo la sensación de que él era el más sereno y pragmático de los dos y asumía la responsabilidad que una mentalidad serena y pragmática debía hacer suya frente a los románticos y los utópicos. ¡Qué cantidad de ideas raras le habían pasado a Andi por la cabeza durante todos aquellos años!

-Una mujer que te exige que...

-Sarah no me exige nada. Ni siquiera sabe que quiero circuncidarme y que he venido para eso. Le he dicho que venía a presentar una ponencia en unas jornadas.

-De acuerdo. Pero ¿para qué quieres una mujer con la que ni siquiera puedes hablar sinceramente?

-La sinceridad requiere un terreno común. Uno tiene que decidir si quiere colocarse en ese terreno común, y no hay más que hablar.

El amigo volvió a menear la cabeza.

-Imagínate que tu novia está embarazada y cree que tú no quieres el niño, y aborta sin habértelo dicho antes. Menudo cabreo cogerías.

-Sí, porque en ese caso ella me quitaría algo que es mío. Yo en cambio no le quito

nada a Sarah, al revés, le hago un regalo.

-¿Tú qué sabes? ¿Y si resulta que le gusta tu prepucio? A lo mejor no comparte tu excéntrica teoría y quiere vivir contigo no porque seas igual que ella, sino porque eres diferente. A lo mejor ella no se toma vuestras discusiones tan en serio como tú. Quizá simplemente le gusta discutir.

Andi lo miró con tristeza.

-Tengo que hacer lo que creo que es correcto. A ti mi teoría te parece excéntrica, pero dondequiera que mires, en la historia, en el presente, en lo grande, en lo pequeño, se confirma.

-¿O sea que piensas aplicar una teoría basada en una mentira?

-¿Por qué dices eso?

-Estás dispuesto a hacerte judío por Sarah, pero prefieres evitarte el ritual que se exige para ello. Te daría vergüenza, te dolería demasiado, no quieres hacerlo -insistió el amigo con tono burlón-. Empiezo a entender por qué los judíos se inventaron lo de la circuncisión. No quieren capullos que...

-No quieren capullos sin circuncidar, y punto -bromeó Andi. Por eso te pido que me lo recortes. ¿Lo harás o no?

El amigo también se rió.

-Imagínate que...

Así era como discutían cuando eran estudiantes. Imagínate que tu amigo es terrorista, lo busca la policía y te pide que lo ocultes en tu casa. Imagínate que tu amigo es tetrapléjico y quiere matarse, y te pide ayuda para hacerlo. Imagínate que tu amigo te confiesa que se ha acostado con tu novia. Imagínate que tu amigo triunfa como pintor: ¿le dirías que sus cuadros son malos? Si te enteras de que su mujer lo engaña, ¿se lo dirías? Si ves que por hacer una buena obra corre peligro, ¿le avisarías?

-Quieres resolverlo rápido, ¿no?

-Quiero volver lo antes posible a Nueva York para estar con Sarah.

-Pues ven mañana al mediodía. Te pondré una pequeña anestesia general, y cuando te despiertes la herida ya estará cosida, y además con unos puntos que no se tienen que sacar porque se deshacen solos. Tendrás que renovar el vendaje de vez en cuando y ponerte pantenol y gasas. Al cabo de tres semanas volverás a estar entero.

-¿Qué quiere decir eso?

-¿A ti qué te parece? Pues que volverás a tener la picha en condiciones.

La operación no fue demasiado molesta. El dolor era soportable y sólo duró unos días. Pero Andi no podía evitar estar a todas horas pendiente de su pene, que se había convertido en una parte herida y delicada de su cuerpo. Percibía dolorosamente su presencia cuando se lo vendaba, cuando se lo metía, con todo cuidado, dentro del pantalón al vestirse, o cuando hacía algún movimiento brusco o se rozaba, y procuraba protegerlo de todo movimiento o roce. En fin: su pene reclamaba su atención.

Estaba en su ciudad natal, en la que había crecido y trabajado antes de marcharse a Nueva York, y en la que volvería a trabajar a su regreso. Se alojaba en casa de sus padres, que estaban encantados de tenerlo allí, pero lo dejaban en paz, y quedaba con compañeros y amigos para reanudar las conversaciones en el punto en que las habían dejado antes de su partida. A veces se encontraba a algún antiguo compañero de escuela, a un antiguo profesor o a una exnovia, que no sabían que había estado un año fuera y pronto volvería a marcharse, y lo saludaban como si fuera un habitante más de la ciudad. Podía moverse por su ciudad como pez en el agua.

Pero se sentía como un náufrago, como si hubiera llegado a un lugar que no era el suyo, como si la ciudad y el valle rodeado de montañas, el río y la llanura ya no fueran su tierra. Cuando andaba por la calle tropezaba con un recuerdo tras otro: la ventana de un sótano ante la que de pequeño jugaba a canicas en la acera con un amigo, o un cobertizo para bicicletas en el portal de un edificio, bajo cuyo techo se refugió de la lluvia con su primera novia y la besó por primera vez. En aquel cruce, yendo a la escuela en bicicleta, había metido una rueda en el raíl del tranvía y había ido a parar al suelo. A aquel parque había ido un domingo por la mañana con su madre a pintar a la acuarela. Y ahora también podía pintar la ciudad con el pincel de su recuerdo y los colores de un pasado de alegrías, esperanzas y tristezas. Pero había una diferencia: ahora no podía entrar dentro del cuadro. Cuando sentía el deseo de hacerlo, cuando el recuerdo lo invitaba a vivir en esa mezcla de pasado y presente que llamamos nuestra tierra, algún movimiento, un roce involuntario con el monedero o el llavero en el bolsillo del pantalón traían a su mente algo muy distinto: la circuncisión, y con ella la cuestión de cuál era el lugar al que pertenecía.

¿Era Nueva York? ¿La sinagoga Kehilat-Yeshurun? ¿Sarah? La llamaba por teléfono cada día, a primera hora de la tarde, cuando en América era primera hora de la mañana, y ella todavía estaba en la cama o desayunando. Se inventaba anécdotas que pudieran haber sucedido en unas jornadas, y le hablaba de sus paseos y de sus encuentros con los amigos, los compañeros y los familiares a los que ella había conocido en las bodas de mármol.

-I miss you -decía Sarah. I love you.

Y él decía:

-I miss you too. I love you too.

Le preguntaba qué hacía y cómo estaba, y ella le hablaba de los perros de sus respectivos vecinos, de un partido de tenis con un exprofesor y de una compañera que trabajaba en otro juego y se dedicaba a sembrar intrigas y rencillas en la editorial. Él entendía cada una de sus palabras, pero al mismo tiempo no entendía nada. Se había dejado olvidada en Nueva York la manera neoyorquina de entender las insinuaciones, la ironía, la broma y la seriedad. ¿O es que la había perdido con el prepucio? Sospechaba que en las palabras de Sarah había dosis de sarcasmo. De hecho, casi todo lo que decía era de algún modo irónico. ¿Pero qué pretendía con la ironía?

En Nueva York, mientras trabajaba, siempre se imaginaba haciendo el amor con Sarah. Aquellas fantasías no lo distraían cuando estaba en medio de un pensamiento o de una frase. Pero en cuanto acababa de pensar o de escribir la frase, levantaba la mirada y veía fuera la lluvia y se imaginaba haciendo el amor con Sarah mientras oían caer la lluvia; o, si estaba sentado en un banco del parque y veía unos niños, se imaginaba que hacía el amor con Sarah y la dejaba embarazada; o, si veía una mujer apoyada en la pared contemplando el Hudson de espaldas a él, se imaginaba que era Sarah y que se le acercaba por detrás, le levantaba la falda y la penetraba. Cuando estaba cansado, se imaginaba que se dormían después de hacer el amor, con su vientre pegado al trasero de ella y cogiéndole los pechos, envueltos los dos en el olor del amor. Pero esas fantasías y anhelos también se habían quedado en Nueva York, aunque sólo fuera porque las erecciones que provocaban eran dolorosas.

¿O quizá todo aquello era normal? ¿Era lógico que ya no fuera de su tierra, pero tampoco todavía de la otra? ¿Cambiar de bando significa necesariamente pasar por la tierra de nadie?

Un avión cruzando el Atlántico también es tierra de nadie. El viajero come, bebe, duerme, vela, holgazanea o trabaja, pero todo lo que hace tiene por fuerza carácter provisional, pues al cabo de un tiempo más o menos largo el avión aterrizará y se acabará el viaje. La saciedad, el descanso y el trabajo hecho no se vuelven reales hasta que uno se los lleva a tierra firme. A Andi no le habría sorprendido que el avión se estrellara.

Al llegar a Nueva York salió del fresco edificio del aeropuerto al aire espeso y caliente del exterior. Había mucho ruido; los coches se arremolinaban y se peleaban por un lugar en el asfalto, los taxis hacían sonar la bocina, y un portero de uniforme ponía orden a toque de silbato entre los taxis y los pasajeros que esperaban. Andi buscó con la vista a Sarah, aunque ella le había dicho que no iría a buscarlo al aeropuerto; en Nueva York la gente no tenía la costumbre de hacerlo. En el taxi hacía demasiado calor cuando cerraba la ventana y demasiada corriente cuando la abría.

-Coge un taxi y vente enseguida a mi casa –le había dicho Sarah. En realidad Andi no podía permitirse pagar un taxi. No entendía por qué tenía que ir enseguida a ninguna parte. ¿Qué importaba si llegaba una hora más tarde? ¿O tres, o siete? ¿O un día? ¿O una semana?

Sarah había comprado flores, un gran ramo de rosas rojas y amarillas. Había puesto a enfriar champán y había cambiado la ropa de la cama. Lo esperaba vestida con una camisa de hombre de manga corta que la cubría justo hasta el trasero. Lo miró seductora y lo hechizó antes de que él pudiera sentir el miedo que esperaba sentir la primera vez después de la circuncisión: el miedo al dolor, o a alguna sensación extraña y desagradable, o a la impotencia.

-I missed you -dijo ella-, I missed you so much.

Sarah no se dio cuenta de que Andi estaba circuncidado. Ni cuando hicieron el amor ni luego, cuando él se levantó, abrió la botella de champán y volvió a la cama con las copas llenas, ni cuando se ducharon juntos. Salieron a comer, fueron al cine y volvieron a casa por el asfalto refulgente. Andi la sentía muy cercana: su voz, su olor, sus caderas, que rodeaba con la mano. ¿Estaban más próximos el uno al otro que antes? ¿Pertenece más que antes a ella, a su mundo, a aquella ciudad y a aquel país?

Durante la cena, ella le habló de un viaje a Sudáfrica que tenía que hacer con su cliente, y le preguntó si quería acompañarla. Él lamentó no haber estado nunca en la Sudáfrica del apartheid y no haber visto un mundo del que había sido contemporáneo y que nunca más volvería. Ella lo miró, y él supo lo que pensaba. Pero se dio cuenta de que ahora le era indiferente. Buscó en su interior la antigua indignación y la antigua necesidad de llevar la contraria y puntualizar, pero no encontró nada. Ella guardó silencio.

Antes de dormirse se estiraron en la cama dándose la cara el uno al otro. Él la veía a la luz blanca de la farola.

-Estoy circuncidado.

Ella le echó mano al pene.

-¿Antes ya lo estabas? No, no estabas... O quizá... ¡Oye, ahora sí que me has pillado! ¿Por qué me lo dices?

-No, por nada.

-Pensaba que no estabas circuncidado. Pero si lo estás... -continuó meneando la cabeza-. Allí no es tan corriente como aquí, ¿verdad?

Él asintió en silencio.

-Antes tenía ganas de saber cómo sería hacer el amor con un hombre que no estuviera circuncidado, si sería diferente, mejor o peor. Una amiga me había dicho que no se notaba ninguna diferencia, pero yo no estaba muy segura. Luego empecé a pensar que seguramente daba lo mismo, ya que la sensación diferente, si es que existe, puede deberse a muchos motivos. De hecho, los hombres circuncidados también son muy diferentes entre sí. Lo que importa es que tú me das tanto placer... -acabó Sarah arrebujándose contra él.

Él asintió en silencio.

A la mañana siguiente se despertó a las cuatro. Intentó volver a dormirse, pero no pudo. Al otro lado, en su tierra, era pleno día, las diez de la mañana. Se levantó y se vistió. Abrió la puerta del piso, dejó los zapatos y el equipaje en el rellano y cerró la puerta con tanta suavidad que sólo se oyó un leve clic. Se puso los zapatos y se fue.

Desde que la guerrilla bombardeó el aeropuerto y destruyó un avión de pasajeros, el tráfico aéreo civil estaba interrumpido. Los observadores llegaron a bordo de un avión militar con rayas blancas y marcas azules. El comité de recepción, formado por un grupo de oficiales y soldados, los escoltó a lo largo de la cinta transportadora, los largos pasillos y el gran edificio lleno de cintas transportadoras paradas, mostradores cerrados y tiendas vacías. Los rótulos publicitarios estaban apagados y los tableros de avisos inactivos. En los grandes ventanales, protegidos con sacos de arena hasta la altura del pecho, faltaba algún que otro vidrio. Las astillas y la arena crujían bajo los pies de los observadores y su escolta.

Delante del edificio les esperaba un pequeño autobús. La puerta estaba abierta y los observadores fueron cortésmente invitados a entrar. En cuanto subió el último, dos jeeps y dos camiones con soldados se colocaron delante y detrás del autobús, y la comitiva emprendió la marcha a toda velocidad.

-Caballeros, les doy la bienvenida.

En aquel anciano de pelo y bigote blancos que estaba de pie, apoyado en los respaldos de dos asientos de la parte delantera, los observadores reconocieron al presidente de la república. Era una leyenda viva. Lo eligieron en 1969 y dos años más tarde fue derrocado por el ejército. Se negó a salir del país y prefirió que lo encarcelaran. A finales de los años setenta, gracias a las presiones de Estados Unidos, pasó a arresto domiciliario; en los años ochenta le permitieron ejercer como abogado, y en los noventa organizar la oposición al gobierno. Cuando los guerrilleros y los militares se vieron forzados a negociar la paz, acordaron nombrarlo presidente provisional. Nadie dudaba de que las elecciones libres que pronto tendrían lugar lo confirmarían en su cargo.

Al llegar a los barrios periféricos de la capital, los observadores empezaron a ver barracas de tablones, plásticos y cartón, un cementerio cuyos panteones estaban habitados y cuyas lápidas eran reconvertidas en cimientos para chabolas, y pequeñas casas de ladrillo con tejados de chapa. Por el arcén caminaban mujeres, hombres y

niños cargados con garrafas de agua. El calor y la sequía se hacían notar; todo, incluida la carretera asfaltada, estaba cubierto de polvo arenoso que se levantaba al paso de la comitiva y al cabo de un rato acabó tapizando las ventanas del autobús. Mientras tanto, el presidente hablaba de la guerra civil, del terror y de la paz.

-El secreto de la paz radica en el cansancio. Pero ¿cuándo estarán todos cansados? Nos podemos dar por satisfechos con que lo esté la mayoría. Pero tampoco conviene que estén demasiado cansados: tienen que conservar suficientes fuerzas para detener a los que están empeñados en seguir peleándose -dijo el presidente con una sonrisa fatigada-. La paz de que gozamos es muy precaria. Por eso solicité veinte mil hombres de las fuerzas de paz. Y en lugar de eso los envían a ustedes, que son doce, para comprobar que los contingentes mixtos se constituyan como está pactado y que la elección de los gobernadores y la reconstrucción de la administración civil se lleven a cabo adecuadamente. -El presidente los miró a la cara uno tras otro-. Son ustedes unos valientes al venir aquí. Se lo agradezco de todo corazón -añadió sonriendo de nuevo. ¿Saben cómo los llama la prensa de aquí? Los doce apóstoles de la paz. Que Dios los bendiga.

Ya estaban en el corazón de la ciudad. Eran unas cuantas calles situadas al fondo de un valle y pobladas de edificios antiguos: la catedral, el parlamento, el gobierno y los juzgados, todos ellos del siglo XIX, y edificios modernos de oficinas, comercios y viviendas. El presidente se despidió. El autobús siguió su camino y se detuvo a media altura de la montaña, a la entrada del Hilton. La fachada del hotel que daba a la montaña tenía señales de impacto de obuses y ventanas bloqueadas con tablones. En el jardín había barricadas hechas con sacos de arena.

El director del hotel salió a darles la bienvenida personalmente. Les rogó que disculparan los posibles fallos técnicos y del servicio. Los militares no habían devuelto el hotel hasta hacía unos días. Aun así, las habitaciones estaban de nuevo en perfecto estado.

-Y les recomiendo que abran de par en par las puertas de los balcones. Por la noche refresca, las flores del jardín huelen bien, y los mosquitos se quedan en la costa. Así no echarán de menos el aire acondicionado, que todavía no funciona.

La cena se sirvió en la terraza. Los observadores estaban sentados en seis mesas, correspondientes a las seis provincias del país. Con cada pareja de observadores cenaban un oficial del ejército y un comandante guerrillero, ambos procedentes de la misma provincia. La temperatura, como había prometido el director del hotel, era agradable. El jardín olía bien, y de vez en cuando una mariposa nocturna ardía en las llamas de las velas.

El observador alemán, un catedrático de derecho internacional, había venido en sustitución de otra persona que se había descolgado en el último minuto. Ya llevaba algún tiempo trabajando para organizaciones internacionales, participando en comités, redactando informes y diseñando acuerdos. Pero nunca había actuado sobre el terreno. ¿Por qué lo había evitado hasta entonces? Quizá porque la tarea de observador no aporta influencia ni prestigio. ¿Y por qué ahora había hecho todo lo posible para entrar en el grupo? Quizá, pensó, para dejar de ser un charlatán que se limitaba a tomar decisiones sobre asuntos a los que nunca plantaba cara directamente. Era el de más edad de todos los observadores y estaba cansado: acababa de cruzar el Atlántico y el Golfo de México y se había pasado toda la noche entre los dos vuelos discutiendo con su novia en Nueva York.

Su compañero era canadiense, un ingeniero y hombre de negocios que, al ver que su empresa funcionaba perfectamente sin él, se había metido en una organización pro derechos humanos. Pronto comprobó que sus anécdotas de otras misiones en las que había participado no interesaban en absoluto al oficial y al comandante con los que debían partir al día siguiente a la más septentrional de las dos provincias marítimas, así que se sacó la cartera y puso sobre la mesa fotos de su mujer y sus cuatro hijos.

-¿Ustedes tienen familia?

El oficial y el comandante se miraron el uno al otro con desconcierto e incomodidad, y al principio no reaccionaron. Pero luego se echaron la mano a la chaqueta y sacaron también sus carteras. El oficial llevaba encima la foto de su boda, él en uniforme negro de gala, con guantes blancos, y su mujer vestida de blanco, con velo y cola, ambos con mirada seria y triste. También tenía una foto de sus hijos sentados en sendas sillas, la niña con vestidito de tul y blonda y el niño con uniforme de camuflaje, los dos demasiado pequeños para tocar el suelo con los pies, y con la misma mirada seria y triste.

-¡Qué guapa es su mujer! -exclamó el canadiense elogiando a la novia, una chica de ojos negros, labios rojos y mejillas redondeadas, y chasqueando la lengua. El oficial volvió a guardarse rápidamente la foto, como para proteger a los suyos de aquellas muestras de admiración. Acto seguido, el canadiense contempló la foto de la mujer del comandante, una sonriente universitaria con toga y birrete, y dijo:

-¡Vaya, otro que está casado con una belleza!

El comandante puso sobre la mesa otra foto, en la que aparecía él mismo con dos

niños cogidos de la mano, delante de una tumba. El alemán vio que el oficial entornaba los ojos y apretaba las mandíbulas. Pero la mujer del comandante no había muerto a manos de los militares, sino en el parto de su tercer hijo.

Luego las miradas se dirigieron al alemán. Él se encogió de hombros.

-Estoy divorciado y tengo un hijo mayor.

En el momento del divorcio, el niño tenía cinco años y desde entonces había vivido con su madre; se veían poco. Pero eso no era razón para que no llevase encima ninguna foto suya. Antes, cuando todavía era pequeño, tampoco lo hacía. ¿Por qué? ¿Porque le recordaba que no cumplía sus obligaciones de padre?

Llegó la comida. Al primer plato lo siguieron en rápida sucesión un segundo, un tercero y un cuarto, acompañados de vino tinto de la costa. El comandante comía y bebía concentrado, con la cabeza y el pecho inclinados sobre el plato. Al acabar cada plato cogía un trozo de pan, rebañaba el plato, se metía el pan en la boca y se incorporaba como si fuera a decir algo, pero no decía nada. Aunque no era mucho mayor que el oficial, parecía pertenecer a otra generación, una generación de hombres lentos, pesados, parcos en palabras, que lo habían visto todo. A veces miraba fijamente a los otros, al canadiense, que hablaba de su mujer y sus hijos, al oficial, que cogía el cuchillo y el tenedor levantando los dedos meñiques y hacía preguntas por educación, y al alemán, que, demasiado cansado para comer, se había reclinado en su silla y se limitaba a devolver la mirada al comandante.

Debería decir algo, pensó el alemán, y poner al día mi oxidado español. Pero no se le ocurría nada. Aunque los otros no habían hecho más que enseñarse las fotos de familia, tenía la impresión absurda de que eso los hacía partícipes de una hermandad de maridos y padres de la que él quedaba excluido y les otorgaba una especie de derecho a la vida del que él carecía.

Coincidiendo con la llegada del postre sonaron varios disparos, el tableteo de una ametralladora. Las conversaciones se interrumpieron, todos se pusieron a escuchar. Al alemán le pareció ver que el oficial y el comandante se miraban brevemente y meneaban ligeramente la cabeza.

-Eso era un kaláshnikov, o sea que ha sido uno de los suyos -dijo el canadiense mirando al comandante.

-Tiene usted buen oído.

-Ojalá ellos fueran los únicos que tienen kaláshnikovs -terció el oficial señalando con la cabeza al comandante.

Desde el valle llegaba el mismo zumbido que llevaban oyendo toda la noche, el zumbido de la central eléctrica, del aire acondicionado de los edificios de oficinas, comercios y viviendas, del tráfico, de los talleres y de los restaurantes. Y la respiración de los que dormían, los que se amaban y los que morían, pensó el alemán, y aquella idea le resultó agradable.

Se despertó a las cuatro, como le sucedía siempre después de cruzar en avión el Atlántico. Salió al balcón. La ciudad reposaba a oscuras en el valle. El aroma de las flores subía en oleadas desde el jardín. El aire era tibio. Abrió la tumbona y se estiró en ella. No recordaba haber visto nunca tantas estrellas. Vio una luz que se movía; la siguió con los ojos, la perdió, volvió a encontrarla, la perdió y la encontró una vez más y la acompañó hasta el horizonte.

A eso de las cinco empezó a amanecer. De repente el cielo negro se volvió gris, las estrellas se ocultaron y se apagaron las pocas luces de la ciudad y las laderas. En el mismo instante, los pájaros se pusieron a cantar, todos a una, formando un concierto sonoro y disonante, en el que de vez en cuando asomaba un fragmento de melodía, como un guiño secreto. ¿Sería ésa la razón de que la música varíe tanto en las diferentes culturas? ¿Porque los pájaros cantan diferente?

Volvió a entrar en la habitación. El desayuno se servía a las seis, y a las siete se pondrían en marcha. Se duchó y se vistió. En la bolsa de la ropa encontró una corbata que no conocía. Su novia debía de haberla metido entre los trajes después de la discusión. Le parecía increíble que pudieran haberse pasado toda la noche discutiendo si ella se iba a vivir a Alemania o él a Nueva York, si querían o no tener hijos, si él podía trabajar menos. Pero todavía le parecía más increíble que después de aquella discusión furiosa y agotadora ella hubiera sido capaz de meterle una corbata en el equipaje, como si no hubiera pasado nada.

Descolgó el teléfono, que, al contrario de lo que él había esperado, funcionaba correctamente, y llamó al hospital en el que su hijo llevaba unas semanas trabajando. Mientras esperaba que su hijo se pusiera al teléfono, el zumbido de la línea le recordó el zumbido de la ciudad.

-¿Qué pasa? -le preguntó el hijo, sin aliento.

-Nada. Quería pedirte que...

Quería pedirle que le enviara por fax una foto suya; si el teléfono funcionaba, el fax también debía funcionar. Pero no se atrevió.

-¿Qué quieres, papá? Estoy de guardia y tengo que volver enseguida a la consulta. ¿Desde dónde llamas?

-Desde América.

Hacía semanas que no hablaban. Antes lo llamaba por teléfono cada domingo, pero había dejado de hacerlo porque nunca conseguían tener una conversación fluida.

-Lláname cuando vuelvas.

-Te quiero, hijo.

Era la primera vez que decía eso. Siempre que veía en las películas americanas la facilidad con que los padres y las madres se lo decían a sus hijos e hijas, se proponía seguir su ejemplo. Pero siempre le había dado vergüenza.

Al hijo también le daba vergüenza.

-Yo también..., también..., te deseo lo mejor, papá. Hasta pronto.

Nada más colgar, se preguntó si debería haber dicho algo más. Por ejemplo, que siempre había tenido ganas de decirle que lo quería. O que ahora que estaba tan lejos de casa se había puesto a pensar en todo lo que le importaba de verdad, y entonces... Pero eso no habría servido de mucho.

Salieron en cuatro jeeps, a la cabeza el oficial, luego el canadiense, luego el alemán y detrás el comandante. Iban sentados en el asiento trasero; en los delanteros iban el chófer y el escolta. El canadiense y el alemán habrían preferido viajar juntos, pero el oficial y el comandante se negaron. «No, ingeniero», le dijeron al canadiense, y «No, profesor» al alemán. Todavía podían quedar minas en la carretera que cruzaba las montañas, y así, en caso de explosión, se evitaría que volaran dos observadores al mismo tiempo.

Avanzaban a una velocidad endiablada. Hacía fresco, el jeep tenía la capota bajada, el aire soplabá, y el alemán tenía frío. Al cabo de un rato se acabó el asfalto y empezaron las piedras, la tierra y los baches. La velocidad disminuyó, pero las sacudidas aumentaron, de modo que el alemán tuvo que seguir agarrándose a donde podía para no salir despedido. Con el traqueteo empezó a entrar en calor.

La carretera subía entre curvas hacia las montañas. Tenían previsto detenerse en el puerto a mediodía, pasar la noche en un convento situado a medio camino y llegar por la tarde del día siguiente a la capital de la provincia.

-¿Tiene idea de por qué no nos llevan en helicóptero al otro lado de estas malditas montañas?

El segundo jeep había sufrido un reventón, y mientras los chóferes cambiaban el neumático, el canadiense le ofreció al alemán un trago de whisky de una petaca plateada.

-Seguramente es un problema de protocolo. Si fuéramos en helicóptero estaríamos en manos del ejército, y así estamos también en manos de la guerrilla.

-¿Prefieren arriesgarse a que saltemos por los aires antes que ponerse de acuerdo en el protocolo? -dijo el canadiense meneando la cabeza y tomando otro trago-. Voy a preguntárselo.

Pero lo dejó correr. El oficial y el comandante discutían acaloradamente. De pronto el comandante se dirigió a su jeep, se sentó al volante, arrancó y rebasó a los otros coches haciendo saltar pedazos de hierba y de tierra del borde de la carretera. El alemán y el canadiense tuvieron que apartarse de un salto. El comandante se detuvo en medio de la carretera, delante del jeep del oficial. Sin decir palabra, el canadiense le volvió a alargar la botella al alemán.

-Tengo más en la maleta.

Cuanto más subían, más despacio avanzaban. La carretera se hacía cada vez más estrecha. Estaba tallada en un peñasco quebradizo que por un lado se elevaba rampante y por el otro caía a pico hacia el valle. A veces tenían que apartar una roca o rellenar con piedras y ramas un bache, o asegurar un jeep con una soga si al paso del jeep precedente se habían desprendido demasiados cascotes. El aire era caliente y húmedo, y en el valle humeaba la niebla.

Cuando llegaron al puerto ya estaba oscureciendo. El comandante se detuvo.

-Hoy ya no seguimos.

El oficial se le acercó y ambos intercambiaron en voz baja unas palabras que el alemán no entendió. Por fin el oficial exclamó:

-¡Bajen todos! Seguiremos mañana.

A la izquierda de la carretera había una gran explanada en cuyo extremo se levantaba una pequeña iglesia. Más allá, la mirada se perdía en la inmensidad de las cordilleras cubiertas por la niebla y el manto gris del crepúsculo. La iglesia había sido destruida por un incendio. Los vanos de las puertas y ventanas estaban orlados de hollín, y la viguería del tejado carbonizada. Pero el campanario estaba intacto; era un cubo rechoncho sobre el que se elevaba otro más estrecho con el armazón de la campana, coronado por un tejado redondo con una gran cruz. Con la oscuridad, las huellas del incendio se iban haciendo invisibles, y al cabo de un rato la silueta de la iglesia se recortaba intacta contra el cielo gris. Casi parecía una iglesia bávara o austríaca al pie de los Alpes.

El alemán revivió la escena. Hacía unos veinte años, estaba pasando dos semanas de vacaciones con su hijo en un lago cercano a Munich. Una tarde, a principios de la segunda semana, fueron como cada tarde a la iglesia situada en lo alto de una colina a la salida del pueblo. Ante ella había una plaza que bajaba hacia el pueblo, y por detrás los prados se elevaban hasta convertirse en colinas y montañas. Al fondo estaban los Alpes. Se sentaron en el banco de piedra de la plaza. Era otoño y ya refrescaba, pero la piedra del banco retenía el calor del día. Entonces un coche descapotable se detuvo al borde de la plaza, y su exmujer, acompañada de su joven novio, bajó del coche y cruzó la plaza. Se detuvieron delante del banco, ella con gesto entre coqueto y asustado y con un vestido blanco con cinturón dorado, y el novio en actitud chulesca y con pantalones negros de cuero y camisa blanca desabrochada.

-Hola, mamá.

El niño fue el primero en hablar. Se corrió hacia adelante en el banco; parecía que fuera a levantarse de un salto y salir huyendo, pero se quedó sentado.

-Hola.

Luego habló el novio. Venía con la intención de llevarse al niño. El juez le había concedido al padre sólo una semana de vacaciones con el hijo; la otra semana le correspondía a la madre.

Era cierto, pero aquel año habían acordado hacerlo de otra manera. La mujer lo sabía muy bien, pero no dijo nada. Tenía miedo. Tenía miedo de perder a su novio, por más que se diera cuenta de que era un fanfarrón y hablaba como un fanfarrón. El niño, proclamaba, tenía que estar con su madre y con el hombre que estaba ahora con ella. El padre veía todo aquel miedo: el de la madre y el que se ocultaba detrás de la fanfarronería del novio, un infeliz que se sentía inferior a él en términos materiales y en cuanto a posición en el mundo, y ni siquiera podía disfrutar del privilegio de ser más joven. Y también veía el miedo de su hijo, que hacía como si la cosa no fuera con él.

El otro se iba encendiendo, y ahora empezaba a gritar que aquello era un secuestro y a amenazarlo con el juzgado y la cárcel. Ordenó bruscamente al niño que se fuera con ellos al coche. El niño se encogió de hombros, se levantó y esperó. El padre vio la pregunta en sus ojos y la exhortación a luchar y a ganar, y luego la decepción al ver que se rendía. Habría podido contestarle al otro en el mismo tono, darle un puñetazo, salir corriendo con el niño. Cualquier cosa habría sido mejor que conformarse y encogerse de hombros él también. Se despidió del niño con una sonrisa impotente, al mismo tiempo de lamentación y de ánimo.

¿Lo hizo para ponerle las cosas más fáciles al niño? ¿O a la madre? ¿O a sí mismo? ¿Se alegró en el fondo de que su hijo se marchara, porque así podía ponerse a trabajar otra vez?

Los jeeps atravesaron la explanada y se detuvieron delante de la iglesia con los motores en marcha y los faros encendidos. El oficial y el comandante dieron unas cuantas órdenes, y los soldados se pusieron a trabajar en la iglesia. El alemán cruzó la explanada y rodeó la torre, encontró detrás de ella un anexo de dos plantas y dos habitaciones, también quemado, y detrás del coro una escalera que descendía por la ladera. Estaba demasiado oscuro para ver hasta dónde conducía. Se quedó allí de pie, contemplando fijamente los escalones. De vez en cuando le llegaba algún grito, como el chillido de un pájaro en sueños. Luego el oficial lo llamó.

Se giró para volver atrás. Sólo entonces se dio cuenta de que junto al escalón superior había alguien en cuclillas. Se asustó al ver que alguien lo estaba observando y espiando. No distinguía si aquella figura cubierta con un poncho oscuro era de un hombre o una mujer. La figura, sin levantar la mirada, dijo algo que él no entendió. Le pidió que lo repitiera, y la figura volvió a hablar, pero el alemán no entendió siquiera si repetía lo que había dicho antes o decía algo nuevo. El oficial volvió a llamarlo.

En la iglesia, los conductores trabajaban a la luz de los faros; amontonaban madera chamuscada procedente de la viguería del tejado, los bancos y los confesonarios y limpiaban el suelo alrededor del altar. El oficial y el comandante no estaban por allí. En el escalón de piedra de la escalera del campanario estaba sentado el canadiense, con la petaca plateada en la mano.

-¡Venga para aquí! -dijo llamando al alemán con la mano y la petaca.

El alemán se sentó, tomó un trago y lo hizo correr por la boca hasta sentir que le quemaba.

-¿No le parece raro que hayan traído sacos de dormir y provisiones, si se suponía que íbamos a dormir en el monasterio? Están haciendo fuego para cocinar y preparando el coro de la iglesia para pasar la noche.

El alemán se tragó el whisky y tomó otro trago.

-Los han traído por si acaso. Sabían cómo está la carretera y que podía haber imprevistos.

-¿O sea que sabían cómo está la carretera? ¿Y a pesar de eso han preferido cruzar las montañas en jeep en lugar de en helicóptero?

-Nunca he ido en helicóptero.

-Rototototó -imitó el canadiense, trazando un círculo sobre su cabeza con la botella. Estaba borracho.

Entonces oyeron dos disparos y, un instante después, un tercero.

-Ha sido el comandante. O por lo menos, su pistola. ¿Usted lleva una?

-¿Una pistola?

El comandante y el oficial surgieron de la oscuridad.

-¿A quién le han disparado? -les gritó el canadiense.

-Éste se pensaba que había oído una serpiente de cascabel -dijo el comandante señalando con la cabeza al oficial-. Pero aquí no las hay, no se preocupen.

Durante la cena, el canadiense la emprendió con el comandante. Estaba empeñado en que era él el autor de los disparos, y le preguntaba por qué lo negaba. Al cabo de un rato, el oficial empezó a burlarse del ingeniero.

-O sea que está seguro de que los disparos procedían de una Tokarev. Deduzco que sabe distinguir por el sonido una Tokarev de una Makarov, una Browning o una Beretta. Pues mire, me parece asombroso que precisamente usted sea capaz de reconocer con tanta precisión el sonido de las armas, que precisamente usted sepa tanto de armas, precisamente usted.

El canadiense lo miró inquisitivo.

-¿No se marchó usted de Estados Unidos a Canadá porque no quería saber nada de armas?

-Sí, ¿y qué?

El oficial se rió y se dio una palmada en el muslo.

Cuando el fuego ya había quedado reducido a rescoldos y todos estaban ya dentro de los sacos de dormir, el alemán se puso a mirar al cielo entre los restos de lo que había sido el tejado. Volvía a abrumarlo aquella abundancia de estrellas. Buscó alguna luz que se moviera para seguirla con la vista como la otra vez. Pero no la encontró.

Un padre de verdad da la cara por su hijo. Si hace falta, se pelea por él. O huye con él. Pero no se queda quieto y se encoge de hombros. No se queda mirando con cara de tonto y sonrisa forzada cómo le arrebatan a su hijo.

Le vinieron a la mente otras escenas no menos vergonzosas. Una vez salió a cenar con unos compañeros de más edad. Ellos lo rechazaban y él los despreciaba, pero les ponía buena cara. Una noche, estando con su mujer y sus suegros, el padre de ella le hizo notar que prefería otro tipo de hombre para su hija, y él se quedó sentado con una educada sonrisa. En una sesión de baile le tocó la última canción con la más guapa, y pensaba acompañarla a casa, como se hacía con la última pareja de baile, pero de repente apareció otro tipo más alto y fuerte que él, le quitó de las manos a la chica y se le rió en la cara.

Le ardía la cara. Se moría de vergüenza. Los recuerdos de las derrotas de su vida, los propósitos frustrados, las ilusiones truncadas... No había nada más físico que la vergüenza. Quería desprenderse de ella y no podía; era como si la vergüenza lo zarandeara y le abriera las carnes. Como si lo partiera en dos. Sí, pensó, eso es la vergüenza. La sensación física de que te parten en dos, porque tienes o has tenido el corazón partido en dos. Una mitad despreciaba a los compañeros y la otra les ponía buena cara, la una odiaba a mi suegro y la otra lo respetaba por consideración a mi mujer, y a la chica guapa quise hacerla mía, pero no puse todo el corazón y todo el coraje. Y para mi hijo sólo he sido padre a medias.

Se durmió. Cuando se despertó, recobró inmediatamente la conciencia por

completo. Se incorporó y se puso a escuchar en la oscuridad. Quería saber qué era lo que lo había despertado. Pero la noche estaba en calma. Sólo volvió a oír el grito de un pájaro y un murmullo como de follaje seco agitado por el viento. De repente, el jeep que estaba aparcado delante del portal empezó a arder con un ruido sonoro y palpitante. Antes de que el alemán lograra salir del saco de dormir, el oficial ya corría hacia el portal. Salió a la explanada, subió al jeep que estaba junto al que ardía, soltó el freno y se puso a empujarlo. El alemán echó a correr para ayudarlo. Junto al fuego hacía un calor abrasador; pensó que las llamas iban a saltar al otro coche en cualquier instante. Pero lo consiguieron. Los otros dos jeeps estaban a una distancia segura.

-¿No había...?

-Sí, he puesto centinelas al lado del portal.

El oficial arrastró al alemán al interior de la iglesia. El coro estaba vacío. Los otros se hallaban de pie junto a la entrada, donde las llamas no iluminaban el interior de la iglesia. Nadie dijo nada hasta que se apagó el fuego. Luego el oficial y el comandante se pusieron a cuchichear, y los hombres desaparecieron en la oscuridad de la noche.

-Vamos a subir al campanario. Ustedes se van al coro. Tenga, profesor, coja mi pistola.

El oficial le dio su arma al alemán. Luego desapareció con el comandante.

El canadiense sujetó al alemán.

-Mañana por la mañana, en cuanto salga el sol, cogemos un jeep y dos soldados y nos volvemos a la capital. Si éstos no quieren que lleguemos a esa maldita ciudad, dejemos que se salgan con la suya. No me fui a Canadá en lugar de a Vietnam cuando era joven para que me maten aquí.

-Pero...

-¿Todavía no se ha dado cuenta? No nos quieren. No nos han matado por pura cortesía, aunque podrían haberlo hecho. Pero van en serio, y si no correspondemos a su cortesía, se dejarán de remilgos.

-¿Quiénes son?

-Ni lo sé ni me importa.

El alemán dudó.

-Hemos venido...

-... a traer la paz a este país, ¿no? Claro, me olvidaba, somos los apóstoles de la paz...

El canadiense se rió.

-¿Es que no lo entiende? Es lo que nos dijo el presidente: si éstos tienen ganas de pelearse, no habrá manera de hacer la paz con ellos. Es lo mismo que pasa con el alcohol. El alcohólico no deja de beber hasta que toca fondo, hasta que cae tan bajo que no puede caer más.

Se sacó la petaca del bolsillo.

-¡Salud!

El alemán se durmió a pesar de que estaba muerto de frío. Cuando empezaba a amanecer se despertó con los miembros ateridos. Se incorporó y vio a la izquierda los dos jeeps aparcados ordenadamente uno junto al otro y el tercero un poco más lejos, en medio de la explanada. No recordaba que lo hubiesen apartado tanto. Había jirones de niebla entre los árboles de la ladera, más allá de la explanada. La luz era gris y sin embargo hacía daño a los ojos.

Oyó ruidos. Metal chocando contra piedra, una y otra vez, y una y otra vez tierra cayendo sobre tierra con sordo estrépito. ¿Estarían cavando una tumba? El sol, una bola pálida y amarilla, se levantaba.

El traqueteo de las palas le recordó las vacaciones a orillas del mar y el castillo de arena que construyó con su hijo. Todos los niños construían castillos de arena con sus padres y su hijo quería tener un padre como todos los demás, y hacer con él lo que todos los demás hacen con sus padres. Y además el hijo no estaba dispuesto a conformarse con un castillo de arena cualquiera: quería un castillo del que poder alardear. Pero la laboriosa tarea no sirvió para nada, porque allí no había ningún compañero de escuela o de juegos ante el que pavonearse. Lo mismo sucedió con la excursión por las montañas que hicieron unos años más tarde. No llegaron tan lejos como pretendían, o como, a su parecer, habrían debido llegar para que el hijo supiera lo que era la satisfacción de superar un desafío. Se le ocurrieron otras situaciones en las que había fracasado, en las que había exigido en lugar de elogiar, reñido en lugar de consolar, desistido en lugar de comprometerse. Pasaron por su recuerdo como pasa un tren por el campo visual en la distancia. Un tren al que habría debido subir, pero que ya hacía tiempo que había salido.

Se sintió débil y se apoyó en el pedestal de una columna. Se puso a mirar al sol con los dientes castañeteándole. Como si el sol estuviera colgado en el cielo, pensó. Parecía que pudiera caerse en cualquier momento. ¿Caería sobre la tierra, abrasándolo y desintegrándolo todo en el lugar donde cayera? ¿O pasaría de largo y caería al vacío?

Sabía que estaba pensando tonterías, y sabía que era debido a la fiebre. Aquel miedo que penetraba en su cuerpo como el frío no tenía sentido. No hacía tanto frío, y tampoco había motivo para tanto miedo. No tenía por qué haber temido que su hijo viniera al mundo con alguna discapacidad, cayera en las drogas, fracasara en la escuela, se volviera depresivo, no fuera capaz de acabar los estudios, no encontrara mujer. Todo había salido bien, aunque no fuera mérito suyo. Aunque él no hubiera puesto de su parte lo que le correspondía. Aunque hubiera contraído una enorme deuda con su hijo y no la hubiera saldado todavía.

El ruido de la zanja cesó. Ahora el alemán sólo oía el castañeteo de sus dientes. Tenía que decidir si volvía atrás, solo o con el canadiense, o seguía adelante con el oficial y el comandante. No quería poner en peligro su vida. Pronto su hijo necesitaría

un padre cariñoso, benevolente, generoso. Pronto, pero antes cargarían los jeeps, el oficial y el comandante subirían al primero y seguramente le asignarían al canadiense el segundo y a él el tercero; quizá el canadiense accedería a seguir y se subiría al jeep petaca en mano, y todos esperarían que no entorpeciera la marcha de las cosas y no obstaculizase aún más la difícil normalidad de aquel difícil viaje. Tenía que decidirse. Pero casi no podía sostenerse sin apoyarse en la columna.

De repente vio que el canadiense, el oficial y el comandante estaban delante de la puerta de la iglesia. No sabía de dónde habían salido.

-Tenemos la misión de llevarlos a la ciudad, y lo haremos.

-Tienen la misión de llevarnos a la ciudad sanos y salvos. Pero si seguimos, los mismos que esta noche han matado a los centinelas y han incendiado el jeep nos harán saltar por los aires. ¡Pum!

-¿Pero qué se imaginaba? ¿Que íbamos de paseo? ¿De picnic? –exclamó el comandante, indignado.

-Sean quienes sean, si ayer no dieron señal de vida y tuvieron que esperar a la noche, es porque son demasiado débiles para mostrarse de día -terció el oficial.

El alemán se levantó y salió de la iglesia. Temblaba y le dolía todo el cuerpo. A la derecha de la iglesia, los conductores habían cavado una tumba. A un lado de la tumba, en el montón de tierra, estaban clavadas las palas plegables. Al otro lado yacían dos cadáveres. El alemán reconoció a su chófer del día anterior, con la garganta abierta y ensangrentada. A su lado yacía una mujer con varios disparos en el pecho. El alemán nunca había visto ningún muerto. No se mareó, no se sintió conmovido. Los muertos parecían lo que eran: muertos. ¿Era aquella mujer la persona que había visto en lo alto de la escalera? ¿La habían matado el oficial o el comandante? ¿Quizá por error? ¿Por nerviosismo?

Aparecieron dos chóferes, metieron a los muertos en la tumba, la cubrieron a paletadas y la aplanaron. Sin cruz, pensó, pero luego vio que uno de los conductores fabricaba una cruz atando dos palos.

Los otros cargaron en los jeeps el equipaje, los sacos de dormir y las provisiones. El canadiense caminaba al lado del oficial, intentando en vano detenerlo y convencerlo de algo, pero el militar no le hacía caso e iba de aquí para allá. El comandante ya estaba en el jeep.

Al ver al alemán, el canadiense dejó en paz al oficial y se le acercó.

-No quieren dejarnos volver.

Luego vio la chaqueta del alemán, y en ella la pistola que el oficial le había dado por la noche y que él se había guardado en el bolsillo, y le echó mano antes de que el alemán entendiera por qué le metía la mano en el bolsillo. Se fue corriendo hacia el oficial, se plantó ante él y empezó a gesticular con el arma en la mano.

Lo que sucedió a continuación fue tan rápido, los movimientos, los gritos, los disparos, que el alemán no entendió nada. Ése fue su primer pensamiento cuando se dio cuenta de que le habían disparado: Nunca sabré lo que ha ocurrido.

Le vino a la mente un libro cuyo autor describía un infarto que había sufrido: sudor en la frente y en las palmas de las manos, un ardor luminoso en los pulmones, un estirón en el brazo izquierdo, dolor en el pecho, creciente y decreciente como dolores de parto, pánico. Siempre había pensado que así sería, cuando llegase el momento, el último asalto a su vida. Pero no sentía nada luminoso, ni estirones, ni dolor, ni miedo. Sentía el pecho lleno, como si en su interior hubiera reventado una bolsa llena de líquido caliente que se desparramaba ahora por su interior.

El tiroteo había acabado. El comandante dio unas cuantas órdenes, unos hombres corrieron hacia los jeeps, otros hacia el oficial y otros hacia el canadiense, que estaba en el suelo. El alemán no veía si estaba herido y, en tal caso, si la herida era grave. Por un momento pensó que eso debería preocuparle, pero enseguida se dio cuenta de lo ridículo de su pensamiento. Quería estar solo. Puso un pie delante del otro y se deslizó a tientas apoyándose con la mano derecha en la pared de la iglesia. Quería llegar a la escalera.

El sol pálido y amarillo seguía colgado en el cielo, ahora un poco más arriba. Vio la ladera que caía al lado de la iglesia, cubierta de hierba y matorrales hasta la altura del pecho. Aquella ladera, y la siguiente, y la de más allá. De vez en cuando se alzaba una palmera de copa desgredada. El terreno era áspero, yermo, hostil. Un viento frío surcó la hierba que cubría las colinas. Parece como si el viento pasara por encima del mar, pensó.

Luego pensó en las deudas que le quedaban por saldar. ¿Las saldaría su hijo? ¿Le presentarían la factura a él? ¿O quizá su muerte tenía un sentido: saldar con ella sus deudas? ¿Quizá así no le presentarían la factura a su hijo? ¿Quizá así su hijo no tendría que pagar para ser feliz?

Se sintió feliz durante unos instantes. Ah, se dijo, no es demasiado tarde, no es demasiado tarde para querer a mi hijo. ¿Y si apareciera ahora por la escalera? Aunque fuera sólo una aparición, qué hermoso sería verlo subir por la escalera, con su bata de médico y su estetoscopio, con los que no lo he visto nunca, o con los eternos vaqueros y el eterno jersey azul, o de niño, corriendo, riéndose, sin aliento.

¿Sin aliento? ¿Adónde se había ido el calor de su pecho? ¿Por qué las piernas que hacía un momento lo transportaban se negaban a hacerlo ahora? Antes de que pudiera sentarse en la escalera, las piernas cedieron, y se vino abajo sobre las losas de piedra que limitaban con el primer escalón. Tumbado sobre el costado izquierdo, vio sangre seca, hierba entre las losas de piedra y un escarabajo. Quiso incorporarse, reptar hasta la escalera y sentarse en el primer escalón. Quería quedarse sentado allí, de manera que en el momento de la muerte se viniese abajo y se quedase allí sentado, hundido

en sí mismo. Quería quedarse allí para poder ver en el momento de la muerte el vasto territorio y para que el vasto territorio lo viera a él morir sentado en el primer escalón.

Nunca sabría por qué se apoderaba de él la vanidad en el momento de la muerte, a pesar de que allí no había nadie, nadie podía verlo, y no podía impresionar ni decepcionar a nadie. Podría averiguarlo si pensaba en ello. Pero no tenía tiempo para pensar. No consiguió incorporarse. Quedó tumbado en el suelo, sintiendo el viento frío, pero ya sin poder verlo surcar la hierba. También le habría gustado ver las palmeras despeinadas y desgredadas. Le recordaban algo; si conseguía volver a verlas, quizá averiguara qué le recordaban.

Se dio cuenta de que sólo le quedaban unos instantes. Uno para pensar en su madre, otro para las mujeres de su vida, y otro para... Su hijo no subió por la escalera. Al fin resultaba que sí era demasiado tarde. Le entristeció no ver en aquellos últimos momentos la película de su vida. Le habría gustado verla. Le habría gustado no hacer nada, simplemente relajarse y mirar. Pero en lugar de eso se veía obligado a pensar hasta el último momento. La película..., ¿por qué la muerte no cumplía lo que se esperaba de ella? Pero luego ya estaba demasiado cansado para querer siquiera ver la película.

LA MUJER DE LA GASOLINERA

1

Ya no sabía si alguna vez lo había soñado de verdad o sólo se lo había imaginado desde el primer momento. Tampoco sabía qué imagen, qué historia o qué película le había inspirado aquel sueño. Tuvo que ser cuando tenía quince o dieciséis años, que era la edad a la que el sueño empezó a acompañarlo. Antes solía imaginárselo cuando se aburría en clase o durante las vacaciones con sus padres, luego en las reuniones del trabajo o viajando en tren, cuando, cansado, soltaba los papeles que tenía en la mano, echaba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos.

Había contado el sueño unas cuantas veces, a algún que otro amigo y a una mujer con la que, años después de amarse y separarse, se encontró en una ciudad que no era la suya y pasó el día paseando y charlando. No es que se propusiera mantenerlo en secreto. Simplemente no había motivo para contarlo más a menudo. Además no sabía por qué lo acompañaba; estaba claro que revelaba algo sobre él, pero no sabía qué, y le desagradaba la idea de que otra persona pudiera descubrirlo.

En el sueño, viaja en coche por una llanura ancha y desierta. La carretera es recta; a veces desaparece en una hondonada o detrás de una colina, pero siempre puede seguirla con la vista en el horizonte, en dirección a las montañas. El sol está en el cénit y el aire tiembla sobre el asfalto.

Lleva mucho rato sin cruzarse ni adelantar a ningún coche. Según el letrero y el mapa, el pueblo más cercano está a sesenta millas, en algún lugar de las montañas o más allá de ellas, y por lo que puede ver tampoco hay ninguna casa a la izquierda ni a la derecha. Pero luego aparece una gasolinera a la izquierda de la carretera. Una gran explanada de tierra, dos surtidores en el centro, detrás una casa de dos pisos, de madera, con veranda cubierta. Frena, gira hacia la explanada y se detiene junto a un surtidor. El polvo que el coche ha levantado a su paso vuelve a depositarse en el suelo.

Se pone a esperar. Justo en el momento en que va a bajar del coche para ir a llamar a la puerta de la casa, ésta se abre y sale una mujer. Las primeras veces que se imagina el sueño, todavía es una chiquilla, pero con los años se convierte en una mujer joven y va haciéndose mayor hasta llegar a unos treinta y cinco años, donde deja de envejecer. Mientras él cruza la frontera de los cuarenta y los cincuenta, ella permanece idéntica. Normalmente lleva vaqueros y una camisa a cuadros, a veces un vestido hasta los tobillos que ondea con el aire, también de azul vaquero desteñido o con un estampado desteñido de flores azules. Es de estatura media, robusta pero no gorda, tiene pecas por toda la cara y los brazos, pelo rubio ceniza, ojos grises y boca generosa. Se acerca con paso decidido, y con gesto igual de decidido agarra la manguera con la mano izquierda, abre con la derecha la tapa del depósito y le llena el tanque del coche.

Entonces el sueño da un salto. Nunca se ha imaginado las escenas en que la saluda y ella le devuelve el saludo, en que se miran el uno al otro y hablan, en que ella le sirve un café o una cerveza, le pregunta si no tiene prisa, y lo invita a subir con ella al dormitorio. Se ve a sí mismo y a la mujer tumbados en la cama deshecha después de hacer el amor, ve las paredes, el suelo, el armario y la cómoda, todo pintado de azul celeste, ve la cama de hierro y las franjas de luz que el sol proyecta sobre las paredes, el suelo, los muebles, las sábanas y los cuerpos de los dos, a través de las láminas de la persiana también pintada de azul celeste. Es sólo una imagen, no una escena con acción y diálogo, sólo color, luz, sombras, el blanco de las sábanas y las formas de sus cuerpos. La acción no se reanuda hasta el atardecer.

Ha dejado el coche aparcado junto a la casa y la pequeña ranchera de ella. Detrás de la casa también hay una veranda cubierta, y luego unos cuantos huertos con tomates y melones, y un invernadero que ella ha construido para proteger de la arena las variadas frutas del bosque que cultiva. Más allá está el desierto, salpicado de matorrales y con un torrente seco en el que el agua que lo llena cada invierno ha ido

excavando a lo largo de décadas o siglos un hoyo de tres o cuatro metros en el suelo rocoso. Ella se lo ha enseñado mientras lo llevaba hasta la bomba que extrae el agua de un profundo pozo. Ahora él está sentado en la veranda viendo cómo se oscurece el cielo. La oye trastear en la cocina. Cuando venga un coche, él se levantará, cruzará la casa y la explanada y manejará la manguera del surtidor. También se levantará cuando ella encienda la luz en la cocina y el reflejo caiga en el suelo de la veranda a través de la puerta abierta; encenderá la lámpara del recibidor, que está entre los dos surtidores e ilumina la explanada. Se pregunta si la lámpara se quedará encendida toda la noche y si su luz entrará en el dormitorio, esa noche y la siguiente y todas las noches que vendrán.

A menudo los sueños que nos acompañan constituyen un contraste respecto a la vida que llevamos. El aventurero sueña que vuelve a casa, y el sedentario que emprende un viaje heroico hacia un país lejano.

El soñador de este sueño llevaba una vida tranquila. No una vida aburguesada y aburrida; hablaba inglés y francés, hizo carrera en el país y en el extranjero, permaneció fiel a sus convicciones a pesar de los obstáculos, superó crisis y conflictos y llegó a los cincuenta y muchos lleno de vigor y de éxito, después de haber visto mundo. Siempre estaba un poco tenso, en el trabajo, en casa o durante las vacaciones. No es que hiciera las cosas con precipitación ni con descuido. Pero debajo de la tranquilidad con la que escuchaba, respondía y trabajaba, vibraba una tensión, surgida de su concentración en la tarea y de su impaciencia porque en la realidad las cosas no se solucionaban nunca al mismo paso que la solución imaginada. A veces la tensión le resultaba un tormento, pero a veces era como una energía, como una fuerza que le daba alas.

Tenía encanto. Cuando trataba con personas y cosas, sabía mostrarse distraído y torpe de una manera encantadora. Como sabía que su distracción y su torpeza no estaban a la altura de las personas y las cosas en cuestión, intentaba hacérselo perdonar con una sonrisa. Eso le sentaba bien a su cara; hacía surgir en torno a su boca un rasgo vulnerable y en torno a sus ojos un rasgo de tristeza, y como en su petición de perdón no había propósito de enmienda, sino la confesión de su incapacidad, su sonrisa resultaba tímida y llena de autoironía. Su mujer se preguntaba a menudo hasta qué punto aquel encanto era natural, si aquellos aires distraídos y torpes no constituían una forma de coqueteo, si la sonrisa era postiza, si era consciente de que su vulnerabilidad y tristeza despertaban en los otros el deseo de consolarlo. Nunca llegó a averiguarlo, ni lo necesitaba, le bastaba comprobar que aquel encanto suyo le hacía ganar las simpatías de médicos, policías, secretarias y dependientas, niños y perros, sin que él pareciera darse cuenta.

Aquel encanto ya no causaba efecto en ella. Al principio pensaba que se había desgastado, igual que se desgastan las cosas que tenemos de continuo a nuestro alrededor. Pero un día se dio cuenta de que estaba harta de aquel encanto. Harta. Un día, de vacaciones con su marido en Roma, estaban los dos sentados en la Piazza Navona, y él acariciaba la cabeza a un perro vagabundo y mendigo con el mismo gesto entre cariñoso y distraído con que a veces le acariciaba la cabeza a ella, y exhibía la misma sonrisa entre cariñosa y tímida con la que acompañaba el gesto al dedicárselo a ella. Aquel famoso encanto no era más que una manera de retirarse y mantenerse aparte. Era el ritual con el que su marido disimulaba que se sentía molesto.

Si ella se lo hubiera reprochado, él no habría entendido nada. Su matrimonio estaba lleno de rituales, y precisamente ésa era la clave de su éxito. ¿Acaso todos los

buenos matrimonios no se alimentan de rituales?

Su mujer era médica. Siempre había trabajado, incluso cuando sus tres hijos eran pequeños, y cuando los niños crecieron se dedicó a la investigación y llegó a ser catedrática. El trabajo nunca se había interpuesto entre ellos, ni el de ella ni el de él; tenían los horarios repartidos de tal manera que pese a la escasez de tiempo libre conseguían reservar unas horas consagradas a los hijos y otras reservadas a ellos mismos como pareja. También durante las vacaciones había cada año dos semanas en las que dejaban a los niños en manos de la puericultora que solía encargarse de ellos, y se iban de viaje juntos. Todo eso exigía un manejo disciplinado y ritualizado del tiempo, que dejaba poco margen a la espontaneidad; eran conscientes de ello, pero también de que la espontaneidad de sus amigos no daba como resultado que estaban más tiempo juntos, sino al revés. No, habían sabido organizarse la vida con sus rituales de una manera muy razonable y satisfactoria.

El único ritual que se había perdido era el de hacer el amor. No sabía cuándo ni por qué. Recordaba la mañana en que, al despertarse, vio a su lado en la cama la cara hinchada de su mujer, captó el olor acre de su sudor, oyó el silbido de su respiración y se sintió repelido por todo aquello. También se acordaba del horror que lo invadió. Cómo podía sentirse de repente repelido, si antes la cara hinchada de su mujer le parecía dulcemente mofletuda, su olor acre lo excitaba y el silbido de su respiración le divertía. A veces se le antojaba que era el bajo continuo de una melodía que él silbaba y con la que la despertaba. En cualquier caso, lo de hacer el amor se acabó, no aquella misma mañana, pero sí al cabo de algún tiempo. En algún momento los dos dejaron de dar el primer paso, aunque ambos habrían estado dispuestos a reaccionar al primer paso del otro. Les quedaba un poco de deseo, el justo para dar el segundo paso, pero no el primero.

De todos modos, ninguno de los dos abandonó el dormitorio común. Ella habría podido dormir en su despacho y él en una de las habitaciones de los niños, que ahora estaban libres. Pero ninguno de los dos estaba dispuesto a romper de esa manera con los rituales de desnudarse, dormirse, despertarse y levantarse juntos. Ni siquiera ella, que era más áspera, sobria y franca que él, pero al mismo tiempo cargaba con cierta timidez. Ella tampoco quería perder lo que quedaba de los rituales. No quería perder la vida que tenían juntos.

Y sin embargo un día todo acabó. Un día estaban preparando las bodas de plata, la lista de invitados, el alojamiento para éstos, el banquete en el restaurante, la excursión en barco. Se miraron el uno al otro y supieron que algo fallaba en todo aquello. No tenían nada que celebrar. Habrían podido celebrar quince años de matrimonio, quizá también veinte. Pero en algún momento su amor había desaparecido, se había evaporado, y si el continuar juntos pese a ello no era una mentira, celebrar una fiesta sí lo habría sido.

Ella lo dijo así, y él estuvo de acuerdo inmediatamente. Dejarían correr lo de la fiesta. Después de tomar esa decisión, se sintieron tan aliviados que descorcharon una

botella de champán y estuvieron hablando como no lo hacían desde mucho tiempo atrás.

¿Es posible enamorarse de la misma persona por segunda vez? ¿Qué pasa si la segunda vez ya conocemos al otro demasiado bien? ¿Será cierto que para enamorarse es necesario desconocer todavía al otro, que el otro tenga aún espacios en blanco sobre los que uno pueda proyectar sus propios deseos? ¿O quizá, llegado el caso, la proyección puede ser tan intensa que no sólo cubra con sus ilusiones los espacios en blanco del otro, sino todo el mapa que ya nos hemos hecho de él? ¿O quizá se puede amar a alguien sin proyectarse en él?

Se hizo esas preguntas, que más que inquietarlo, lo divirtieron. Lo que le sucedió en las siguientes semanas, proyección o realidad, fue bonito, y lo disfrutó. Se lo pasaba bien charlando con su mujer, quedando con ella para ir al cine o a un concierto, y paseando al atardecer como lo habían hecho años atrás. Era primavera. A veces, cuando pasaba a buscarla al instituto, no la esperaba directamente en la puerta, sino en la esquina, a cincuenta metros, para darse el gusto de verla venir hacia él. Ella acudía a grandes pasos, con prisa, porque aquella mirada tan directa la incomodaba; avergonzada, se recogía el pelo detrás de la oreja con la mano izquierda y lucía una sonrisa tímida y torcida. En aquellos gestos reconocía el sofoco juvenil de la chica de la que se había enamorado hacía tantos años. Tampoco habían cambiado la postura y los andares, e igual que entonces, los pechos le brincaban a cada paso bajo el jersey. Él se preguntaba cómo podía ser que durante tantos años hubiera perdido de vista todo aquello. ¡Cuántas cosas había dejado pasar! Y qué contento estaba de volver a tener ojos en la cara. Y de que ella siguiera siendo tan guapa. Y de que fuera su mujer.

Seguían sin hacer el amor. Al principio sus cuerpos se repelían. Pero luego, cuando volvieron a acostumbrarse el uno al otro, no fueron más allá de unos cuantos roces cariñosos al despertarse, mientras paseaban, cuando cenaban el uno frente al otro o se sentaban juntos en el cine. Al principio, él pensaba que ya llegaría el momento en que les apetecería hacer el amor, y que sería bonito. Luego empezó a preguntarse si realmente llegaría, y si realmente sería bonito, y si de verdad lo deseaban. Y, por otra parte, ¿sería capaz? Durante los años en que su matrimonio se había deteriorado, había habido dos noches con otras mujeres, una con una intérprete y la otra con una compañera de trabajo, las dos veces con mucho alcohol en el cuerpo y con una mañana después llena de distancia e incomodidad, y también momentos ocasionales de triste autosatisfacción, casi siempre en alguna habitación de hotel durante un viaje. ¿Y si su cuerpo había olvidado la conexión natural entre el amor, el deseo y el sexo? ¿Se habría vuelto impotente? Intentó autosatisfacerse para comprobar su potencia sexual, pero no lo logró.

¿O quizá simplemente debían tomarse un poco más de tiempo? Pensó que no tenían ningún motivo para apresurarse y que daba lo mismo si se acostaban dentro un año que si lo hacían dentro de un mes, una semana o un día. Pero eso en el fondo no

era lo que quería. Tenía ganas de liquidar el tema del sexo y se sentía impaciente porque la liquidación real iba muy por detrás de la imaginaria. En general se estaba volviendo más impaciente con los años. Todo asunto sin resolver le molestaba, aunque supiera que podía despacharlo fácilmente. En todas partes veía cabos sueltos que le molestaban: en la semana siguiente y en el verano siguiente, en la compra de un coche nuevo y en la visita de los hijos por Semana Santa. Incluso en el viaje a América.

El viaje fue idea de su mujer. Una segunda luna de miel, ¿o es que lo que estaban viviendo no era como si hubieran vuelto a casarse? De jóvenes a menudo soñaban con cruzar Canadá en tren, de Québec a Vancouver, llegar hasta Seattle, y luego bajar en coche por la costa hasta Los Angeles o San Diego. Al principio el viaje les pareció demasiado caro, luego demasiado largo para las semanas de vacaciones sin los niños, que de todos modos se habrían aburrido con tanto tren y tanto coche. Pero ahora tenían todas las vacaciones para ellos, podían tomarse cuatro semanas o cinco o seis y pagarse un coche cama o un coche de alquiler de lujo: parecía evidente que había llegado el momento de materializar el antiguo sueño.

Salieron en mayo. En Québec hacía el tiempo típico del mes de abril: chubascos breves y frecuentes, entre los cuales las nubes se abrían y los tejados húmedos relucían al sol. En la llanura de Ontario, el tren cruzaba campos verdes que no se acababan hasta que el cielo y la tierra se tocaban, un mundo verde y azul. En las Montañas Rocosas, durante una tormenta, el tren se detuvo ante un montículo de nieve acumulada, y pasó toda una noche hasta que llegó el quitanieves.

Aquella noche hicieron el amor. El traqueteo y balanceo del tren había entonado sus cuerpos igual que lo hacen un día caluroso o un baño caliente. Durante el tiempo que pasaron detenidos en pleno descampado, la calefacción era débil, la tormenta aullaba en torno al vagón, y el frío penetraba en el departamento por el suelo y las ventanas. Se metieron juntos en la cama, rieron, temblaron, se abrazaron y se sostuvieron hasta que se encontraron envueltos en un capullo de calor. A él el deseo lo invadió de improviso, y por miedo a que lo abandonase también de repente, se aplicó de inmediato a la tarea, y se sintió reconfortado cuando todo acabó. Ella lo despertó en medio de la noche, y hacer el amor fue como tomar aliento serenamente. Por la mañana lo despertó el pitido con que la locomotora saludaba al quitanieves ya cercano. Miró por la ventana la nieve y el cielo, un mundo azul y blanco. Era feliz.

Se quedaron unos días en Seattle. La casa en la que tenían el *bed & breakfast* estaba en la ladera de Queen Anne Hill y disfrutaba de una amplia vista de la ciudad y la bahía. Entre los rascacielos se veía una autopista de muchos carriles, cubierta de una cadena de coches que raras veces se interrumpía; de día era un desfile de colores y por la noche una retahila sin solución de continuidad de faros contra faros y luces traseras contra luces traseras. Como un río que por un lado subiera y por el otro bajara, pensó. De vez en cuando les llegaba el sonido de la sirena con la que un coche patrulla o una ambulancia hacía apartarse a los otros vehículos, y la primera noche, como no podía dormir, se levantaba cada vez y se asomaba a la ventana para ver cómo se abría paso el coche con luces rojas y azules en el techo. A veces también les llegaba la bocina con la que un barco saludaba al entrar o salir del puerto. Eran barcos cargados hasta los topes de variopintos contenedores y rodeados de veleros grandes y pequeños con las velas hinchadas y multicolores. Siempre soplaba viento fuerte.

Durante las horas de insomnio se dedicó a mirar a su mujer dormida. La veía tal como era: con su edad, sus arrugas, la papada, la piel fofa bajo las orejas y los ojos. Pero ahora la cara hinchada, el olor acre y la respiración sibilante ya no le repugnaban. La última mañana que pasaron en el tren la despertó silbando, como hacía antes, y disfrutó cogiéndole la cara entre las manos y sintiéndola entre las manos, y después de hacer el amor disfrutaba con el olor a amor y sudor bajo la manta. Era maravilloso que todavía fuera capaz de despertarla así, que todavía dominase y disfrutase los rituales de su amor, que tampoco ella hubiese olvidado ni perdido nada. Era maravilloso que su mundo volviera a estar entero.

Comprendió que su amor había creado un mundo que iba más allá de los sentimientos que se tenían el uno hacia el otro. En los últimos años, esos sentimientos se habían apagado, pero aquel mundo seguía en pie. Aunque había perdido el color y se había vuelto blanco y negro, aquel mundo desteñido había seguido existiendo. Y ahora estaba recobrando el color.

Empezaron a hacer proyectos. Eso también fue idea de ella. ¿Qué tal si reformaban la casa? No hacían falta tres habitaciones para los hijos; bastaría con una para sus visitas cada vez más escasas, y algún día para las de los nietos. Él siempre había soñado con tener una habitación en la que poder estar a sus anchas, leyendo y escribiendo el libro que venía madurando desde hacía años y para el que recogía material de vez en cuando. ¿Y si aprendían juntos a jugar a tenis? Ya no llegarían a ser grandes jugadores, desde luego, pero ¿qué importaba? ¿Y qué había de aquella oferta de trabajar seis meses en Bruselas de la que él había hablado? ¿Seguía en pie? Si ella pedía una excedencia, podían irse juntos los seis meses a Bruselas. A él le encantaban aquellas ocurrencias y el entusiasmo que su mujer ponía en ellas. Y participaba en los proyectos. Pero en realidad no le apetecía cambiar nada de lo que constituía su vida de pareja, aunque no se atreviera a decirlo.

No quería hablar de su miedo a las cosas sin resolver, del que lo desconocía todo: su significado, su origen y la razón de que se incrementase con los años. Se manifestaba sobre todo en su rechazo a los cambios; con cada cambio se le hacía mayor el peso de las cosas sin resolver. Pero ¿por qué? ¿Porque los cambios cuestan tiempo y el tiempo corre y se escapa cada vez más deprisa? ¿Y por qué el tiempo pasa cada vez más deprisa? ¿Quizá porque nuestra sensación del paso del tiempo está condicionada por la cantidad de tiempo que nos queda? ¿Quizá el tiempo pasa más deprisa con la edad porque el tiempo de vida restante va disminuyendo, igual que la segunda mitad de las vacaciones se nos pasa más deprisa que la primera? ¿O en realidad tiene que ver con los objetivos personales de cada uno? ¿Quizá en la juventud el tiempo se nos hace largo porque esperamos con impaciencia alcanzar por fin el éxito, ganar reputación, hacernos ricos, y en la vejez se acelera porque ya no nos queda nada que esperar? ¿O quizá con los años los días pasan más deprisa porque ya conocemos todas las variantes del discurrir de los días, igual que andamos más deprisa por un camino que ya conocemos? Pero si fuera así, los cambios deberían ser siempre bienvenidos. Entonces, ¿quizá el tiempo que le quedaba era demasiado poco para perderlo con cambios? Pero realmente no era tan viejo...

Su mujer no se daba cuenta de que detrás de aquellas objeciones se ocultaba un rechazo por principio. Pero una vez que él se encastilló en una objeción especialmente nimia, ella le preguntó, riéndose pero enfadada, qué pretendía con aquello. ¿Seguir viviendo como en los últimos años?

Alquilaron un coche grande, un descapotable con aire acondicionado, lector de CD y toda clase de refinamientos electrónicos. Compraron un montón de compactos, todos los que les apetecían, y otros elegidos a ciegas. Cuando llegaron al cabo desde el que divisaron por primera vez el Pacífico, su mujer puso una sinfonía de Schubert. Él habría preferido seguir escuchando la emisora americana que emitía música de la época en que iba a la universidad. También habría preferido quedarse sentado dentro del coche en lugar de salir con ella y caminar bajo la lluvia. Pero lo cierto es que la sinfonía combinaba bien con la lluvia, el cielo gris y las olas grises que se abalanzaban contra la playa, y sintió que no tenía derecho a estropearle a su mujer la puesta en escena. Era ella quien había conducido hasta allí y había encontrado la pequeña carretera que llegaba hasta la playa. Y había recordado que en el maletero había una lona azul que les sirvió para taparse. Estaban en la playa, oliendo el mar, escuchando a Schubert, a las gaviotas y el sonido de la lluvia contra la lona, y por el oeste, más allá de las nubes de tormenta, veían un pedazo de cielo crepuscular. El aire, aunque frío, era húmedo y denso.

Al cabo de un rato se cansó de estar bajo la lona, se detuvo un momento indeciso bajo la lluvia, cruzó la arena en dirección al mar y se metió en el agua. Estaba helada, los zapatos empapados pesaban, el pantalón mojado se le pegaba a las piernas y al vientre: no sentía en absoluto la ligereza que normalmente tienen los cuerpos en el agua, y sin embargo se sentía ligero mientras palmoteaba el agua y se dejaba caer contra las olas. Por la noche, en la cama, a ella todavía le duraba el entusiasmo por semejante demostración de espontaneidad. Él, en cambio, estaba más bien asustado y encogido.

Adoptaron un ritmo de viaje que los hacía avanzar cada día unas cien millas hacia el sur. Por la mañana viajaban sin prisas, deteniéndose a menudo, visitando parques nacionales y viñedos y caminando largas horas por la playa. Por la noche se conformaban con lo primero que encontraban: a veces un motel desvencijado al lado de la carretera, con grandes habitaciones que olían a desinfectante y en las que el televisor estaba atornillado a la pared a la altura de los ojos, a veces una casa en una zona habitada en la que ofrecieran *bed & breakfast*. A esas horas no tardaban en sentir el cansancio. O por lo menos eso se aseguraban el uno al otro cuando se metían en la cama temprano con un libro y una botella de vino. A él pronto empezaban a cerrársele los ojos, y apagaba su lámpara. Aunque una vez se despertó hacia medianoche y la encontró a ella leyendo todavía.

A veces se las arreglaba para poder esperarla y verla venir hacia él. Por ejemplo, le pedía que lo dejase en el restaurante de turno y se quedaba en la puerta esperando a que ella aparcara, saliera del aparcamiento y cruzara la calle. O echaba a correr por la playa, se giraba y la miraba. Siempre disfrutaba contemplando su figura y sus andares, y al mismo tiempo se sentía triste.

En Oregon la costa y la carretera estaban envueltas en niebla. Cada día, por la mañana, esperaban que el tiempo mejorase, y al caer la tarde ponían sus esperanzas en el día siguiente. Pero la niebla seguía cerniéndose sobre la carretera y los bosques y envolviendo las granjas. De no haber sido por el mapa, algunos pueblos, a veces sólo un puñado de casas, los habrían atravesado sin darse cuenta. A veces avanzaban una o dos horas cruzando bosques sin divisar una sola casa y sin cruzarse ni adelantar a ningún coche. Una vez se apearon y oyeron el ruido del motor en marcha rebotando contra la espesura de los árboles de ambos lados de la carretera; el ruido no se perdía, se quedaba allí, amortiguado por la niebla. Al apagar el motor, se hizo un silencio total: ni un crujido entre los arbustos, ni un pájaro, ni un coche, ni el mar.

Un día, después de dejar atrás hacía mucho tiempo el último pueblo y a treinta millas del siguiente, vieron la señal de una gasolinera. Y al cabo de un momento se encontraron allí, en una gran explanada de grava, con dos surtidores, una farola y una casa que se veía borrosa entre la niebla al otro extremo de la explanada. Frenó, giró hacia la explanada y se detuvo junto al surtidor. Se pusieron a esperar. En el momento en que él bajaba del coche para llamar a la puerta de la casa, la puerta se abrió y salió una mujer. Cruzó la explanada, los saludó, echó mano a la manguera, abrió la tapa del depósito y empezó a llenarlo. La mujer se quedó de pie junto al coche, con la mano derecha sosteniendo la manguera y la izquierda apoyada en la cadera. Se dio cuenta de que él no le quitaba los ojos de encima.

-La manguera está estropeada, tengo que aguantarla. Pero enseguida les limpio el parabrisas.

-Este sitio es muy solitario, ¿no?

Lo miró sorprendida y con recelo. Ya no era joven, y su recelo era el propio de una mujer que se había entregado muchas veces y había sufrido muchas decepciones.

-El último pueblo está a veinte millas y el siguiente a treinta... Me pregunto si... O sea, si no se siente sola... ¿Vive con alguien?

Ella percibió la seriedad, la concentración y la ternura en la mirada del hombre y sonrió. Para no dejarse seducir por aquella mirada, sonrió sarcástica. Él le devolvió la sonrisa, feliz y asustado por lo que tenía que decir a continuación.

-Es usted muy guapa.

Ella se sonrojó un poco, casi imperceptiblemente bajo las abundantes pecas, y dejó de sonreír. Ahora ella también estaba seria. ¿Guapa? Su belleza era cosa pasada, y ella lo sabía, aunque todavía gustara a los hombres, aunque todavía pudiera despertar su deseo y su orgullo y darles miedo. Escudriñó la cara del extraño.

-Sí, es bastante solitario, pero ya me he acostumbrado. Además...

Dudó un momento, echó una mirada a la manguera, levantó la vista y lo miró a la cara y, totalmente colorada y muy erguida, reconoció a su pesar que todavía albergaba esperanzas.

-Además, no voy a estar sola siempre.

Se quedó así un momento, rígida, sonrojada, mirándolo a los ojos. Cuando el depósito estuvo lleno, lo tapó, se apartó del coche y colgó la manguera en el surtidor. Se inclinó, sacó una esponja de un cubo, levantó los limpiaparabrisas y limpió el cristal. Él vio cómo examinaba curiosa a su mujer, que consultaba el mapa que tenía sobre las rodillas, levantaba un momento la vista para saludar con un gesto a la mujer y sonreírle a él, y seguía mirando el mapa.

Se sentía incómodo por no hacer nada mientras ella limpiaba el parabrisas. Pero al mismo tiempo disfrutaba mirándola y estudiándola. La mujer no llevaba vaqueros ni camisa a cuadros ni un vestido azul desteñido, sino unos pantalones de peto del color azul oscuro de la marca de gasolina y una camiseta blanca debajo. Era fuerte, pero se movía con ligereza. Sus movimientos tenían gracia, parecía gozar de la fuerza y ligereza de su cuerpo. El tirante de los pantalones se le deslizó del hombro, y ella lo volvió a poner en su lugar con el dedo, y a él ambas cosas lo conmovieron como si fueran gestos íntimos.

Cuando la mujer acabó de limpiar, él le pagó y ella se fue hacia la casa a buscar el cambio. Él la siguió. Después de dar unos cuantos pasos juntos, haciendo rechinar la grava, ella le puso la mano sobre el brazo.

-No hace falta que venga, ya le traigo yo el cambio.

De modo que se quedó en la explanada, a medio camino entre el coche y la casa. La mujer entró y la puerta se cerró tras ella.

¿Cuánto tiempo tengo para decidirme? ¿Un minuto? ¿Dos? ¿Cuánto tiempo necesita para reunir el cambio? ¿Lo tiene todo ordenado? ¿Tiene una caja con las monedas y los billetes clasificados por su valor, y sólo necesita coger unas pocas monedas de un cajón y unos pocos billetes de otro? ¿Se está dando prisa, o sabe que estoy disfrutando de cada minuto que pasa?

Miró al suelo y vio que la grava estaba húmeda por la niebla. Giró una piedra con la punta del zapato; quería averiguar si también estaba húmeda por debajo; lo estaba. Les había enseñado a sus compañeros de trabajo que pensar y decidir son dos cosas diferentes, que el pensar no conduce necesariamente a una decisión, y mucho menos a la decisión correcta: al contrario, puede hacerla más complicada y difícil, hasta el punto de paralizarla. Para pensar se necesita tiempo, y para decidir se necesita valor: eso solía decir, y sabía que lo que le faltaba ahora no era el tiempo para pensar, sino el valor para decidirse. También sabía que en la vida pesan tanto las decisiones que no se toman como las que se toman. Si no se decidía a quedarse allí, seguiría el viaje, aunque tampoco se hubiera decidido a hacerlo. Quedarse allí..., ¿qué debía decirle a la mujer? ¿Preguntarle si puedo quedarme? ¿Qué me contestará? ¿No se sentirá obligada a decir que no aunque le gustaría decir que sí, porque no puede asumir la responsabilidad que mi pregunta le impondría? Cuando salga por la puerta tengo que estar aquí con la bolsa y la maleta, y el coche tiene que estar fuera ya. Pero ¿y si no quiere que me quede? ¿Y si dice que sí ahora, pero luego cambia de opinión? ¿Y si soy yo quien cambia de opinión? No, eso no sucederá. Si nos queremos tener el uno al otro ahora, será para siempre.

Fue hacia el coche. Iba a decirle a su mujer que se habían equivocado, que no podían reconstruir su matrimonio por más que lo desearan. Que en las últimas semanas, a pesar de la alegría, en el fondo siempre se había sentido triste y no quería seguir viviendo con esa tristeza. Que sabía que era una locura jugárselo todo por una perfecta desconocida. Y que prefería estar loco a ser sensato pero estar triste.

Cuando estaba a unos pocos pasos del coche, su mujer levantó la vista. Miró hacia donde estaba él, se inclinó por encima del asiento del conductor, bajó la ventanilla y le dijo algo en voz alta. Él no lo entendió. Ella se lo repitió: había encontrado en el mapa las grandes dunas. Durante el desayuno se habían acordado de las fotos de las grandes dunas que habían visto alguna vez, y las habían buscado sin éxito en el mapa. Ahora las había encontrado. Ya no estaban lejos, llegarían antes de que anoheciera. Estaba radiante.

Su manera de gozar de cualquier pequeñez: cuántas veces lo había sorprendido y alegrado. ¡Y la ingenua confianza con la que transmitía su alegría! Era una confianza infantil, llena de esperanza de que los otros fueran buenos, se alegraran de las cosas

buenas y reaccionaran con bondad. Hacía años que no veía a su mujer así; aquella confianza no había vuelto hasta hacía unas semanas.

Estaba tan contenta... Lo saludó y lo abrazó. ¿Ya estaba listo? ¿Podían irse ya?

Asintió con la cabeza y echó a andar rápido, como si tuviera ganas de correr; subió al coche y lo puso en marcha. Mientras salían de la explanada, no miró atrás.

Su mujer le contó cómo había encontrado las dunas en el mapa y por qué aquella mañana no las habían visto. A qué hora de la tarde llegarían y dónde podían alojarse. Cuánto podían avanzar al día siguiente. Lo altas que eran las dunas.

Al cabo de un rato, ella se dio cuenta de que algo no iba bien. Él conducía despacio, mirando atentamente hacia la niebla, acompañando ocasionalmente lo que ella decía con un gruñido aprobatorio o de ánimo... No tenía nada de raro que no hablase, pero aquellos labios apretados y aquellas mejillas rígidas no eran normales. Le preguntó qué le pasaba. ¿Algún problema con el motor, un neumático, el pavimento? ¿La niebla y la carretera? ¿Otra cosa? Al principio le preguntó despreocupadamente, pero luego, al no recibir respuesta, volvió a hacerlo con tono más serio. ¿No se encontraba bien? ¿Le dolía algo? Cuando él detuvo el coche sobre la hierba del margen derecho, ella pensó que era algo del corazón o la circulación. Se quedó tieso, con las manos en el volante y la vista al frente.

-Déjame -dijo él. Ahora seguimos, sólo necesito un momento.

Pero aquellas pocas palabras disolvieron la tensión que le mantenía la boca cerrada y las mejillas contraídas y retenía las lágrimas. Llevaba decenas de años sin llorar. Quiso ahogar el llanto, pero el ahogo dio paso a un gemido y el gemido a un sollozo. Hacía gestos con los brazos como disculpándose e intentando explicar que el llanto se había apoderado de él, que no quería llorar pero no podía evitarlo. Pero entonces las lágrimas se llevaron por delante la necesidad de disculparse y dar explicaciones, y se quedó allí sentado sin más, con las manos en el regazo, la cabeza caída hacia adelante y convulsiones en el torso, y llorando en voz alta. Ella lo cogió por los brazos, pero él no se dejó abrazar y se quedó sentado tal como estaba. Viendo que el llanto no cesaba, ella decidió ir al pueblo más cercano a buscar un hotel y quizá también un médico. Cuando iba a cogerlo para desplazarlo al asiento del acompañante, él mismo se echó hacia aquel lado.

Volvieron a la carretera. Él seguía llorando. Lloraba por su sueño, por todo lo que la vida le había ofrecido y no había sabido aprovechar, por todas las veces que se había escondido, por todo lo que ya era irrecuperable e irremplazable. Nada volvería, no podía recuperar nada. Lloraba porque no quería con suficiente fuerza lo que quería, y porque muchas veces no sabía lo que quería. Lloraba por lo que había de difícil y negativo en su matrimonio, y al mismo tiempo también por lo que tenía de hermoso. Lloraba por las decepciones que se había infligido a sí mismo, y por las esperanzas y expectativas que había compartido con su mujer durante las últimas semanas. Todo lo que le venía a la mente tenía una faceta triste y dolorosa; todo lo hermoso y feliz era perecedero. El amor y el matrimonio, en la buena época; los años felices que pasaron con los hijos, la satisfacción del trabajo, el placer de los libros y la música: todo eso eran cosas pasadas. El recuerdo proyectaba imagen tras imagen ante su mirada interior, pero antes de que tuviera tiempo de mirar, caía sobre la

imagen un sello que la despachaba con un rótulo en letras gruesas, enmarcadas en un rectángulo de margen ancho: pasado.

¿Pasado? Aquellas cosas no habían pasado sin más, a su espalda y sin su colaboración. Era él mismo quien destruía el mundo que el amor de los dos había creado. Y después de aquello ya no habría mundo. Ya no sería un mundo blanco y negro en lugar de un mundo en color, sino simplemente el vacío.

Ya no le quedaban lágrimas. Estaba agotado y vacío. Se dio cuenta de que estaba llorando por su matrimonio, como si ya fuera cosa del pasado, y por su mujer, como si ya la hubiera perdido.

Ella lo miró y le sonrió.

-¿Qué tal?

Pasaron por delante de un letrero con el nombre de un pueblo, el número de habitantes y la altura sobre el nivel del mar. Unos cuantos centenares de personas, pensó, y ya es una pequeña ciudad. Sólo está unos pocos metros por encima del nivel del mar; tiene que estar cerca, aunque la niebla lo oculte.

-¿Puedes parar, por favor?

Ella paró el coche en el arcén. Ahora, pensó él, ahora.

-Me bajo aquí. No quiero seguir contigo. Sé que mi actitud es impresentable. Tendría que habérmelo pensado antes. Pero antes nunca me habría decidido. Lo que estamos intentando es ponernos cómodos entre las ruinas de nuestro matrimonio. Y me niego a hacerlo. Quiero volver a intentarlo, eso es todo.

-¿El qué? ¿Qué es lo que quieres intentar?

-La vida, el amor, volver a empezar, en fin, todo.

Ante la mirada extrañada y ofendida de su mujer, lo que estaba diciendo le pareció infantil. Qué planes tenía, qué iba a hacer allí, de qué pensaba vivir, qué iba a pasar con todo lo que dejaba atrás: si ella le preguntaba todo eso, no sabía qué responder.

-Vamos hasta las dunas. Siempre estás a tiempo de marcharte a pie. Yo no puedo retenerte. Podemos intentar hablar, si es que no has caído en un pozo demasiado hondo. A lo mejor tienes razón y en realidad todavía no hemos plantado cara de verdad a lo que hubo o dejó de haber entre nosotros. Y lo haremos. -Le puso la mano en la rodilla-. ¿Vale?

Ella tenía razón. ¿Por qué no podían ir hasta el pueblo de las dunas y hablar de todo lo que tenían en la cabeza? O si no, ¿por qué no le decía que lo dejara allí y siguiera sola, que necesitaba estar solo unos días y ya se reuniría con ella, a tiempo de coger el avión de vuelta? ¿Y en ese caso, no debía contarle a su mujer lo del sueño y la mujer de la gasolinera? ¿No tenía la obligación de ser sincero?

-Sólo puedo irme ahora -dijo, y bajó del coche. ¿Me abres el maletero, por favor?

Ella negó con la cabeza.

Él bajó, rodeó el coche, abrió la portezuela por el lado del conductor y tiró de la pequeña palanca que había entre la puerta y el asiento. La tapa del maletero se abrió

de golpe. Cogió su maleta y su bolsa y las dejó en el suelo. Luego cerró el maletero y se dirigió a la portezuela. Todavía estaba abierta. Su mujer lo miraba desde el asiento. Él cerró la portezuela suavemente y sin ruido, pero le pareció como si abofeteara a su mujer. Ella siguió mirándolo. Él cogió la maleta y la bolsa y echó a andar. Dio un paso sin saber si podría dar otro más, y cuando dio el segundo, si podría dar otro más, y así sucesivamente. Si se detenía, tendría que darse la vuelta, volver atrás y subir al coche. Y si ella no se iba pronto, no podría seguir andando. Vete, le pedía, vete.

Entonces ella arrancó y se marchó. Él no se giró hasta que dejó de oír el coche. Y entonces vio que la niebla se lo había tragado.

Encontró un motel y negoció un alquiler barato para todo el mes siguiente. Encontró un restaurante con una gran barra, mesas y sillas de plástico y un jukebox. Bebió mucho, se sintió en algunos momentos absurdamente alegre y en otros podría haber vuelto a ponerse a llorar si no se hubiera dicho a sí mismo que ya había llorado bastante por un día. Era el único restaurante del pueblo, y estuvo, hasta acostarse, pendiente de que pudiera pasar un coche, bajara alguien y se oyeran los pasos de su mujer por la grava. Esperaba lleno de ansia y de miedo.

A la mañana siguiente se fue andando hasta el mar. La playa volvía a estar cubierta de niebla, el cielo y el mar estaban grises, y el aire era cálido, húmedo y denso. Le pareció que tenía todo el tiempo del mundo.



BERNHARD SCHLINK (Bielefeld, Alemania, 1944). Escritor, jurista y profesor universitario alemán. Estudió Leyes en la Universidad de Heidelberg y en la Universidad de Berlín desempeñándose luego como profesor en las Universidades de Bonn y J. W. Goethe en Frankfurt. En 1998 fue nombrado juez en la corte constitucional del estado federal de Renania del Norte-Westfalia y es profesor de historia de la ley en la Universidad Humboldt, Berlín, desde 1992.

Su carrera como escritor comenzó con novelas policíacas teniendo como protagonista a un detective llamado Selb (juego de palabras con *Self*, Yo mismo), publicando en 1987 *La justicia de Selb* (en colaboración con Walter Popp), *El engaño de Selb* (2007) y *El fin de Selb* (2009). Al margen de sus libros con Selb como protagonista, Bernhard Schlink, ha escrito *El nudo gordiano*, que ganó el premio Glauser en 1989, el libro de relatos *Amores En Fuga* (2000), la novela *El fin de semana* (2010) y un otro libro de relatos *Mentiras de verano* (2012).

Sin embargo fue en 1995 cuando publicó *El lector* (Der Vorleser), una novela parcialmente autobiográfica sobre un adolescente que tiene un romance con una mujer mayor que desaparece súbitamente y luego se la reencuentra siendo estudiante de abogacía en un juicio a los criminales de la segunda guerra mundial, que se convirtió en un éxito de ventas en Alemania siendo traducido a 39 idiomas y ganando los premios Hans Fallada, Welt, Grinzane Cavour, Laure Bataillon y Ehrengabe de la Düsseldorf Heinrich Heine Society. El libro fue llevado al cine en 2008 por el director Stephen Daldry.

Actualmente está jubilado como juez, residiendo entre Bonn y Berlín.

Notas

[1] En alemán, *Braune*, que, como Benner empieza con B, de ahí la confusión del personaje. (N. del T.) <<